

Borís
Ponomariov

Algunas
cuestiones
del
movimiento
revolucionario

Borís
Ponomariov

Algunas
cuestiones
del
movimiento
revolucionario

Editorial Internacional
PAZ Y SOCIALISMO
Praga – 1975

De la Editorial

El libro *Algunas cuestiones del movimiento revolucionario* contiene artículos de Borís Ponomariov, miembro suplente del Buró Político y secretario del CC del PCUS, publicados en *Revista Internacional*. En ellos se examina un amplio círculo de cuestiones concernientes a la estrategia y táctica de lucha de los partidos comunistas, al desarrollo de las ideas del internacionalismo proletario y la interacción de las fuerzas revolucionarias principales de la contemporaneidad. El autor centra su atención en el análisis de la posición de principios del Partido Comunista de la Unión Soviética y su aportación al desarrollo del proceso revolucionario mundial.

Los artículos aparecen según el orden cronológico de su publicación en la revista.

Algunas cuestiones del movimiento revolucionario

Ha pasado un año desde la fecha en que el Partido fundado por el gran Lenin, el Partido que ha alcanzado las grandiosas victorias del socialismo, aprobó su nuevo Programa, que ilumina el camino hacia el comunismo, sueño secular de toda la humanidad. La fuerza y la trascendencia universal del Programa del PCUS residen en que en él se conjugan la síntesis teórica de los principales elementos del proceso revolucionario mundial contemporáneo con los planes concretos destinados a asegurar su triunfo en el eslabón fundamental, que es la edificación del comunismo en la URSS y la creación de una sociedad socialista madura en los países de democracia popular.

En nuestro planeta se está librando actualmente una batalla gigantesca entre las fuerzas de la paz, la democracia y el comunismo y las fuerzas de la guerra, la reacción y el imperialismo.

La sociedad humana no ha conocido en su larga historia una lucha por la renovación social de las proporciones de la lucha actual. El rasgo distintivo de este proceso es que se desarrolla en unas condiciones de paz, de competición pacífica de los dos sistemas sociales, a la vez que la principal tendencia histórica de que es portador consiste en el avance acelerado de la humanidad hacia el comunismo, en el continuo incremento de las

fuerzas económicas, políticas e ideológicas del socialismo, en la amplia difusión de las ideas del marxismo-leninismo.

La principal tendencia histórica de la época actual se abre paso en medio de una encarnizada lucha de clases, en la que cambian rápidamente la situación concreta y las condiciones de la acción revolucionaria. Crecen y se multiplican las fuerzas motrices de la revolución mundial. Al mismo tiempo se producen dos procesos que se encuentran relacionados entre sí: como la presión de los monopolios se extiende cada vez más y afecta no sólo a la clase obrera, sino a los campesinos, a amplios sectores de la intelectualidad y a las capas medias en general, se está desarrollando en los países capitalistas un proceso de constitución del *frente único antimonopolista*; en el ámbito internacional se manifiesta con creciente nitidez la tendencia a la formación del *frente antiimperialista* mundial, llamado a agrupar a los países socialistas, a los pueblos que han conquistado la independencia nacional y a los que luchan por ella, a la clase obrera y a todas las fuerzas democráticas y progresistas de los Estados capitalistas.

El aumento de las favorables premisas objetivas del desarrollo de la revolución socialista mundial eleva la significación del factor subjetivo, acrecienta la responsabilidad histórica de los comunistas por el acierto de su política y exige de ellos que estudien y sintetizen con sentido creador las condiciones de la lucha, para perfeccionar continuamente sobre esta base su táctica y toda su acción política. El éxito de la actividad transformadora revolucionaria de esta combativa vanguardia de toda la humanidad depende en primer término del fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista mundial.

Cambio radical en las condiciones históricas de la lucha revolucionaria

El movimiento revolucionario, dondequiera que hoy se desarrolle, lo hace en las condiciones creadas por la existencia del poderoso Estado soviético y del sistema socialista mundial. Cada vez es más patente la vinculación orgánica de las actuales

transformaciones sociales con la Revolución de Octubre, con el triunfo del socialismo en la URSS, con los éxitos del sistema socialista mundial.

El Programa del PCUS realiza un profundo análisis de la esencia y las formas de la influencia revolucionadora ejercida por el sistema socialista mundial sobre el desarrollo de la humanidad y muestra que las condiciones de la coexistencia pacífica son las que hacen más fecunda dicha influencia. El nivel alcanzado en la actualidad por las fuerzas productivas, que ha permitido crear armamentos de poder destructivo jamás visto, ha convertido en necesidad imperativa la coexistencia pacífica entre Estados con sistemas sociales opuestos. El prevenir la guerra nuclear es premisa para el desarrollo de la humanidad y el progreso social, lo que responde a los intereses de las masas que suman millones y al carácter humanista de nuestra gran doctrina.

Por eso, el principio de la coexistencia pacífica determina la línea general de la política exterior del PCUS y de los demás partidos marxistas-leninistas y es para ellos la expresión concreta del lema proclamado en la Declaración de 1957: la lucha por la paz es la tarea primordial de los comunistas de todos los países.

Librar a la humanidad de una conflagración universal y acabar con la explotación y la miseria en todo el mundo es una misma tarea revolucionaria de los marxistas-leninistas. Los comunistas, que conocen bien la naturaleza agresiva del imperialismo y su esencia reaccionaria, llaman a los pueblos a manifestar la máxima vigilancia y a desplegar acciones enérgicas y resueltas contra los incendiarios de guerra, encabezados por los círculos reaccionarios de Estados Unidos. Los agresivos círculos imperialistas preparan una nueva guerra mundial, fortalecen los bloques militares, intensifican la carrera de los armamentos y perpetran actos de agresión contra la Cuba revolucionaria y otros países. Los tiburones imperialistas estarían dispuestos a exterminar a todos los pueblos de los países socialistas. Pero las fuerzas del imperialismo no son hoy las de antaño. Las revoluciones socialistas y las revoluciones nacional-liberadoras han asestado duros golpes al sistema imperialista

mundial y han reducido las posibilidades de los imperialistas de recurrir a la intervención militar para imponer a los pueblos su «orden» y estrangular la revolución.

Es muy significativa para el desarrollo del movimiento revolucionario la frustración de los intentos del imperialismo norteamericano de exportar la contrarrevolución a la República de Cuba.

Los imperialistas yanquis vienen realizando, desde el primer día del triunfo de la revolución cubana, innumerables tentativas de asfixiar la nueva Cuba, de implantar allí un régimen reaccionario. El heroico pueblo cubano ha rechazado todas las provocaciones, comprendida la intervención de los mercenarios de Estados Unidos en 1961. Pero los círculos monopolistas y militaristas yanquis no sacaron de esto las debidas enseñanzas, y en octubre de 1962 se dispusieron abiertamente a organizar la intervención militar. En esta compleja situación se manifestó con extrema nitidez el poderío de la Unión Soviética y de todo el campo socialista. Dieron su resultado la sabia y flexible política del PCUS y del Gobierno cubano y el enorme apoyo representado por las airadas protestas de la opinión mundial contra las acciones aventureras y provocadoras de los imperialistas norteamericanos, que crearon un verdadero peligro de nueva guerra mundial.

Una vez más se ha conjurado la amenaza que pendía sobre la revolución cubana. Cuba puede proseguir su desarrollo por la senda que ha escogido su pueblo, por la senda del socialismo. Claro está que no se puede debilitar de ningún modo la vigilancia frente al imperialismo norteamericano y las demás fuerzas reaccionarias. Es preciso reforzar la lucha por la seguridad de Cuba y la consolidación de la paz universal.

La feliz solución para las fuerzas de la paz y del socialismo de la gravísima crisis creada por el intento de agredir a Cuba anima a las fuerzas revolucionarias de todo el mundo y muestra que han pasado los tiempos en que los imperialistas aplastaban los movimientos progresistas (como hicieron Estados Unidos en Guatemala), muestra que la clase obrera y las masas populares, cuando han conseguido derrotar a los explotadores y establecer un régimen socialista, tienen ahora todas las posi-

bilidades de seguir avanzando con paso firme por el camino elegido.

El análisis de la situación actual deja ver con evidencia los enormes resultados positivos que puede brindar a la sociedad humana una paz duradera y, con mayor motivo, una paz permanente. Dada la superioridad cada vez mayor del socialismo sobre el capitalismo, dada la nueva alineación de las clases en los países capitalistas, la exclusión de las guerras mundiales de la vida de la sociedad permitirá a los pueblos y a la humanidad en su conjunto suprimir el capitalismo con un mínimo de pérdidas sociales y materiales, con un mínimo de sufrimientos y de sacrificios humanos y, en fin de cuentas, llegar al socialismo en plazos históricos más breves.

A veces tropezamos con intentos de contraponer la coexistencia pacífica a la lucha revolucionaria de liberación de pueblos y clases. Pero tales intentos no hallan confirmación en la vida, en el desarrollo real de la sociedad y están en contradicción con la teoría marxista-leninista. La revolución, como es sabido, surge siempre de las necesidades objetivas del desarrollo de la sociedad. Y en nuestra época, saturada de transformaciones revolucionarias, todo el curso del desarrollo social predetermina la necesidad del paso al socialismo. La lucha de clases es la fuerza impulsora de tal paso, y la coexistencia pacífica, lejos de restringir el campo de esa lucha, le abre por el contrario nuevos espacios.

El proceso revolucionario es, por su esencia, un proceso único, pero tiene dos aspectos: uno interior y otro exterior, internacional. Ambos están orgánicamente vinculados entre sí, se influyen recíprocamente y se desarrollan en concordancia con las leyes objetivas generales de la revolución. Al mismo tiempo, cada uno de ellos tiene sus esenciales particularidades específicas, que ejercen una influencia determinante sobre la evolución y las formas de la lucha de clases. La tarea de los partidos marxistas-leninistas consiste en descubrir y fundamentar en cada nueva etapa las formas de la lucha de clases que en las condiciones dadas aseguren plenamente el logro de los objetivos revolucionarios y ayudar por todos los medios al desarrollo de las mismas. *Como se señala en la Declaración de*

1960, una de esas formas de la lucha de clases en el plano internacional es la coexistencia pacífica entre Estados de sistemas sociales distintos.

Ahora bien, ¿puede desarrollarse en estas condiciones el movimiento revolucionario? ¿Dispone ahora el movimiento revolucionario de fuerzas y de medios económicos, políticos e ideológicos suficientemente eficaces para desplegar una ofensiva continua contra el capitalismo y para asegurar el paso de todos los pueblos a la senda del socialismo?

Los problemas del paso al socialismo se resuelven en uno u otro país, como es sabido, por las fuerzas revolucionarias nacionales, en el curso de una encarnizada lucha de clases que se libra en las más diversas formas, pacíficas y no pacíficas. La coexistencia pacífica de Estados con distintos regímenes sociales amplía las posibilidades de tomar el Poder mediante las formas pacíficas de lucha, pero no excluye en modo alguno el empleo de formas no pacíficas, si así lo exige la situación y se dan las condiciones necesarias para ello.

La vida enseña que bajo las condiciones de la coexistencia pacífica tiene lugar una ofensiva continua del socialismo mundial contra las posiciones del capitalismo mundial. *El sistema socialista dispone de poderosos resortes económicos, políticos e ideológicos* para ejercer una acción transformadora revolucionaria sobre la marcha del desarrollo social.

El principal campo de la lucha entre los dos sistemas es la emulación *en la esfera de la producción material*. La ofensiva económica del socialismo difiere radicalmente de la guerra económica a que con frecuencia recurren los capitalistas. El socialismo rechaza por principio el empleo de métodos imperialistas como el bloqueo económico, el sojuzgamiento económico de otros países, la discriminación comercial. El reto económico lanzado por el socialismo al capitalismo consiste ante todo en que el régimen socialista revela y muestra en la práctica las ventajas de las nuevas relaciones sociales. En el curso de la coexistencia pacífica se decide un debate de trascendencia histórica universal: ¿qué sistema es mejor, cuál de ellos, el socialista o el capitalista, es capaz de ofrecer una más alta productividad del trabajo y asegurar una vida mejor a todos?

Esta es justamente la lucha económica que el socialismo impone al capitalismo. El socialismo está convencido de que su victoria será completa y que ella significará un golpe demolidor para todo el sistema de relaciones capitalistas.

La creación de las más potentes fuerzas productivas, con ayuda de las cuales la Unión Soviética y los demás países socialistas aventajarán al capitalismo mundial en cuanto al volumen de producción y asegurarán a sus ciudadanos el más alto nivel de vida, marcará en un futuro próximo la culminación del proceso de transformación del sistema socialista en el factor decisivo del desarrollo mundial. Ello contribuirá a acercar la hora de la total liquidación de las sociedades explotadoras en todo nuestro planeta.

El sistema socialista sostiene en el plano internacional *una lucha política muy eficaz* contra la reacción. Por su esencia y por sus métodos, esta lucha también se distingue radicalmente de la política imperialista de bandolerismo internacional. Los imperialistas, como es sabido, se inmiscuyen en los asuntos internos de otros países, tratan de exportar la contrarrevolución, organizan golpes de Estado, utilizan la fuerza de las bayonetas para imponer sangrientos dictadores a otros pueblos, sobornan a ministros y a gobiernos enteros, recurren a todos los medios para frenar el progreso social.

La actividad política de los países socialistas excluye la injerencia en los asuntos internos de otros países. Su objetivo es prestar ayuda a todos los pueblos que defienden su independencia, mantener la causa de la paz, contribuir a la unión de todas las fuerzas progresistas, democráticas y pacíficas en un sólido frente antiimperialista mundial. Los países socialistas influyen en el curso de los acontecimientos mediante el ejemplo de una organización más perfecta de la sociedad. En este plano tiene una gran importancia el sucesivo desarrollo de la democracia socialista. Las ventajas del socialismo se destacan con particular relieve sobre el telón de fondo de la crisis de la democracia burguesa, de los intentos que realizan los monopolios por pasar a métodos de gobierno abiertamente dictatoriales y fascistas.

Con la coexistencia pacífica adquiere particular significación

la *lucha ideológica*. Esta hace más activos y eficaces los otros medios de lucha —económicos y políticos— por el triunfo del socialismo en escala mundial. Cuanto más enérgica y eficiente sea la ofensiva de las ideas del mundo socialista contra la canibalesca ideología del capitalismo y del colonialismo, mayores serán la cohesión y la seguridad de los combatientes por la paz, más firme y estable será la propia coexistencia pacífica y más próximo el triunfo del socialismo.

El continuo incremento del poderío económico y del prestigio político e ideológico del socialismo ya ha hecho cambiar el fondo histórico de la lucha de clases, acelera el proceso de aceptación de las posiciones socialistas por nuevos y nuevos destacamentos de los trabajadores y contribuye a modificar la correlación entre las fuerzas progresistas y reaccionarias en lucha.

La Unión Soviética ejerce sobre el proceso revolucionario una influencia que aumenta en progresión creciente. El primer Estado proletario del mundo, desde los primeros días de su existencia, cuando aún era relativamente débil, atraía como un faro, y sigue atrayendo hoy día, a todos los oprimidos. La creación de la sociedad socialista y de la ciencia, comprobada en la práctica, de la edificación del socialismo, el papel decisivo en la derrota del fascismo, la ayuda a la formación y consolidación de los países de democracia popular y su protección frente a los buitres imperialistas, tales son los eslabones de la influencia real del régimen soviético sobre el curso de la historia. En la actualidad, la URSS y los demás países socialistas desempeñan el principal papel en la tarea de salvar a la humanidad de los horrores de una guerra termonuclear. La edificación, por vez primera en la historia, de la sociedad de la Paz, el Trabajo, la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Dicha es considerada por el Partido leninista como una gran tarea internacional del pueblo soviético, como una tarea que responde a los intereses de todo el sistema socialista, del proletariado mundial y de toda la humanidad.

Vemos, pues, que en una situación de impetuoso crecimiento del socialismo y de debilitamiento de todas las posiciones del capitalismo, la coexistencia pacífica de los Estados con dos sis-

temas sociales opuestos crea todas las posibilidades para el fecundo desarrollo de todos los movimientos revolucionarios.

Evidentemente, sigue siendo un hecho incontrovertible que todos los problemas relacionados con las transformaciones democráticas y socialistas en los países capitalistas se resuelven por el movimiento de masas, por la lucha de los trabajadores de cada país en las formas específicas que corresponden a la base nacional, a la situación histórica concreta y a los principios generales de la teoría marxista-leninista del desarrollo social.

El movimiento de liberación nacional en la etapa presente

En los años de posguerra, decenas de antiguas colonias han conquistado su independencia estatal. La más importante victoria alcanzada en estos últimos tiempos por la lucha de liberación nacional ha sido el triunfo del heroico pueblo argelino, que ha conseguido arrancar a su país de las garras de los colonialistas franceses. Ha tenido gran importancia la liberación por el pueblo indio de sus tierras tradicionales de Goa, Daman y Diu, ocupadas por los colonialistas portugueses, así como la liquidación del dominio de los colonialistas holandeses en Irián Occidental merced a la lucha del pueblo indonesio. La revolución en Yemen, que ha puesto fin a un régimen despótico, abre una nueva página en la vida de este país y muestra que el viento de la libertad ha llegado también a la Península Arábiga, donde unas monarquías anquilosadas, en estrecha alianza con los monopolios imperialistas, mantienen a los pueblos en un cautiverio medieval.

Los acontecimientos del período de posguerra demuestran que cuanto más reales iban siendo las perspectivas de la coexistencia pacífica (al ir creciendo el poderío de la Unión Soviética y de todo el sistema socialista), más amplio y profundo era el proceso de desmoronamiento de los imperios coloniales bajo los golpes asestados por el movimiento de liberación de los pueblos. La indisoluble conexión orgánica de estos dos fenómenos es evidente.

El hecho fundamental es que los pueblos que luchan por su independencia cuentan con el apoyo del campo socialista, el cual, como ya ha sido demostrado en múltiples ocasiones, dispone de todo lo necesario para ayudar a estos pueblos a frustrar la exportación de la contrarrevolución.

La trascendencia de la relación existente entre los éxitos de la lucha de liberación nacional y la fuerza e influencia crecientes del socialismo es todavía mayor en la nueva etapa, cuando esta lucha destaca en primer plano los problemas de orden preferentemente económico, cuya solución habrá de asegurar la verdadera y plena independencia de los pueblos.

Los imperialistas utilizan diversos resortes políticos para conservar su influencia en los países que han alcanzado la independencia estatal. Pero lo decisivo siguen siendo los métodos económicos del «neocolonialismo», estrechamente ligados a la estrategia de la guerra fría. La política colonial aparece ahora como uno de los elementos de la «estrategia global» del mundo capitalista en sus desesperados intentos de detener la inexorable marcha de la historia. Así lo confirma también la «internacionalización», cada vez más evidente en los últimos años, de la política colonial. Las potencias imperialistas tratan de mantener y consolidar «colectivamente», en común, su dominio, no sólo en los países que ellas han conseguido arrastrar a sus agresivos bloques militares, sino también en los países neutrales, recurriendo para dicho fin, entre otras cosas, al Mercado Común, con el que ya han sido obligados a «colaborar» 16 países africanos. Semejante «colonialismo colectivo» no suprime las contradicciones interimperialistas, pero su aparición, lo mismo que la lucha general contra el «neocolonialismo», deben ser considerados en íntima conexión con la principal contradicción de la época actual y a la luz del alineamiento de fuerzas en la palestra mundial.

El carácter innovador del Programa del PCUS y su importancia para comprender bien y desarrollar con éxito el movimiento de liberación nacional residen, entre otras cosas, en que en él no se considera a dicho movimiento como una fuerza auxiliar (una «reserva») de la revolución socialista, sino como parte integrante de una y la misma lucha mundial, cuyo resul-

tado general habrá de ser la desaparición del capitalismo de la faz de la tierra. El Programa del PCUS ha puesto en claro la conexión interna y la interinfluencia de los tres grandes movimientos progresistas de la época actual: la lucha por el socialismo, el movimiento de liberación nacional y la lucha por la paz. El debilitamiento de cualquiera de ellos repercute desfavorablemente en los otros sectores del desarrollo, progresista. Y viceversa, los éxitos reales de cualquiera de ellos aceleran el progreso social en su conjunto. Y esto significa que sólo en las filas comunes de todos los movimientos progresistas es como se puede resolver definitivamente el problema de la liberación nacional. Por eso sería un peligroso error considerar que la lucha por la paz y el desarme general es algo ajeno al movimiento nacional-liberador. Dicha lucha no sólo tiene una significación positiva para este movimiento, sino que además está orgánica y objetivamente vinculada con él.

La consolidación de la coexistencia pacífica y el desarme significarían la liquidación de todos los bloques militares, incluidos aquellos que han envuelto en sus mallas de hierro a países no socialistas y que son el vehículo de toda suerte de injerencias de los imperialistas en los asuntos internos de otras naciones. El desarme significaría la supresión de las bases militares, la evacuación de tropas y barcos extranjeros (utilizados para apoyar a la reacción local) de los territorios y aguas territoriales de diversos países. El debilitamiento —y en circunstancias propicias, la desaparición— de la presión político-militar exterior permitiría que las contradicciones sociales se resolviesen sobre la base de la correlación de las fuerzas de clase de cada país, establecida de un modo natural en el curso de la lucha. De esta suerte se aceleraría la necesaria e ineludible unidad de las fuerzas del progreso y su triunfo.

La desinteresada ayuda de los países socialistas es un aporte directo y seguro a la base material de la plena independencia de los pueblos liberados de la dominación colonial. Esa ayuda intensifica el interés por el socialismo, engendra el deseo de dominar sus métodos de creación de una economía floreciente, es un apoyo moral a las fuerzas progresistas de los jóvenes Estados y contribuye a su cohesión y a la búsqueda de acerta-

dos caminos nacionales para el desarrollo progresista. En tal situación, el crecimiento de la clase obrera, otros cambios de carácter progresista en la estructura social y la mayor actividad de toda la población crean la posibilidad de que cada antigua colonia se desarrolle en fin de cuentas por un camino no capitalista. Mas la decisión en cuanto al camino, al modo de seguirlo y al momento depende de los propios pueblos.

El Estado de democracia nacional es una forma eficaz de resolver estos problemas, pues permite cohesionar a todas las fuerzas progresistas, desde la burguesía nacional, la intelectualidad y la pequeña burguesía hasta la clase obrera. Esta, elevando su conciencia política y su organización hasta llegar a constituir el partido marxista-leninista y estableciendo y consolidando su alianza con los campesinos, ha de desempeñar un papel cada vez mayor en el ascenso social de su pueblo, al que asegurará el camino del verdadero progreso, el camino del socialismo. Las variantes concretas de la marcha por este camino pueden ser de una diversidad infinita. Pero los pueblos que rompen con el imperialismo habrán de emprender inevitablemente, tarde o temprano, este camino.

Es preciso subrayar que la coexistencia pacífica favorece *todas* las formas de la lucha de liberación.

El desarme general aumenta, indudablemente, las posibilidades de expulsar a los colonizadores, que se verán desprovistos de armas para llevar a cabo las guerras conquistadoras. Y si los imperialistas no se fuesen, los pueblos se alzarían a la lucha y los arrojarían por la fuerza en una justa guerra de liberación. Lo mismo cabe decir respecto a los atentados de los imperialistas contra la independencia ya alcanzada.

Los pueblos de muchos países y territorios aún gimen bajo el yugo de los colonialistas. Esos pueblos no quieren resignarse a la dominación extranjera. Los pueblos de Angola luchan heroicamente con las armas en la mano contra los colonialistas portugueses, despertando la ardiente simpatía de todos los hombres progresistas. Los pueblos subyugados de Africa del Sur intensifican la lucha contra la sangrienta dictadura, que asfixia las nobles manifestaciones de todo anhelo de libertad. Los colonialistas tratan por todos los medios de conservar las

colonias que aún perduran, pero bajo los golpes de los luchadores del movimiento de liberación nacional habrán de hundirse indefectiblemente los últimos bastiones del colonialismo. Todos los pueblos tienen derecho a gozar de la libertad nacional y la conseguirán.

Los países socialistas, los comunistas de todos los países han prestado y seguirán prestando la ayuda y el apoyo necesarios a los pueblos que luchan con las armas en la mano contra toda suerte de colonialistas. Y esto no sólo no se halla en pugna con la coexistencia pacífica, sino que, por el contrario, la refuerza, pues obliga a respetar uno de sus principios básicos: el derecho de todo pueblo a decidir de su suerte y a ser el amo en su casa.

La heroica Cuba es un símbolo del triunfal movimiento de liberación nacional de nuestra época. La revolución cubana surgió y alcanzó la victoria en una situación de coexistencia pacífica y resistió con éxito los embates del desenfrenado imperialismo norteamericano. Cuba ha podido afirmar su independencia política porque arrancó de cuajo las raíces de la dominación imperialista extranjera en su suelo y emprendió el camino de las verdaderas transformaciones económico-sociales revolucionarias. Los dirigentes cubanos, encabezados por Fidel Castro, han sabido agrupar bajo la bandera del marxismo-leninismo a las mejores fuerzas, a las fuerzas más sanas de la nación. El ejemplo del heroico pueblo de la Cuba revolucionaria despierta la admiración de todas las fuerzas progresistas del mundo.

En las actuales condiciones se reduce el plazo de transformación de la revolución nacional-liberadora en revolución socialista. Esto se ha hecho posible gracias a la influencia del socialismo en el desarrollo mundial, al crecimiento numérico y a la mejor organización de los destacamentos nacionales de la clase obrera, a la creciente influencia de los comunistas en cada país y a la ayuda de la clase obrera internacional.

Un nuevo factor es la acrecida influencia de los partidos comunistas en el movimiento de liberación nacional. En varios países se está creando una situación en que la burguesía nacional en el Poder ya no puede ignorar la existencia de los comu-

nistas y se ve obligada a tenerlos en cuenta y a considerar su influencia en las masas.

Es preciso no olvidar además otro factor que favorece los éxitos de la revolución anticolonial. Antes, la clase obrera de las metrópolis, y en general de los países capitalistas desarrollados, se encontraba en gran parte aislada de los trabajadores de las colonias, lo cual debilitaba las posiciones de la propia clase obrera y permitía a los colonialistas combatir con más facilidad la lucha de liberación nacional. Ahora, en cambio, el movimiento obrero adopta una actitud cada vez más firme en defensa de los pueblos que luchan por su independencia. Y lo más importante es que ha aumentado la fuerza de los golpes asestados al capitalismo desde dentro por el movimiento obrero contemporáneo, que socava los cimientos del capitalismo y reduce sus posibilidades de mantener sojuzgados a otros pueblos. Así es como se forma el frente único antiimperialista de los pueblos, frente al que pertenece el futuro.

El crecimiento de las fuerzas revolucionarias en los países capitalistas

En las ciudadelas del capitalismo monopolista, el movimiento obrero es la vanguardia de las fuerzas revolucionarias. En los países capitalistas desarrollados hay actualmente unos 160 millones de obreros, que hoy día están mejor organizados y tienen sus partidos políticos y sus sindicatos. En estos países actúan casi 3 millones de comunistas y los sindicatos agrupan a 60 millones de trabajadores.

También en este campo ha creado la coexistencia pacífica un clima favorable para un despliegue masivo sin precedentes de la lucha de clases. Mientras entre los años 1919 y 1939 hubo 177.400 huelgas, en las que tomaron parte 80,8 millones de trabajadores, en el período de 1946-1960 se declararon 247.400 huelgas con 222,6 millones de participantes. En los años 1961 y 1962, la ola de la lucha huelguística y de las acciones políticas de masas de los trabajadores se elevó aún más.

Los éxitos de la URSS y de todo el sistema socialista mun-

dial crean condiciones muy favorables para la difusión de las ideas del marxismo-leninismo, para la cohesión de las masas trabajadoras de los países capitalistas, para su ilustración política, para el despliegue de acciones ofensivas activas destinadas a mantener sus reivindicaciones económicas y sus derechos políticos y para la limitación y liquidación de la omnipotencia de los monopolios. La experiencia histórica nos enseña que la clase obrera y los demás trabajadores sólo pueden conseguir la satisfacción de sus reivindicaciones mediante acciones unidas, enérgicas y resueltas.

Los grupos más reaccionarios del capital monopolista ven en la distensión internacional una amenaza para sus beneficios y para su dominio y la combaten abiertamente, enfrentándose así con la enorme mayoría de la población de sus países, incluso con ciertos sectores de la propia burguesía. Al mismo tiempo, la acelerada concentración del capital lleva a la ruina a nuevos millones de campesinos y ocasiona enormes perjuicios a los patronos pequeños y medios. De este modo, cada año es más firme la base para la constitución de amplias alianzas en torno a la clase obrera, es decir, para la formación de la fuerza social llamada a poner en práctica las indispensables transformaciones sociales, como son la limitación del poder de los monopolios, la liquidación de su prepotencia y la ampliación de la democracia. Esta fuerza social se estructura bajo las consignas democráticas de la lucha por la paz, por el desarme, la democracia, etc., pero en fin de cuentas puede convertirse en la fuerza política organizada necesaria para llevar a cabo la revolución socialista.

En el curso de la lucha por la paz, enormes masas humanas cursan una gran escuela política y en ellas se despierta el interés por la actividad social y se eleva la conciencia de la responsabilidad de cada uno por todo lo que ocurre en nuestro planeta. Y es que en el fondo se trata de un problema político que afecta a los más profundos sentimientos e intereses de todos, un problema que cohesiona a los hombres y les obliga a apoyarse unos a otros. Y la cohesión es una fuerza indestructible. También en este caso la lucha por la paz se funde con la lucha por el socialismo, pues una y otra tienen un enemigo

común: el imperialismo, el capital monopolista. Esta es la razón de que los comunistas figuren en las primeras filas de los defensores de la paz.

La preciada experiencia de la lucha por la paz ya ayuda a los pueblos a resistir con éxito y a rechazar a las fuerzas reaccionarias y presta un buen servicio a la causa de la democracia. La prueba nos la ofrecen los duros golpes que los pueblos asestan al fascismo.

El fascismo se presenta ahora con un nuevo ropaje, aunque su esencia y los objetivos perseguidos por el capital financiero que le da vida siguen siendo los mismos. El movimiento fascista en Francia, la RFA, Estados Unidos, Italia y Japón, y en los últimos tiempos incluso en Inglaterra, ya desempeña un importante papel en el mecanismo del Estado monopolista: frecuentemente es la fuerza de choque del Poder para atentar con creciente insolencia contra los ya de por sí mermados derechos y libertades de los ciudadanos.

Los pueblos se dan cuenta de la relación existente entre el fascismo y el Estado de los monopolios y últimamente han demostrado más de una vez su disposición a aplastar con sus acciones unidas esta conjura contra la democracia. Vemos, pues, una aproximación y un entrelazamiento cada vez mayores entre las tareas democráticas y socialistas de la revolución. Lo cual significa que al luchar consecuentemente por los objetivos democráticos generales y al encabezar esta lucha, el proletariado de los países capitalistas lucha ya en la práctica por el socialismo.

Los comunistas son la fuerza rectora de la época actual

No ha habido ni un solo movimiento político que haya tenido que pasar por las pruebas que se ven obligados a soportar los comunistas. Pero a la vez, no ha habido en la historia un movimiento político que haya conseguido victorias tan grandes como las alcanzadas por el movimiento comunista.

El movimiento comunista se ha convertido hoy en una fuerza poderosa, pues representa una comunidad combativa integrada

por casi 90 partidos proletarios revolucionarios que agrupan a 42 millones y medio de personas y llevan tras de sí a centenares de millones de trabajadores.

En las condiciones actuales, cuando en el carácter del proceso revolucionario mundial se han producido cambios tan esenciales, cuando sus fuerzas motrices se han ampliado y sus formas se han enriquecido, los partidos comunistas prestan especial atención a la tarea de superar los defectos de que ha adolecido su actividad, en particular a causa de la influencia del culto a la personalidad. A la vez que luchan por la renovación social de la humanidad, los comunistas perfeccionan incesantemente su táctica y se esfuerzan por conseguir la unión de todas las fuerzas progresistas y antimonopolistas.

También es objeto de su particular atención la lucha contra la escisión del movimiento obrero, por la unidad de acción con todos los partidos y grupos que tienen influencia en el movimiento obrero. Esto se refiere en primer lugar a la actitud con respecto a la socialdemocracia. En la actualidad podemos observar la existencia de varias corrientes en el seno del movimiento socialdemócrata. Hay socialdemócratas dispuestos a colaborar con los comunistas y cuyas posiciones sobre distintos problemas del movimiento obrero se acercan a las de los comunistas. Hay un importante sector de la socialdemocracia que mantiene una posición reformista-conciliadora, y, finalmente, hay entre los socialdemócratas anticomunistas rabiosos y defensores furibundos del capitalismo.

Entre estos últimos figuran muchos (aunque lejos de ser todos) líderes socialdemócratas de derecha, que colaboran abiertamente con las agrupaciones militares agresivas de los países imperialistas. Algunos incluso han tomado parte en la constitución de la OTAN y han sido los inspiradores de una serie de actos agresivos. En su servilismo ante el capitalismo contemporáneo, estos hombres han renunciado por completo a lo poco que podía quedarles de las ideas socialistas, y tanto en el aspecto político como en el teórico marchan a remolque de la reacción, rumiando los tópicos anticomunistas. La prueba nos la ofrecen los nuevos programas adoptados en estos últimos años por varios partidos socialdemócratas, especialmente

la Declaración de la Internacional Socialista aprobada en la reunión de su Consejo en junio de 1962. Pero cuanto más se aparta la socialdemocracia de derecha de los ideales del movimiento obrero, mayor es su coincidencia con los partidos burgueses, perdiendo su fisonomía y sus posiciones. La sumisión en el plano teórico, la capitulación en política y la renuncia a luchar en defensa de los intereses vitales de la clase obrera y de los pueblos coloniales minan ineluctablemente las fuerzas del ala reaccionaria de la socialdemocracia.

Ha pasado más de medio siglo desde la división del movimiento obrero internacional en dos sectores, uno revolucionario y oportunista el otro. El ala revolucionaria del movimiento obrero siguió a Lenin y consiguió para el socialismo trascendentes victorias. El ala oportunista de la II Internacional siguió a Kautsky y a sus acólitos, que renunciaron a la lucha por el derrocamiento revolucionario del viejo régimen, a la dictadura del proletariado, condenándose así a la degradación política e ideológica, y fueron la causa de graves derrotas de la clase obrera. La historia ya ha emitido su juicio acerca de quién tenía razón hace cincuenta años.

Los partidos comunistas han criticado y critican las posiciones ideológicas y la práctica oportunista de derecha de la socialdemocracia y denuncian a sus líderes de derecha, que se han pasado abiertamente al lado de la burguesía. Pero esta crítica persigue fines positivos y está inspirada en el deseo de poner de manifiesto todo el daño que la socialdemocracia de derecha ocasiona al movimiento obrero y, de este modo, allanar el camino para el establecimiento de amplios contactos en todos los niveles y para lograr la unidad de acción en todas las esferas donde las tendencias deseosas de representar al movimiento obrero y a la democracia deben actuar juntas para impedir el triunfo de la reacción y de las fuerzas belicistas.

En la actualidad existen favorables condiciones internacionales e internas para el crecimiento del movimiento comunista y para el desarrollo de todos los elementos revolucionarios de la sociedad. No obstante, sería un grave error referirse únicamente a los factores favorables y olvidar los desfavorables, que obstaculizan el proceso revolucionario.

Los hechos demuestran que la burguesía refuerza el aparato de la violencia armada y trata de cerrar el paso al socialismo mediante la unificación del poderío de todos los países imperialistas. La burguesía puede recurrir a los medios más sangui-narios con tal de mantener su dominación. Por eso hoy adquieren mayor significado que nunca las indicaciones de Lenin de que la clase obrera «debe saber utilizar *todas* las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social... debe estar preparada para sustituir una forma por otra del modo más rápido e inesperado»¹.

La burguesía ha sacado sus consecuencias de las graves derrotas sufridas en los últimos cincuenta años, presta más atención a la demagogia social y a las maniobras políticas y perfecciona sus métodos de represión de las masas. Todavía consigue mantener sometidas a su influencia ideológica a considerables masas de la clase obrera y de distintas capas trabajadoras.

También existen otras circunstancias desfavorables, pero si se sopesan los factores favorables y los desfavorables puede afirmarse con pleno fundamento que los primeros tienen un valor determinante y son los que aceleran el desarrollo de la revolución socialista mundial, los que acercan el triunfo del socialismo en todo el mundo.

El fortalecimiento de la unidad en las filas de tal o cual partido comunista y la superación en él de las vacilaciones oportunistas contribuyen a la vigorización de todo el movimiento comunista mundial, a su cohesión sobre la base del marxismo-leninismo. A su vez, cuanto mayores son la solidez y la cohesión del movimiento comunista mundial, con más seguridad puede actuar cada partido y con más facilidad puede garantizar la unidad de sus filas.

Las tradiciones históricas, la estructura económica, el carácter de los problemas sociales y la combinación de las fuerzas de clase en los distintos países, pese a tener rasgos comunes, ofrecen muchas diferencias. Se comprende, por tanto, que sólo una actitud creadora ante la teoría marxista-leninista y su acertada aplicación a las condiciones concretas de uno u otro país per-

¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLI, pág. 81, ed. en ruso.

miten elaborar la estrategia y la táctica capaces de conducir a la victoria. Hay quienes de la acertada tesis sobre la unidad indisoluble del proceso revolucionario mundial pretenden deducir la falsa conclusión de que las formas y los métodos de lucha son universales, válidos para todos los países y todas las condiciones. Tal actitud lleva a menospreciar las particularidades específicas de la lucha y la importancia de un profundo estudio de los procesos reales y de las posibles formas nuevas del movimiento revolucionario. Lo corriente en estos casos es el afán de imponer a la vida esquemas elaborados sobre la base de un material restringido, limitado a la experiencia pretérita. Ello entraña el peligro de apartarse de las masas, y en el plano internacional es origen de malentendidos e incomprensiones entre los comunistas.

Los marxistas de espíritu creador tampoco aceptan la absolutización de lo específico en la lucha de clases. El desprecio por lo que ha sido descubierto y comprobado en otros países lleva al olvido de las leyes generales de la revolución y de la edificación socialista. En este caso se pierde el contacto de todos con el movimiento comunista mundial y surge el peligro de incumplimiento del deber internacional.

Cada partido comunista es independiente en la solución de todos los problemas de la política interior y exterior. Pero independencia no quiere decir autoaislamiento, no quiere decir que tal o cual partido pueda encerrarse en el cascarón de los intereses nacionales. El estudio de la experiencia de los partidos hermanos es una condición ineludible para evitar la repetición de errores pasados, para aplicar una política acertada y para resolver los problemas candentes con espíritu creador.

El movimiento comunista internacional tiene una magnífica experiencia de elaboración colectiva de los problemas más importantes de la estrategia y la táctica. Las declaraciones de las conferencias de Moscú sirven a todos los partidos marxistas-leninistas de bandera de combate y de guía para la acción. La fidelidad a estos documentos es el supremo deber internacional de cada partido hermano. Lenin siempre destacó los deberes internacionales de cada partido. Y en las circunstancias actuales, la idea de Lenin de que siempre hay que sentirse miembro

de la familia internacional de los marxistas, no apartarse ni un instante de ella y fortalecerla por todos los medios sigue siendo el lema de todos y cada uno de los partidos hermanos.

Toda la experiencia histórica ha demostrado que los problemas de la revolución sólo pueden tener en cada país una solución completa y acertada sobre la base de una política consecuentemente internacionalista. Los intereses bien entendidos de cada nación y de su clase obrera jamás se oponen a los intereses del movimiento comunista internacional. Al contrario, la coordinación de unos y otros constituye el contenido del internacionalismo proletario, poderoso factor moral y político de la lucha por el socialismo, por el progreso universal.

No hay más que una política acertada: ser siempre fiel al marxismo-leninismo, aprovechar todo cuanto haya de valioso y de significación general en la experiencia de los demás partidos, enriquecer esta experiencia y aplicarla debidamente a las particularidades nacionales e históricas del país propio.

Algunas conclusiones

Si intentamos pasar revista a grandes rasgos al movimiento revolucionario mundial, podremos hacer las siguientes conclusiones más importantes:

1. La revolución mundial se desarrolla cada vez más en extensión y profundidad. Las condiciones de la coexistencia pacífica de los dos sistemas contribuyen a su difusión y a sus éxitos. El socialismo despliega su ofensiva contra el capitalismo en escala mundial. El capitalismo ha perdido definitiva e irremisiblemente la iniciativa en la batalla histórica de las dos formaciones sociales. Sus cimientos se cuartejan y derrumban en los más diversos lugares del globo.

El imperialismo está recibiendo en el frente y en la retaguardia golpes cada vez más potentes, que le asestan tanto el socialismo victorioso como el proletariado que lucha en los países capitalistas, los pueblos que están derribando el colonialismo y los movimientos democráticos generales que toman posición contra la prepotencia de los monopolios.

En todas partes van madurando, las fuerzas revolucionarias. Y hay motivos muy fundados para suponer que el ritmo del proceso revolucionario ha de irse acelerando más y más. En nuevos y nuevos lugares del mundo habrán de producirse explosiones revolucionarias. Este proceso sigue un curso irregular, pero su marcha es inexorable.

2. La línea estratégica básica del comunismo internacional en las actuales condiciones ha sido expuesta en los documentos aprobados por las conferencias de los partidos hermanos y en el Programa del PCUS. Su contenido es la lucha por liberar a los trabajadores de todas las formas de explotación y opresión, la lucha por el triunfo del socialismo, por librar a la humanidad entera de la guerra termonuclear. La aportación del PCUS al cumplimiento de estas tareas históricas consiste ante todo en la edificación del comunismo en su país.

La construcción del socialismo y del comunismo en los países del sistema socialista mundial permite:

- ganar la competición económica con el capitalismo, fortalecer la comunidad de los países socialistas y conseguir la superioridad completa sobre el capitalismo en todas las esferas de la vida;
- desplegar aún más resueltamente la batalla de las fuerzas revolucionarias situadas en el campo imperialista contra el régimen capitalista reinante en sus países;
- acrecentar incesantemente la ayuda a los jóvenes Estados nacionales, contribuyendo a su plena emancipación de las cadenas del imperialismo y a su progreso social;
- crear en el ámbito internacional, con las fuerzas de los países socialistas y de todas las personas adictas a la paz, una firme garantía de que la humanidad se verá libre de la guerra mundial.

Todo esto en su conjunto es lo que constituye el plan estratégico de la ofensiva del comunismo internacional contra el imperialismo.

3. Las posiciones del campo imperialista se han debilitado manifiestamente. Pero éste todavía dispone de una gran fuerza, la incrementa febrilmente y prepara una guerra mundial. El

debilitamiento del mundo capitalista puede acrecentar su agresividad y su aventurerismo en política exterior. Sin embargo, los líderes del mundo capitalista ya no se atreven a proclamar de antemano su victoria en una guerra mundial, como hicieron en su tiempo los gerifaltes del fascismo alemán. Ello es una consecuencia de la enorme fuerza de que dispone hoy el socialismo. Nosotros, los comunistas, estamos convencidos por nuestra parte de que si los agresores desencadenan la guerra contra la URSS, contra el socialismo, serán derrotados y su derrota marcará el fin del explotador régimen capitalista.

4. El movimiento comunista se ha convertido en la fuerza política más influyente de la época actual. Sus destacamentos actúan en todos los continentes y en casi todos los países del mundo. La tendencia general del movimiento comunista se manifiesta en un desarrollo y fortalecimiento constantes, en la extensión de su influencia y en la conquista para su causa de nuevos millones de seres humanos.

5. La humanidad no sigue en su progreso un camino liso y llano, sino un camino difícil y penoso. La actividad de los partidos comunistas y obreros se desarrolla en una situación extremadamente compleja. La reacción imperialista no repara en medios con tal de obstaculizar la marcha de la historia, denigrar los ideales del comunismo y debilitar la influencia que las ideas del marxismo-leninismo ejercen sobre las masas populares. Y pese a que la tendencia general del movimiento comunista y las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad humana llevan al robustecimiento de las posiciones de los comunistas, sería peligroso subestimar las posibilidades con que cuenta la reacción. La lucha contra el anticomunismo sigue siendo una de las tareas más combativas del movimiento comunista internacional.

6. En las filas del movimiento comunista internacional hay elementos revisionistas y dogmáticos. Los revisionistas llegan a negar los principios básicos del marxismo-leninismo. Los dogmáticos no quieren ver los cambios radicales que se han producido en el mundo ni las nuevas condiciones favorables al movimiento obrero y a todo el movimiento de liberación. La

lucha contra el revisionismo y el dogmatismo, contra el egoísmo y la estrechez nacionales sigue siendo una de las principales tareas del movimiento comunista.

7. En las actuales circunstancias, para el sucesivo desarrollo del movimiento comunista adquiere particular importancia el trabajo teórico. Un análisis permanente, profundo y completo de los rápidos procesos sociales, unas conclusiones y decisiones audaces y fundamentadas a nivel táctico y estratégico, tales son los preceptos legados por Lenin a los comunistas, tales son las condiciones para acertar en la elección de los caminos y las formas de la revolución socialista, de la lucha por el triunfo del socialismo.

Guiándose por las tesis fundamentales de los documentos internacionales del movimiento comunista contemporáneo, los partidos comunistas robustecen sus posiciones entre las masas y hacen acopio de fuerzas para alcanzar nuevas y grandes victorias.

Diciembre de 1962

El internacionalismo proletario, grandiosa fuerza de transformación revolucionaria del mundo

La clase obrera de todos los países conmemora el centenario de la I Internacional en una situación de triunfo de los grandes ideales del marxismo-leninismo.

El movimiento comunista mundial, al que dieron principio Marx y Engels, se ha convertido en la fuerza política más influyente de nuestro tiempo.

La revolución socialista ha triunfado ya en 14 países. La Unión Soviética ha emprendido el camino de la edificación de la sociedad comunista. El sistema socialista mundial, creación de la clase obrera internacional, es ya hoy la fuerza decisiva de la transformación revolucionaria del mundo contemporáneo, un firme baluarte de toda la lucha emancipadora contra el imperialismo y la reacción.

Después de la victoria de la revolución socialista, en todo un grupo de países surgieron condiciones *objetivas* para un acercamiento de sus pueblos sin precedente en la historia. El internacionalismo, como ideología, tiene ahora una sólida base representada por la identidad de estructura económico-social y política de los Estados socialistas. Y con una política justa de sus partidos comunistas no pueden surgir obstáculos para la plena cohesión de las naciones socialistas en la lucha por los ideales comunes del socialismo y del comunismo. De ahí que sea mayor la responsabilidad que recae sobre los partidos

comunistas gobernantes en orden a la consecuente aplicación de los principios del internacionalismo socialista.

El internacionalismo proletario ha sido el precursor y la premisa necesaria del desarrollo del internacionalismo en las relaciones entre todos los pueblos, divididos durante milenios por múltiples barreras sociales y nacionales.

Hoy día, los partidos marxistas-leninistas, vanguardia de la clase obrera y de los países socialistas, disponen de poderosas posibilidades materiales para encarnar las ideas del internacionalismo en escala mundial. Esa fuerza puede influir en la marcha del desarrollo de la sociedad humana de tal forma que las contradicciones heredadas del pasado entre las naciones y los Estados no desemboquen en choques bélicos y se acerque con mayor rapidez el luminoso futuro anunciado por Marx.

El internacionalismo, arma potente de la clase obrera

El internacionalismo proletario es una poderosa arma de lucha de la clase obrera contra la explotación capitalista, contra el nacionalismo burgués.

Sus propias condiciones de vida impulsan al proletariado a agruparse internacionalmente en la lucha contra todas las formas de opresión social y nacional. El internacionalismo surgió en el terreno del movimiento obrero y pasó a ser parte inseparable de la misión histórica universal de la clase obrera.

El internacionalismo se formó sobre la base de la comunidad de intereses vitales de los obreros de los distintos países, como expresión de la solidaridad de clase contra los intentos cosmopolitas del capital de reprimir conjuntamente la lucha de los obreros contra la explotación.

El internacionalismo tomó forma como protesta solidaria de los obreros contra el apoyo de la burguesía de diversos países a los regímenes y las fuerzas reaccionarios, que avasallaban a otros pueblos. La frustración de la ingerencia armada del Gobierno inglés en la guerra civil en Norteamérica a favor de los esclavistas, el apoyo a la lucha del pueblo polaco contra el zarismo ruso y la defensa de los irlandeses en su lucha liber-

tadora contra el dominio británico constituyen las primeras experiencias gloriosas del internacionalismo proletario.

El internacionalismo surgió, por último, como una necesidad de los obreros de los distintos países de unirse sobre la base común de la solidaridad de clase para luchar contra el nacionalismo burgués, que era el principio supremo de la política exterior de los Estados capitalistas y se invocaba para arrastrar a los pueblos a guerras mortíferas.

El internacionalismo encarnó en el movimiento obrero, convirtiéndose en calidad inalienable del proletariado junto a la elevación de su conciencia política y su experiencia de lucha, a medida que el movimiento obrero asimilaba la teoría revolucionaria y comprendía mejor sus tareas políticas.

Hoy día el internacionalismo proletario comprende los siguientes aspectos fundamentales:

- La solidaridad de todos los destacamentos revolucionarios en la lucha común contra el imperialismo y la reacción, por la democracia, la independencia nacional y el socialismo.
- La defensa de la paz y la lucha contra el peligro de una nueva guerra, por la instauración en la vida internacional de los principios de la coexistencia pacífica entre los Estados.
- La realización de los máximos esfuerzos por cada país socialista y por cada destacamento nacional de la clase obrera y de otras fuerzas revolucionarias para impulsar la lucha de emancipación en todo el mundo. La edificación del socialismo y del comunismo es el primer deber internacional de los trabajadores que han conquistado el Poder.
- La aplicación en cada país socialista y en la palestra internacional de una política que coadyuve al fortalecimiento del sistema socialista mundial, como factor decisivo del desarrollo revolucionario contemporáneo.
- El apoyo de los pueblos de los países socialistas y de los trabajadores de los países capitalistas al movimiento antiimperialista de liberación nacional.
- El máximo apoyo recíproco de todos los destacamentos del movimiento revolucionario actual (el sistema socialista mundial, el movimiento obrero internacional y el movimiento de liberación nacional) en la lucha por los objetivos comunes.

- La participación activa en los movimientos democráticos de nuestro tiempo y la máxima ayuda para agrupar en estos movimientos a las fuerzas progresistas de todos los países y continentes, sin distinción de razas y nacionalidades.
- La defensa y el reforzamiento de la unidad del movimiento comunista internacional sobre la base de la igualdad de derechos y la autonomía de los partidos hermanos y de su enérgica lucha conjunta contra la actividad fraccional y escisionista en este movimiento.
- La defensa del marxismo-leninismo como fundamento ideológico del movimiento comunista internacional; su desarrollo creador colectivo con vistas al mejor aprovechamiento de las nuevas y cada vez más amplias posibilidades para la lucha revolucionaria de los pueblos y para su avance hacia el socialismo y el comunismo por las vías que respondan a las condiciones concretas de cada país y a las tradiciones y experiencias de cada pueblo.
- La lucha contra el nacionalismo reaccionario y su penetración en el movimiento comunista y obrero.

El internacionalismo ha servido de base para agrupar *orgánicamente* a los proletarios de los diferentes países. Desde el principio fue un medio muy valioso para superar la dispersión de la clase obrera, que era su principal debilidad en la lucha contra el capital. Es significativo que a la agrupación política masiva del movimiento obrero sobre una base verdaderamente clasista pusiera comienzo una organización proletaria mundial: la I Internacional. La misma conversión de los proletarios en una clase políticamente autónoma se produjo a través de su toma de conciencia como fuerza internacional.

La I Internacional unió por vez primera, formando un todo único, la fuerza organizada y el internacionalismo de la clase obrera y dio un ejemplo clásico de cómo hay que salvaguardar la indisolubilidad de estos dos fundamentos del movimiento obrero. En el marco de la I Internacional cristalizó el principio básico de la actividad revolucionaria del proletariado y de su vanguardia: la unidad sobre una base clasista, dirigida contra los explotadores.

Por tanto, el internacionalismo caló en la entraña del movi-

miento obrero, se convirtió en su rasgo distintivo, en parte inseparable suya, en el manantial de su fuerza y de sus victorias de alcance histórico universal.

Marx y Engels contribuyeron a hacer comprender claramente a los obreros que la vía de la unidad del proletariado internacional pasa a través del triunfo en el movimiento obrero de la ideología proletaria y que es esta ideología la condición primordial para organizar a la clase obrera como una fuerza autónoma, independiente de la burguesía.

Al mismo tiempo, Marx y Engels no cerraron las puertas de la Internacional a quienes no estaban todavía preparados para aceptar íntegramente su programa. «Si de 1864 a 1873 hubiéramos insistido en trabajar sólo con quienes adoptaban ampliamente nuestra plataforma –escribía Engels en 1887–, ¿dónde estaríamos hoy? Creo que toda nuestra experiencia ha mostrado que es posible trabajar junto con el movimiento general de la clase obrera en cada una de sus etapas sin ceder u ocultar nuestra propia posición e incluso nuestra organización.»¹

Esta es precisamente la línea que permitió a Marx, uniendo a los distintos destacamentos y tendencias del movimiento obrero de aquel tiempo, forjar, como expresara Lenin, la táctica única de la lucha proletaria de la clase obrera de diferentes países.

Marx y Engels consideraban que podía admitirse perfectamente la diversidad de posiciones en los límites de la Internacional. Estimaban que el movimiento obrero internacional debe tener «un plan que se adapte fácilmente a las diversas condiciones de cada nación y de cada lugar y conserve, no obstante, en todas partes sus rasgos fundamentales, asegurando de ese modo la unidad de objetivo y la concordancia general de medios para cumplir la tarea común: la emancipación de la clase obrera por la propia clase obrera»².

Pero Marx y Engels eran intransigentes cuando las divergencias iban más allá del Programa y de los Estatutos de la

¹ C. Marx y F. Engels. *Correspondencia*, Ed. Cartago, 1957, pág. 297.

² C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, Moscú, t. XIX, pág. 132, ed. en ruso.

Internacional y se convertían en una amenaza a la unidad del movimiento obrero. Así lo prueba brillantemente la lucha sostenida por ellos contra Bakunin y los anarquistas.

Los bakuninistas asestaron un duro golpe a la causa de la unidad. Como señalara Engels, el objetivo de los bakuninistas «no es hacer que estalle el régimen explotador existente, sino la Asociación que libra la más enérgica lucha contra él».³

El movimiento obrero internacional tropezó por primera vez con el problema de la escisión. Y, en efecto, la escisión se produjo. Pero ¿puede servir esto de base para considerar, como hacen los dirigentes del Partido Comunista de China queriendo justificar su actividad disgregadora, que Marx y Engels veían en la escisión el único medio de superar las divergencias? No. Marx y Engels, como también Lenin, abordaban el problema de la escisión, como otros problemas políticos, con un criterio histórico concreto y juzgaban de su conveniencia teniendo en cuenta, en primer lugar, su repercusión en la vitalidad del movimiento (o partido) y, en segundo lugar, si la escisión contribuía o no a resolver la principal tarea revolucionaria.

En aquella época el movimiento obrero vivía la fase inicial de su formación política. La justeza y la fecundidad de este proceso dependían de que siguiera marchando por el camino de la fusión del movimiento obrero con el socialismo científico. El bakuninismo amenazaba con malograr este proceso en su misma cuna. Por ello no había más salida que librarse de ese peligro mediante la inconciliable y enérgica expulsión de los bakuninistas de la organización que encarnaba el auténtico espíritu revolucionario y la perspectiva histórica de la clase obrera.

En cuanto a la tarea principal planteada entonces ante la Internacional estribaba, según Lenin, en sentar «los fundamentos de la lucha proletaria, internacional, por el socialismo».⁴ Tenía que esparcir entre la clase obrera tales semillas de internacionalismo que, ante la inevitable extensión del movimiento ya sobre una base nacional, sobre la base de partidos

obreros masivos en los distintos Estados, impidieran el resurgimiento del particularismo y del aislamiento y que, como consecuencia de ello, el movimiento obrero fuera fácil presa del nacionalismo burgués.

Marx, Engels y Lenin fueron los grandes abanderados de la unidad proletaria y consagraron toda su vida a fundamentar teóricamente esta unidad y a asegurarla en la práctica. Y sería un craso error erigir la escisión, como lo hace la prensa china, en ley del desarrollo del movimiento obrero. La tendencia general del movimiento obrero, determinada por su propia naturaleza y por sus objetivos, es el anhelo de una unidad cada vez más completa y eficaz y de una cohesión más y más amplia de todas las masas trabajadoras y de todas las fuerzas democráticas en torno a la clase obrera. Esta tendencia se acentúa y la unidad se hace más necesaria a medida que crece el movimiento obrero, que aumenta su influencia y que sobre él recae una mayor responsabilidad por los destinos de la humanidad. Erigiendo la escisión en ley de desarrollo del movimiento obrero, los dirigentes del PCCh persiguen fines nacionalistas de hegemonía, que están en pugna con los intereses cardinales de la actual etapa del movimiento revolucionario.

En la época de la II Internacional se acrecentó más aún el alcance del internacionalismo proletario. Aumentaron considerablemente el carácter masivo del movimiento obrero y su papel en la vida política de los principales países de aquel tiempo.

Sin embargo, crecieron también las fuerzas opuestas al internacionalismo. Acentuóse la presión ejercida sobre la clase obrera por los medios pequeñoburgueses, contaminados de la psicología nacionalista. La explotación colonial, al amparo de la cual empezó a nutrirse la aristocracia obrera, y la rivalidad interimperialista derivada del afán de obtener superganancias, rivalidad que la propaganda reaccionaria traducía al idioma del chovinismo, contribuyeron igualmente a difundir el nacionalismo burgués.

Lenin apreció altamente la actividad de la II Internacional en cuanto al fortalecimiento de la unidad de la clase obrera. Consideró muy valiosas, por ejemplo, las decisiones del Con-

³ C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, t. XVIII, pág. 114, ed. rusa.

⁴ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXVIII, pág. 303, ed. en ruso.

greso de Amsterdam (año 1904), que recomendó la unificación de los dos partidos obreros de Francia (los jauresistas y los guesdistas); de igual modo, Lenin apoyó la propuesta de colaboración con el Partido Laborista, aunque éste no reconocía el marxismo.

La analogía que los líderes chinos pretenden establecer entre su política escisionista y la posición de Lenin durante la primera guerra mundial, se asienta sobre una falsificación evidente. De hecho, los dirigentes chinos repiten la vieja versión de los «críticos» burgueses del leninismo, que presentaban a Lenin y a los bolcheviques como partidarios sempiternos de la escisión siempre que surgían divergencias, como partidarios de la escisión por la escisión. Sin embargo, todo el mundo sabe que Lenin únicamente propugnó la ruptura orgánica con los oportunistas en la II Internacional y en sus partidos después de que los líderes socialdemócratas traicionaron al internacionalismo y a la causa de la clase obrera y dividieron el movimiento obrero internacional. Lo dividieron pasándose al lado de los gobiernos burgueses; abrazando las posiciones del nacional-chovinismo y desplegando una campaña de hostigación contra el Partido de Lenin. En estas condiciones, la escisión en la que Lenin insistía en los años de la primera guerra mundial, equivalía realmente a reunir las fuerzas capaces de levantar la bandera del internacionalismo proletario, escarnecida por los líderes de la II Internacional.

La Internacional Comunista fue la encarnación del internacionalismo proletario en la primera etapa de la crisis general del capitalismo. Recogió todas las experiencias positivas del desarrollo del internacionalismo en el período de la I y la II Internacional. El internacionalismo del período de la III Internacional fue prácticamente el arma de la época de las revoluciones proletarias y del comienzo de la transición del capitalismo al socialismo en escala mundial. Gracias a la Internacional Comunista se creó por primera vez en la historia un movimiento revolucionario verdaderamente universal.

Lo principal en la nueva situación era el tránsito del socialismo del campo de la teoría a la práctica de la vida real. El socialismo nació —así ocurrió históricamente— en un país de un

nivel medio de desarrollo económico-social; sin embargo, tuvo que cargar sobre sus espaldas con el máximo de obligaciones internacionales. El País Soviético fue el primero en confirmar el socialismo en la práctica, el primero en hacer del socialismo una realidad. La «fuerza del ejemplo» se convirtió desde entonces en una imprescindible parte integrante del internacionalismo proletario, socialista.

Esa fuerza ha aportado al marxismo-leninismo nuevas posibilidades de enorme influjo sobre los pueblos.

— Durante la guerra civil, impuesta por el enemigo de clase y la intervención extranjera, la fuerza del ejemplo consistió en demostrar la invencibilidad y la grandeza de la revolución socialista.

— Durante el período de restablecimiento, la fuerza del ejemplo viene determinada por la capacidad de la clase obrera y del pueblo trabajador para realizar una actividad creadora sin capitalistas en la esfera estatal, económica y cultural.

— Durante el período de la edificación del socialismo, y más tarde, de la sociedad comunista, la fuerza del ejemplo se manifiesta en la revelación cada día más plena del contenido real de los ideales de la nueva sociedad.

En nuestra época, el criterio principal con que se mide la comprensión de sus obligaciones internacionales por cada destacamento nacional del movimiento revolucionario es hacer en su país el máximo de lo posible para el éxito de la causa común de la revolución y del socialismo en todo el mundo.

La alta contribución del País Soviético al internacionalismo proletario, además de la fuerza del ejemplo, consiste en que se ha convertido en la base material del movimiento revolucionario internacional.

El Partido Comunista de la Unión Soviética, al que la historia encomendó al comienzo de la época de transformación revolucionaria del mundo el papel de vanguardia de la organización internacional de nuevo tipo, hizo todo cuanto pudo para que el movimiento obrero de otros países utilizase lo mejor posible su conquista histórica: el feliz desarrollo del primer Estado proletario.

A su vez, otros partidos marxistas, luchando en sus respec-

tivos países por el desarrollo del movimiento obrero en una dirección revolucionaria, consideraban que su obligación primordial era defender la República Soviética. Preservar el socialismo en el País de los Soviets significaba salvaguardar la causa del socialismo en general. Este era el punto central del internacionalismo proletario en la primera etapa de la época inaugurada por la Revolución de Octubre. Este enfoque del internacionalismo fue el que aseguró las grandes victorias en la realización de los ideales de Marx y Lenin.

Casi medio siglo de experiencia ha demostrado que ha sido justo el camino por el que Lenin y los comunistas han conducido al movimiento obrero. Este fue el camino del internacionalismo proletario por el que Lenin y los comunistas exhortaron a marchar a todo el movimiento obrero. Pero los socialdemócratas siguieron otro camino, la vía reformista, que inevitablemente les llevó a alejarse del socialismo, cuya existencia era ya real, y, por consiguiente, a ahondar cada vez más la división del movimiento obrero internacional.

La renuncia a tomar en consideración la experiencia de la Rusia Soviética, más aún, la impúdica denigración de esta experiencia y su acusación falsa, no sólo constituían un indignante ultraje a las tradiciones de la solidaridad proletaria, sino que condujeron a la degradación de la socialdemocracia, a su debilitamiento incluso en los intentos de defender los intereses de los obreros sin salir del marco del régimen burgués. Al unirse a las fuerzas irreconciliablemente hostiles al País del Socialismo, la socialdemocracia de derecha privóse de la posibilidad de luchar por el derrocamiento del régimen capitalista incluso cuando todavía se mantenía este deseo en las filas de tal o cual partido socialdemócrata. Los hechos de las últimas décadas lo atestiguan inexorablemente. Durante ese tiempo, en una serie de países, los socialdemócratas estuvieron más de una vez en el Poder, a veces durante muchos años. Pero en ninguno de esos países el capitalismo ni siquiera se quebrantó.

El proletariado internacional y los pueblos del mundo entero tienen la posibilidad de comparar los resultados de los dos caminos seguidos por el movimiento obrero después de su escisión: el de la revolución proletaria y del internacionalismo

proletario, de un lado, y el del reformismo, de otro. La comparación muestra convincentemente el grandioso significado de la teoría revolucionaria y del internacionalismo proletario para la lucha de la clase obrera por sus objetivos vitales.

Pero la comparación de estos dos caminos responde asimismo a otra cuestión: demuestra que las victorias del marxismo-leninismo en la realización de los objetivos del proletariado y los consiguientes cambios en las condiciones de la lucha de clases ofrecen nuevas y grandes posibilidades para la unidad de acción de todos los sectores del movimiento obrero. En efecto, hoy muchos de los problemas cardinales han sido solucionados en favor del leninismo por la propia marcha del desarrollo del movimiento obrero internacional.

En 1917 y en los años siguientes la divergencia fundamental giraba en torno a si el socialismo podía vencer en Rusia y si se debía instaurar la dictadura del proletariado para realizar el tránsito del capitalismo al socialismo. Los socialdemócratas de derecha desplegaron una encarnizada lucha contra la teoría y la práctica leninistas de la construcción del socialismo en Rusia sobre la base de la dictadura del proletariado. Ensalzaban la «democracia», que no era otra cosa que la democracia burguesa, es decir, la dictadura de la burguesía. Desde entonces han transcurrido más de cuarenta años. Los líderes socialdemócratas no han dado ni un solo ejemplo de realización de los objetivos socialistas de acuerdo con sus recetas. En cambio, el pueblo soviético ha construido el socialismo durante esos años y camina seguro hacia el comunismo, cumpliendo con honor el deber internacional que le ha confiado la historia. El socialismo se construyó en la Unión Soviética en una situación excepcional. El desenfreno y la cólera del imperialismo mundial y de la reacción interior provocaron una inusitada exacerbación de la lucha de clases en Rusia, condujeron a una guerra civil asoladora y a la intervención extranjera. Pero esto de ninguna manera anulaba el principio fundamentado ya por Marx: los comunistas son enemigos invariables de la violencia como finalidad, y el grado de su aplicación depende sólo de la conducta del enemigo de clase.

Los líderes de la socialdemocracia, haciéndose eco en reali-

dad de la propaganda burguesa, presentaban a los comunistas como partidarios de la pura violencia, hicieron de la «violencia de los bolcheviques» un espantajo con el propósito de alejar a los obreros del leninismo y, prácticamente, del socialismo en general.

En realidad, la dictadura del proletariado, desde el comienzo mismo, ha sido siempre, según la expresión de Lenin, mil veces más democrática que el Poder burgués más democrático, porque la dictadura del proletariado es la verdadera democracia para los trabajadores, para las masas populares. Pero los líderes socialdemócratas hacían hincapié exclusivamente en la faceta de la dictadura del proletariado que está relacionada con la violencia. «No cabe duda —recalcaba Lenin— de que sin esta característica —sin violencia revolucionaria— el proletariado no habría vencido, pero es indudable también que la violencia revolucionaria sólo es un método necesario y legítimo de la revolución en determinados momentos de su desarrollo, únicamente cuando se dan condiciones especiales y determinadas, y que una cualidad mucho más profunda y permanente de esta revolución, la condición de su triunfo, es y será siempre la organización de las masas proletarias, la organización de los trabajadores. Esta organización de millones de trabajadores, en efecto, es la condición más importante de la revolución, la fuente más profunda de sus victorias.»⁵

La vida se encargó de echar por tierra las falsas ideas de los líderes socialdemócratas. La dictadura del proletariado apareció ante el mundo como una auténtica y efectiva democracia para las masas populares, como una democracia cada día más amplia. La experiencia acumulada por la humanidad, y sobre todo la experiencia soviética, ha confirmado la inevitabilidad de la dictadura del proletariado y los plazos históricos de su existencia en función de las condiciones concretas.

El culto a la personalidad tergiversó algunos aspectos de la dictadura del proletariado, frenó su transformación en sistema de democracia de todo el pueblo. Pero no pudo detener

⁵ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXVIII, pág. 74, ed. en ruso.

el proceso de desarrollo del democratismo sobre bases socialistas. El XX Congreso del PCUS arrojó resueltamente el lastre del culto a la personalidad y abrió vasto campo al desarrollo de la democracia socialista. El socialismo, despojado de las contingencias accidentales suscitadas por la encarnizada lucha de clases que la burguesía impuso al proletariado y por las consecuencias negativas del culto a la personalidad de Stalin, demuestra hoy al mundo sus magníficas realizaciones, tal como efectivamente son.

El socialismo, triunfante y consolidado irrevocablemente en la URSS y en otros países, ha creado nuevas condiciones exteriores favorables para las nuevas revoluciones y para la construcción socialista. Los pueblos, como lo previeran Marx y Lenin, pueden ahora ir al socialismo por vías no tan difíciles y más diversas, incluida la vía pacífica. Esto acredita convincentemente la gran función libertadora que desempeña hoy el poderoso y afianzado socialismo en relación a todo el resto de la humanidad. La brecha abierta al futuro por el pueblo soviético, ensanchada después por otros países, ha permitido desplegar la ofensiva de las fuerzas revolucionarias contra el régimen de explotación en todo el frente mundial. En el curso de esta ofensiva se abre un inmenso campo para la manifestación de la iniciativa, del impulso revolucionario y del genio creador de cada pueblo.

Es del todo natural que justamente el Partido de Lenin, que desde su nacimiento luchó con tesón y sin compromisos por la penetración de la idea de la dictadura del proletariado en el movimiento socialista, y que tanto hizo para su fundamentación teórica y su realización práctica, ahora, cuando las condiciones estaban ya maduras, haya planteado por propia iniciativa la cuestión de los plazos históricos concretos de la dictadura y ponga en práctica esta tesis mediante la creación del Estado socialista de todo el pueblo.

Y tal vez la expresión más elocuente de la actitud de los comunistas hacia la violencia sea que el sistema socialista mundial, dirigido por ellos, ha planteado ya ahora en el terreno práctico el problema de la eliminación de la guerra mundial de la vida de la sociedad, es decir, el problema de destruir la

forma más terrible de la violencia que haya conocido la historia de la humanidad.

La piedra de escándalo entre socialistas y comunistas ha sido la cuestión sobre la fuerza que representa la clase obrera en la lucha por la victoria de la revolución socialista y en el transcurso de la edificación del socialismo. Es preciso decir que, por lo general, la posición de los comunistas en este problema ha sido tergiversada y hasta hoy día no siempre es correctamente comprendida por los socialdemócratas. A los comunistas se les atribuye el afán de «excluir» a todos los demás partidos de la participación en la edificación de la nueva sociedad. Esto, claro está, no es así. Como se sabe, en el primer Gobierno soviético, además de los bolcheviques, participaron los social-revolucionarios de izquierda. Pero éstos no estuvieron a la altura de la responsabilidad histórica que requería la revolución. Complicados en las intrigas con el enemigo de clase, se pasaron al campo de la contrarrevolución y fueron lanzados por la borda; la colaboración con ellos fue imposible cuando comenzaron a organizar sublevaciones y a asesinar a dirigentes de la revolución.

La experiencia de una serie de países de democracia popular, donde existe un sistema de pluralidad de partidos, demuestra elocuentemente que los comunistas no son por principio partidarios de la concepción del «partido único».

Es de todo punto evidente que la consolidación de las posiciones del socialismo en el mundo y el cambio de la correlación de fuerzas en favor de la clase obrera, en detrimento del imperialismo y de la reacción, crean la posibilidad de nuevas y eficaces formas de colaboración entre los partidos que actúan en el movimiento obrero. No se debe olvidar, se sobreentiende, que los líderes socialdemócratas de derecha han traicionado la causa de la clase obrera, han roto con el marxismo y con los ideales del socialismo. En los partidos socialdemócratas hay aún dirigentes a los que Marx y Lenin llamaron con justa razón «lugartenientes obreros de la burguesía», que apoyan con tesón la política de las camarillas gobernantes de sus países y se preocupan más que nada de luchar contra el comunismo, contra la Unión Soviética y otros países socialistas. Por eso los

comunistas critican las posiciones ideológicas y la práctica oportunista de derecha del socialdemocratismo, puntualizando que en el aspecto ideológico no hay ni habrá compromisos y que la defensa de la pureza del marxismo-leninismo es hoy, como lo ha sido siempre, una tarea trascendental de los partidos comunistas. Pero en el movimiento socialdemócrata son muchos los que desean colaborar con los comunistas. Y esto permite decir con todo derecho que es posible establecer la unidad proletaria en la lucha por los objetivos comunes, no sólo en los distintos países, sino en escala internacional, lo que significaría un verdadero nuevo triunfo de las ideas del internacionalismo proletario.

Es indudable que bajo el influjo de los éxitos del socialismo mundial resurge entre los socialdemócratas la fe en el papel rector del proletariado. En una serie de países capitalistas se amplía y consolida la unidad de acción de socialistas y comunistas en torno a numerosas cuestiones: contra la carrera armamentista, por la coexistencia pacífica entre Estados de diferente régimen social, contra los regímenes reaccionarios, racistas y fascistas, en apoyo de la lucha de liberación nacional de los pueblos, frente a la ofensiva de los monopolios capitalistas contra los derechos de los trabajadores.

La experiencia de la lucha de clases confirma la justeza de la política de unidad de acción que aplican los partidos comunistas. En el transcurso de la lucha que la clase obrera sostiene contra los monopolios, en torno a ella se cohesionan capas cada vez más amplias de la nación. En esta lucha madura y se forma el ejército político encabezado por la clase obrera, capaz de derribar el dominio de los monopolios y de avanzar hacia el socialismo.

La plataforma del internacionalismo proletario se ha ensanchado ahora hasta unas proporciones auténticamente mundiales gracias a la incorporación de múltiples destacamentos masivos de fuerzas revolucionarias de África, América Latina y Asia a la lucha contra el enemigo secular y principal de la clase obrera: el capitalismo, el imperialismo. El creciente influjo del socialismo sobre la evolución del mundo y sobre las condiciones de la lucha revolucionaria en todo el orbe, de un lado, y

el nivel alcanzado por el movimiento de liberación nacional, de otro, crean la base objetiva para una cohesión nunca vista de las diversas fuerzas y organizaciones políticas. Hoy, en la lucha por los objetivos comunes, es posible la acción conjunta de los partidos marxistas-leninistas no sólo con los partidos tradicionalmente ligados con el movimiento obrero, que defendieron siempre las ideas socialistas, sino también con los jóvenes partidos democráticos revolucionarios que han estado al frente de sus pueblos en la lucha antiimperialista y han abrazado la vía de las transformaciones radicales.

Este proceso de cohesión internacionalista de las fuerzas políticas sobre una base más amplia por así decirlo, se está produciendo ya, y cada año son más los ejemplos elocuentes de apoyo mutuo amistoso, de fecunda colaboración, de útil intercambio de opiniones y de experiencias, lo que permite comprender mejor los cambios y los avances socio-económicos y políticos que se producen en el mundo contemporáneo y enriquece tanto la teoría como la práctica de todo el movimiento revolucionario mundial. El PCUS y otros partidos marxistas-leninistas, desde hace años, aportan una gran contribución práctica a la creación de esta nueva unidad internacionalista, dando ejemplo de iniciativa, de audacia en el enfoque de los problemas planteados por la vida, de apoyo consecuente y resuelto a todas las fuerzas que se incorporan a la lucha contra el imperialismo y la reacción.

Por consiguiente, es necesario y posible formar un frente común de alianzas políticas que comprendan a los tres grupos principales de países del mundo actual, que representen a los movimientos de masas y que realicen la unidad de acción de los partidos marxistas-leninistas, de otros partidos obreros, de los partidos democráticos revolucionarios de los países recién independizados y de las diferentes organizaciones democráticas que luchan contra el imperialismo, por la paz, la democracia y el socialismo.

La ampliación y consolidación de los vínculos con otras fuerzas sociales progresistas presuponen el ulterior fortalecimiento de los partidos comunistas en el sentido ideológico, político y orgánico. Cuanto más fuertes sean los partidos mar-

xistas-leninistas, mayor será la influencia de las ideas del comunismo científico en las más amplias capas del pueblo, con más éxito avanzará el proceso de cohesión de todas las fuerzas antiimperialistas.

El internacionalismo, el nacionalismo y el desarrollo de las naciones

Los adversarios ideológicos del marxismo-leninismo intentan contraponer el internacionalismo proletario a los intereses de las distintas naciones, particularmente a los intereses de las naciones oprimidas en lucha por su libertad y el resurgimiento nacional. Tal contraposición es falsa.

El marxismo se basa en la apreciación de las dos tendencias objetivas en el problema nacional: ya en el capitalismo se produce el despertar de la vida de la nación y de los movimientos nacionales, se despliega la lucha contra la opresión imperialista extranjera, por la creación de Estados nacionales; al mismo tiempo, en particular en la época del imperialismo, se desarrollan rápidamente los lazos económicos y de todo otro orden entre distintas naciones y se rompen las barreras nacionales.

Por eso los marxistas, al defender la unidad internacional de la clase obrera, apoyan la aspiración de todas las naciones a la independencia. La vía hacia el acercamiento de las naciones pasa a través de su emancipación y de su florecimiento: en esto reside uno de los signos del contenido democrático general del internacionalismo proletario.

El apoyo a los movimientos de liberación nacional constituyó una de las líneas fundamentales de la política de la I Internacional. Los fundadores del marxismo vieron en la liberación nacional una condición necesaria y previa de la lucha por la emancipación social.

La línea del verdadero internacionalismo fue continuada y enriquecida por Lenin. La experiencia de la URSS demuestra que la estrecha colaboración de todos los pueblos constituye una condición necesaria del florecer de cualquier nación. Y el

esplendor de cada nación conduce, a su vez, a una mayor cohesión de todas las naciones y de todos los pueblos.

Lenin, creador de las bases de la política del movimiento comunista también en relación con la lucha de liberación nacional de los pueblos en escala mundial, enseñó a defender el democratismo más resuelto y más consecuente en todos los aspectos de la cuestión nacional, teniendo en cuenta, claro está, que en una determinada etapa la burguesía utilizará el nacionalismo con miras a consolidar sus posiciones. La experiencia histórica muestra que en el transcurso del movimiento de liberación nacional, en dependencia de la distribución y correlación de las fuerzas de clase, el nacionalismo desempeña en los distintos países un papel diferente. En la mayoría de los países, particularmente allí donde el movimiento de liberación nacional lo dirigen fuerzas democráticas revolucionarias, el nacionalismo es un instrumento eficaz de la lucha antiimperialista y de las transformaciones revolucionarias democráticas. Pero se dan casos en que la cúspide reaccionaria y explotadora aprovecha el nacionalismo para defender sus intereses egoístas, para frenar el progreso social de la nación.

No hay que olvidar que la lucha de los pueblos liberados contra el colonialismo no ha terminado. Han obtenido la independencia política, pero estos pueblos permanecen aún en el sistema de la economía capitalista mundial y todavía están oprimidos en el orden económico por las potencias imperialistas. Por eso la lucha de la mayoría de los pueblos de las antiguas colonias y semicolonias continúa siendo una lucha de liberación nacional y requiere muchos esfuerzos.

En diversos países el movimiento libertador fue encabezado por demócratas revolucionarios, que vinculan la lucha por la emancipación nacional a transformaciones sociales y económicas radicales. No hay que olvidar que las nuevas condiciones históricas marcan profundamente su impronta al desarrollo de los pueblos liberados. Hoy es posible el resurgimiento nacional de los países liberados siguiendo la senda del desarrollo no capitalista, con el apoyo fraternal de los Estados socialistas. Los pueblos liberados se convencen en la práctica de que la vía más segura hacia la plena liquidación del colonialismo y

hacia el resurgimiento nacional pasa a través de transformaciones de carácter socialista, a través del desarrollo de lazos internacionales con los países socialistas. Y al mismo tiempo, los pueblos de los países liberados ven que el internacionalismo proletario, por el que se guían los marxistas-leninistas, constituye la plataforma de las relaciones amistosas entre los países del sistema socialista y esos pueblos, que abre las perspectivas más favorables para su desarrollo por la senda de la paz y del progreso social.

Los marxistas-leninistas comprenden bien el peligro del nacionalismo burgués para los destinos de los pueblos de los países liberados. Por esta razón se pronuncian resueltamente contra las consignas racistas de los escisionistas chinos, orientadas a aislar del movimiento obrero internacional y del sistema socialista mundial a los pueblos ya emancipados y a los pueblos que luchan por su liberación nacional. Con tales consignas, el nacionalismo se convierte en una fuerza completamente reaccionaria, capaz de inferir un inmenso daño a la lucha de liberación de todos los pueblos.

En el proceso de desarrollo del internacionalismo proletario, en cada etapa histórica se encuentran dificultades y contradicciones. El nacionalismo y el sectarismo resurgen en ciertos períodos sobre una nueva base y en nuevas formas.

La victoria del socialismo conduce a una consolidación inusitada de las naciones. La formación de la unidad social y política de la nación origina un auge insólito del patriotismo. Se puede afirmar que sólo en las condiciones de la sociedad socialista la nación se reconoce por vez primera como un todo auténtico, adquiere unidad de conciencia, de voluntad y de acción. La unidad inquebrantable de la sociedad, de la nación, es una conquista del socialismo, uno de los índices más claros de su superioridad sobre el régimen capitalista, que separa a los hombres.

Mas no se puede hacer caso omiso del peligro que implica el resurgir, en determinadas condiciones, de los sentimientos y de las tendencias nacionalistas como subproducto del patriotismo socialista. Es notorio que el nacionalismo ha enraizado profundamente en la conciencia y la psicología de determinadas

capas sociales. Se adapta a las nuevas condiciones, anida como un parásito en el elevado sentimiento del patriotismo.

Los vestigios de los vínculos anómalos e irregulares engendrados por el capitalismo en las relaciones entre las naciones continúan existiendo durante cierto tiempo aun después del triunfo de la revolución socialista. No se les puede borrar ni destruir inmediatamente después de establecer la dictadura del proletariado, al igual que tampoco se puede liquidar de golpe la desigualdad económica y cultural de las naciones, que también es una herencia del pasado. Por eso la unidad de la comunidad de Estados socialistas se cimenta y desarrolla a través de la lucha contra los prejuicios nacionalistas burgueses y contra sus resabios, que resurgen sobre una nueva base y en nuevas formas.

El marxismo-leninismo tiene en cuenta el peligro de los vestigios nacionalistas y advierte la necesidad de neutralizar su influencia y de luchar contra ellos. Mas la práctica de los últimos años demuestra que no todos los partidos comunistas gobernantes han resultado capaces de contrarrestar la presión del nacionalismo y de aplicar una política internacionalista consecuente. La ola pequeñoburguesa ha afectado a la dirección del PCCh y ha sacado a la superficie la sucia espuma del nacionalismo y del egoísmo de gran potencia.

Ciertos errores de la dirección del PCCh se han transformado actualmente en todo un sistema de puntos de vista nacionalistas. Así lo indica toda su actuación de estos últimos años, que demuestra que los dirigentes chinos se apartan del internacionalismo proletario y pretenden colocar a otros países socialistas bajo la subordinación de China. Esto mismo lo confirma la evidente exaltación nacionalista de todo lo chino, el cultivo del chovinismo.

La posición antileninista de los dirigentes chinos se pone también de manifiesto en las pretensiones de hegemonía que tan sin escrúpulos y en forma desvergonzada proclaman en los últimos años ante el movimiento comunista. «La posición ideológica encabezada por Mao Tse-tung —sentencia *Jenmin jihpao*— debe... asumir la dirección del movimiento comunista internacional.»

La campaña de calumnias y de ataques, indigna de comunistas y de luchadores honestos del movimiento liberador, que la prensa china lanza contra el PCUS, la Unión Soviética y otros países socialistas y partidos marxistas-leninistas, tiene como base ese mismo nacionalismo agresivo.

La actitud de los dirigentes chinos representa un gran peligro para la unidad del movimiento comunista internacional y para el sistema mundial del socialismo. Quiéranlo o no los dirigentes del PCCh, con sus actos ayudan al enemigo de clase a realizar su objetivo: destruir la unidad del movimiento comunista internacional. De ahí que la réplica contundente al nacionalismo de los dirigentes chinos sea obra muy importante de todos los auténticos internacionalistas y seguidores de la gran causa de Marx y Lenin, de los combatientes por la paz y el socialismo.

Todos los países socialistas tienen tareas internacionales comunes, y ante todo, como es lógico, la preservación del sistema socialista de los atentados del imperialismo internacional y la defensa militar del sistema mundial del socialismo. El peso principal de los gastos y de los sacrificios ligados al cumplimiento de estas tareas recayó y recae sobre la Unión Soviética. Los soviéticos siguen invirtiendo muchos recursos para fortalecer la potencia defensiva del sistema socialista mundial, para prestar ayuda económica a otros países, menos desarrollados, que pertenecen al sistema socialista mundial. Es bien conocido, por ejemplo, que el potencial coheteril-nuclear creado y sustentado por la Unión Soviética asegura la paz a todos los países socialistas.

Otros países de la comunidad socialista hacen su aporte a la solución de las tareas comunes. Sin embargo, la exacerbación del nacionalismo, como muestra la práctica de los dirigentes chinos, engendra un afán ajeno al internacionalismo proletario de contraponer su país a la comunidad de Estados socialistas. Esto constituye un peligro para la unidad del sistema mundial del socialismo, debilita los vínculos entre los países socialistas, socava su amistad, amengua la influencia del socialismo sobre la marcha del desarrollo mundial y, en definitiva, causa grave daño a los propios intereses nacionales del pueblo chino.

Para superar las reminiscencias nacionalistas que pueden aparecer también en la sociedad socialista, no hay más que un camino: que cada país socialista cumpla honrosamente con el deber internacionalista común y sea fiel al marxismo-leninismo.

El internacionalismo y la lucha por la paz

A lo largo de siglos las clases explotadoras convirtieron en una especie de tradición el ocultar las bandidescas agresiones a otros pueblos con la ideología de la «profanación» de los indígenas, de los infieles, de los herejes, etc. La exacerbación del fanatismo religioso, tribal, racial y nacionalista forma parte de una cadena tendida desde remotas épocas y es prueba fehaciente del sojuzgamiento espiritual del hombre, de la tendencia a hacer de él un instrumento dócil de la avaricia y del egoísmo de los opresores. El internacionalismo proletario arrancó el velo de las motivaciones con que se justificaban ideológicamente las guerras de agresión y de pillaje. De esta manera el internacionalismo proletario, que surgió como una ideología de clase, tomó en sus manos la antorcha de la gran tradición humanista, nacida de las entrañas del pueblo, para llevarla a su meta, a la plena victoria sobre la guerra.

El internacionalismo es la ideología y la práctica de la paz y de la amistad entre los pueblos. No es casual que, al avivar las guerras fratricidas, la burguesía trate sobre todo de asesinar un golpe al internacionalismo proletario, de emponzoñar la conciencia de las masas trabajadoras y de la clase obrera con el veneno del nacionalismo.

En la época de la I Internacional, cuando la clase obrera comenzaba a dar sus primeros pasos, Marx la instó con toda vehemencia a tener bien presente la elevada misión que desde entonces habría de asumir. «Sobre vosotros recae un glorioso deber —escribía a los obreros norteamericanos—: mostrar al mundo que ahora, por fin, la clase obrera ya no sale a la arena de la historia como sumiso ejecutor, sino como una fuerza independiente que reconoce su propia responsabilidad y es

capaz de dictar la paz allí donde sus llamados patronos vociferan sobre la guerra.»⁶

Marx comprendía bien que en aquel entonces la clase obrera no tenía fuerzas para eliminar las guerras de la vida de la sociedad o, al menos, para impedir que estallasen. Sin embargo, ni siquiera en aquella época esta circunstancia jamás fue considerada por los dirigentes del movimiento obrero como un motivo para renunciar a la lucha contra el militarismo y la guerra. En una resolución del Congreso de Bruselas de la I Internacional se subrayaba en particular que «los pueblos pueden desde ahora mismo disminuir el número de guerras, oponiéndose a los que las declaran y las conducen».

Estas tradiciones nunca se extinguieron en la historia del movimiento obrero. Se desarrollaron y multiplicaron año tras año. Como es sabido, se vieron reflejadas en los congresos de Stuttgart y Basilea, que expresaron solemnemente su decisión de luchar contra la guerra. Los líderes oportunistas de la II Internacional traicionaron las resoluciones antimilitaristas de los congresos. Fueron Lenin y los bolcheviques quienes levantaron la bandera de la lucha contra la guerra.

La lucha por la paz estuvo invariablemente en el centro de la atención de la Internacional Comunista. Su VII Congreso hizo, como se sabe, una gran aportación a esta lucha. En su resolución se decía: «La política de paz de la URSS, que se contrapone a las discordias de tipo nacional y racial, —el internacionalismo proletario— no sólo va dirigida a defender el País Soviético, a garantizar la seguridad de la edificación socialista; protege, además, la vida de los obreros de todos los países, la vida de todos los oprimidos y explotados, salvaguarda la independencia nacional de las naciones pequeñas, sirve a los intereses vitales de la humanidad, protege la cultura contra la barbarie bélica.»

En nuestro tiempo estas tradiciones internacionales de lucha contra la preparación de guerras imperialistas adquieren una importancia especial debido a los cambios radicales que se han operado tanto en toda la situación histórica en la arena mun-

⁶ C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, t. XVI, págs. 372-373, ed. rusa.

dial como en la técnica militar y en los medios de hacer la guerra. Hoy existen en el planeta fuerzas capaces de dar una réplica a los planes agresivos del imperialismo. Los comunistas fueron los iniciadores de la lucha contra la amenaza de la guerra termonuclear que preparan los imperialistas. El movimiento comunista ha asumido valientemente la misión histórica de ser la vanguardia de la humanidad en el cumplimiento de esta tarea, que reviste una importancia vital. Guiándose por su teoría científica, puso de manifiesto ante el mundo entero toda la gravedad del peligro que amenaza a los pueblos, indicó exactamente su origen y en sus Conferencias de 1957 y 1960 propuso un plan concreto de acción. En el libro de la historia aparece inscrito para siempre el hecho de que el Manifiesto de la Paz ha sido proclamado en la época nuclear por los comunistas. La amenaza de una catástrofe termonuclear obliga al proletariado a poner en juego todo su poderío, todo poderío del sistema socialista para defender la causa de la paz. En esto consiste el deber internacional del proletariado. «La clase obrera internacional —se dice en la Declaración de 1960— debe unir sus filas para salvar a la humanidad de la catástrofe que supone una nueva conflagración mundial.»

Los dirigentes del Partido Comunista de China han revisado este mandato del foro comunista internacional. Mantienen un rumbo hostil con respecto a la URSS y a la comunidad socialista.

La concepción que relaciona la victoria del comunismo con la guerra termonuclear, con el destino de los pueblos que en razón de su gran volumen demográfico no se ven amenazados de exterminio total, nada tiene de común con el internacionalismo proletario, con el marxismo-leninismo. Al igual que otras teorías de los dirigentes del PCCh, esta concepción también es de origen nacionalista, con la particularidad de que posiblemente en ella se manifieste con mayor nitidez el hecho indudable de que en nuestro tiempo el nacionalismo se vuelve contra la lucha por la paz. Y en este caso impugna abiertamente la línea general de los partidos comunistas, que han asumido la gran misión histórica de no permitir el desencadenamiento de una nueva guerra mundial.

Los que anhelan realmente el triunfo de los principios del internacionalismo proletario y acercar la victoria del socialismo en todo el mundo, no pueden jugar con la idea de la guerra termonuclear, sino que deben reforzar por todos los medios el sistema mundial del socialismo, intensificar los esfuerzos para sofrenar a los agresores y conjurar la guerra. Como indican las resoluciones de los foros mundiales comunistas de 1957 y 1960, existen todas las posibilidades para luchar por el triunfo de las revoluciones socialistas en condiciones de paz entre los países de diferente régimen social.

El internacionalismo proletario, principio que rige las relaciones entre los partidos hermanos

Con la fundación de la I Internacional el internacionalismo proletario adquirió una forma orgánica que en el curso de los ulteriores progresos del movimiento obrero mundial se desarrolló y perfeccionó constantemente. Gracias a la I Internacional, el movimiento obrero pudo crear en plazo breve sus partidos políticos independientes de la burguesía.

La II Internacional fue ya la unión internacional de los partidos proletarios nacionales independientes. El contacto entre ellos se hizo más complejo y se enriqueció con nuevas formas de ligazón. Sin embargo, la II Internacional no pudo preservar a la solidaridad proletaria internacional contra el nacionalismo burgués, al que el reformismo y el oportunismo le abrieron de par en par las puertas en la mayoría de los partidos obreros de aquel tiempo.

En la época revolucionaria que sucedió al período de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo, se necesitaba una nueva organización política internacional, capaz de superar la influencia del socialchovinismo y de cohesionar al movimiento proletario con los lazos de una disciplina revolucionaria consciente. En vista de ello Lenin consideró como una necesidad vital la existencia de una organización centralizada dentro de la cual estuviera al mismo tiempo desarrollado al máximo el democratismo. Esto estaba plenamente justificado en aquella

situación. Se podrían citar muchos ejemplos acerca de cómo el centralismo fue uno de los factores fundamentales que permitieron defender a la Internacional Comunista, sobre todo en los primeros años, contra las tendencias sectarias y oportunistas de derecha, que encontraban un terreno apropiado entre los jóvenes partidos comunistas.

Lenin insistió siempre en la necesidad de estudiar las experiencias de los bolcheviques. Pero también tenía en cuenta la complejidad de este proceso en el marco de una organización centralizada como la Internacional Comunista. Al notar a tiempo en el joven movimiento comunista internacional la tendencia a copiar mecánicamente la táctica de los bolcheviques, Lenin se pronunció contra la subestimación izquierdista de la importancia de las peculiaridades nacionales en la actividad de los partidos comunistas. En el libro *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, a la vez que recalca la necesidad de una organización internacional centralizada, Lenin escribió: «Hay que darse perfecta cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente e idénticas.»⁷

Posteriormente, después de la muerte de Lenin, a medida que el movimiento comunista se incrementaba y se extendía a nuevas zonas geográficas, a la Internacional Comunista le resultaba cada vez más difícil penetrar en las condiciones específicas de los distintos países y dirigir a los partidos. Ya el VII Congreso de la Internacional Comunista resolvió en parte la contradicción entre la forma centralizada de dirección del movimiento comunista y la necesidad de una mayor autonomía de los partidos comunistas en las nuevas condiciones.

En los años de la segunda guerra mundial, cuando aumentaron extraordinariamente el volumen y la especificidad de las tareas planteadas ante los partidos comunistas, la Internacional Comunista como forma de unificación del movimiento comunista mundial ya no respondía a las condiciones creadas y fue disuelta.

⁷ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLI, pág. 76-77, ed. en ruso.

En el período posbélico el movimiento comunista alcanzó un nuevo nivel cualitativo. Surgió el sistema mundial del socialismo. En la mayoría de los países capitalistas los partidos comunistas crecieron, acentuóse la diferencia de las situaciones en que tenían que actuar, las tareas se hicieron más complejas. La mayoría de los partidos comunistas acumularon una enorme experiencia política y de organización. Era evidente que el contenido polifacético del movimiento comunista internacional ya no encajaba en una organización única centralizada. La experiencia de la labor del Buró de Información de los partidos comunistas y obreros confirmó esto una vez más. Se necesitaban formas nuevas, más flexibles, de ligazón entre los partidos comunistas de los distintos países. El jalón decisivo en el proceso de formación de las normas para las relaciones entre los partidos comunistas en la etapa actual fue el histórico XX Congreso del PCUS, que puso fin a la influencia negativa del culto a la personalidad de Stalin en el desarrollo del movimiento comunista internacional.

Las Conferencias de Moscú de representantes de los partidos comunistas y obreros de 1957 y 1960 determinaron las nuevas formas de las relaciones internacionales de los comunistas. Constituyen un desarrollo concreto y una aplicación del internacionalismo proletario en las condiciones actuales. Su objetivo fundamental es consolidar la unidad internacional del movimiento comunista. Por su propia naturaleza el movimiento comunista es una encarnación del internacionalismo proletario. Las relaciones mutuas entre los comunistas constituyen la médula del mismo. Y las normas de estas relaciones mutuas forman el núcleo de los principios generales del internacionalismo socialista.

Las Conferencias de los partidos comunistas y obreros de 1957 y 1960 son un ejemplo admirable del internacionalismo proletario de nuestro tiempo. Representantes de los comunistas de todas las zonas del universo manifestaron en ellas su solidaridad en la solución de las tareas planteadas ante la humanidad en la presente etapa. En los documentos de las Conferencias se expresa la profunda solicitud de los comunistas por la defensa de los intereses de la clase obrera y de los pueblos de

todos los países y continentes sin diferencia de raza y nacionalidad, la conciencia de su gran responsabilidad por el mantenimiento de la paz, por la victoria del socialismo en la Tierra, por la suerte de toda la humanidad. Apoyándose en estos documentos, verdadero programa conjunto, los comunistas han logrado nuevos triunfos en la lucha por la causa de la paz y del socialismo, han dado no pocas pruebas de que la política marxista-leninista es el internacionalismo proletario en acción.

Ahora ha acrecido como nunca la independencia de los partidos en el movimiento comunista internacional. Por consiguiente, cada partido procura obtener el mayor éxito en el sector correspondiente de la lucha en su país y determina por sí solo las vías más eficientes para lograr sus objetivos.

Todo esto atestigua la fuerza y la madurez del movimiento comunista. La independencia de los partidos seguirá aumentando en el futuro. Pero así como las ramas de un corpulento roble al crecer conservan las raíces comunes y forman una sola copa, del mismo modo el movimiento comunista mundial, al desarrollarse en amplitud y profundidad, mantiene su unidad internacional. El aumento de la independencia de los distintos partidos, si bien hace más complicadas las relaciones entre ellos, no socava en modo alguno la unidad del movimiento comunista. La independencia de los partidos marxistas-leninistas presupone una mayor responsabilidad para que la estrategia y la táctica elaboradas por ellos tengan en cuenta las tareas generales del movimiento comunista. Precisamente esta es la dialéctica de lo nacional y de lo internacional en el desarrollo del movimiento comunista mundial.

Cualquier intento de interpretar la autonomía de los partidos como un refugio para eludir la solución de las tareas internacionales comunes, como un «neutralismo» positivo ante la solución de los problemas comunes, en modo alguno puede ser considerado signo de independencia y de madurez. Semejante tentativa significa en realidad una concesión al nacionalismo y, por consiguiente, una concesión a la ideología burguesa, que considera siempre la «independencia» como antípoda del internacionalismo proletario. Los intentos de ceñirse a las tareas estrictamente nacionales, de aislarse del manantial vivificador que es

el movimiento comunista internacional, conducen inevitablemente al debilitamiento de las posiciones del partido marxista-leninista en el interior del país.

La responsabilidad de todos los partidos hermanos por la unidad del movimiento comunista mundial es singularmente grande ahora, cuando la dirección del PCCh mantiene en forma consciente y premeditada la línea de la escisión de las filas comunistas. Al pisotear los principios del internacionalismo, formulados en la Declaración de 1960 por ellos suscrita, los dirigentes chinos quieren a todas luces destruir la fraternidad internacional de los comunistas, resucitar los métodos del culto a la personalidad y de la imposición en las relaciones entre los partidos.

El frente cohesionado de los partidos comunistas, su activa participación en la lucha contra las posiciones nacionalistas pequeñoburguesas de la dirección del PCCh privarán a ésta de la posibilidad de sembrar la semilla de la discordia en los medios comunistas y garantizarán la unidad sobre una base marxista-leninista.

Al crear y dar vida a la I Internacional, Marx impartió al proletariado el precepto de cuidar como a las niñas de los ojos la solidaridad internacional, mantener fidelidad a los principios del internacionalismo proletario. En las condiciones actuales esto significa: salvaguardar la unidad de la comunidad socialista sobre la base de los principios del marxismo-leninismo y consolidar el poderío del sistema socialista mundial; concentrar todas las fuerzas para cumplir el primordial deber internacional de los comunistas: defender la paz, impedir la guerra termonuclear; desarrollar la ayuda fraternal entre los obreros de todos los países y continentes, entre la clase obrera y los pueblos que sostienen una lucha liberadora contra el imperialismo; robustecer la cohesión combativa de todas las fuerzas revolucionarias contemporáneas, a saber: el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional; fortalecer al máximo la unidad del movimiento comunista internacional contra todos los intentos de socavarla.

A superar las dificultades existentes actualmente en el movimiento comunista deberá contribuir en gran medida el nuevo

encuentro internacional de los comunistas, el intercambio colectivo de opiniones entre ellos. Su sentido fundamental reside en encontrar conjuntamente los medios de conservar y robustecer la unidad de todo el movimiento, una vez que se hayan concentrado los esfuerzos en poner de manifiesto todo lo que existe de común, todo lo que une a los partidos comunistas. A la luz de su tarea fundamental —librar una incesante lucha contra el imperialismo, por la paz, la democracia y la independencia nacional, por el avance fructífero por la senda del socialismo y del comunismo—, los partidos comunistas podrían, sobre la base del marxismo-leninismo, analizar los cambios que han tenido lugar en el mundo durante los últimos años y trazar las necesarias conclusiones comunes.

Es una cuestión de honor de los comunistas salvaguardar la unidad internacional de sus filas, cohesionarlas sobre la base de la doctrina de Marx y Lenin y cumplir sus deberes internacionales en la lucha por la paz, la democracia, la independencia nacional de los pueblos y el socialismo. Este será el mejor monumento que pueda erigirse con ocasión del centenario de la I Internacional.

Agosto de 1964

Las enseñanzas históricas del VII Congreso de la Internacional Comunista y la época actual

El VII Congreso de la Internacional Comunista es uno de los notables acontecimientos de la historia del movimiento comunista internacional. Contribuyó en gran medida al desarrollo y ascenso de este movimiento, al enriquecimiento de la estrategia y la táctica marxistas-leninistas de la lucha por los intereses cardinales de la clase obrera, de las masas populares, y ante todo, de la lucha contra el fascismo y la guerra mundial. Las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista fueron un eslabón lógico del desarrollo del movimiento comunista internacional, de su lucha contra el oportunismo de derecha y contra el doctrinarismo de «izquierda».

Todo el curso del desarrollo histórico prueba que la línea marcada por el VII Congreso fue certera y tenía una fundamentación científica. Ayudó a concentrar las fuerzas de la clase obrera y de las masas populares en las direcciones generales de su lucha.

La lucha por el cumplimiento de los acuerdos del VII Congreso se desplegó en una situación complicada y difícil. El imperialismo hizo cuanto pudo para «aniquilar el comunismo» y puso en juego medidas extremas, de crueldad inverosímil. Mas todo ha sido en vano. El movimiento comunista, venciendo inauditas dificultades, ha obtenido victorias históricas.

En nuestros días existen condiciones más favorables para llevar con éxito la lucha por el socialismo en escala mundial.

El frente del socialismo se ha ampliado. La tercera parte de la humanidad vive ya bajo la bandera del socialismo. La Unión Soviética, primer país socialista, ha comenzado la edificación de la sociedad comunista. La fuerza principal del proceso revolucionario es ahora el sistema socialista mundial.

El movimiento revolucionario se ha extendido a todo el mundo. La clase obrera de los países de capitalismo desarrollado despliega una lucha activa contra los monopolios y su reaccionaria política. El hundimiento del sistema colonial ha sido un duro golpe para el imperialismo. Han surgido más de 60 nuevos Estados soberanos, varios de los cuales han proclamado como objetivo suyo el paso al socialismo. El movimiento de liberación nacional se ha convertido en una poderosa fuerza progresiva.

Ha aumentado la variedad de métodos y procedimientos para atraer a las masas a la revolución.

Todo eso significa que se están creando condiciones para un nuevo avance de la causa revolucionaria mundial, para una nueva y amplia ofensiva contra las posiciones del imperialismo.

I

El VII Congreso de la Internacional Comunista se reunió en vísperas de una tempestad. Sobre la humanidad se cernía el negro nubarrón del fascismo y la guerra.

El sistema capitalista acababa de pasar por una crisis económica de gravedad sin precedente. La reacción imperialista y su fuerza de choque, el fascismo, calculaban que podrían superar las contradicciones del capitalismo aplastando el movimiento obrero y su baluarte: la Unión Soviética.

La clase obrera y su vanguardia revolucionaria, los partidos comunistas, contrajeron la responsabilidad histórica por los destinos del socialismo, del movimiento emancipador mundial y por las perspectivas del progreso de la humanidad. Mediante esfuerzos mancomunados el VII Congreso hizo un profundo análisis de la situación creada y elaboró un programa de acción

que respondía a los intereses de la clase obrera y de las masas populares de todos los países.

La importancia histórica del VII Congreso consiste, ante todo, en que delineó un plan estratégico claro y una táctica flexible de los partidos comunistas en la lucha contra la ofensiva del fascismo y contra la amenaza de la nueva guerra mundial e indicó con esta finalidad las vías de cohesión de todas las fuerzas antifascistas y antiimperialistas.

El enemigo principal de la clase obrera internacional, de todo el movimiento de liberación, señaló el Congreso, son las fuerzas reaccionarias del imperialismo, cuya encarnación era entonces el fascismo. El Congreso exhortó a concentrar todas las fuerzas contra el fascismo y la guerra que éste preparaba.

La vía principal para resolver esta tarea era la creación de un Frente Unico del movimiento obrero (frente único obrero), de un Frente Nacional (frente único popular anticolonial y antiimperialista) y el agrupamiento de todas las fuerzas antifascistas en escala mundial.

La fuerza principal capaz de oponerse al fascismo y a la guerra imperialista era la Unión Soviética. La defensa del primer país socialista fue proclamada por el Congreso como el deber internacional de primer orden de todos los destacamentos comunistas.

El VII Congreso determinó las nuevas formas y métodos de actividad del movimiento comunista.

El juez más ecuánime es la historia. Hoy cada participante del movimiento obrero y liberador puede ver diáfananamente que fueron los comunistas quienes advirtieron a tiempo el peligro real de la guerra mundial que preparaba el fascismo y, sin escatimar esfuerzos, lucharon para salvar de esta amenaza a la humanidad.

Al hablar de la importancia del VII Congreso, rendimos el tributo debido a toda la actividad revolucionaria, combativa y firme, de la Internacional Comunista.

Si bien es cierto que la I Internacional enarboló la bandera de la solidaridad proletaria de la clase obrera de los países europeos y de los EE. UU.; si también es verdad que la II Internacional contribuyó, hasta que degeneró en el oportunismo,

al desarrollo de los partidos obreros de masas, no menos cierto es que la III Internacional, la Internacional Comunista, ayudó a crear en todos los continentes partidos verdaderamente revolucionarios, los pertrechó con el marxismo-leninismo, con los principios del internacionalismo proletario y dio comienzo a la unión del movimiento obrero internacional con el marxismo revolucionario.

La Internacional Comunista puso de relieve la gran importancia histórica universal del primer Estado socialista y de su papel en el movimiento de liberación mundial, reforzó la unidad internacional de la clase obrera, luchó por el desarrollo y la victoria del movimiento de liberación nacional, coadyuvó a cohesionar el socialismo triunfante y el movimiento obrero de los países desarrollados con el movimiento nacional-libertador. Defendió la doctrina del marxismo contra su vulgarización y tergiversación por parte de los oportunistas de la II Internacional y de los doctrinarios de «izquierda». La Internacional Comunista salvó la vida de miles de militantes activos de los partidos comunistas de muchos países.

La experiencia de la Internacional Comunista, depurada de aditamentos superfluos y de deficiencias, constituye un valioso patrimonio del movimiento comunista. Las tradiciones de la IC viven en la lucha de los partidos comunistas por la democracia, la independencia nacional, la paz y el socialismo.

II

Al conmemorar el trigésimo aniversario del VII Congreso de la Internacional Comunista, hacemos particular hincapié en la orientación combativa de sus acuerdos contra las guerras de agresión y de rapiña y el imperialismo, que es quien las engendra. El Congreso planteó audazmente la necesidad de abordar de manera nueva el problema de la clase obrera y la guerra. «Han pasado los tiempos —dijo Jorge Dimítrov— en que la clase obrera no participaba *independiente y activamente* en la solución de problemas tan vitales como el de la guerra y la paz.»

El Congreso se pronunció en las nuevas condiciones contra las concepciones fatalistas de que la lucha por conjurar la guerra mundial no tenía sentido ni perspectivas. Asimismo rechazó con toda energía las afirmaciones insidiosas de que «los comunistas desean la guerra por confiar en que provocará la revolución». Los marxistas-leninistas no ligan la perspectiva del movimiento de la humanidad hacia el socialismo con las guerras mundiales. Al contrario, la lucha por los objetivos finales del movimiento obrero siempre estuvo ligada a la lucha contra las guerras imperialistas. Palmiro Togliatti dijo con plena razón: «Defendemos la paz no porque seamos tolstoyanos blandengues, sino porque aspiramos a garantizar las condiciones de la victoria de la revolución.»

Y ahora, en la lucha contra la política agresiva de los reaccionarios medios imperialistas y por la cohesión de las fuerzas democráticas, en la conciencia de las masas enraíza la idea de que es necesario apartar del Poder al «partido de la guerra» y poner fin al dominio de los monopolios, inspiradores de las guerras de rapiña. Quien aspira a la revolución debe luchar activa y enérgicamente contra la política imperialista de agresión: esta es la conclusión que el movimiento obrero ha sacado de las enseñanzas de la historia.

Al propio tiempo, luchando contra la política imperialista de aplastamiento de los movimientos revolucionarios, emancipadores, los comunistas apoyaron y apoyarán siempre las guerras justas: las guerras en defensa de las conquistas socialistas, las guerras de liberación nacional y las insurrecciones de los pueblos contra la opresión imperialista.

Los comunistas han explicado a la clase obrera que el peso y la responsabilidad principales en la lucha por la paz recaen sobre ella. Para cumplir esta misión, necesita conseguir la unidad de sus propias filas a escala nacional e internacional. En última instancia, esta unidad debía plasmarse, según palabras de Jorge Dimítrov, en «la política internacional única de la clase obrera en interés del mantenimiento de la paz». Esta política suponía el apoyo máximo al primer Estado socialista, a la Unión Soviética. Pues, como se indicaba en la resolución del VII Congreso, «la política de paz de la URSS, que

opone el internacionalismo proletario a las disensiones nacionalistas y raciales, no está encaminada únicamente a defender al País Soviético y garantizar la seguridad de la edificación socialista, sino que defiende la vida de los obreros de todos los países, la vida de todos los oprimidos y explotados, significa la defensa de la independencia nacional de las naciones pequeñas, sirve a los intereses vitales de la humanidad y defiende la cultura contra la barbarie belicista».

Los participantes en el Congreso declararon que era de todo punto insuficiente hacer una propaganda general contra la guerra, que era poco querer la paz: había que luchar por ella.

Aunque hoy el mundo no es, ni mucho menos, el de hace treinta años y la correlación de las fuerzas internacionales ha cambiado radicalmente, las ideas del Congreso orientadas a la lucha contra la amenaza de guerra mundial son también actuales en nuestros días.

«El fascismo es la guerra», dijo el Congreso. Los círculos reaccionarios del imperialismo, que en su tiempo engendraron el fascismo, aparecen hoy como la principal fuerza agresiva, como la fuente del peligro de guerra. La amenaza de guerra parte, ante todo, del imperialismo norteamericano.

Hoy, como treinta años atrás, los comunistas declaran que harán todo lo que esté a su alcance para conjurar una guerra mundial. Mas si los imperialistas, a pesar de todo, logran desencadenarla, los comunistas empeñarán todos sus esfuerzos para que el imperialismo sea derrotado. La segunda conflagración universal mostró que en nuestro tiempo cualquier pretensión de conquista del dominio mundial termina inevitablemente con un rotundo fracaso. Es una seria advertencia a todos los que intenten de nuevo seguir el camino de Hitler. Los pueblos barrerán a todos los que en aras de la implantación de su dominio mundial se atrevan a precipitar al género humano en una matanza universal.

Hoy suena con toda actualidad la advertencia del Congreso de no menospreciar el peligro de guerra. En nuestros días el peligro de las guerras locales no es menos serio que en el pasado. He ahí por qué la réplica a los agresores norteamericanos en Vietnam es una cuestión de principio de la defensa de la

paz universal. Es una cuestión que afecta a todos. La Unión Soviética, fiel a su deber internacionalista, presta toda clase de ayuda al heroico pueblo vietnamita.

Hoy las posibilidades de conjurar una guerra mundial son incomparablemente mayores que hace tres decenios. Mas para que estas inmensas posibilidades sean convertidas en realidad es menester, como han subrayado los foros mundiales de los comunistas, un incansable trabajo organizativo y político para cohesionar a todas las fuerzas de la paz, a todos los adversarios del imperialismo.

Y cualesquiera que sean los rasgos específicos de las acciones de las fuerzas antiimperialistas adictas a la paz en distintos países y grupos de países, es de suma importancia la unión de todas estas fuerzas en escala internacional. Quien, en las actuales condiciones, obstaculiza la cohesión de las fuerzas de la paz, contrae una gravísima responsabilidad ante la historia.

Al mismo tiempo que libran la lucha contra la amenaza de una nueva conflagración mundial, los partidos comunistas se baten abnegadamente contra el imperialismo, agrupando en torno suyo a vastas masas de la clase obrera y a todos los trabajadores. En las actuales condiciones, la lucha contra la amenaza de una guerra mundial es una lucha contra los destacamentos más desenfrenados, más reaccionarios del imperialismo, por el aislamiento de los militaristas, enemigos jurados del movimiento obrero, verdugos de los movimientos de liberación nacional. Es, al propio tiempo, una lucha por la creación de condiciones óptimas para la construcción del socialismo y el comunismo, para el progreso de los jóvenes Estados nacionales, para la defensa de los derechos e intereses vitales cotidianos de los trabajadores de los países capitalistas.

III

El VII Congreso fundamentó en todos los aspectos la idea de *la unidad de las fuerzas democráticas, antiimperialistas*, idea que se tomó como base de todos sus planteamientos políticos. El Congreso restableció y desarrolló los postulados leninistas

acerca del *Frente Unico obrero* y señaló que su punto de partida debía ser la unidad de acción de todas las fuerzas antifascistas, y en primer término de comunistas y socialdemócratas, en la lucha contra la reacción y el peligro de una guerra mundial, por los intereses de la clase obrera. Al propio tiempo, el Congreso abría una perspectiva para el desarrollo de la unidad obrera como instrumento de lucha por el socialismo. El Congreso rechazó la apreciación errónea de la socialdemocracia como «socialfascismo». Fue severamente criticada también la actitud dogmática y sectaria hacia otros sectores del movimiento obrero: sindicatos reformistas y católicos, organizaciones anarcosindicalistas, etc.

El curso de los acontecimientos mostró toda la fecundidad de la idea de la unidad proletaria. La experiencia del movimiento obrero de diversos países de Europa en vísperas de la guerra, el movimiento antifascista de la Resistencia, la constitución de frentes patrióticos y populares en los países de democracia popular en la lucha por la victoria del socialismo, los éxitos de las acciones conjuntas de los destacamentos obreros en los países capitalistas, son otros tantos testimonios convincentes de que la unidad constituye un arma poderosa en manos de la clase obrera, un medio certero de ejercer su función de vanguardia en la sociedad.

Los comunistas dieron muchos pasos hacia el establecimiento de la unidad de acción con los socialdemócratas. Sin embargo, en la mayoría de los casos estos esfuerzos no tuvieron eco en los líderes derechistas de la socialdemocracia.

Los comunistas critican y seguirán criticando las opiniones y acciones de los socialdemócratas de derecha que contradicen los intereses de la clase obrera; criticaron y seguirán criticando la ideología del socialdemocratismo, así como seguirán defendiendo y divulgando su doctrina marxista-leninista, cuya justedad la vida confirma cada día más. Sin embargo, los comunistas están profundamente convencidos de que las discrepancias ideológicas no deben obstaculizar la unidad práctica de acción con los socialdemócratas ya hoy día.

Actualmente son más favorables las condiciones para lograr la unidad de acción entre los distintos partidos que actúan en

el seno del movimiento obrero. Desempeñan un papel inmenso a este respecto el prestigio político y moral del socialismo y la consecuente política exterior de paz de la Unión Soviética y de otros países socialistas. Se desvanecen muchos prejuicios anti-comunistas que los líderes derechistas de la socialdemocracia implantaron durante largo tiempo en el movimiento obrero. Se purifica el ambiente para la colaboración fraternal de todos los destacamentos del movimiento obrero.

En las condiciones actuales existen todos los motivos para considerar que la unidad del movimiento obrero, forjada a tiempo, con un claro programa, con un plan concreto de acción, no sólo será un valladar infranqueable para cualesquiera maquinaciones y provocaciones de la reacción imperialista, sino que facilitará la realización de los ideales socialistas de la clase obrera.

El VII Congreso sintetizó la experiencia de los partidos comunistas y sacó la conclusión de que, manteniéndose la importancia de la alianza del proletariado y los campesinos, se amplían los límites de las alianzas de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados. Formuló la idea del *Frente Popular*. «El Frente Popular —como lo definió en su día Maurice Thorez— es la alianza estrecha y firme de la clase obrera y de las capas medias de la población, lo que responde a un postulado fundamental de la doctrina de Lenin.»

Puede decirse con toda razón: el movimiento comunista mundial contemporáneo, al lanzar la consigna de la *coalición antimonopolista* en los países capitalistas, se apoyaba en las ideas del VII Congreso, contrastadas por la experiencia.

Fue siempre una gloriosa tradición comunista la profunda atención por el *movimiento de liberación nacional*. La Internacional Comunista, siguiendo las enseñanzas de Lenin, ayudó activamente a impulsar la lucha anticolonial y se preocupó de manera permanente por establecer firmes lazos entre los pueblos de las colonias y el movimiento obrero de los países desarrollados.

Lenin creó la teoría sobre el carácter y el papel del movimiento de liberación nacional en la época del imperialismo y de la revolución socialista. Apoyándose en esta teoría y desa-

rollándola en consonancia con las condiciones de la nueva época, el PCUS dedica constante atención al movimiento de liberación nacional, le presta apoyo omnilateral.

En el *frente antiimperialista*, que agrupa a todas las fuerzas patrióticas y progresistas de los nuevos Estados nacionales, es fácil ver la continuidad histórica de las ideas del VII Congreso, que lanzó la consigna de frente único *antiimperialista*.

En los últimos años han salido a la palestra política del movimiento de liberación nacional las fuerzas democráticas nacionales o, como se les llama a menudo, los demócratas revolucionarios. Apoyándose en la experiencia histórica de la clase obrera, éstas fuerzas forman partidos democráticos que proclaman como su objetivo asegurar el desarrollo no capitalista sobre la base del socialismo científico. Allí donde los demócratas revolucionarios, y no las fuerzas reaccionarias, ejercen la hegemonía y aprovechan la energía revolucionaria y los conocimientos de todos los revolucionarios, se acelera el progreso social.

Los comunistas, los partidos comunistas, son fieles y abnegados luchadores contra el imperialismo, por la independencia nacional de sus respectivos países y pueblos, por la causa del socialismo. Apoyan activamente todas las auténticas medidas progresistas de los gobiernos nacionales y de los partidos revolucionarios. Es del todo evidente que no se puede hablar de edificar el socialismo, de promover la tarea de desarrollar el país por la vía socialista, sustentando al mismo tiempo una actitud anticomunista y luchando contra los partidos comunistas. Los mayores éxitos se obtienen allí donde están aseguradas la alianza y la colaboración fructífera de todas las fuerzas revolucionarias. La colaboración entre los comunistas y todos los partidos democráticos no sólo es factible, sino también necesaria para el feliz desarrollo de los nuevos Estados nacionales.

[La unidad de los tres destacamentos revolucionarios fundamentales de nuestra época, de la que es heraldo el movimiento comunista, es el camino más certero para la victoria definitiva sobre el capitalismo y el colonialismo, para entronizar la paz y el socialismo en toda la Tierra!]

IV

En consonancia con las nuevas tareas que tenía planteadas el movimiento comunista, el VII Congreso trazó los caminos para perfeccionar el trabajo de los partidos comunistas. Tienen perenne importancia las ideas del Congreso:

- sobre la fidelidad sin límites a la doctrina marxista-leninista, a sus ideales revolucionarios;
- sobre la lucha intransigente de los comunistas contra el imperialismo y su engendro más reaccionario, el fascismo;
- sobre la correcta conjugación de las tareas nacionales e internacionales por los partidos comunistas;
- sobre la intransigencia con todas las formas de oportunismo: el revisionismo, el dogmatismo y el nacionalismo;
- sobre la independencia de los partidos comunistas en la solución de todos los problemas internos y en la elaboración de su estrategia y táctica;
- sobre la necesidad de robustecer constantemente la unidad combativa del movimiento comunista;
- sobre los caminos del fortalecimiento de los vínculos con la clase obrera, con las amplias masas populares, con los sindicatos, con las organizaciones femeninas, juveniles, etc.;
- sobre la aptitud para lanzar en cada momento concreto consignas eficaces, comprensibles para las masas y capaces de alzarlas a la lucha.

Los acuerdos del Congreso prepararon ideológica y políticamente al movimiento comunista para los combates con el fascismo y la lucha por llevar adelante la causa del socialismo.

Las complejas condiciones en que se desarrollaba la lucha de los partidos comunistas contra el enemigo de clase, la correlación de fuerzas de aquellos años en la palestra internacional, los errores, deficiencias y defectos del movimiento comunista mundial, hicieron que no todos sus destacamentos consiguieran éxitos en la lucha por la aplicación de las ideas del VII Congreso. Mas, a pesar de todo, el movimiento comunista avanzaba a paso seguro.

Muchos partidos comunistas, actuando en el espíritu del VII Congreso, fueron auténticos modelos de capacidad para

«nadar en las encrespadas aguas de la lucha de clases». En el período prebélico y en los años de la guerra los comunistas demostraron ser abnegados combatientes por la causa de la clase obrera y de las masas populares, demostraron ser defensores de los verdaderos intereses nacionales de sus respectivos países, demostraron ser combativos partidos revolucionarios.

La victoria del Frente Popular en las elecciones parlamentarias de 1936 en Francia no sólo eliminó el peligro directo de un golpe fascista en este país, sino que permitió también realizar varias reformas democráticas progresistas en interés de los trabajadores.

La heroica epopeya de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra los sublevados franquistas y los intervencionistas italo-germanos demostró las enormes posibilidades del Frente Popular como fuerza movilizadora de la nación para rechazar al fascismo. El Poder del Frente Popular preparaba las premisas para hacer de España la primera República democrática popular en la historia, una república, como decía José Díaz, «sin terratenientes, sin reaccionarios, una república que se apoya en las masas populares».

El Frente Unico Nacional Antijaponés, formado en 1937 por el Partido Comunista de China sobre la base de las ideas del VII Congreso, fue el fundamento de la resistencia del pueblo chino a la agresión del imperialismo japonés y de sus servidores.

En los años de la segunda guerra mundial los comunistas demostraron ser los más firmes luchadores e hicieron la mayor aportación a la victoria.

Dirigido por el Partido de Lenin, el pueblo soviético, como está reconocido por toda la humanidad progresista, cumplió con honor su deber ante la clase obrera internacional, ante los pueblos del mundo entero: desempeñó el papel decisivo en la derrota del fascismo. Tres millones y medio de comunistas soviéticos ofrendaron su vida en los frentes de la Gran Guerra Patria.

Los comunistas de Francia, Italia, Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, Bélgica, Grecia, Albania, Dinamarca, Noruega y otros muchos países fueron el alma del movimiento de

la Resistencia y los organizadores de la lucha guerrillera. En los campos de batalla contra el fascismo, en Yugoslavia perecieron más de 50.000 comunistas. 75.000 comunistas franceses, más de 40.000 garibaldinos dirigidos por los comunistas italianos, 50.000 comunistas y demócratas griegos inmolaron sus vidas en la lucha contra el fascismo. Durante los años de la guerra contra el fascismo los comunistas búlgaros sostuvieron una abnegada lucha. Los comunistas chinos, coreanos, vietnamitas, indonesios, malayos y filipinos hicieron un valioso aporte a la lucha contra el militarismo nipón. Los comunistas de Inglaterra, EE. UU., Australia, Canadá y de los países de América Latina desarrollaron una fructífera actividad en la movilización de las fuerzas de sus pueblos para la derrota del fascismo. Los comunistas de Alemania, Rumania, Hungría, Finlandia y Japón dieron muestras de firmeza y valentía actuando audaz y abnegadamente dentro de los países del bloque fascista y haciendo en esa lucha grandes sacrificios.

En el movimiento de la Resistencia plasmó concretamente la idea de la unidad de comunistas, socialistas, católicos y sin partido, de todos los antifascistas. En varios países esta unidad asentó los cimientos para el triunfo de las revoluciones democrático-populares y socialistas.

Condición importante de la victoria sobre el fascismo fue la lucha intransigente de los comunistas contra el racismo y el chovinismo. Un rasgo característico del fascismo consistía en azuzar a un pueblo contra otro, predicar la superioridad de las «naciones selectas» y exacerbar las pasiones nacionalistas hasta el último extremo.

El VII Congreso opuso a las canibalescas concepciones racistas del fascismo el principio de la conjugación de los verdaderos intereses nacionales de los trabajadores con sus intereses internacionales.

El VII Congreso se opuso resueltamente al nihilismo nacional, que se hallaba extendido en las filas de algunos partidos comunistas; se opuso a la subestimación por los comunistas de las peculiaridades nacionales. En la concepción leninista, el internacionalismo, lejos de excluir, presupone, por el contrario, el sentimiento del orgullo nacional, del orgullo por las tradi-

ciones democráticas del pueblo propio. «El internacionalismo proletario —dijo Jorge Dimítrov en el Congreso— debe, por decirlo así, ‘aclimatarse’ en cada país para echar profundas raíces en la tierra natal. Las *formas nacionales* de la lucha proletaria de clases y del movimiento obrero de los distintos países no están en pugna con el internacionalismo proletario. Al contrario, precisamente en estas formas pueden defenderse con éxito los *intereses internacionales del proletariado*.»

En la época actual las condiciones en que actúan los partidos comunistas se han diferenciado aún más, ha crecido la envergadura de las tareas nacionales que tienen planteadas. Sin embargo, las tareas nacionales jamás retiraron del orden del día la necesidad de asegurar la unidad internacional de los comunistas. Esto aparece más evidente en nuestros días, cuando a todas luces crece el peligro de las tendencias antiinternacionalistas.

El marxismo-leninismo siempre consideró que mientras el nacionalismo de las naciones opresoras, utilizado como medio de avasallamiento imperialista de los países económicamente subdesarrollados, tiene matiz chovinista y es totalmente reaccionario, el nacionalismo de los pueblos oprimidos tiene principalmente contenido antiimperialista, anticolonialista. Refleja los anhelos de independencia nacional de estos pueblos. Pero también en estos casos la cúspide gobernante de ciertos países puede aprovechar a veces el nacionalismo en sus intereses egoístas, lo que, como demuestra la experiencia, obstaculiza el acercamiento y la cohesión de los pueblos de los nuevos Estados entre sí y con los países socialistas.

Incluso cuando llega al Poder la vanguardia de los trabajadores, como muestra la vida, las manifestaciones de nacionalismo no desaparecen automáticamente.

En nuestro tiempo la tesonera lucha del movimiento comunista contra las manifestaciones de carácter nacionalista es una condición importante para vigorizar el frente único mundial antiimperialista, la alianza de combate de los tres grandes movimientos de nuestra época.

El internacionalismo proletario es un valioso patrimonio de la historia revolucionaria de la humanidad. Asienta la base

para acercar a los obreros y a todos los trabajadores de los distintos países y naciones y para agruparlos en la lucha común contra el imperialismo, por el socialismo. El internacionalismo proletario es siempre históricamente concreto. Se puso de manifiesto en las amplias campañas internacionales desplegadas en defensa de los más destacados luchadores por la causa de la revolución: Jorge Dimítrov, héroe del pueblo búlgaro, y Ernesto Thaelmann, héroe del pueblo alemán, que fue elegido presidente honorario del VII Congreso de la Internacional Comunista. Inmediatamente después del VII Congreso el internacionalismo proletario se expresó con una gran fuerza en el apoyo político, militar y moral que prestó la Unión Soviética a la heroica lucha antifascista del pueblo español; en la formación de las Brigadas Internacionales que lucharon hombro con hombro con los patriotas españoles en los campos de batalla de España. En todo el período de la lucha de China contra las fuerzas reaccionarias internas y contra los invasores japoneses, la Unión Soviética prestó toda clase de ayuda al pueblo chino. El internacionalismo proletario también se reflejó brillantemente en la inmensa ayuda que los comunistas de todos los países prestaron a la Unión Soviética en los años de la lucha contra el fascismo. Se expresa en la unidad de acción de la clase obrera de los diversos países, en la creación de sus propias organizaciones internacionales, en los amplios acuerdos internacionales, en las alianzas con otros destacamentos de trabajadores, etc.

En los días del VII Congreso el criterio fundamental del internacionalismo proletario era la actitud hacia la Unión Soviética. En la resolución del Congreso se indicaba la necesidad de «ayudar con todas las fuerzas y medios a robustecer la URSS, luchar contra los enemigos de la URSS». El PCUS, por su parte, en el informe de su representante en el Congreso, Dmitri Manuilski, declaró que el Partido Comunista de la URSS, igual que todo el pueblo soviético, sería fiel a la gran causa del internacionalismo proletario y cumpliría hasta el fin con su deber ante la clase obrera internacional.

En nuestro tiempo es internacionalista quien lucha prácticamente por el fortalecimiento de las posiciones del socialismo

mundial, por la cohesión de los países de la comunidad socialista, contra las tentativas de escindirla, quien apoya con los hechos al movimiento de liberación nacional, a la lucha de la clase obrera de los países capitalistas por sus intereses, por la democracia y el socialismo y ayuda por todos los medios a cohesionar a todas las fuerzas revolucionarias. El internacionalista lucha de hecho resueltamente contra el imperialismo y contra la ideología chovinista y racista. Este es hoy día el criterio supremo del internacionalismo.

V

La unidad del movimiento comunista internacional fue siempre condición para asegurar la cohesión de todas las fuerzas revolucionarias. Es natural que el fortalecimiento de la unidad de las filas comunistas sea una preocupación primordial de los marxistas-leninistas.

La unidad del movimiento comunista es un proceso histórico. Se desarrolla en dependencia de las tareas esenciales del movimiento obrero y de las masas trabajadoras en cada etapa dada.

Las Conferencias de 1957 y 1960 formularon los principios de las relaciones entre los partidos comunistas y de su cohesión internacional en la actualidad. La vida ha confirmado su importancia para el movimiento comunista internacional.

Las formas de colaboración de los partidos hermanos son en el presente incomparablemente más flexibles y variadas. Sin embargo, hoy como ayer, los comunistas, tomando como base los objetivos comunes que unen a todos los partidos hermanos, se esfuerzan por buscar y hallar soluciones que fortalezcan la cohesión del movimiento comunista sobre la base de los principios del marxismo-leninismo y aumenten la potencia de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas y su seguridad en la victoria.

La unidad del movimiento comunista internacional presupone actualmente la unanimidad en lo principal, en lo fundamental, la disposición para la unidad de acción, aun existiendo discrepancias en tales o cuales cuestiones teóricas y políticas.

El PCUS considera que hoy, cuando el imperialismo fomenta

la tensión internacional, comete actos de agresión en varias regiones del mundo, libra una guerra bárbara contra los pueblos de Vietnam, ha emprendido actos intervencionistas contra el Congo y la República Dominicana, no cesa las provocaciones contra la libre Cuba, intensifica la preparación de una guerra mundial y despliega una desenfrenada campaña anticomunista, la cohesión de las filas del ejército mundial del comunismo adquiere una singular importancia. Las acciones conjuntas contra los actos de agresión del imperialismo son un deber internacionalista impostergable de cada Partido Comunista. Los participantes en el Encuentro Consultivo de marzo subrayaron en su Comunicado que, en la presente situación, «todos los partidos comunistas tienen que manifestar, más que nunca, comprensión de su responsabilidad internacional, cohesionarse para la lucha común contra el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, contra la dominación del capital monopolista, para el apoyo activo al movimiento de liberación y la defensa de los pueblos que sufren la agresión imperialista, para la lucha por la paz universal, basada en el respeto de la soberanía y la integridad de todos los Estados».

El movimiento comunista se desarrolla en lucha contra las tendencias oportunistas de diversa índole y, ante todo, contra el revisionismo y el dogmatismo.

El PCUS, educado por Lenin en un espíritu de intransigencia con el oportunismo, lucha inquebrantablemente contra toda clase de desviaciones del marxismo-leninismo y contra el revisionismo en todas sus manifestaciones actuales. Para el PCUS, como partido que se encuentra al frente de un país, la lucha contra el oportunismo no se limita sencillamente a declaraciones contra él. Esa lucha plasma en su política, cuyo contenido es la consecuente aplicación de los principios leninistas de la edificación del comunismo, de las ideas leninistas de la dirección científica de la sociedad. Plasma en la lucha real en todo el frente contra el imperialismo y su ideología anticomunista, en el eficaz apoyo a todos los movimientos libertadores, en la labor de educación para superar las reminiscencias de la ideología burguesa y de los prejuicios nacionalistas.

El PCUS, junto con otros partidos marxistas-leninistas,

lucha incansablemente contra el dogmatismo y el sectarismo. Para él, como Partido que dirige el país, luchar contra el dogmatismo significa ante todo un enfoque creador de la solución de todos los problemas de la edificación comunista, significa tener en cuenta a tiempo los nuevos fenómenos en el desarrollo de la sociedad, significa intransigencia con el doctrinarismo y con el afán de seguir ciegamente esquemas consuetudinarios. Hoy el PCUS, sobre la base del estudio del desarrollo objetivo de la sociedad socialista, del cálculo científico de sus necesidades y posibilidades, elabora y lleva a la práctica decisiones políticas que aseguran el máximo campo para el avance del país por la senda del comunismo.

En la esfera de la política internacional nuestro Partido aprecia con criterio realista la situación mundial, las condiciones y posibilidades concretas de cada destacamento revolucionario y en consonancia con ello defiende flexiblemente, al estilo leninista, los intereses de la comunidad socialista y del movimiento obrero y de liberación nacional.

El revisionismo y el dogmatismo, como muestra la experiencia, se entrelazan a menudo, alimentándose del oportunismo de que uno y otro están impregnados. Por eso la correcta política marxista-leninista consiste en la intransigencia con cualquier tipo de oportunismo, con cualquier intento de minar la unidad de los comunistas.

Los partidos comunistas que se mantienen en las posiciones del marxismo-leninismo trabajan incansablemente para asegurar la unidad de acción del movimiento comunista y lograr la cohesión de sus filas sobre la base de los principios del marxismo-leninismo, y luchan contra los intentos de agudizar las divergencias en su seno.

Conviene destacar que una parte considerable de las discrepancias que existen actualmente en el movimiento comunista está relacionada con el distinto enfoque de los fenómenos cardinales de nuestro tiempo. Eso se refiere, ante todo, al problema de qué fuerza del movimiento revolucionario debe ser considerada como la principal. Nuestro tiempo es una época de tempestuoso ascenso del movimiento revolucionario. Revoluciones de diferentes tipos se entrelazan en un torrente único.

Todas ellas forman un solo proceso revolucionario mundial; pero, como es lógico, se diferencian entre sí por su carácter, composición de las fuerzas motoras, grado de desarrollo, significado internacional, etc.

Los marxistas-leninistas consideraban y consideran que la principal fuerza revolucionaria de nuestro tiempo es el sistema socialista mundial. Este ejerce decisiva influencia en el proceso revolucionario mundial, es el baluarte del movimiento de liberación nacional y de toda la lucha emancipadora de la clase obrera y de las masas populares en nuestro planeta.

El PCUS, ante las serias dificultades existentes en el movimiento comunista internacional, hace todo lo posible para superarlas sobre la base de los principios del marxismo-leninismo. En las actuales condiciones nosotros vemos el camino de la cohesión, ante todo, en la unidad de las acciones prácticas de los comunistas y en la coordinación de su política internacional para luchar contra el imperialismo. Tiene gran importancia la celebración de entrevistas y conversaciones bilaterales y multilaterales entre los partidos hermanos. El PCUS, lo mismo que otros partidos marxistas-leninistas, considera que los foros mundiales cuidadosamente preparados pueden prestar un buen servicio para superar las discrepancias y cohesionar el movimiento comunista.

El Pleno de marzo de 1965 del CC del PCUS, en la resolución «Sobre el balance del Encuentro Consultivo de representantes de partidos comunistas y obreros», subrayó: «El PCUS continuará aplicando inalterablemente la línea leninista, expresada en el Programa del PCUS y en las Declaraciones de las Conferencias de Moscú de 1957 y 1960; defenderá firmemente los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario y, junto con otros partidos comunistas, procurará la cohesión de todos los países socialistas, de todos los partidos marxistas-leninistas, de todas las fuerzas revolucionarias de nuestro tiempo en la lucha contra el imperialismo y el colonialismo, por la liberación nacional, por la paz, la democracia y el socialismo.»

Los plenos del Comité Central del PCUS celebrados en octubre y noviembre de 1964 y marzo y septiembre de 1965

tienen gran importancia de principio para toda la actividad de nuestro Partido tanto en el interior del país como en la arena internacional. El Partido barrió con audacia y decisión los obstáculos que se interponían en el camino de los métodos correctos leninistas de elaboración y aplicación de su política. La práctica de todo nuestro trabajo y del desarrollo de la sociedad soviética confirma toda la oportunidad de las medidas tomadas.

Los acuerdos de los plenos del CC se basan en las ideas principales del XX y el XXII congresos y tienen una sola dirección general: asegurar la feliz construcción del comunismo en la URSS, fortalecer la unidad del movimiento comunista y de los países de la comunidad socialista y vigorizar nuestras posiciones en la lucha contra el imperialismo, contra el peligro de guerra, por la paz, la democracia y el socialismo.

El Partido concentra sus esfuerzos en las principales direcciones de la construcción de la base material y técnica del comunismo, en la tarea de asegurar el ascenso de la agricultura y mejorar el trabajo de la industria.

El CC del PCUS sometió a una revisión crítica los métodos de dirección y administración carentes de una base científica, que no se han justificado en la práctica, y sigue consecuentemente el rumbo de utilizar mejor y con mayor plenitud los logros de la revolución científico-técnica, los estímulos materiales del incremento de la producción socialista, el rumbo de elevar el bienestar de los trabajadores. En consonancia con las demandas de la etapa actual del desarrollo de la sociedad soviética, nuestro Partido perfecciona sus métodos de dirección de la vida ideológica con el fin de elevar en todos los aspectos el grado de conciencia comunista de los pueblos de la URSS.

En política exterior la Unión Soviética hace todo lo posible para estrechar la amistad con los países socialistas y desarrollar al máximo las relaciones con los jóvenes Estados nacionales, lucha consecuentemente por hacer realidad los principios de la política de coexistencia pacífica de los Estados con diferente régimen social. La línea de la coexistencia pacífica incluye la réplica decidida y oportuna a las fuerzas agresivas del imperialismo, encabezado por los EE. UU.

Nuestro Partido sigue firmemente el rumbo de la cohesión de la comunidad socialista. El CC del PCUS ha tomado todas las medidas posibles para normalizar las relaciones con el Partido Comunista de China. Mas, como es sabido, esas medidas no han dado por ahora resultados positivos.

Nuestro país se acerca al XXIII Congreso del PCUS, importante acontecimiento en la vida del Partido y de todo el pueblo. Los preparativos para el Congreso transcurren bajo el signo del despliegue de la edificación del comunismo, que nuestro Partido y nuestro pueblo consideran como su principal aporte internacional a la lucha contra el imperialismo, a la causa del progreso social del género humano.

Los treinta años transcurridos desde el VII Congreso están saturados de acontecimientos de enorme trascendencia histórica universal. Se ha ampliado y fortalecido inconmensurablemente la base material de las fuerzas revolucionarias del mundo: el sistema socialista. El ejército internacional de los comunistas se ha decuplicado con creces y cuenta hoy en sus filas con cerca de cincuenta millones de militantes. Todo esto robustece la fe en el triunfo de la gran causa de Marx, Engels y Lenin, eleva el convencimiento de los partidos comunistas y de sus adeptos en la razón de la doctrina marxista-leninista.

Los partidos comunistas ponen su acrecida fuerza al servicio de los magnos ideales positivos contrarios a los destructores planes agresivos y a la naturaleza del imperialismo. Los objetivos de los comunistas son: la paz y la seguridad de los pueblos, la independencia nacional, la democracia, el socialismo y el comunismo.

Las fuerzas del comunismo han crecido enormemente. Pero también ha crecido la responsabilidad de los comunistas por los destinos del socialismo, por la causa de la clase obrera, por librar a la humanidad de una guerra termonuclear.

El PCUS junto con otros partidos marxistas-leninistas lleva en alto la bandera de la unidad del ejército internacional de los comunistas. ¡No escisión, sino cohesión, tal es la divisa de nuestro Partido como uno de los destacamentos del movimiento comunista mundial!

Nos esperan grandes batallas sociales. En todas las partes del mundo se está librando hoy día una lucha histórica contra el imperialismo y por el progreso social de la humanidad. En la marcha de esta lucha los partidos marxistas-leninistas tienen serenamente en cuenta la situación real, el grado de preparación de los factores objetivos y subjetivos para las diversas formas de la lucha revolucionaria. Saben que no hay que rezagarse del curso de los acontecimientos, que no se puede dejar de asestar golpes al enemigo de clase cuando las condiciones han madurado y las masas se encuentran dispuestas para ir al combate. Al mismo tiempo, los comunistas saben que no se deben quemar las etapas imprescindibles del desarrollo, adelantarse demasiado, ni instar a las masas para la acción decisiva cuando no están preparadas para ello. Los partidos comunistas conocen el precepto del gran Lenin acerca de que para el triunfo de la causa de la clase obrera «no necesitamos arranques histéricos. Lo que nos hace falta es la marcha acompasada de los batallones de hierro del proletariado.»

Marx saludaba en su tiempo a los comuneros de París que «tomaban el cielo por asalto». Este heroico asalto lo continuó victoriosamente el proletariado de Rusia bajo la dirección del Partido de Lenin. En el IV Congreso de la Internacional Comunista, Lenin, con gran fe en la potencia revolucionaria del movimiento obrero, decía que si los comunistas aprenden a perfeccionar los métodos y el contenido de su trabajo, «las perspectivas de la revolución mundial serán más que buenas, serán excelentes».

Al enjuiciar el gran camino recorrido por el movimiento revolucionario vemos que la transformación revolucionaria del mundo transcurre indeclinablemente, superando en su camino todos los obstáculos. Los destacamentos de combate de la clase obrera de los países de democracia popular de Europa y Asia han impulsado hacia adelante la causa del socialismo. El heroico pueblo de Cuba ha afianzado el socialismo en el continente latinoamericano.

¡Declaramos con firme convicción que la victoria definitiva será del comunismo!

Diciembre de 1965

La Revolución de Octubre, comienzo de la era del socialismo y del comunismo

Desde la cima de los años 60 del siglo XX se advierte con claridad singular el carácter internacional de la Revolución de Octubre. Fue en todos los sentidos un momento crucial como jamás había conocido la historia de la humanidad. La cronología de la era del socialismo empieza en Octubre de 1917. «La abolición del capitalismo y de sus huellas, el establecimiento de las bases del orden comunista, constituyen el contenido de la nueva época de la historia mundial, que se inicia ahora», dijo Lenin, definiendo el lugar histórico de la Revolución de Octubre. En las tesis del CC del PCUS *50 años de la Gran Revolución Socialista de Octubre*, se hace el balance del heroico camino recorrido por nuestro pueblo, se sintetiza la experiencia histórica del Partido en la dirección de la edificación de la nueva sociedad y la experiencia de la lucha contra los enemigos de clase dentro del país y en la palestra internacional.

El carácter de la nueva época está determinado, ante todo, por el hecho de que la Revolución de Octubre imprimió una nueva dirección al desarrollo de toda la humanidad y aceleró el movimiento progresivo de la historia. El alcance universal de la Revolución de Octubre se explica por que resolvió, por vez primera, un problema que había madurado no sólo en los límites nacionales de Rusia, sino en escala internacional. El

triunfo de la revolución en Rusia disipó el mito de la inmutabilidad del capitalismo como «orden de cosas natural», mostrando que no es eterno, que su sustitución por el socialismo se plantea a la orden del día de la historia. La Revolución de Octubre expresó con la mayor plenitud y en todos sus aspectos las necesidades, ya maduras, del progreso social en el mundo entero. Por eso precisamente dio comienzo a la revolución socialista mundial y sirvió de base a su desenvolvimiento ulterior.

La revolución mundial debe su victorioso avance durante los cincuenta años últimos a la acción de las nuevas fuerzas del progreso social que tienen su origen en la Revolución de Octubre:

- la clase obrera asumió por vez primera el Poder y obtuvo la posibilidad de ejercer su hegemonía histórica en la transformación revolucionaria de la realidad con ayuda de un instrumento tan poderoso como el Estado. Gracias a ello, el proletariado internacional afianzó definitivamente su posición como fuerza decisiva y central de la nueva época;
- el movimiento comunista mundial, vanguardia combativa de todas las fuerzas del progreso, volvió a resurgir y se transformó después en la fuerza política más poderosa de la época;
- la Revolución de Octubre despertó para la lucha activa e incorporó al torrente liberador a ingentes masas de las clases y naciones oprimidas en todos los continentes;
- el comunismo, que el genio de Marx, Engels y Lenin transformó de una utopía en una ciencia, empezó a hacerse realidad. La ideología del socialismo comenzó a difundirse inconteniblemente por toda la Tierra.

Todos estos factores han contribuido de manera decisiva a que la fisonomía de nuestro planeta haya cambiado radicalmente en cincuenta años. Las principales conquistas revolucionarias durante este breve período han sido: la construcción del socialismo y el paso a la edificación de la sociedad comunista en la URSS; las revoluciones socialistas en otros países de Europa y Asia después de que el primer país del socialismo infligió la derrota decisiva al fascismo; la formación del sistema socialista mundial y el triunfo de la revolución en Cuba;

las revoluciones de liberación nacional, que en una situación de cambio radical de la correlación de fuerzas en la palestra mundial en favor del socialismo, y con su activo apoyo, han destruido los imperios coloniales; el surgimiento de más de 70 nuevos Estados nacionales soberanos, que se han convertido en un factor independiente de la política mundial y cuya parte avanzada sigue una orientación socialista.

El avance hacia el socialismo iniciado por la Revolución de Octubre es una ley irrevocable de nuestra época. Ninguna maniobra o contraataque del imperialismo, ninguna desviación temporal, como las que ha provocado la política antileninista del grupo de Mao Tse-tung, podrán infringir esta ley.

Como han destacado en repetidas ocasiones los partidos hermanos, la edificación del comunismo en la URSS es la primera línea del frente general de lucha por la transformación revolucionaria del mundo. La edificación del comunismo en la URSS, prosiguiendo la obra que iniciara la Revolución de Octubre, actúa como un poderoso factor del desarrollo social mundial de nuestra época.

El socialismo, conquista principal de la Revolución de Octubre

La Revolución de Octubre señala el nacimiento de una forma esencialmente nueva de organización de la sociedad. Por vez primera en la historia, los destinos de la sociedad humana los ha tomado en sus manos una clase capaz de dar al desarrollo histórico el carácter de un proceso conscientemente regulado en beneficio de los propios trabajadores. En este sentido tiene una importancia de principio el que se haya demostrado en la práctica la posibilidad de la existencia y del progreso triunfal de una sociedad sin explotadores y sin explotación, sin propiedad privada de los medios de producción. Las profecías de los enemigos de la Revolución de Octubre fracasaron.

Hoy se ve con claridad el resultado principal de la ingente labor histórica que ha estimulado la Gran Revolución de Octubre. Este resultado consiste en que en la URSS y en otros

Estados socialistas se han asentado las bases de la civilización comunista. Sus rasgos se encuentran en distinto grado de desenvolvimiento y tienen, como es lógico, muchas peculiaridades específicas en cada país. Pero se manifiestan ya en la vida real y representan la puesta en práctica del ideal socialista común.

La *economía socialista* formada y existente en la URSS, a pesar de toda su originalidad, que refleja las peculiaridades concretas de la cristalización del socialismo en nuestro país, lleva implícitos también rasgos generales de la economía de la sociedad socialista.

El *rasgo determinante* de la economía del socialismo es la propiedad social de los medios de producción, que brinda amplias posibilidades para que la sociedad ejerza el control del desarrollo de la producción en beneficio de la clase obrera y de todo el pueblo. La propiedad social suprime las barreras de la propiedad privada que impiden el crecimiento proporcional y sin crisis de la economía nacional. No sólo permite, sino que exige de manera objetiva planificar científicamente la economía como un todo único. Cualquier infracción de las leyes objetivas, los «saltos» voluntaristas, llevan la desorganización a la vida económica y se ven castigados, en fin de cuentas, con serios fracasos económicos.

La economía socialista ha demostrado en cincuenta años su extraordinaria vitalidad. Ayudó a nuestro país a resistir en períodos de la mayor tensión originada por la guerra civil y por las dificultades de la edificación del socialismo en un sólo país, le ayudó a afrontar la cruenta batalla contra el fascismo.

El *segundo rasgo* de la economía del socialismo consiste en que se acelera el ritmo de crecimiento de la producción y se logra un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que los marxistas han considerado siempre signo importantísimo y obligatorio del nuevo régimen social que viene a reemplazar al capitalismo.

Nuestro país ha tenido que crear, en grado considerable desde los cimientos, la base industrial y técnica del socialismo. Nuestra experiencia demuestra que, si existen determinadas premisas económicas y se aplica una política acertada, las nue-

vas relaciones sociales permiten crear esa base en un breve plazo histórico. Hemos llevado a la práctica el sueño de Lenin: «demostrar al mundo entero que el socialismo encierra gigantescas fuerzas».¹

El socialismo ha confirmado su supremacía sobre el capitalismo al asegurar un ritmo firme y alto de desarrollo económico. El promedio de crecimiento industrial durante los años 1929–1966 fue en la URSS del 11,1 %, mientras que en EE. UU. fue del 4 % y en Inglaterra y Francia, del 2,5 %. En comparación con la época prerrevolucionaria, la renta nacional de nuestro país ha aumentado en 33 veces; la producción industrial, en 66 veces, y la construcción de maquinaria, en más de 500 veces. Esto representa un cambio cualitativo, un gigantesco paso adelante que habría sido imposible sin el triunfo de la revolución proletaria.

El *tercer rasgo* de la economía del socialismo, confirmado también ahora por la experiencia, consiste en que su móvil principal es satisfacer al máximo las crecientes demandas materiales y espirituales de los trabajadores. El socialismo configura y enriquece las propias demandas, dotándolas de un contenido espiritual cada día más profundo, y crea las formas más racionales de satisfacerlas, formas que contribuyen a cohesionar a la sociedad.

Gracias a ello, el socialismo da vida a estímulos ideológicos y morales de la producción completamente nuevos. En el socialismo rige el principio de la distribución según el trabajo. Este principio niega la posibilidad misma de la explotación del hombre por el hombre, hace realidad la justicia social posible en nuestras condiciones de hoy y por la que han luchado los trabajadores durante siglos. Se crea la base para compaginar lo mejor posible los intereses de la sociedad, de la colectividad y del individuo y para afirmar en la sociedad relaciones verdaderamente humanas. Cuanto más consecuentemente se aplique el principio de remuneración según el trabajo, tanto mejor contribuirá a ampliar los estímulos morales. Es éste un importante aspecto de la reforma económica que se está efectuando ahora.

¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLV, pág. 402, ed. en ruso.

En este principio del socialismo se combinan orgánicamente el estímulo material y el moral.

Los marxistas-leninistas comprenden que el principio de remuneración según el trabajo tiene un carácter histórico transitorio. Nuestro objetivo final es el triunfo del principio comunista de distribución según las necesidades. Pero el paso a este principio sólo es posible con un nivel muchísimo más elevado de desarrollo de las fuerzas productivas y de la conciencia social. Toda subestimación del principio «según el trabajo», y con mayor motivo la renuncia a él en las condiciones actuales, todo intento de quemar las etapas, causan un daño inmenso a la sociedad y constituyen una negación directa del enfoque marxista-leninista de la lucha por el socialismo.

En cincuenta años se ha conseguido también un magno progreso en la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de los soviéticos. Es indudable que podríamos haber avanzado bastante más en este terreno de no haberlo impedido diversas circunstancias. Nuestro país ha sido durante largos años la única isla socialista en el mundo. Ha tenido que hacer frente a dos grandes invasiones de las fuerzas de choque del imperialismo. Para rechazar las agresiones y para el restablecimiento subsiguiente de la economía nacional se han requerido cerca de 20 años. En la actualidad, la Unión Soviética se ve obligada a hacer grandes inversiones con vistas a garantizar la firme defensa del país y de todo el sistema socialista mundial y para sofrenar a las fuerzas agresivas del imperialismo. Con ello cumplimos un importante deber internacionalista, impidiendo así el desencadenamiento de una guerra termonuclear mundial. El pueblo soviético acepta esto conscientemente, aunque le cuesta no pocos recursos. Es comprensible, por ello, cuán grandes serán las posibilidades que surgirán para elevar el nivel material y cultural del pueblo cuando desaparezcan los gastos improductivos originados por la existencia del imperialismo.

La experiencia de la edificación del socialismo en nuestro país ha patentizado que la transformación revolucionaria de la sociedad es un proceso complicado, durante el cual hay que afrontar constantemente nuevos problemas y tareas que exigen

un profundo análisis y serias decisiones. En la mayoría de los países socialistas se está efectuando una gran labor de perfeccionamiento de las formas de dirección de la economía socialista en consonancia con lo que exigen de ella el progreso científico-técnico mundial, la actual división internacional del trabajo y el nivel de desarrollo del propio socialismo como formación social. A esos fines sirven las reformas económicas que se están efectuando en numerosos países socialistas, incluida la Unión Soviética.

La labor que realiza nuestro Partido para perfeccionar la economía persigue la finalidad de elevar por todos los medios la eficacia de la producción socialista, de aprovechar al máximo las ventajas del régimen socialista y aplicar con espíritu creador los principios de la dirección socialista de la economía: centralismo democrático, planificación, autogestión financiera y unidad de los estímulos materiales y morales. Hay que subrayar con toda energía que la reforma económica en marcha no significa, pese a las afirmaciones de críticos diversos, debilitar la planificación, sino, al contrario, fortalecerla y perfeccionarla, crear las condiciones más favorables para la edificación del comunismo.

En cincuenta años ha experimentado también profundas transformaciones la esfera de las relaciones sociales. En la vía trazada por la Revolución de Octubre se han suprimido, en enconada lucha de clases, las clases explotadoras y la explotación del hombre por el hombre. En nuestro país se ha terminado para siempre con los antagonismos de clase.

Ha cambiado radicalmente el carácter de la clase rectora de la sociedad: la clase obrera. Sus efectivos se han multiplicado y su nivel profesional y de instrucción general se ha elevado en grado extraordinario. La clase obrera marcha firmemente en vanguardia en la creación de la nueva formación económico-social. Actúa como la clase más avanzada para que, en fin de cuentas, sean suprimidas todas las barreras y diferencias clasistas y se cree la sociedad sin clases.

El socialismo ha transformado radicalmente al campesinado. La experiencia de la Unión Soviética y de otros países socialistas ha demostrado irrefutablemente que los campesinos son

capaces de desprenderse del individualismo de la propiedad privada, de pasar de las pequeñas explotaciones privadas e individuales a la gran producción colectiva socialista y de convertirse en una fuerza con plenos derechos y activa en la edificación del socialismo y del comunismo. La aplicación consecuente de la idea leninista de la alianza de la clase obrera y del campesinado ha sido un instrumento poderoso de la transformación socialista del campo y de la consolidación social y política de toda la sociedad.

En el curso de la edificación del socialismo se ha formado una intelectualidad nueva, del pueblo, cuyos intereses son inseparables de los intereses de los obreros y campesinos. Esta intelectualidad consagra todas sus facultades, todos sus conocimientos y talento a la creación de la nueva sociedad.

En la Unión Soviética se ha conseguido una unidad social, política e ideológica de todas las clases y sectores de la sociedad jamás vista en el pasado.

En la vía trazada por la Revolución de Octubre, en la URSS se ha superado para siempre la contradicción antagónica entre el trabajo intelectual y el manual y entre la ciudad y el campo, lo que ha creado las premisas básicas para que desaparezcan las diferencias esenciales entre ellos.

En la vía trazada por la Revolución de Octubre se han extirpado las raíces de la opresión y la enemistad nacional y racial, que fueron causa de un enorme gasto innecesario de energías sociales y frenaron el progreso histórico. El socialismo ha creado las condiciones necesarias para el florecimiento económico y cultural de las naciones antes oprimidas y atrasadas y les ha dado la posibilidad de crear su organización estatal. En la intensa comunicación entre las naciones se vence con buen éxito el egoísmo nacional cultivado a lo largo de los siglos, crece el respeto por las peculiaridades nacionales y las tradiciones de cada nación y de cada pueblo, se afianza el sentimiento de amistad y comprensión entre los pueblos, el sentimiento del internacionalismo socialista.

La experiencia de la edificación del socialismo y del comunismo en el multinacional País Soviético prueba que para el acercamiento de las naciones es necesaria la educación inter-

nacionalista profunda y cotidiana de los trabajadores, es necesaria la lucha sin cuartel contra los prejuicios nacionales y las reminiscencias del nacionalismo burgués, que no desaparecen de manera automática al triunfar la revolución socialista y obstaculizan seriamente la colaboración de las naciones. Sólo siguiendo este camino es posible vencer las barreras nacionales y conseguir la fraternidad internacional de los trabajadores.

En la vía trazada por la Revolución de Octubre, medio siglo de experiencia del primer país socialista del mundo ha demostrado que el socialismo es la sociedad sin analfabetos, con un elevado nivel de cultura e instrucción. Se ha demostrado en la práctica que la creación de la nueva cultura socialista es inconcebible sin asimilar todos los valores acumulados en virtud del progreso espiritual y material de la humanidad en los siglos precedentes. Estos valores constituyen el tesoro del espíritu humano y gracias a las relaciones sociales socialistas se hacen accesibles a las más vastas masas populares.

En la vía trazada por la Revolución de Octubre ha sido suprimido el antagonismo entre la sociedad y el individuo y se crean las condiciones necesarias para la formación integral del hombre.

A medida que se perfeccionan las relaciones sociales socialistas se enriquece y amplía el mundo espiritual del hombre. Prueba de ello es, en particular, que de la entraña del pueblo, de entre los obreros, los campesinos y los trabajadores intelectuales, salen relevantes representantes de la ciencia, la técnica y la cultura.

En cincuenta años de existencia, *la sociedad soviética ha comprobado los medios e instrumentos de transformación socialista de la realidad.*

La experiencia de la preparación de la Revolución de Octubre, la experiencia de la construcción del socialismo y del comunismo ponen de manifiesto en toda su grandeza el *papel dirigente, inspirador y movilizador del Partido Comunista*. Ha sido justamente el Partido Comunista quien ha desempeñado el papel decisivo en la preparación de la victoriosa Revolución de Octubre y en el fecundo despliegue de la edificación socialista y comunista.

El Partido elaboró la teoría de la revolución socialista aplicable a la época del imperialismo. Movilizó a la clase obrera y a las vastas capas de campesinos para realizar la revolución. El Partido elaboró la ciencia sobre la construcción de la nueva sociedad, la sociedad socialista. En cada etapa histórica fundamentó teóricamente las tareas básicas de la edificación socialista, así como también las tareas que hubo que solucionar en los períodos de los choques bélicos contra las fuerzas del imperialismo. Se libró una lucha resuelta contra los enemigos del leninismo: los trotskistas, los oportunistas de derecha y los nacionalistas, lo cual fue una condición imprescindible del triunfo de las ideas leninistas en la teoría y en la práctica.

El medio siglo de existencia de la sociedad soviética demuestra bien a las claras que el pueblo soviético debe todos sus éxitos alcanzados en la construcción del socialismo y en el despliegue de la edificación comunista al trabajo teórico, de organización y político del Partido.

El PCUS cuenta en la actualidad con unos 13 millones de afiliados, efectuándose el ingreso a base de una rigurosa selección individual, a la que el Partido se atiene siguiendo los consejos de Lenin.

Todo esto prueba que el Partido goza de un apoyo ilimitado del pueblo soviético.

Los logros alcanzados por el PCUS en el período soviético se explican en gran medida también porque bajo la dirección del gran Lenin el Partido, ya mucho antes de la victoria de la Revolución de Octubre, había afianzado su papel de vanguardia en el movimiento obrero y entre todos los trabajadores y a través de cruentas luchas contra el zarismo y el capitalismo habíase conquistado la confianza de la clase obrera y de sus aliados. El trabajo entre las masas siempre ha ocupado el primer lugar en la actividad del Partido.

Una de las facetas importantes de la actuación del Partido leninista es su cuidado permanente por la firme defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre. La historia del primer Estado socialista es la historia de una encarnizada lucha contra los enemigos de clase externos e internos. El Partido ha educado siempre a los comunistas y a todos los soviéticos en el

espíritu de predisposición para defender las conquistas de Octubre.

Un importantísimo instrumento de la transformación de la sociedad —sobre la base del papel dirigente del Partido— es el Estado socialista. La experiencia ha revelado la esencia, la significación y las funciones de la dictadura del proletariado como un peldaño nuevo por principio del desarrollo de la democracia, la democracia para la inmensa mayoría, lo que la distingue radicalmente de todos los tipos de democracia precedentes.

Se ha demostrado en la acción que la dictadura del proletariado es un instrumento creador, constructor, y no sólo destructor, y que este principio positivo suyo radica en su propia esencia. Para todos los países, y en primer lugar para los que tienen bastante población campesina, reviste una enorme importancia el hecho, demostrado en la práctica, de que la dictadura de la clase obrera realiza la alianza entre ésta y el campesinado y asegura el paso de los campesinos a la vía del socialismo.

La experiencia del desarrollo de nuestra Revolución muestra asimismo los límites históricos de la existencia de la dictadura del proletariado, la cual, después de asegurar victorias decisivas en la vía del socialismo, se transforma en organización política de toda la sociedad. El Estado socialista de todo el pueblo ultima la obra de la dictadura del proletariado y actúa como un importantísimo instrumento de la edificación del comunismo. A él le incumbe la solución de tareas tales como la organización de la sociedad sobre una base estrictamente científica y su transformación en un organismo perfectamente ajustado en todos los sentidos. Esta tarea se soluciona en las siguientes direcciones principales:

- alcanzar un nuevo nivel de la planificación que corresponda a las leyes objetivas, plenamente cristalizadas, de la economía socialista, asegure el aprovechamiento íntegro de las relaciones mercantiles y dinerarias como una ley importante de la sociedad socialista y tenga en cuenta las exigencias de la revolución científico-técnica;
- organizar al nivel científico-técnico moderno el servicio de

información, las comunicaciones y la dirección operativa, de modo que refuercen considerablemente los elementos de regulación de la economía socialista y permitan confeccionar y corregir los planes económicos con mayor oportunidad y exactitud;

- conjugar más armónicamente los medios materiales, políticos e ideológicos de dirección y los estímulos del progreso de la sociedad;

- perfeccionar la formación y preparación de especialistas y crear un sistema armónico que asegure los cuadros necesarios a todos los eslabones de la vida social;

- crear un amplio sistema de estudio y consideración de la opinión pública como condición para seguir desarrollando la democracia socialista y acentuando su eficacia, y adoptar otras medidas de importancia capital.

El cumplimiento de todas las tareas de la edificación del comunismo va indisolublemente unido al perfeccionamiento de la democracia socialista y al desarrollo de las nuevas formas de autogestión.

Todos estos problemas están expresados en el Programa del Partido y en las resoluciones del XXIII Congreso del PCUS y de los plenos del Comité Central, que han examinado en estos últimos años las cuestiones económico-sociales de la edificación del comunismo. En octubre de 1964 tuvo lugar un gran acontecimiento en la vida de nuestro Partido, que contribuyó a elevar más aún su papel en la nueva etapa: la reunión plenaria del CC del PCUS reiteró la voluntad inflexible del Partido de observar rigurosamente las normas de vida de Partido y el principio de dirección colectiva concebidos por Lenin.

El medio siglo que hemos recorrido muestra cuán compleja es la reestructuración socialista de la sociedad. «Es algo nuevo —decía Lenin—, nunca visto en la Historia, y que no puede aprenderse en los libros.»²

Lenin subrayaba que en Rusia había sido mucho más fácil empezar la revolución que llevarla hasta el fin, que construir el socialismo. Tenía en cuenta que la primera revolución socia-

² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXV, pág. 265, ed. en ruso.

lista había triunfado en un país de economía atrasada y gravemente minada por la guerra imperialista y la intervención extranjera, cuya población estaba compuesta en su inmensa mayoría por campesinos y sectores pequeñoburgueses. Durante un largo período, nuestro Estado hizo frente solo a todo el sistema mundial de Estados imperialistas. Había que elegir entre limitar conscientemente las condiciones de vida de los soviéticos y crear en plazo brevísimo, haciendo esfuerzos heroicos, una potente economía y fortalecer la capacidad defensiva, o ser aplastados por la fuerza unida de la reacción. Era necesario ganar tiempo a toda costa. Y esto determinó los plazos, extremadamente cortos, de la industrialización y de la colectivización en la URSS y dio origen a toda una serie de métodos específicos en la solución de los problemas de la edificación del socialismo en nuestro país.

En el camino recorrido a lo largo de cincuenta años, nuestro Partido y nuestro pueblo han conocido la alegría de las grandes victorias y la amargura de las pérdidas, de los reveses temporales, de los errores y de las equivocaciones. En cierta etapa, el desarrollo de la sociedad soviética se vio dificultado por el culto a la personalidad de Stalin, que, como se dice en las tesis del CC del PCUS para el 50 aniversario de la Revolución de Octubre, se expresó en el ensalzamiento, ajeno al espíritu del marxismo-leninismo, del papel de un solo individuo, en el apartamiento del principio leninista de la dirección colectiva y en infracciones de la legalidad socialista. Estas adulteraciones causaron daño a nuestra sociedad, pero no cambiaron la naturaleza del socialismo ni conmovieron sus cimientos. En ello se manifestó la fuerza del Partido, la fuerza del régimen socialista soviético. A la vista de los ejemplos concretos del desarrollo de la Unión Soviética, esto está claro para las vastas masas trabajadoras de todo el mundo.

Es bien sabido de todos que los esfuerzos hechos por nuestro pueblo para vencer las dificultades que se alzaban en su camino de descubridor y sus sacrificios no han sido vanos. Han ayudado y ayudarán todavía a otros pueblos a llegar al socialismo con dificultades enormemente menores, por una vía más fácil.

Gracias a lo hecho por el Partido de Lenin y por el pueblo soviético siguiendo la vía de la Revolución de Octubre, hoy se puede juzgar del comunismo por los hechos prácticos, por la sociedad existente. Sabemos que todavía es mucho lo que necesita ser desarrollado y perfeccionado. Aún es mucho lo que debe ser puntualizado y corregido. Pero la tarea principal planteada a nuestro país por la Revolución de Octubre —la edificación del socialismo y su afirmación definitiva— ha sido cumplida.

La conservación del capitalismo cuesta cara

Una de las tesis fundamentales en que se basa el anticomunismo actual es la afirmación de que las revoluciones sociales no están justificadas desde el punto de vista del progreso social, de que son «una obra demasiado cara».

Nadie puede negar que, hasta la fecha, las revoluciones sociales han costado destrucciones y víctimas. Eso se explica porque las revoluciones son un producto de la sociedad dividida en clases antagónicas. Pero la responsabilidad de las víctimas no recae sobre las clases revolucionarias. La Revolución de Octubre lo ha confirmado de manera irrefutable. La historia ha incluido para siempre en la cuenta bochornosa de la contrarrevolución y del imperialismo internacional la prolongada guerra civil, la intervención y el bloqueo, que tan caro costaron a nuestro pueblo.

Ahora podemos decir con pleno fundamento que una ley del desarrollo de la revolución socialista mundial consiste en que cada nuevo país que abraza la vía de la construcción del socialismo tiene para ello condiciones cada vez más favorables y que puede —a condición de que el Partido Comunista aplique una política justa— marchar por este camino con menos dificultades y sacrificios. Por consiguiente, cada nueva revolución puede revelar con una rapidez relativamente mayor sus resultados fructuosos para la clase obrera, para todos los trabajadores. El contenido creador de las revoluciones socialistas se puede poner de manifiesto, en las actuales condiciones, en plazos históricos mucho más cortos. También en este sentido se

manifiesta con mayor plenitud el papel internacional de la Revolución de Octubre.

Y, al contrario, una ley del desarrollo del capitalismo consiste en que cada decenio, cada año de su historia requiere más víctimas y acarrea nuevas privaciones y sufrimientos a millones de explotados y oprimidos.

La historia del capitalismo ha mostrado en estos cincuenta años que la conservación del régimen caduco acarrea calamidades mucho mayores de cuantas sufrió la humanidad en el pasado. El «precio» que los pueblos han pagado en ese período ha sido de decenas de millones de muertos en las diversas guerras, millones de periclos en las cámaras de gas y en los campos de concentración fascistas, el desenfreno del racismo, los horrendos tormentos físicos y morales del masivo paro forzoso, el hambre crónica de la población de continentes enteros, la perversión de grandes masas de jóvenes y la degradación espiritual de generaciones enteras. El culpable de todo ello ha sido el imperialismo.

En los cincuenta años transcurridos, la humanidad ha sufrido pérdidas incomparables a consecuencia de la política imperialista de militarismo y guerra y de las represiones armadas contra las fuerzas del progreso. Sólo la segunda guerra mundial se llevó 50 millones de vidas y dejó 28 millones de mutilados. Los daños materiales ocasionados por la segunda guerra mundial pasaron de 300.000 millones de dólares. Pero el capitalismo ni aun después de eso ha cambiado la dirección fundamental de su política exterior. Y en nuestros días, cuando la nueva conflagración mundial puede llevar al exterminio de naciones enteras —de emplearse las armas coheteril-nucleares—, la preparación de las guerras y las guerras mismas siguen siendo la base de la política exterior de los Estados imperialistas.

Los Estados Unidos gastaron en la guerra contra la República Democrática Popular de Corea más de 20.000 millones de dólares. La ignominiosa agresión del imperialismo norteamericano contra Vietnam les ha costado ya unos 50.000 millones de dólares.

La carrera armamentista es más ruinosa cada año para los

pueblos. En los últimos cincuenta años y pico, el número de los llamados a filas en tiempos de paz se ha quintuplicado, y los gastos en el mantenimiento de los ejércitos han aumentado en treinta veces.

Los gastos totales de la OTAN en los años que lleva de existencia pasan ya de un billón de dólares. Los gastos de todo el mundo en armamentos se aproximan ya a 130.000 millones de dólares al año. Con esa suma se podrían construir anualmente más de cien grandes fábricas metalúrgicas como la de Bhilai. Incluso la quinta parte de los presupuestos militares anuales, combinados con los recursos internos de los países en vías de desarrollo, serían suficientes para liquidar en 10 ó 15 años el hambre, las epidemias y el analfabetismo en estos países.

En total, los gastos militares en el período de paz y los gastos en guerras de los últimos cincuenta años han costado a los pueblos tres billones quinientos mil millones de dólares. Esta suma rebasa la de las rentas nacionales de todos los países del mundo en los dos años últimos.

Las funestas consecuencias del militarismo contemporáneo para el progreso social dimanán también de que a él están supeditadas las fuerzas fundamentales de la ciencia y la técnica. El genio creador de muchos científicos está separado del trabajo productivo y se utiliza en perjuicio de la humanidad. Unas dos terceras partes de los científicos de todo el mundo dilapidan su talento en lo militar y crean más y más medios de destrucción y exterminio.

Ya en 1913 escribió Lenin: «Dondequiera que se mire, aparecen a cada paso tareas que la humanidad está en perfectas condiciones de resolver *inmediatamente*. Estorba el capitalismo.»³ Desde entonces, las posibilidades de la sociedad han aumentado inconmensurablemente. Pero el capitalismo ha levantado en este tiempo, sobre todo con ayuda del militarismo, nuevas barreras descomunales en el camino del cumplimiento de las tareas acuciantes y de importancia vital para los pueblos del mundo entero.

³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXIV, pág. 17, ed. en ruso.

La conservación del capitalismo en los cincuenta años transcurridos después de la Revolución de Octubre ha prolongado los tormentos de centenares de millones de seres en las colonias y países dependientes. Cuando, inspirados por la Revolución de Octubre, los pueblos oprimidos se alzaron a la lucha por la libertad, el imperialismo desencadenó contra ellos una serie de guerras coloniales de exterminio. Las huellas que el capitalismo ha dejado en su retirada obligada de las colonias y los países dependientes han sido miles y miles de muertos, mutilados y gente sin hogar, ciudades y pueblos destruidos, una economía arruinada.

Los monopolios siguen expoliando hasta hoy a los pueblos de muchos países que fueron colonias. Sólo como resultado del intercambio no equivalente, los países del Tercer Mundo pierden anualmente en el comercio con los Estados capitalistas miles de millones de dólares. Entretanto, la producción de alimentos por habitante en los países que fueron colonias se reduce anualmente del 1 al 2 %. Mientras que los monopolios de las potencias imperialistas se enriquecen con las ganancias coloniales, los pueblos de los países liberados siguen soportando el peso de la miseria y del atraso secular. Conocen por experiencia propia el «precio» de la conservación del capitalismo en América y Europa.

La historia de los cincuenta años transcurridos ha mostrado que la decantada «paz social» en los países de Occidente es un mito. De 1919 a 1939, el número de huelguistas en los países capitalistas industrialmente desarrollados fue de 74 millones, y de 1946 a 1966, fue ya de 262,9 millones. El total de huelgas aumentó respectivamente de 165.600 a 285.900.

El capitalismo causa inmenso daño económico a la sociedad. Sólo como consecuencia del desempleo total, los EE. UU. perdieron de 1929 a 1966 más de 9.500 millones de semanas laborales. Hay que tener presente que en estas cifras no se toman en cuenta las pérdidas debidas al paro parcial o encubierto. Cada día se manifiesta de manera más clara la incapacidad del capitalismo para aprovechar con eficacia las fuerzas productivas que ha desarrollado. Después de la segunda guerra mundial, los descensos de la producción como manifestaciones

de crisis económica, si bien no llegan a las proporciones catastróficas de la crisis de 1929-1933, en cambio, son frecuentes. La continua infrautilización de la capacidad industrial da lugar a una considerable subproducción de mercancías. Se sabe, por ejemplo, que de 1953 a 1960 los EE. UU. perdieron por ello unos 18,5 millones de años-hombre de trabajo.

En su aspiración a prolongar la existencia de la sociedad explotadora, las clases gobernantes, como muestra la experiencia de estos cincuenta años, recurren a métodos extremadamente atroces de dominación. La manifestación más monstruosa de estos métodos es el fascismo, engendro del capitalismo del siglo XX. En el fascismo se plasmó del modo más completo el culto a la crueldad y a la violencia, el culto al sadismo, propio de la reacción imperialista.

En nuestros tiempos, la actividad de las camarillas y organizaciones ultrarreaccionarias de los principales países capitalistas, el surgimiento del neofascismo en Alemania Occidental, el reciente golpe de Estado fascista en Grecia, los hechos descubiertos en Italia, encaminados a preparar en 1964 un golpe semejante, los múltiples golpes de Estado que los «gorilas» han dado durante los últimos años en América Latina y la activación de los «rabiosos» y de los «halcones» en los Estados Unidos son una prueba de que la tendencia, propia del imperialismo, a la «reacción en toda la línea», de la que escribió Lenin, sigue siendo un grave peligro para la humanidad.

El imperialismo entorpece el desarrollo normal de los vínculos internacionales entre los pueblos organizando bloques militares agresivos, agrupaciones económicas de tipo cerrado, aplicando la política neocolonialista, creando focos de tirantez e interviniendo, incluso con las armas, en los asuntos de otros pueblos. Con su política anticomunista, con el fomento de prejuicios y prevenciones contra el régimen socialista, contra las ideas más avanzadas del siglo, portavoces de las cuales son los comunistas, infiere un daño colosal a la comunicación espiritual entre los pueblos. Divide a los pueblos, azuzando el odio racial y la hostilidad entre las naciones. Corrompe la opinión pública de gran parte del mundo con los métodos gangsteriles de publicidad política y desinformación.

Todo eso permite juzgar de las graves pérdidas —materiales, morales y sociales— que la existencia del capitalismo ocasiona a la sociedad, del freno que supone para el progreso social de toda la humanidad.

El mayor y más monstruoso crimen cometido por el imperialismo contra la humanidad es la lucha que libra contra la sociedad socialista, esa lucha salvaje y artera, militar o no, que no cesa desde el primer día de la Revolución de Octubre.

La época contemporánea ha puesto al orden del día de la historia la liquidación del régimen capitalista. La revolución socialista mundial, inaugurada por el Gran Octubre, está cumpliendo airoosamente esta tarea histórico-universal. La revolución rompe las cadenas que el capitalismo crea para el progreso social. Desempeña efectivamente el papel de poderosa locomotora de la historia. Lo demuestran con nitidez los resultados de la Revolución Socialista de Octubre, que cortó el nudo gordiano de las contradicciones capitalistas y permitió a nuestro pueblo emprender la solución práctica de los problemas que la humanidad viene tratando de resolver durante milenios. En sólo medio siglo hemos obtenido resultados inmensos en la solución de estos problemas seculares. Si nos referimos al desarrollo interno de la sociedad soviética, los conflictos, acompañados de víctimas y penosas privaciones, son para ella algo ya pasado, una etapa superada. En eso estriba la ventaja indiscutible del régimen socialista frente al mundo del capitalismo.

Las fuerzas revolucionarias, continuadoras de la causa de Octubre

La vitalidad y la inmensa eficacia de los principios y de las ideas de la Revolución de Octubre consisten en que están desarrollados por las poderosas fuerzas reales que mueven actualmente la revolución social mundial: el sistema mundial del socialismo, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional.

El sistema socialista mundial actúa hoy como el factor revo-

lucionario principal de nuestra época. Con su formación, en la correlación de fuerzas en la palestra mundial se ha producido un desplazamiento radical a favor del socialismo, de todos los que luchan contra el imperialismo. Este es un importantísimo resultado del desarrollo mundial a lo largo de los cincuenta años transcurridos desde la victoria de la Revolución de Octubre.

La propia originalidad de las vías de evolución de los países socialistas evidencia que las raíces del socialismo calan hondo en el suelo nacional, despertando una inmensa energía político-social en cada pueblo. La acumulación de experiencia en la edificación del socialismo ha adquirido carácter internacional. La experiencia colectiva de los países socialistas es un precioso patrimonio de todas las fuerzas revolucionarias del mundo, un catalizador poderoso del progreso social mundial.

La salida del socialismo de los límites de un solo país y la ampliación de la lucha entre el socialismo y el capitalismo mundiales han creado nuevas condiciones para la lucha de la clase obrera de los países capitalistas desarrollados y para el movimiento de liberación nacional. Al mismo tiempo, conserva plenamente toda su importancia la deducción de la teoría marxista-leninista de que, en todas las circunstancias, la revolución es un producto, ante todo y principalmente, del desarrollo interno de cada país. La revolución no se puede exportar ni estimular artificialmente desde fuera.

Los movimientos revolucionarios de hoy son los sucesores legítimos de la causa de la Revolución de Octubre, los continuadores de ella en otro terreno y en otras condiciones.

La clase obrera internacional agrupa hoy la fuerza de la comunidad socialista y del movimiento obrero de todos los países del mundo. Por eso puede desempeñar un papel creciente en la solución de los problemas cardinales de nuestros días. Los éxitos de los países del socialismo, la conquista de nuevas posiciones económicas y políticas por el movimiento obrero al capital monopolista y el ascenso de este movimiento en los países de América Latina, Asia y África han convertido a la clase obrera internacional en una eficaz fuerza mundial. Crece la influencia política de la clase obrera de los países

capitalistas en la situación internacional. La clase obrera interviene de manera más activa cada día en la política interior y exterior de sus gobiernos y, con sus acciones, restringe las posibilidades de maniobra de las clases gobernantes. Sin reconocer este papel de la clase obrera no se puede comprender la situación existente en la parte no socialista del mundo. La lucha de la clase obrera en las propias ciudadelas del imperialismo—Francia, Italia, RFA, EE. UU., Inglaterra y muchos otros Estados del mundo capitalista—, así como en los países liberados, en defensa del progreso y de la libertad de los pueblos, contra la reacción y la agresión, es una gran aportación a la lucha antiimperialista mundial.

Los intereses cardinales de la clase obrera en la lucha por el socialismo coinciden con los intereses de los sectores más amplios del pueblo. De ahí, el aumento nunca visto del número de aliados de la clase obrera. Al lado de un aliado suyo tan tradicional como es el campesinado, hoy se pronuncia por el socialismo gran parte de los empleados, de los intelectuales y de las capas medias de la ciudad. Esto amplía el ejército de la revolución social y crea condiciones para llevarla a cabo con éxito en las formas que la situación concreta dicte.

El movimiento revolucionario se encuentra en diversas etapas de desarrollo en los distintos países. Ello requiere distintos métodos y formas de lucha. Y cuando decimos que todos los destacamentos revolucionarios van por el camino de la Revolución de Octubre, eso no significa que se limiten a repetir lo que se hizo en Rusia, en la Unión Soviética. A nuestro entender, continuar la causa de la Revolución de Octubre quiere decir encontrar, rigiéndose por sus ideas y teniendo en cuenta sus enseñanzas, vías y medios concretos para cumplir la misma tarea internacional a la que ella puso comienzo en escala mundial.

El movimiento de liberación nacional se ha convertido en una poderosa y eficaz fuerza de escala mundial. Forma, con el movimiento revolucionario de la clase obrera de los países capitalistas y con el sistema socialista mundial, un torrente antiimperialista único.

Lenin previó que la lucha de los pueblos de las antiguas

colonias y países dependientes por su liberación política y económica, dirigida en un principio contra el imperialismo, al alcanzar cierto nivel se iría llenando de mayor contenido anticapitalista cada día. Hoy vemos que en la zona del movimiento de liberación nacional han aparecido varios países de orientación socialista que han dado pasos reales por el camino de las hondas transformaciones sociales.

La orientación al socialismo aglutina en estos países al proletariado, a los campesinos, a las capas medias de la ciudad y del campo. En las condiciones de hoy, cuando el socialismo se está convirtiendo en la fuerza decisiva del progreso mundial, estos países, aún estando el movimiento obrero en embrión, pueden llegar al socialismo, a través de varias etapas intermedias, por la vía del desarrollo no capitalista. El movimiento de liberación nacional, cualesquiera que sean las formas originales que tome y las dificultades que encuentre en su camino, forma parte de la transformación revolucionaria común del mundo contemporáneo.

El movimiento comunista mundial es la fuerza aglutinante de todo este proceso. El comunismo desempeña este papel, en gran parte, porque es vehículo del internacionalismo proletario.

El internacionalismo proletario es siempre concreto. Su carácter y rasgos distintivos vienen determinados por las particularidades de cada etapa histórica. En la primera etapa que siguió a la victoria de la Revolución de Octubre, se situó en primer plano la tarea de defender y salvaguardar al primer Estado de los obreros y campesinos en el mundo, tal y como lo subrayaban entonces todos los partidos comunistas. Así lo exigían los intereses internacionales comunes del movimiento obrero y los intereses nacionales de cada destacamento suyo, pues el reforzamiento y desarrollo del Estado soviético constituían entonces (y hoy también, en cierto sentido) el eslabón decisivo de la lucha internacional por el socialismo.

El pueblo soviético recuerda con gratitud el apoyo que el proletariado internacional le prestó en los difíciles años de la guerra civil y la intervención extranjera, luchando bajo la consigna de «¡Fuera las manos de Rusia Soviética!» Percibió ese

apoyo al tiempo que cumplía la ardua tarea de transformar el país, atrasado y arruinado por las guerras, en una gran potencia socialista industrial y koljosiana.

La comprensión del internacionalismo proletario por parte de los comunistas soviéticos jamás ha tenido un carácter unilateral. Al esperar la ayuda y el apoyo del proletariado internacional, el PCUS ha estimado siempre la defensa y la edificación de la nueva sociedad en nuestro país un deber internacional suyo, una aportación suya a la causa común, de la lucha de los trabajadores de todo el mundo contra el imperialismo, y no un fin en sí o un asunto interno de nuestro Partido.

Jamás hemos perdido de vista otro aspecto de la cuestión: el de prestar siempre ayuda práctica, con los medios a nuestra disposición, a los que luchan por la democracia, la independencia nacional y el socialismo en otros países.

En el período de la gran guerra antifascista de los años 40 todos estos aspectos del internacionalismo proletario se entrelazaron y plasmaron en la titánica lucha común que tuvo por resultado la derrota total de las fuerzas de choque del imperialismo, que se habían propuesto aplastar el movimiento mundial de liberación y destruir su baluarte, la Unión Soviética. El resultado histórico de la hazaña internacional de los comunistas soviéticos, del pueblo soviético y de los comunistas de otros países durante la segunda guerra mundial fue el salvamento de la civilización frente a la barbarie fascista, la aparición de nuevos países socialistas en el mundo y, junto a ellos, de todo un grupo de pueblos que se libraron de la cárcel colonial y desplegaron la lucha por el renacimiento nacional y el progreso social.

La función principal del internacionalismo en la etapa actual es la cohesión de todos los destacamentos revolucionarios en un torrente antiimperialista único. No es una exageración afirmar que, en última instancia, el destino de la humanidad se deberá en gran parte al cumplimiento de esta tarea.

En nuestros días:

— el internacionalismo es la condición más importante para el éxito de la lucha contra la guerra y el peligro de guerra que el imperialismo engendra;

- el internacionalismo es una premisa imprescindible para la edificación eficaz de la nueva sociedad en los países de la comunidad socialista;
- el internacionalismo es la solidaridad y la ayuda mutua permanente de la comunidad socialista, del proletariado internacional y del movimiento de liberación nacional;
- por último, el internacionalismo es un arma de educación ideológica de las masas trabajadoras de todos los países, ya que es precisamente él lo que se opone a la discordia nacional y a la hostilidad racial que las clases explotadoras utilizan siempre para conservar su dominación.

La situación de hoy presenta al movimiento comunista internacional exigencias de singular magnitud, pues este movimiento es el vehículo y expresión principales del internacionalismo proletario, poderosa arma en la lucha contra las fuerzas reaccionarias e imperialistas en la arena internacional.

En las condiciones históricas concretas de nuestros días, la máxima manifestación del internacionalismo proletario es la preocupación por reforzar la unidad del movimiento comunista internacional. La aspiración a esta unidad, a coordinar las posiciones en cuanto a cuestiones de principio de la política internacional, se deja sentir con mayor fuerza cada día en las filas de los partidos marxistas-leninistas. La Conferencia de Karlovy Vary, celebrada en abril de 1967, ha desempeñado indudablemente un importante papel en el reforzamiento y desarrollo de esta tendencia.

Es sabido que la cohesión del movimiento comunista internacional tiene enorme importancia para asegurar la eficaz unidad de acción de todas las fuerzas progresivas frente a los desesperados contraataques del imperialismo. La unidad de acción, la cohesión de las filas comunistas es la garantía para que siga intensificándose la ofensiva histórica de las fuerzas de la paz, de la independencia nacional, de la democracia y del socialismo.

Actualmente se registran graves dificultades en el desarrollo del movimiento comunista internacional. No obstante, su arsenal cuenta con cincuenta años de victoriosa experiencia revolucionaria. Es ya tan maduro y poderoso, que encontrará, sin

duda alguna, medios para vencer las dificultades. Uno de los más importantes, uno de los medios clave para superarlas, es, a nuestro juicio, la convocatoria, con los esfuerzos mancomunados de los partidos marxistas-leninistas, de una nueva conferencia internacional de los partidos comunistas y obreros. En esta conferencia se podría analizar conjuntamente la marcha de la lucha mundial de las fuerzas revolucionarias, que hoy es más compleja y variada que nunca, y determinar con la inteligencia colectiva del comunismo mundial los medios más eficaces para solventar nuestras tareas comunes en la etapa actual, de extraordinaria responsabilidad, del desarrollo histórico. No cabe duda de que el movimiento comunista seguirá estando a la altura de la misión que la historia le ha encomendado.

La Revolución de Octubre y los problemas de la guerra y la paz

La brecha abierta por la Revolución de Octubre en el entonces indiviso mundo capitalista, en el mundo de la explotación y opresión, ha permitido al socialismo conquistar en cincuenta años posiciones que han hecho posible en nuestra época, por primera vez en la historia, plantear sobre una base completamente real la tarea de librar a la humanidad de la pesadilla de la guerra mundial.

La clase obrera, decía Marx, debe demostrar al mundo que entra en la palestra de la historia «como fuerza independiente, consciente de su propia responsabilidad y capaz de imponer la paz»⁴. La clase obrera rusa demostró esto en la práctica. Más tarde, esto lo demostró también la clase obrera de otros países socialistas, y lo han demostrado asimismo los trabajadores del mundo no socialista, que libran la lucha contra el peligro de guerra. Ahora se ve con más claridad que nunca que la clase obrera internacional está realmente interesada en la paz, comprende realmente su responsabilidad y es capaz realmente de defender la causa de la paz y la seguridad de los pueblos.

⁴ C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, t. XVI, pág. 373, ed. en ruso.

El socialismo, desde el principio, fue el heraldo de la salvación de la civilización humana de las destrucciones y la degradación que las guerras imperialistas entrañan. La Revolución de Octubre dio vida a fuerzas sociales y creó medios materiales capaces de encauzar las relaciones internacionales por la vía de soluciones concordes con los intereses de todos los pueblos.

Nuestro Partido y el Gobierno soviético han hecho todo lo que está a su alcance para privar al imperialismo del monopolio de la fuerza armada. Basta suponer que en vísperas de la segunda guerra mundial no hubiese tenido la Unión Soviética en sus manos la fuerza militar necesaria, correspondiente al nivel técnico internacional de entonces, para imaginarse las consecuencias que ello habría acarreado no sólo para el socialismo en nuestro país, sino también para todo el proceso revolucionario mundial. Basta suponer que en nuestro tiempo existiera el monopolio nuclear de los Estados Unidos para imaginarse cómo ello se reflejaría fatídicamente en el actual movimiento emancipador-revolucionario.

El surgimiento del Estado socialista y el ascenso general del movimiento obrero revolucionario y del movimiento de liberación nacional han introducido profundos cambios cualitativos en todo el sistema de las relaciones internacionales. Antes, los imperialistas aplastaban sin contemplaciones el movimiento emancipador de los pueblos. Después de la victoria de la Revolución de Octubre empezó a cambiar la situación. Por supuesto, también entonces prosiguió el imperialismo su agresiva política exterior. Ya después de la segunda guerra mundial, las potencias imperialistas han desencadenado unas dos decenas de guerras de agresión. No obstante, el resultado general de estas guerras no es, ni mucho menos, el que lograba el imperialismo en otro tiempo. Es más, el socialismo y otras fuerzas revolucionarias se han fortalecido tanto que ha sido posible imponer al imperialismo soluciones pacíficas en problemas que antes «decidía», impunemente, por medio de la guerra. Bajo la presión de la lucha liberadora de los pueblos, apoyados por los países socialistas, los imperialistas vieron constreñidos a conceder la independencia nacional a decenas de Estados afri-

canos. Los agresores norteamericanos sufren en el Vietnam continuas derrotas vergonzosas, al enfrentarse con la heroica resistencia del pueblo vietnamita, que se apoya en la multifacética y constantemente creciente ayuda de los países socialistas y en la solidaridad de las fuerzas progresistas del mundo entero.

Pero el imperialismo no está dispuesto a ceder voluntariamente sus posiciones, sino que recurre a diversas maniobras y crea nuevos focos de tensión, pretendiendo así socavar el movimiento emancipador de los pueblos.

De esto es oportuno hablar ahora a propósito de los acontecimientos en el Cercano Oriente. Es bien sabido que la RAU, Siria y otros Estados árabes se sacudieron el yugo colonial y emprendieron una lucha consecuente contra el imperialismo. El imperialismo, al perder en esta zona una posición tras otra, hace tiempo que venía fraguando planes enfilados a detener el avance de los Estados árabes de vanguardia por la vía del robustecimiento de su independencia y del progreso social. Durante largos años la propaganda imperialista ha atizado la animadversión entre Israel y los Estados árabes.

Las tentativas de presentar el conflicto en el Cercano Oriente tan sólo como la consecuencia de la enemistad nacional entre los árabes y los judíos no tienen nada de común con el verdadero estado de cosas. Lo principal estriba en que el imperialismo internacional, y en primer lugar el imperialismo norteamericano, ha decidido servirse de las esferas gobernantes de Israel para tratar de derrocar los regímenes progresistas de la RAU, Siria y otros Estados árabes avanzados e implantar el orden neocolonialista en todo el mundo árabe.

Nuestro Partido y el pueblo soviético mantienen una consecuente posición internacionalista y de clase en el problema del Cercano Oriente. Hacemos una neta diferenciación entre los círculos gobernantes de Israel y las masas trabajadoras de este Estado. Al mismo tiempo, nos pronunciamos contra la prédica del exclusivismo racial y nacional y por el derecho de cada pueblo a crear su propio Estado nacional independiente. Este es uno de los principios básicos de la política exterior de la Unión Soviética. Otro enfoque de este problema es utilizado

siempre por las fuerzas imperialistas para encubrir los verdaderos objetivos de sus actos de agresión.

Gracias a los esfuerzos de los Estados socialistas y de otras fuerzas progresistas se ha conseguido detener la agresión y lograr el alto el fuego. Sin embargo, la situación sigue siendo complicada, y se precisan grandes esfuerzos de todas las fuerzas amantes de la paz a fin de liquidar cuanto antes las consecuencias de la agresión de Israel y asegurar las condiciones pacíficas para el desarrollo de los Estados árabes por la vía de la paz, de la independencia nacional y del progreso social. El frente antiimperialista debe hacer todo lo posible para condenar moral y políticamente al agresor, obligarle a retirarse de las tierras ocupadas, fortalecer las posiciones internacionales de la RAU, Siria, Argelia y otros Estados árabes y prestarles otra ayuda necesaria. El conflicto en el Cercano Oriente ha mostrado que la reacción imperialista dispone aún de fuerzas que le permiten crear una superioridad temporal en algunos sectores del frente antiimperialista y, de ese modo, frenar parcialmente el proceso revolucionario. Pero ya desde ahora se puede decir que el imperialismo no ha podido tampoco esta vez romper ese frente y conseguir sus objetivos en el Oriente Árabe.

La correlación de fuerzas en el mundo no es una magnitud permanente e invariable. En la actualidad no está predeterminado automáticamente que todos los problemas internacionales hayan de resolverse como aspiran los comunistas. No se puede dejar de ver que eso depende de dos factores interdependientes: de la objetiva correlación de fuerzas entre las clases en la arena mundial y de la justeza de la política de las fuerzas que intervienen en defensa de la paz y del progreso social.

El sucesivo robustecimiento de las posiciones del socialismo en detrimento del imperialismo exige esfuerzos continuos, una lucha constante. Este robustecimiento no sólo lo determina el poderío coheteril-nuclear de la Unión Soviética y la perfecta organización militar de los países signatarios del Tratado de Varsovia, sino que depende también de la intensa y acertada acción de todas las fuerzas antiimperialistas.

Un importante elemento de la correlación general de fuerzas es el grado de cohesión de la comunidad socialista y el nivel de la coordinación de las acciones de todos los destacamentos revolucionarios. No debe olvidarse que la estrategia imperialista está orientada a romper desde dentro el campo socialista, a enfrentar a unos países con otros y a sacar provecho de las divergencias existentes entre las fuerzas revolucionarias.

A la estrategia del imperialismo, las fuerzas revolucionarias oponen su estrategia política. Sus planteamientos básicos fueron formulados en los documentos programáticos del movimiento comunista internacional: las Declaraciones de 1957 y 1960. Esta estrategia está llamada a asegurar las condiciones más favorables para dar impulso a las fuerzas de la revolución y el progreso social, trabar a las fuerzas del imperialismo e impedir el desencadenamiento de una guerra termonuclear mundial.

El éxito de esta estrategia depende de la justeza de la política de cada destacamento revolucionario y de su concordancia con las posiciones de otros destacamentos revolucionarios. La experiencia muestra que allí donde los comunistas actúan de acuerdo, logran victorias en la lucha contra la estrategia imperialista.

El problema de la unidad reviste una mayor importancia vital por cuanto la línea escisionista del grupo de Mao Tse-tung plantea ante todos nosotros el problema actual de compensar las pérdidas ocasionadas por esa línea. Para ello se precisa una lucha resuelta contra la actividad escisionista del grupo de Mao Tse-tung. La eficiencia de la oposición a las acciones agresivas del imperialismo y la salvaguarda de la seguridad internacional dependen en gran medida del éxito de esta lucha.

La política exterior del Estado soviético, como definió el XXIII Congreso del PCUS, persigue el objetivo de asegurar, junto con otros países socialistas, condiciones internacionales favorables para construir el socialismo y el comunismo; reforzar la unidad y la cohesión de los países socialistas, su amistad y hermandad; apoyar al movimiento nacional-liberador y realizar una amplia colaboración con los nuevos Estados en vías

de desarrollo; mantener consecuentemente el principio de la coexistencia pacífica entre los Estados de diferente régimen social; hacer frente con energía a las agresivas fuerzas imperialistas y preservar a la humanidad de una nueva guerra mundial.

Teniendo en cuenta la interconexión de todos estos aspectos de nuestra política exterior, consideramos erróneas tanto la idea de que el apoyo a la lucha antiimperialista perturba los fundamentos de la coexistencia pacífica como la de que el mantenimiento de los principios de la coexistencia pacífica debilita la lucha antiimperialista. A nuestro entender existe una indisoluble ligazón entre la lucha por la coexistencia pacífica y el combate contra el imperialismo.

La coexistencia pacífica no es un fin en sí para los países socialistas. Ella no sólo sirve a sus intereses. Sirve al fortalecimiento de las posiciones de los partidos comunistas en los países capitalistas y les ayuda a luchar por los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores. Los nuevos Estados nacionales la pueden aprovechar y la aprovechan con éxito para desarrollar las fuerzas productivas, fortalecer su potencial económico en conjunto, avanzar por la vía del progreso social en beneficio de los trabajadores y hacer frente a los atentados del neocolonialismo. Utilizado con acierto y espíritu consecuente, este principio eleva el prestigio y refuerza las posiciones de los regímenes progresistas en la zona del movimiento nacional-liberador.

Los imperialistas intentan premeditadamente tergiversar con su política los principios de la coexistencia pacífica. Por ejemplo, las esferas gobernantes de los Estados Unidos parece como si reconociesen estos principios en las relaciones con la Unión Soviética, cuyo poderío no pueden menospreciar. Pero se niegan a seguirlos en las relaciones con algunos países socialistas y naciones emancipadas. Nuestro Partido rechaza resueltamente semejante planteamiento.

En el último tiempo pueden oírse afirmaciones como las de que en nuestra época, cuando la inevitabilidad histórica del paso al socialismo a escala mundial es evidente, ha envejecido el principio de la coexistencia pacífica. Algunos teóricos

declaran que este principio empieza ahora a estorbar el desarrollo del proceso revolucionario. Por supuesto, tales afirmaciones y «teorías» son inconsistentes por completo. Sólo tienen una apariencia revolucionaria, pero, en el fondo, están enfiladas a quebrantar el movimiento revolucionario. El principio de la coexistencia pacífica entre Estados de diferente régimen social ofrece todas las posibilidades de desarrollar la lucha de clases del proletariado y de sus aliados contra el capitalismo, por la victoria del socialismo en los países del mundo no socialista.

Como es sabido, todos los partidos comunistas señalaron con la mayor precisión y claridad en sus Conferencias internacionales de 1957 y 1960 que la lucha por evitar una nueva guerra mundial es una tarea primordial de los comunistas. Es notorio asimismo que el planteamiento y la consecuente aplicación de esta consigna han desempeñado en este período un inmenso papel no sólo en lo que se refiere a conjurar la guerra mundial, sino también con respecto al robustecimiento de las posiciones de todas las fuerzas sociales que luchan por la democracia, la independencia nacional y el socialismo. Al considerar la coexistencia pacífica como una forma de la lucha de clases en la palestra mundial, el movimiento comunista ha logrado intensificar la acción de las masas en la lucha contra el dominio del capitalismo monopolista. En cambio, la renuncia al principio de la coexistencia pacífica no sólo empeoraría bruscamente la situación internacional y colocaría a la humanidad frente a la amenaza de desencadenamiento de un conflicto termonuclear en cualquier instante, sino que conduciría también a que los partidos comunistas perdiesen a muchos de sus aliados para la lucha conjunta contra el imperialismo, por la revolución social.

He ahí por qué los marxistas-leninistas se oponen a las exigencias izquierdistas y aventureras de poner en juego, por cualquier motivo, la amenaza termonuclear y a los llamamientos a lanzarse, sin reflexionar, al riesgo de una guerra mundial en relación con cualquier conflicto.

Al encabezar la primera revolución proletaria triunfante y la causa de la transformación socialista de la sociedad, nuestro Partido asumió una inmensa responsabilidad histórica. A fin de estar a la altura de esta responsabilidad y de fijar en cada momento una acertada línea política, el Partido tuvo que sintetizar constantemente las enseñanzas de los acontecimientos mundiales y la experiencia de las masas de su propio país y sacar las conclusiones teóricas precisas. De su grado de justeza y de las posibilidades de realización dependía la suerte de la revolución, dependía la autoridad del marxismo como dirección teórica y base ideológica del progreso humano en la época contemporánea.

La teoría está llamada a participar directamente en la formación de la nueva realidad. Fue ahí donde se pusieron de manifiesto con todo vigor la audacia y el gigantesco trabajo teórico de Lenin y de los mejores cerebros del Partido. Al organizar la construcción socialista, Lenin, el Partido elaboraron problemas tan importantes como el del período de transición al socialismo, la alianza de la clase obrera y los campesinos y su significado para la victoria del socialismo, el desarrollo de un Estado de nuevo tipo, la cooperación en el campo, la industrialización socialista, la planificación económica, la formación y el progreso de las naciones socialistas y las formas de desarrollo del Estado socialista multinacional, y la revolución cultural. Se realizó una enorme labor para desarrollar la teoría leninista sobre el Partido como fuerza dirigente y orientadora de la construcción del socialismo y, después, del comunismo.

Por eso, podemos decir con pleno fundamento que el triunfo del socialismo en la Unión Soviética no sólo coronó el trabajo abnegado del pueblo soviético y la labor política y organizativa del Partido, sino también el desarrollo de la teoría del socialismo científico, su capacidad para sintetizar los nuevos fenómenos y alumbrar el camino de la práctica revolucionaria.

El paso de la sociedad soviética a la construcción del comunismo elevó más aún el papel de la teoría científica, plan-

teando ante el Partido nuevos y grandes problemas teóricos. Su elaboración ocupó el lugar central en las tareas del XX, XXI, XXII y XXIII Congresos del PCUS, en el nuevo Programa del Partido y en las resoluciones de los plenos del Comité Central celebrados entre 1964 y 1966. El PCUS ha fundamentado teóricamente la creación de la base material y técnica del comunismo, la formación de las relaciones sociales comunistas, la necesidad de la sucesiva ampliación de la democracia socialista y del ulterior perfeccionamiento de las relaciones entre las naciones socialistas.

Merced al esfuerzo colectivo de los partidos marxistas-leninistas se ha hecho un gran aporte a la elaboración de cuestiones tan importantes de nuestro tiempo como las que se refieren a las leyes de la formación y el desarrollo del sistema socialista mundial, las vías del progreso social de los Estados que se han liberado del colonialismo, el desarrollo de la teoría de la revolución socialista en la nueva situación histórica, la conclusión de que es posible evitar la guerra mundial.

En la actividad política y teórica de los partidos hermanos vemos un patrimonio común del movimiento comunista, una conquista con la que los comunistas, apoyándose en ella, sabrán en el futuro alcanzar nuevos éxitos y proseguir la gran causa de la Revolución de Octubre.

El PCUS propugna un constante intercambio de ideas y opiniones en el movimiento comunista internacional y procura captar y aprovechar todo lo mejor que da el pensamiento marxista-leninista de los partidos hermanos. El PCUS estima que su aportación a la teoría revolucionaria forma parte del trabajo teórico general de los partidos hermanos.

La independencia de los partidos comunistas y sus acrecidas posibilidades y experiencia en el desarrollo del marxismo-leninismo exigen una atención mayor aún respecto a la observancia del enfoque internacionalista de los problemas teóricos. Tan sólo este enfoque asegura el desarrollo del marxismo como doctrina revolucionaria verdaderamente universal. Tan sólo él permite hacer de nuestra doctrina una guía para la acción, útil a todos los revolucionarios, en cualquier lugar del mundo donde desenvuelvan su actividad,

Con el marxismo-leninismo están vinculadas todas las perspectivas de desarrollo social en el mundo, está ligado el futuro de la humanidad.

Está claro que tales perspectivas son inseparables hoy de la revolución científico-técnica y de las gigantescas posibilidades que ella ofrece. Está claro también que el enorme aumento de la envergadura y la complejidad de los procesos político-sociales requiere dar solución a las nuevas tareas teóricas, a fin de que el impetuoso progreso científico-técnico del siglo XX sea puesto al servicio de la humanidad.

La transformación socialista del mundo y el ingente progreso de la ciencia y la técnica constituyen, en esencia, dos revoluciones que se complementan. ¿En qué sentido? Cuando la revolución técnica y sus resultados se encuentran en manos del proletariado triunfante, se transforman en una poderosa fuerza al servicio de los intereses de la clase obrera, de las masas trabajadoras, de la causa de la paz y del progreso social. El socialismo aprovecha al máximo los frutos de la revolución técnica y abre un amplísimo camino al desarrollo de la historia en la segunda mitad del siglo XX.

El contenido de la revolución científica y técnica —la máxima aceleración del desarrollo de las fuerzas productivas— coincide con la tarea principal de la revolución social del siglo XX. Por tanto, ambas revoluciones reflejan el proceso, insuperable y único en la base, de negación de la vieja civilización y de creación de una civilización nueva, la comunista.

Aprovechando las realizaciones actuales de la ciencia y la técnica, la sociedad socialista, edificada ya en varios países, marcha por un certero camino hacia la conversión en realidad del principio proclamado por Marx y Engels: «El libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.»⁵

Así, pues, ¿qué ha reportado, en conclusión, a la humanidad la Revolución de Octubre?

En forma sintetizada, podría responderse de este modo:

- en la Unión Soviética, país inmenso que forma parte de dos continentes, ha triunfado el socialismo y se ha iniciado el paso al comunismo;
- en otros trece países de tres continentes han triunfado las revoluciones socialistas y la mayoría de estas naciones ha conseguido éxitos decisivos en la edificación del socialismo;
- se ha formado el sistema socialista mundial, que es la conquista histórica más grande después de la Revolución de Octubre, el baluarte poderoso de todas las fuerzas revolucionarias de nuestro tiempo;
- los pueblos de las antiguas colonias y de los países dependientes, con el apoyo del socialismo mundial y del movimiento obrero revolucionario, han puesto fin a la opresión imperialista, han liquidado los imperios coloniales y abrazado la vía del desarrollo independiente y su parte más avanzada ha adoptado la orientación socialista;
- la Revolución de Octubre y otras revoluciones socialistas victoriosas han influido grandemente en las condiciones de lucha del proletariado de los países capitalistas por sus intereses vitales y sus objetivos finales, les ayudan a alcanzar importantes éxitos en la lucha por el desarrollo de la democracia y la victoria del socialismo;
- el primer país socialista —la Unión Soviética— desempeñó el papel principal en la lucha por librar a la humanidad de la amenaza de sojuzgamiento fascista y salvó del exterminio a pueblos enteros. La derrota del fascismo hizo surgir un clima de odio general a la violencia contra los pueblos y al aplastamiento de sus libertades e independencia, y coadyuvó al ascenso del movimiento revolucionario en todo el mundo a un nuevo nivel;
- la Unión Soviética, el sistema socialista mundial y el movimiento obrero revolucionario internacional juegan un papel decisivo en la conjuración de la guerra termonuclear y son la fuerza principal en la lucha orientada a extirpar por entero las guerras mundiales de la vida de la sociedad;
- los cincuenta años de la Revolución de Octubre han contribuido a la más amplia inculcación de las ideas socialistas en la conciencia de los hombres, han situado al marxismo-lenin-

⁵ C. Marx y F. Engels. *Obras Completas*, t. IV, pág. 447, ed. en ruso.

nismo en el centro de la vida espiritual de nuestra época, acrecientan la fe de cientos de millones de trabajadores en el triunfo de la justicia social y les persuaden de que la consecución de sus ideales es obra de ellos mismos, de su razón y de su voluntad.

En todo esto vemos el inextinguible significado del aporte de la Revolución de Octubre a la historia de la humanidad. Y ahora, en vísperas de su cincuentenario, podemos repetir con pleno convencimiento las proféticas palabras de Lenin: «La victoria del comunismo es inevitable. El triunfo será nuestro.»⁶

Los comunistas de otros países, al igual que nosotros, los comunistas soviéticos, ven justamente en este aniversario de la Revolución de Octubre el símbolo de la inquebrantable hermandad internacional, de la fidelidad a la obra y a las ideas de la Revolución de Octubre, fidelidad que nos une a todos.

Generalizada por los partidos marxistas-leninistas, la experiencia de estos cincuenta años revolucionarios contiene un bagaje de inmensa fuerza política e ideológica, y no cabe duda de que servirá para difundir más todavía las inmortales ideas del marxismo-leninismo en todos los países y reportará nuevas victorias al internacionalismo proletario y a toda la causa de la transformación socialista del mundo.

Noviembre de 1967

Glorioso aniversario en la historia del movimiento comunista

(En el cincuentenario de la fundación de la Internacional Comunista)

El cincuentenario de la Comintern es una fecha memorable en la historia del movimiento revolucionario mundial. En su cuarto de siglo de vida, la Internacional Comunista hizo una aportación inestimable al desarrollo del movimiento comunista mundial y de las ideas marxistas-leninistas, a su puesta en práctica. *Cumplió la misión histórica de unir el leninismo con el movimiento obrero internacional.* Abrió una nueva página en la historia del internacionalismo proletario y unió a decenas de partidos del mundo con los lazos fraternales de la solidaridad y la fidelidad al deber revolucionario.

Al remontarse a la época de la Comintern, el historiador comunista de nuestros días no puede dejar de tener en cuenta la idea de Lenin de que la clase obrera se distingue por la seriedad de su actitud ante su historia, ante la experiencia de los partidos hermanos, que le impulsa de tiempo en tiempo a volver la vista al pasado y a contrastar científicamente con él las perspectivas de su avance.

Esta actitud ante su pasado obedece también a la amplitud mundial del movimiento comunista, al acrecentamiento de su papel en el desarrollo mundial y a la elevada responsabilidad de los partidos comunistas en las actuales condiciones por los destinos y el futuro de toda la humanidad. El estudio de la actividad de la Comintern ayuda a conocer los orígenes de la

⁶ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXIX, pág. 223, ed. en ruso.

fuerza actual del movimiento comunista, a comprender mejor las leyes de su desarrollo, a tener en cuenta todas las facetas de su experiencia, las positivas y las negativas, a fin de aprovechar todo lo que conserva su valor de actualidad para luchar contra el imperialismo, por la causa de la clase obrera, del socialismo y de la paz.

Las primeras generaciones de leninistas, que crearon sus partidos en el período de actividad de la Internacional Comunista y con su ayuda, desplegaron una labor verdaderamente heroica. En las filas de la Internacional Comunista recibieron una carga inagotable de ideología marxista-leninista que les aseguró el éxito en un camino increíblemente difícil. El afán de asimilar y aprovechar mejor esta experiencia explica también ese interés por la Comintern que se ha expandido ampliamente en los medios comunistas.

El interés por la IC se explica también por las exigencias de la lucha ideológica contra el anticomunismo, que en los últimos tiempos ha convertido la falsificación de la historia de nuestro movimiento, y en particular la historia de la IC, en una rama especial de la «guerra psicológica».

Para una valoración acertada de la importancia histórica de la IC y de todas las vertientes de su actividad no se puede adoptar la actitud de un simple observador, como si la IC y los distintos partidos comunistas nacionales existiesen separadamente, cada uno por su lado. Los partidos comunistas tuvieron una intensa participación en la actividad de la Comintern y colectivamente elaboraron y tomaron sus decisiones. Respondían de las actividades de la IC, lo mismo que la Comintern respondía de la actividad de los partidos.

Los marxistas-leninistas se distinguen por su trato cuidadoso y profundo interés por la herencia ideológica y política de la Comintern, en un auténtico espíritu partidista. Al estudiar la actividad de la IC no olvidan ni un instante que se trata de las bases mismas del movimiento comunista contemporáneo, de un movimiento fundado por Lenin y del que brotaron las fuerzas que han conducido a las masas trabajadoras a históricas victorias del socialismo, a enormes éxitos en la transformación revolucionaria del mundo.

Desde el punto de vista histórico, la III Internacional fue sucesora de la I, creada y educada por Carlos Marx y Federico Engels, fue heredera de las mejores tradiciones marxistas de la II Internacional. Lenin, fundador y guía de la Comintern, continuó consecuentemente la obra de Marx, defendió y desarrolló creadoramente la doctrina marxista.

I

Desde los tiempos de Marx y Engels, la fuerza de los combatientes de vanguardia por la causa de los trabajadores está indisolublemente ligada con el arte de hallar los métodos más eficaces en la etapa histórica dada para movilizar a las masas y la forma más adecuada de organización política de las filas propias. La fundación de la Comintern es un ejemplo de determinación colectiva de la forma de actividad de la vanguardia internacional de la clase obrera en consonancia con la situación de aquellos tiempos.

La III Internacional fue fundada el 4 de marzo de 1919 en una conferencia internacional celebrada en Moscú.

La Comintern surgió en unas condiciones en que tenían lugar en el mundo unos acontecimientos sin precedentes, cuando se producía un viraje cardinal del capitalismo al socialismo. La Gran Revolución Socialista de Octubre marcó el comienzo de una grandiosa demolición del viejo mundo. Eran unos tiempos tormentosos en que la humanidad entraba impetuosamente en una nueva época, en una época revolucionaria. La fundación de la Comintern fue la respuesta de los marxistas revolucionarios a las exigencias de dicha época. Durante más de dos decenios, la Comintern estuvo en el centro de los acontecimientos mundiales.

El carácter y los rasgos principales de la Internacional Comunista —organización proletaria internacional fundamentalmente nueva— se fueron forjando en medio de una lucha de clases sumamente tensa en los distintos países y a escala internacional. En el curso del ascenso revolucionario mundial iniciado en 1917 se fueron derrumbando las ideas acerca de la

estabilidad del régimen burgués, que en apariencia se había afirmado sólidamente en el mundo y había creado un sistema universal de explotación colonial. Decenas de millones de hombres de los ejércitos de las potencias beligerantes habían sufrido del modo más implacable las consecuencias de la dominación del imperialismo. A ambos lados de la línea del frente crecía espontáneamente el descontento. Los obreros, los campesinos y los soldados comenzaron a meditar sobre las causas de aquella matanza sin sentido. Buscaban la salida del sangriento atolladero. Y en aquel momento estalló la revolución en Rusia.

La Revolución de Octubre despertó la fe de los pueblos en sus propias fuerzas y les mostró que podían poner fin a la guerra. Más aún, la revolución les mostró que un régimen que daba origen a tales crímenes contra la humanidad no era eterno y podía ser suprimido por ellos mismos. Esa fue una de las causas del poderoso ascenso del movimiento de masas en todo el mundo, ligado a la Revolución de Octubre. Bajo sus golpes se derrumbaba un orden que los gobiernos de los capitalistas y los terratenientes habían ido creando durante siglos enteros y que se asentaba en los llamados «grandes imperios continentales»: el ruso, el austro-húngaro, el alemán y el otomano. Llegó el momento en que, como había previsto Engels, las coronas rodaban por tierra a docenas.

La base real para la realización del plan de Lenin de crear una nueva Internacional, una Internacional Comunista, surgió después del triunfo de la Revolución de Octubre y de la aparición de un Estado de dictadura del proletariado en la palestra mundial. Era ésta una condición nueva y decisiva para el éxito de la lucha del movimiento obrero internacional contra las guerras y el imperialismo, por los objetivos históricos de la clase obrera.

En varios países surgieron partidos comunistas y acrecentóse la aspiración de crear una organización internacional única de los comunistas.

La Comintern enarboló en alto la bandera del marxismo-leninismo, llevó las ideas de Lenin y la experiencia de la Revolución de Octubre a las masas y comenzó a trazar el camino

y a elaborar los métodos para acabar en todo el mundo con el régimen de opresión y explotación capitalista.

Al mismo tiempo, la fundación de la Comintern venía a cumplir otra tarea de trascendencia histórica. Según la idea de Lenin y de sus compañeros de lucha de los partidos hermanos estaba llamada a resucitar el carácter internacional del movimiento obrero y a salvar su contenido revolucionario. La IC se creó en una época en que se había hecho patente la bancarrota de la II Internacional, corroída desde dentro por el oportunismo. Sus dirigentes habían traicionado a la clase obrera en 1914 al exhortar a los obreros de los distintos países a exterminarse mutuamente. El triunfo del nacionalismo y del oportunismo sobre el internacionalismo y el espíritu revolucionario en la II Internacional facilitó la tarea de la burguesía de enfrentar a los proletarios de los distintos países en una conflagración fratricida y desatar después una guerra vergonzosa contra el Estado soviético. Los líderes derechistas de la socialdemocracia se sumaron al coro imperialista de calumnias y a la lucha de los imperialistas contra el País de los Soviets, tratando de aislarlo del movimiento obrero de los países capitalistas y bloquear la difusión de las ideas del socialismo científico. La Comintern asestó un golpe a esta política, funesta para el movimiento obrero internacional.

La IC enarboló nuevamente en alto la bandera del internacionalismo. Mostró la salida del atolladero al que el nacionalismo y el oportunismo habían llevado al movimiento obrero. Los auténticos marxistas lucharon en difícilísimas condiciones por el resurgimiento de la ideología proletaria y por el carácter de clase del movimiento obrero. Contra ellos arremetió todo el aparato estatal de las clases dominantes; contra ellos partió en guerra la socialdemocracia de derecha. Sin la Comintern, los partidos comunistas, entonces pequeños y poco templados, no hubiesen podido resistir a este embate. La IC ayudó a abrir de nuevo la perspectiva revolucionaria a la clase obrera de los países capitalistas.

La experiencia de la Revolución de Octubre en Rusia y la experiencia de las victorias y derrotas en las batallas de clase de 1917-1923 en otros países mostraron el enorme papel que

desempeña *el partido de la clase obrera* en la lucha revolucionaria. El empuje democrático de las masas populares de Rusia se había transformado en victoriosa revolución socialista gracias a la existencia de un partido de nuevo tipo. En opinión de Lenin, la Comintern estaba llamada a prestar una ayuda ideológica, política y orgánica a la creación de partidos revolucionarios en otros países, proporcionando así al movimiento obrero un arma probada y decisiva para triunfar sobre el imperialismo. La Internacional Comunista cumplió esta misión al hacer patrimonio de todos los partidos las ideas de Lenin sobre la construcción del partido como forma superior de organización clasista del proletariado, sobre las relaciones entre el partido, la clase obrera y todos los demás trabajadores, sobre el contenido y la forma del internacionalismo en las nuevas condiciones.

Un factor muy importante en la construcción de los partidos de nuevo tipo fueron las «21 condiciones» de ingreso en la IC, aprobadas en su II Congreso. Entre ellas figuraban el reconocimiento de la dictadura del proletariado como principio fundamental de la lucha revolucionaria y de la teoría marxista; el consecuente deslindamiento ideológico y orgánico respecto de los reformistas y los centristas; la conjugación de los métodos de lucha legales e ilegales; el trabajo sistemático en el campo, en los sindicatos y en el parlamento; el centralismo democrático como fundamental principio de organización del partido. Las «21 condiciones» tenían como punto de partida la teoría leninista del partido de nuevo tipo y desempeñaron un enorme papel en la forja de cuadros leninistas de los partidos, en la lucha contra el franco oportunismo y el extremismo de izquierda. Entre las condiciones de ingreso en la IC, una de las más importantes era la fidelidad sin límites a los principios del internacionalismo proletario. Las «21 condiciones» constituyeron un escudo que protegió la integridad ideológica y política del joven movimiento comunista. Gracias a ellas pudo éste cohesionarse sobre una base auténticamente revolucionaria.

El problema del partido estuvo siempre en el centro de la atención de la Comintern. Lenin concedió a esta cuestión una

importancia primordial. No se celebró ningún congreso, ningún pleno del Comité Ejecutivo ni sesión del Presídium en que con uno u otro motivo no se plantease el problema del partido, bien para concretar y precisar la línea general de la construcción del partido, bien con el fin de ayudar a la dirección de uno o el otro partido a orientarse en los problemas internos o tácticos y a hallar colectivamente la solución, teniendo en cuenta la experiencia de los demás.

En las tesis para el V Congreso de la Internacional Comunista (1924) se señalaba que la forja de auténticos partidos leninistas es la *tarea central de la actividad de la III Internacional*. Desarrollando las «21 condiciones», las tesis marcaban la orientación que había de tener el trabajo para convertir las jóvenes secciones de la Comintern en partidos templados de nuevo tipo. Esa orientación era: estar siempre dispuestos a trabajar en el seno de las masas, a pesar de todos los obstáculos; tener una capacidad de maniobra que excluyese los métodos y medios de lucha estereotipados; permanecer fieles a los principios del marxismo revolucionario y saber defenderlos; aplicar consecuentemente el centralismo democrático; realizar un trabajo sistemático y tesonero en los sindicatos con el fin de acrecentar su fuerza combativa en la lucha por las reivindicaciones cotidianas de la clase obrera y atraerlos al lado de la revolución; desarrollar una labor revolucionaria entre los campesinos, pues sin la alianza con ellos es imposible plantear en serio el problema de la conquista del Poder; abordar de un modo acertado, leninista, el problema nacional, como una de las condiciones más importantes de la preparación de una revolución victoriosa.

Algo más tarde, en 1925, el V Pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la IC señaló que una de las condiciones ineludibles del desarrollo de los partidos por el camino leninista era «saber aplicar los principios generales del leninismo a la situación *concreta dada* de uno o el otro país...» El «eslabón» principal al que hay que asirse para sacar toda la cadena —decíase en la resolución del Pleno— «no puede ser el mismo en todas partes, dada la diversidad de situaciones socio-políticas» existente en el mundo.

Vemos, pues, que la Comintern no orientaba a los partidos a copiar mecánicamente la experiencia del bolchevismo. Después de sentar las bases de principio de la actividad de los partidos comunistas como organizaciones internacionalistas, la IC se preocupó incansablemente de ayudarles en el curso de la lucha práctica y sobre la base de su propia experiencia a transformarse *en una fuerza política nacional*, capaz de actuar con independencia en las condiciones concretas de sus países y de convertirse así en la verdadera vanguardia del movimiento obrero.

El hecho de haber conseguido forjar partidos proletarios revolucionarios en la mayoría de los países constituye un mérito histórico imperecedero de la III Internacional, que llevó a cabo esta tarea junto con los representantes de vanguardia de los destacamentos nacionales del proletariado revolucionario.

La Comintern puede ser considerada, en el pleno sentido de la palabra, como una creación del genio de Lenin, de quien fue la idea de fundarla en oposición a la II Internacional, maltrata por el oportunismo. Lenin realizó un trabajo verdaderamente titánico para ir preparando paso a paso el núcleo de internacionalistas del movimiento obrero que, posteriormente, habría de colocar las primeras piedras del edificio de la Comintern. Generalizando la experiencia rusa y la experiencia internacional, Lenin creó la plataforma ideológico-teórica de la Internacional Comunista, formuló los problemas cardinales de la estrategia y la táctica del movimiento comunista mundial y elaboró sus principios de organización. En este sentido, Lenin marchó al unísono con los dirigentes de los partidos hermanos que mantenían una posición justa.

Lenin fue el guía reconocido de la Internacional Comunista. Intervino con informes y discursos en los cuatro congresos de la Comintern celebrados hasta su muerte. Participó en numerosas comisiones de la IC encargadas de preparar resoluciones de carácter fundamental. Estos documentos, elaborados colectivamente por los representantes de los partidos hermanos, encierran un verdadero tesoro de ideas marxistas-leninistas, cuya eficacia ha sido contrastada por el tiempo y que conservan hoy su significación.

Lenin siguió atentamente el desarrollo de los partidos hermanos, estudió minuciosamente su actividad, se hizo eco de los problemas que surgían en ellos y les ayudó a elaborar acertadas orientaciones programáticas y tácticas. Los consejos y las recomendaciones de Lenin desempeñaron un importante papel en la formación ideológica y política de muchos partidos. En ellos se puso también de manifiesto la profundidad del pensamiento estratégico de Lenin, su aptitud para hacer comprender a las vanguardias proletarias la complejidad y las particularidades de la situación tanto en el plano nacional como en el internacional.

En aquel período los partidos se estaban formando y aún no habían sido rotos por completo los lazos, heredados del pasado, entre sus cuadros y las distintas corrientes socialdemócratas.

Pero a la vez era un período en que la crisis del capitalismo se dejaba sentir con enorme agudeza. En aquellas condiciones, el gran estratega proletario explicó a las vanguardias comunistas, con paciencia pero a la vez de un modo exigente, los principios fundamentales de la teoría de la revolución socialista.

Lenin enseñó a los comunistas a prepararse ideológica y orgánicamente para las batallas revolucionarias, a saber conducir estas batallas, a ser flexibles y precavidos en la lucha de clases de cada día y en la preparación de la vanguardia proletaria para las confrontaciones decisivas con el imperialismo. Con las masas y al frente de las masas: tal es el *leitmotiv* de numerosos artículos y discursos de Lenin dedicados a las tareas de las distintas vanguardias comunistas.

Después del acuerdo de ingresar en la IC adoptado en el Congreso de Bolonia del Partido Socialista Italiano, Lenin advirtió en una carta a los comunistas italianos el peligro de posibles provocaciones de las potencias de la Entente y de la burguesía italiana. Hizo hincapié en la necesidad de preparar minuciosamente la revolución. «Ganarse a todo el proletariado industrial —escribía Lenin—, y a *todo* el proletariado *rural*, y a los pequeños campesinos, y entonces, sabiendo elegir el momento internacional adecuado, el triunfo de la dictadura del

proletariado en Italia será firme.»¹ Togliatti señaló posteriormente que en un momento de crisis revolucionaria en Italia, Lenin trazó en unas pocas líneas la orientación estratégica y táctica «que mejor respondía a la situación en nuestro país».²

En una carta a la comunista inglesa Silvia Pankhurst (agosto de 1919), Lenin analizó las cuestiones fundamentales de la construcción del partido en las condiciones concretas de Inglaterra. Al explicar el peligro del autoaislamiento y del sectarismo, subrayó: «Vínculos indisolubles con la masa obrera, capacidad para desarrollar una labor constante de agitación en su seno, participar en todas las huelgas y hacerse eco de todas y cada una de las exigencias de la masa: he ahí lo fundamental para el partido comunista.»³ Al mismo tiempo, escribía Lenin, el programa que sea capaz de unir y que deba unir necesariamente a todos los obreros que sean revolucionarios sinceros y honestos en un partido comunista, ha de ser un programa consecuentemente revolucionario y abiertamente marxista.

Era desde el punto de vista de la lucha por las masas como Lenin enfocaba en aquel período problemas de palpitante actualidad de si los comunistas debían utilizar los parlamentos burgueses y trabajar en los sindicatos reaccionarios. Una serie de dirigentes del movimiento comunista daba a estas cuestiones una respuesta negativa, tras la que se ocultaba en algunos casos la inexperiencia política y en otros el peso de las orientaciones sectarias. Lenin explicó insistentemente lo erróneo y perjudicial de tal posición.

En octubre de 1919, Lenin publicó el artículo *Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes*, en el que calificó de absolutamente errónea la toma de posición por una parte de los comunistas alemanes contra la utilización del parlamento burgués y contra el trabajo en los sindicatos reaccionarios. Lenin decía que era ésta una enfermedad de crecimiento. «Pero contra estos errores manifiestos —escribía Lenin— es preciso

luchar de modo abierto, procurando no exagerar las discrepancias.»⁴ Si se mantiene una base revolucionaria común y firme, tales discrepancias, enseñaba Lenin, no son de temer. El bolchevismo pasó por ellas más de una vez, pero en el momento decisivo «atrajo a los mejores elementos de las corrientes del pensamiento socialista que le eran afines y aglutinó en torno suyo a *toda* la vanguardia del proletariado y a la *gigantesca mayoría* de los trabajadores».⁵

Lenin ayudó activamente a los partidos hermanos a aprender las distintas formas de trabajar entre las masas. Apoyó enérgicamente la *Carta abierta* del CC del Partido Comunista Unificado de Alemania (enero de 1921), viendo en ella un intento oportuno de establecer un frente proletario único, «un paso político ejemplar... porque constituye el comienzo de la aplicación del método práctico para atraer a la mayoría de la clase obrera».⁶ Lenin combatió a los elementos ultraizquierdistas del Partido Comunista de Alemania y a ciertos dirigentes de la Comintern (Zinóviev, Bujarin y Rádek), que acusaron de reformistas a los autores de la *Carta abierta*. Pero Lenin condenó severamente también a uno de los autores de la misma, a Paul Levi, y apoyó su expulsión del Partido cuando se negó a participar en la acción armada —ciertamente impreparada y provocada, pero masiva— de los obreros alemanes. Esa posición era, para Lenin, incompatible con el título de comunista.

El 17 de junio de 1921, en la reunión del Comité Ejecutivo de la IC, Lenin dio una réplica contundente a los «izquierdistas» que habían atacado un artículo de *l'Humanité* en el que se hablaba de la necesidad de «sangre fría y disciplina» al llevar a las masas al asalto del capitalismo. La crítica contra cualquier partido, decía Lenin, debe referirse a determinadas acciones erróneas, oportunistas; pero no se puede atacar a un partido indiscretamente, no se puede dividirlo, no se le debe proponer otras necedades, unas necedades «izquierdistas» para oponerse a las acciones oportunistas. «El marxismo» —explicaba

¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXIX, págs. 257–258, ed. rusa.

² P. Togliatti, *Selección de artículos y discursos*, t. II, Moscú, 1965, pág. 374, ed. rusa.

³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXIX, pág. 162, ed. rusa.

⁴ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXIX, pág. 218, ed. rusa.

⁵ *Ibidem*, pág. 216.

⁶ *Ibidem*, t. XLIV, pág. 25.

Lenin— consiste en determinar la política que hay que aplicar en tales o cuales condiciones.»⁷

Al mismo tiempo, Lenin era intransigente con quienes bajo el pretexto de las condiciones específicas de la Revolución de Octubre renunciaban en general a la revolución. Uno de los participantes en la entrevista celebrada en 1922 por Lenin con una delegación de los sindicatos checoslovacos, J. Franek, recuerda: «Hablé de las ideas inculcadas a los obreros por los líderes reformistas de la socialdemocracia y me referí indignado a su “excesiva superconciencia”, de la que se desprendía que la Revolución de Octubre sólo había sido posible en la “Rusia inculta”, pero que en nuestro país, “en el Occidente culto” la revolución constituía, pretendidamente, “un experimento inútil”, etc. ¡Buen vapuleo me dio entonces Lenin! ¿Acaso no es un deber y una tarea de los comunistas, me dijo, elevar la conciencia de los obreros, mostrarles a través de ejemplos concretos la traición de los líderes desleales, explicar a los obreros que no deben esperar de tales líderes que cambien el régimen social.»⁸

Lenin ayudó a los partidos a aplicar en la práctica la táctica del frente único, a hallar las soluciones más acertadas en las situaciones complejas. El 12 de enero de 1922 propuso que en el CE de la IC «se aprobase una resolución bien motivada en la que se exigiese necesariamente al Partido Comunista de Inglaterra que todos los comunistas hiciesen propaganda y votasen en favor de los candidatos del Partido Laborista, a excepción de aquellos casos, muy raros, en que podía asegurarse que el votar por un candidato comunista en modo alguno proporcionaría el triunfo a un candidato burgués».⁹

Tales son algunos ejemplos tan sólo de la multifacética actividad cotidiana de Lenin, que ayudaba prácticamente a forjar partidos de nuevo tipo. El prestigio de Lenin como guía de la

Comintern residía en la unidad indisoluble entre sus palabras y sus actos. A los ojos de los comunistas, de todos los revolucionarios y de millones de trabajadores de todos los países, Lenin y la Revolución de Octubre, Lenin y la República Soviética de obreros y campesinos se fundían constituyendo un todo único.

II

La nueva época había planteado ante la humanidad nuevos problemas. La solución acertada de los mismos sólo se podía dar desde las posiciones de la clase más avanzada, desde las posiciones del movimiento obrero revolucionario internacional. La Comintern, que había acumulado la experiencia más valiosa de este movimiento, sus pensamientos y sus fuerzas más creadoras, cumplió con honor esta tarea. Ahora, desde la atalaya de los cinco decenios transcurridos, podemos decir con todo fundamento que la Internacional Comunista dio respuestas acertadas a las cuestiones cardinales que se hallaban en el centro del desarrollo social del mundo en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Se trataba ante todo de los problemas de la lucha por el socialismo y la liberación nacional, de la lucha contra el fascismo y la guerra imperialista. Las respuestas que dio en su tiempo la IC a estas cuestiones contribuyeron al progreso social en el mundo entero, a cambios radicales en el ámbito mundial en favor de las fuerzas que luchaban contra el imperialismo, por una nueva sociedad, por el socialismo, por nuevas relaciones entre los pueblos.

El problema cardinal del siglo XX es *el paso de la sociedad humana al socialismo*. La época posterior a la Revolución de Octubre es la época de la revolución social, que libera a los hombres de todas las formas de explotación y opresión. El primer mérito de la III Internacional en el estudio de estos problemas consistió en haber hecho un profundo análisis de la trascendencia histórica universal de la Gran Revolución Socialista de Octubre, del socialismo real nacido en Rusia y que abría el camino hacia el socialismo a escala mundial.

⁷ Archivos del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS.

⁸ *Velika cesta*, pág. 32. Praga, 1960.

⁹ Archivos del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS.

La Comintern generalizó continuamente la experiencia del primer Estado de dictadura del proletariado y de su fuerza rectora, el Partido de Lenin. La actividad del Estado soviético daba un contenido nuevo al desarrollo histórico. Desde el momento de su aparición, como se destaca en las tesis del VI Congreso de la Internacional Comunista, «se acrecienta la principal contradicción que divide al mundo en dos campos: de una parte, todo el mundo capitalista, y de otra parte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en torno a la cual se agrupan el proletariado internacional y los pueblos oprimidos de las colonias.»¹⁰

Al considerar a la Unión Soviética centro del movimiento revolucionario mundial y base fundamental del mismo, la Comintern estimaba que su principal tarea internacionalista era defender el primer Estado proletario. Cada vez que las potencias imperialistas trataron de organizar provocaciones contra la República Soviética, la Internacional Comunista desarrolló una enérgica actividad para movilizar a la clase obrera y a los demás trabajadores de los países capitalistas para apoyar a la Unión Soviética. Esta actitud limitó las posibilidades del imperialismo de emprender acciones agresivas contra la URSS. Los comunistas soviéticos siempre valorarán en alto grado la solidaridad internacionalista de la Comintern y de todas sus secciones con el PCUS y la Unión Soviética en la causa común de la defensa del primer Estado socialista.

La Internacional Comunista consideraba la edificación del socialismo en la URSS no sólo como la tarea general del pueblo soviético, sino también como el frente decisivo de la lucha revolucionaria común de la clase obrera internacional. De aquí que apoyara tan resueltamente al PC(b) de la URSS en la lucha contra el trotskismo, que trataba de rebajar la importancia revolucionaria internacional de la construcción socialista en la Unión Soviética y negaba la posibilidad misma del triunfo del socialismo en un país como la URSS. El VII Pleno ampliado del CE de la IC (1926) condenó resueltamente la posición del bloque trotskista-zinovievista, rechazó la acusación

de «estrechez nacional» lanzada por los trotskistas contra el Partido de Lenin y señaló que «el PC(b) de la URSS, con todo su trabajo pasado y presente, había demostrado, no de palabra sino de hecho, su internacionalismo, del que había dado extraordinarios ejemplos». El Pleno del CE de la IC señaló que «el PC(b) de la URSS aplica una política del todo justa en la construcción socialista, con la completa seguridad de que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas dispone en el país de “todo lo necesario y suficiente” para la total edificación de la sociedad socialista».¹¹

La derrota ideológica de las concepciones antileninistas del trotskismo era una condición ineludible para fortalecer y desarrollar los partidos hermanos, la garantía de que el movimiento comunista internacional aplicaría una línea revolucionaria correcta. Sin la Comintern difícilmente los jóvenes partidos comunistas hubiesen podido superar con tanto éxito el peligro que entonces representaba el trotskismo.

La IC también manifestó su solidaridad con el PCUS en la lucha contra la desviación de derecha y las tendencias restauradoras ligadas a ella. Todo abandono de la línea proletaria de clase en la dirección de la sociedad, la transigencia ante las concepciones y posiciones ideológicamente ajenas entrañaban un serio peligro para la política orientada hacia el triunfo del socialismo en la URSS, para las conquistas del Poder soviético, significaban para la clase obrera y el partido marxista-leninista el peligro de perder la posición dirigente, de perder ritmo, tan necesario entonces para que la Unión Soviética pudiera cumplir también sus tareas revolucionarias internacionales. Gracias a los esfuerzos colectivos, la Comintern logró derrotar también esta desviación, sumamente peligrosa, de la línea leninista del movimiento comunista mundial.

El triunfo del socialismo en la URSS constituyó un poderoso factor acelerador de la revolución proletaria mundial. En la palestra mundial apuntaba un nuevo alineamiento de las fuerzas de clase, y con este motivo el VII Congreso de la IC hizo constar en su resolución: «El triunfo del socialismo, que

¹⁰ *Documentos de la Comintern*, págs. 793–794, ed. rusa.

¹¹ *Documentos de la Comintern*, pág. 680.

ha convertido a la URSS en una fuerza que pone en movimiento a vastas capas de la población, a clases, naciones, pueblos y Estados; significa un nuevo y trascendental cambio en la correlación de las fuerzas de clase a escala mundial en favor del socialismo y en detrimento del capitalismo, marca el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo de la revolución proletaria mundial.» Este pronóstico de la Internacional Comunista se ha visto plenamente confirmado después de la segunda guerra mundial, cuando la correlación de fuerzas en el ámbito mundial ha cambiado de un modo irreversible en favor del socialismo, lo que ha asegurado un amplio despliegue del movimiento revolucionario mundial.

Uno de los méritos de la IC consistió en que articuló las enseñanzas y la experiencia de la primera dictadura victoriosa del proletariado con todo el movimiento revolucionario mundial. Mostró que la solidaridad recíproca entre el primer Estado de dictadura del proletariado, el movimiento obrero revolucionario de los países capitalistas y el movimiento de liberación nacional es una fuerza que habrá de romper y aplastar el sistema de dominación imperialista.

Ya en 1915 Lenin escribió que «la revolución puede consistir, y probablemente consistirá, en batallas que se prolongarán largos años y en períodos de presión con intervalos de convulsiones contrarrevolucionarias del régimen burgués».¹² La IC desarrolló un gran trabajo para traducir este pensamiento de Lenin al lenguaje práctico de la estrategia y la táctica de los partidos comunistas en las condiciones concretas del período posterior a Octubre.

Después del reflujo de la ola revolucionaria de los años 1917-1923, el joven movimiento comunista, pertrechado con el leninismo, no se entregó al pesimismo. La Comintern le ayudó a conservar las perspectivas y le mostró la esencia y los métodos de la preparación para nuevas y encarnizadas batallas de clase.

En las Tesis de la XIV Conferencia de PC(b) de Rusia dedicadas a los problemas que se planteaban con motivo del

¹² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXVII, pág. 57, ed. rusa.

V Pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la IC, señalábase que aunque la marcha de la revolución mundial transcurría más lentamente de lo previsto al comienzo, la vida había demostrado la realidad de la victoria del socialismo en la URSS y las posibilidades del movimiento revolucionario en todo el mundo.

En el período de la Comintern Lenin promovió la conocida tesis acerca de que sería más difícil comenzar la revolución en Occidente que en Rusia, pero más fácil continuarla. De esta tesis se desprendía toda una serie de conclusiones referentes a la teoría del paso de los países capitalistas desarrollados al socialismo. La Internacional Comunista contribuyó a que esas conclusiones fueran asimiladas por el movimiento obrero de Europa y de Norteamérica. La Comintern no transmitió pura y simplemente «recetas» para preparar la revolución extraídas de la experiencia rusa, sino que reveló los rasgos esenciales del leninismo precisamente como síntesis de la experiencia del movimiento obrero internacional y enseñó el método de emplear y aplicar esta experiencia en las condiciones de los países del capitalismo desarrollado, diferentes a las rusas.

Las discusiones habidas en la Comintern durante los años veinte acerca de la «situación revolucionaria» no fueron simplemente teóricas. Afectaban a la viva práctica política. El movimiento obrero se convenció por su propia experiencia de que para la victoria de la revolución no basta con que se den las premisas materiales, ni tampoco basta con que haya decisión, audacia y voluntad de la vanguardia para llevar a cabo la revolución social. Para su éxito se precisa la conjunción de toda una serie de factores subjetivos y objetivos imprescindibles, que creen una situación de crisis nacional. La Internacional Comunista previno a los partidos contra la espera pasiva de la revolución y contra la tendencia a «impulsarla» artificialmente. Enseñó a los partidos la ciencia y el arte de vencer al enemigo de clase.

La IC enseñó a los comunistas a comprender la importancia tanto de una labor prolongada y paciente de acumulación de fuerzas para el ejército político de la revolución socialista en períodos en los que no existe situación revolucionaria, como de las acciones resueltas, ofensivas y, a la vez, polifacéticas,

cuando ya ha surgido esa situación. En este sentido, precisamente la Comintern contribuyó con su actividad cotidiana a erradicar el doctrinarismo y enseñó a aplicar los postulados teóricos a la práctica, a comprobarlos y corregirlos en el transcurso de la lucha de clases. Enseñó a ligar las tareas económicas y políticas cotidianas con los objetivos socialistas finales de la clase obrera.

El movimiento comunista y la III Internacional captaron y resolvieron correctamente el agudo problema que la nueva época planteaba a la humanidad *acerca del destino de los pueblos de los países coloniales*. Despertados por la Revolución de Octubre, esos pueblos se alzaron a una lucha de amplitud inaudita. Había que dar una respuesta al interrogante *sobre las vías de desarrollo de esa lucha nacional-libertadora*, sobre su lugar en el proceso revolucionario mundial.

Los líderes oportunistas de la II Internacional minimizaban el significado del movimiento de liberación nacional en las colonias y países dependientes. Kautsky decía despectivamente que este movimiento no tenía nada de común con la lucha socialista del proletariado.

Lenin reveló las raíces de clase de semejante enfoque de los líderes de la II Internacional sobre el movimiento de liberación nacional en las colonias y demostró que la actitud despreciativa hacia ese factor de la revolución era una de las manifestaciones del paso de los reformistas a las posiciones de la burguesía. Precisamente por eso, subrayaba Lenin, los líderes de la socialdemocracia «no vieron» el cambio radical que se había producido en el papel de este movimiento en la nueva época. Lenin auguró que «...en las futuras batallas decisivas de la revolución mundial, el movimiento de la mayoría de la población del globo terráqueo, encaminado en sus comienzos hacia la liberación nacional, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo, y desempeñará probablemente un papel revolucionario mucho más importante de lo que esperamos».¹³

Desarrollando las ideas de Lenin, la Internacional Comunista dedicó permanentemente una enorme atención a los pro-

blemas del movimiento de liberación nacional. No hubo congreso de la IC en el que no se examinaran esos problemas: Esta cuestión se discutió varias veces en los plenos del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En las resoluciones del V Congreso de la Comintern quedó establecido que el movimiento de liberación nacional constituye «una de las fundamentales partes integrantes del gran movimiento libertador que puede conducir a la victoria de la revolución, no sólo a escala europea, sino también mundial».¹⁴

El problema nacional-colonial fue interpretado por la Comintern como el problema de la alianza de la clase obrera con el campesinado a escala mundial. Partiendo de ello, la IC hizo todo lo posible para que la lucha nacional emancipadora de los pueblos oprimidos se fundiera con la lucha revolucionaria del proletariado de los países capitalistas desarrollados en un torrente único antiimperialista.

A juicio de la Internacional Comunista, el punto flaco de la revolución nacional-libertadora estaba en la «gran desproporción entre la situación revolucionaria objetiva y la debilidad del factor subjetivo»,¹⁵ o sea, en la ausencia de partidos comunistas en esa zona del mundo. La Comintern hizo colosales esfuerzos para superar esta contradicción. La orientación principal de esos esfuerzos consistió en cooperar a la formación del movimiento comunista en los países coloniales y dependientes.

Así, la Comintern realizó una enorme labor de apoyo al movimiento revolucionario de China. Sus representantes ayudaron en 1920 a crear en Shanghai los primeros círculos comunistas y, posteriormente, a unificar en un partido político a los dispersos elementos comunistas. Con el concurso de representantes de la Comintern la revista democrático-revolucionaria *Sin tsinnian*, fundada en 1915, se transformó en 1920 en una publicación comunista. Mucho fue lo que la Internacional Comunista hizo para preparar cuadros revolucionarios del Partido Comunista de China. Con el concurso de la Internacional Comunista fueron editadas por primera vez en idioma chino las obras de

¹³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLIV, pág. 38, ed. rusa.

¹⁴ *Documentos de la Comintern*, pág. 411.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 856.

Marx y de Lenin, lo cual desempeñó un importante papel en la difusión del marxismo-leninismo en China. Por consiguiente, a la Internacional Comunista correspondió la importante función de entroncar en esa etapa la doctrina marxista-leninista con el movimiento revolucionario del proletariado chino.

El Comité Ejecutivo de la IC y sus comisiones estudiaron atenta y constantemente la situación de China, penetraron en profundidad de todas las incidencias de la revolución china y le prestaron un apoyo multifacético. En 1925, con la participación directa de la IC y de sus secciones, se desplegó el movimiento masivo bajo la consigna de «¡Fuera las manos de China!», sobre todo en la URSS, Francia, Alemania, EE. UU., Inglaterra, Austria, Japón, Checoslovaquia, Corea, Italia, Egipto, Turquía. A excepción de la Internacional Comunista ninguna otra fuerza política internacional prestó un apoyo real a la revolución china.

Otro ejemplo del enorme papel que desempeñó la Comintern en el desarrollo del movimiento comunista en los países de Oriente puede ser la India. Con la ayuda de la Internacional Comunista los marxistas hindúes determinaron en su país las vías del movimiento de liberación nacional y obrero-campesino. La IC ayudó a difundir las ideas del marxismo-leninismo en la India. Lenin y la IC orientaron a los comunistas indios hacia la colaboración con las fuerzas nacionales revolucionarias y hacia la creación de un frente antiimperialista único.

En muchos otros países de Asia y en varios países de África surgieron y maduraron durante esos años partidos marxistas-leninistas que después desempeñaron un relevante papel en las revoluciones de liberación nacional y en la emancipación de sus respectivos países del yugo colonial.

La IC declaró al colonialismo una guerra sin cuartel. A lo largo de toda su historia la Internacional Comunista actuó consecuentemente en defensa de los derechos de los pueblos coloniales, desenmascaró sin clemencia a los colonialistas y prestó toda clase de ayuda a los pueblos que con las armas en la mano se alzaron a la lucha contra el dominio de los colonialistas. En su intervención ante el II Congreso de Rusia de las Organizaciones Comunistas de los Pueblos de Oriente, cele-

brado en 1919, Lenin dijo: «...la guerra civil de los trabajadores contra los imperialistas y los explotadores en todos los países adelantados comienza a conjugarse con la lucha nacional contra el imperialismo internacional. Así lo confirma el curso de la revolución, y lo confirmará cada vez más. Y esto es también lo que sucederá en Oriente». Y dirigiéndose a las amplias masas populares de los países coloniales y dependientes Lenin decía: «...les corresponderá a ustedes cumplir un importante papel en la lucha revolucionaria, en el movimiento revolucionario, fundiéndose esta lucha con la que libramos contra el imperialismo internacional.»¹⁶ En los años 20 y 30 cobró un impetuoso auge la lucha emancipadora de los pueblos oprimidos de los países coloniales y dependientes. La Comintern prestó todo el apoyo posible a la lucha libertadora del pueblo marroquí en los años 1923–1926, a las acciones combativas de los patriotas de Siria en 1925–1927, a los movimientos revolucionarios de los países latinoamericanos, a los levantamientos en varias provincias de India y Birmania. En noviembre de 1926, cuando sobrevino en Indonesia la sublevación contra los colonialistas holandeses, la IC organizó un movimiento de solidaridad del proletariado y de las vastas capas trabajadoras con los heroicos insurgentes y ante todo el mundo estigmatizó a los verdugos del pueblo indonesio. La Comintern ayudó activamente a la Liga Antiimperialista, que en 1927–1935 actuó como organización del frente único de las diversas fuerzas antiimperialistas.

Cumpliendo los legados leninistas, la Internacional Comunista enfocó las perspectivas del movimiento de liberación nacional bajo el ángulo visual de su alianza con el país socialista y con el proletariado mundial. En las condiciones de la nueva época histórica a los países oprimidos se les abría la posibilidad real del desarrollo no capitalista. «...Con la ayuda del proletariado de los países avanzados –señaló Lenin en el II Congreso de la Comintern–, los países atrasados pueden pasar al régimen soviético y, a través de determinadas fases de desarrollo, al comunismo, eludiendo la fase capitalista de desarrollo.»¹⁷ Apli-

¹⁶ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXIX, págs. 327–328, ed. rusa.

¹⁷ *Ibidem*, t. XLI, pág. 246.

cando esta idea de Lenin, los partidos comunistas asentaron las bases de la alianza del movimiento de liberación nacional con el socialismo triunfante y con el proletariado internacional, alianza que después de la segunda guerra mundial desmoronó el sistema colonial y desbrozó el camino para la solución de uno de los problemas actuales más importantes: la emancipación nacional y social de los pueblos oprimidos por el imperialismo.

La III Internacional realizó grandes esfuerzos para desarrollar el movimiento comunista en los países de América Latina, así como también para ayudar a la formación ideológica de los cuadros de los partidos comunistas. Bajo la dirección de la Comintern, en 1929 se celebró la primera conferencia de los partidos comunistas de América Latina.

El problema de *la guerra y la paz* se hizo un problema vital planteado ante la humanidad en este siglo XX.

Las proporciones y las consecuencias destructoras de la primera guerra imperialista mundial demostraron que la lucha contra las guerras imperialistas había pasado a ser la condición indispensable para el desarrollo del propio movimiento revolucionario y para todo el progreso social. La Comintern se percató desde el comienzo del enorme significado de este problema. El mérito del movimiento comunista y de la IC consistió en que mostraron las condiciones y las posibilidades de la lucha contra la guerra imperialista mundial en la nueva época en relación con la existencia de la Unión Soviética en tanto que factor decisivo de la defensa de la paz.

Partiendo de ello, los partidos comunistas se pronunciaron resueltamente contra la apreciación fatalista del problema de la guerra y la paz. En las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista se señaló que «las posibilidades para luchar contra la guerra han mejorado» y «son mucho mayores que en 1914».¹⁸ Los materiales del VII Congreso contenían ya la conclusión acerca de que en la nueva situación histórica no sólo se podía demorar la guerra, sino que en determinadas condiciones también era posible conjurar el desencadenamiento de una nueva guerra imperialista.

La Comintern, al llevar a cabo su enorme labor propagandística y política para organizar a las masas contra el peligro de una nueva guerra imperialista mundial, suponía fundadamente que la feliz construcción del socialismo en la URSS tenía una importancia decisiva para el robustecimiento de la base principal de la política de paz. «El único país que aplica conscientemente una política de paz –dícese en las resoluciones del V Congreso de la IC– es la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.»¹⁹

La Comintern procuró crear un frente lo más amplio posible de las fuerzas democráticas capaces de actuar contra la guerra y en defensa de la paz. Ya en 1922 el IV Congreso de la IC se dirigió a los socialdemócratas y a los sindicatos de todos los países instándoles a realizar acciones conjuntas contra la ofensiva del capital, contra el peligro de una nueva guerra. Las secciones de la Comintern desenmascararon los preparativos bélicos que llevaban a cabo sus respectivos gobiernos imperialistas.

Al mismo tiempo, la Comintern subrayó que la política de paz del Estado soviético estaba íntimamente vinculada a su papel revolucionario en la palestra internacional. Cuando los trotskistas pretendieron denigrar la política de paz de la URSS, presentándola calumniosamente como abandono de las tareas de la revolución mundial, la IC refutó de manera categórica estas patrañas y puso de relieve la enorme importancia revolucionaria de la política exterior del País de los Soviets. «La política de paz del Estado proletario –señalábase en la resolución del VI Congreso de la IC– no significa, ni mucho menos, que el Poder soviético se haya reconciliado con el capitalismo... Constituye otra forma de lucha –en la presente situación la más conveniente– contra el capitalismo, que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas viene aplicando consecuentemente desde la Revolución de Octubre.»

En los años 30, en momentos de grave responsabilidad de la historia universal, cuando como resultado de la victoria del fascismo en Alemania pendía sobre los pueblos el peligro in-

¹⁸ *Documentos de la Comintern*, pág. 809.

¹⁹ *Documentos de la Comintern*, pág. 399.

mediato de la segunda guerra mundial, la Comintern formuló un combativo programa de lucha contra esa amenaza. Sólo el movimiento comunista mundial supo comprender la profundidad del peligro, señalar exactamente su origen y proponer un plan concreto de acción que tenía por base la idea de un frente común antibélico.

La Comintern tocó a rebato y llamó a la clase obrera y a las masas populares a alzarse unidas a la lucha contra la amenazante catástrofe de la nueva guerra mundial que entrañaba el fascismo alemán. La IC no sólo promovió esta idea, sino que elaboró multifacéticamente un programa de lucha contra la guerra que estaba en puertas. Los organismos dirigentes y las secciones de la IC, todos los comunistas realizaron un gigantesco trabajo para movilizar a las masas contra los incendiarios de guerra –los fascistas alemanes e italianos y los militaristas nipones– y para desenmascarar la criminal confabulación de Munich con el fascismo alemán. Los comunistas promovieron repetidas veces la iniciativa de que las organizaciones y las corrientes de diversa orientación política emprendieran acciones conjuntas antibélicas.

El movimiento comunista, la Comintern hicieron todo lo posible para conjurar la segunda guerra mundial. Los partidos comunistas demostraron así, tanto la correcta comprensión de la situación real mundial, como su disposición a defender hasta el fin los intereses vitales de los pueblos. Y cuando la guerra, pese a todo, fue desencadenada, los partidos comunistas hicieron la más importante y decisiva aportación a la derrota de los culpables de la misma. El peso principal de esta guerra, la más sangrienta de las habidas en la historia, recayó sobre el pueblo soviético, sobre el país de la Revolución de Octubre. En los frentes de batalla sucumbieron tres millones y medio de comunistas soviéticos. Los comunistas de Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia, Hungría, Checoslovaquia, China, Corea y de otros países fueron el alma de la Resistencia, los organizadores del movimiento guerrillero. Los partidos comunistas fueron la vanguardia de sus pueblos, una auténtica fuerza nacional, dieron un brillante ejemplo de cómo conjugar la lucha por los

intereses socialistas de la clase obrera con la lucha por los intereses nacionales de sus respectivos países, demostraron el internacionalismo en las condiciones de la segunda guerra mundial.

La valoración histórica de la actividad de los comunistas durante esos años nos la ofrece el hecho de que en tan breve espacio de tiempo creciesen en proporciones inusitadas el prestigio y el número de militantes de los partidos comunistas. Algunos de esos partidos en 2–3 años aumentaron sus efectivos en decenas de veces, llegando a contar entre 100.000 y 500.000 y más afiliados. Varios partidos supieron conducir a la clase obrera y a los pueblos de sus respectivos países por la senda de las transformaciones socialistas.

El capitalismo, al pasar a la fase de la crisis general, colocó a la humanidad ante la amenaza de perder las anteriores conquistas del humanismo y de la democracia. Cuanto más profunda era esta crisis, más evidente se hacía el *peligro del fascismo* que pendía sobre los pueblos de todo el mundo. Y fue precisamente la Comintern quien primero centró la atención sobre ese peligro, quien puso al desnudo la naturaleza del fascismo y propuso métodos prácticos de lucha contra él. La humanidad guardará siempre en su memoria los grandes méritos de la Comintern en la contienda a vida o muerte de los pueblos contra el nazismo y el fascismo.

Ya en 1922, con motivo de la implantación de la dictadura fascista en Italia, esta cuestión figuró en la agenda del IV Congreso de la IC. Lenin dijo en su informe al Congreso que los comunistas tenían que sacar enseñanzas de lo ocurrido en Italia, que la tarea de la lucha antifascista se situaba en primer plano. Desde el comienzo, la Internacional Comunista ligó la lucha contra el fascismo con la amplia formulación del problema acerca del significado de las libertades democráticas generales para el desarrollo del movimiento obrero revolucionario y acerca del robustecimiento, sobre esta base, de las alianzas de clase de las vastas masas trabajadoras.

El IV Congreso de la IC señaló clarivamente que la lucha contra el fascismo no era sólo un asunto nacional de los trabajadores italianos. En el mensaje a los obreros italianos del

18 de enero de 1923 el Comité Ejecutivo de la IC señalaba: «Cuando lucháis contra el fascismo italiano lo hacéis por vuestra libertad...», pero, al mismo tiempo, también para que no se extienda a otros países el «imperio de la arbitrariedad y de la violencia criminal que ahora tiene que soportar Italia». La carta abierta enviada por el Comité Ejecutivo de la IC y el Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja a la Internacional Socialista Obrera y a la Internacional Sindical de Amsterdam (agosto de 1923) contenía una tajante advertencia sobre la amenaza del fascismo en Alemania.

Con base en el análisis de los procesos que estaban a la vista y en la síntesis de la experiencia real de la lucha contra las fuerzas fascistas puestas en movimiento, la Comintern elaboró y —teniendo en cuenta los nuevos datos— precisó más y más la definición rigurosamente científica del fascismo, que, una vez en el Poder, constituye una abierta dictadura terrorista de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero. La instauración del poder fascista no significa un simple cambio de un gobierno burgués por otro, sino la sustitución de una forma estatal de dominio de la burguesía —la democracia burguesa— por otra forma: la dictadura terrorista abierta. Esta conclusión reveló todo el significado de la contradicción entre el fascismo y la democracia burguesa e hizo ver que existía una base objetiva para la formación de un amplio frente antifascista de los más diversos sectores sociales.

Ni los partidos de la democracia pequeñoburguesa, ni los teóricos de la Internacional Socialista, ni los líderes socialdemócratas de derecha hicieron una correcta valoración de la esencia del fascismo ni apreciaron las proporciones del peligro que representaba para los trabajadores. El oportunismo, el antisovietismo y el odio hacia el comunismo les llevaron a tal ceguera que rechazaron en redondo todos los intentos de la Comintern —y se hicieron a decenas— de organizar la acción común antifascista.

A pesar de ello, la IC mantuvo de manera tenaz y perseverante la iniciativa de crear una amplia alianza democrática, enfilada contra el fascismo. Por ejemplo, en marzo de 1933 el Comité Ejecutivo de la IC dirigió un llamamiento a los obreros

de todos los países, proponiendo un programa de lucha antifascista de comunistas y socialdemócratas como plataforma para la acción común. En 1933, a iniciativa de los comunistas se convocó en París el Congreso Obrero Antifascista Europeo, en el que estuvieron representados más de tres millones de trabajadores de Europa.

El VII Congreso de la Internacional Comunista, brillante jalón en la historia del movimiento comunista mundial, inauguró una nueva etapa en la lucha contra el fascismo, y sobre la base de las ideas del frente único obrero y popular promovió un amplio programa de cohesión de todas las fuerzas de la democracia. «Ante el gran peligro que constituye el fascismo... —manifestó el Congreso— *la realización del frente único de lucha de la clase obrera significa en la presente etapa histórica la tarea inmediata principal del movimiento obrero internacional.*» Cabe decir con seguridad que de haber sido aceptado este programa por aquellos a quienes estaba dirigido y de haber sido aplicado consecuentemente, al fascismo se le habría asestado una derrota decisiva antes de que hubiera podido arrastrar a la humanidad a la nueva guerra mundial.

La Comintern y sus secciones fueron quienes primeramente afrontaron el combate con el fascismo. Los comunistas estuvieron por doquier en la vanguardia cuando se precisaba oponer resistencia a los desmanes fascistas. Sin escatimar sus vidas, los comunistas se lanzaron al combate abierto en las calles, en las fábricas, en los parlamentos. La Comintern, en la persona de Dimítrov, uno de sus mejores representantes, asestó una contundente derrota moral y política al fascismo en el proceso de Leipzig. Y cuando en España comenzó la primera gran batalla armada contra el fascismo, la Comintern encabezó una acción internacionalista sin igual hasta entonces: el movimiento de las Brigadas Internacionales que lucharon hombro con hombro con los republicanos españoles. La IC dirigió directamente la formación y el avituallamiento de las Brigadas Internacionales y envió a sus mejores cuadros para dirigir las militar y políticamente. En España combatieron contra el fascismo 35.000 voluntarios de 54 países.

En el momento del estallido de la segunda guerra mundial,

los destacamentos de indoblegables internacionalistas, bien organizados y forjados por la Comintern, estaban compuestos por decenas de partidos comunistas cohesionados por una amistad fraternal. Pertrechados con las ideas del marxismo-leninismo, los comunistas demostraron ser abnegados patriotas, heroicos combatientes contra el fascismo, por la libertad y el porvenir de sus naciones. La posición y la actividad de los comunistas durante la segunda guerra mundial contribuyeron en grado determinante a que después de la derrota bélica de las fuerzas fascistas de la reacción mundial, en primer lugar merced a las fuerzas de la Unión Soviética socialista, en la historia de la humanidad se abriera una fase de grandiosas transformaciones revolucionarias. En la preparación de estas transformaciones de la posguerra corresponde un gran mérito a la Comintern.

III

La IC pudo responder a los nuevos problemas planteados por el desarrollo social del mundo porque ella misma era una organización internacional de nuevo tipo. Su propio surgimiento significó también una especie de respuesta a una necesidad apremiante del movimiento obrero revolucionario mundial, fuerza rectora de la nueva época.

La Comintern fue un auténtico centro del pensamiento colectivo marxista-leninista, donde se sintetizó constantemente la experiencia de la lucha de la clase obrera internacional, donde se formulaban, sobre la base de este análisis científico, conclusiones políticas impregnadas de espíritu combativo que inmediatamente pasaban al arsenal de las vanguardias revolucionarias del proletariado para su aplicación en la cotidiana lucha de clases.

La labor revolucionaria de los partidos hermanos y sus continuas búsquedas creadoras en el terreno de la teoría y de la práctica de la lucha de clases componían la base de la actividad de la Comintern. En el curso de esta labor nacieron nuevas formas de lucha, nuevas consignas, nuevas ideas tácticas. Siguiendo las tradiciones leninistas, la IC procuró siempre destacar y

apoyar todos los intentos fructíferos de un enfoque creador de los problemas del día por parte de los partidos hermanos, sintetizar los logros de cada uno de ellos y convertirlos en patrimonio de todo el movimiento. Así, por ejemplo, en las históricas resoluciones del VII Congreso de la IC se reflejaron la experiencia viva del Partido Comunista Francés, que fue uno de los primeros en iniciar la elaboración y aplicación de la táctica del Frente Popular; la iniciativa de los comunistas españoles de crear una coalición política de todas las fuerzas antifascistas nacionales; la línea del Partido Comunista Italiano encaminada hacia la unidad de acción con los socialistas; el perseverante afán de los comunistas alemanes de formar un frente único con los socialdemócratas para la lucha contra el fascismo, y la experiencia del Partido Comunista Polaco en su lucha por la cohesión de todos los antifascistas.

La Comintern educó a los partidos en el espíritu de los principios leninistas del centralismo democrático, siendo ella misma un ejemplo de aplicación de estos principios. Sus congresos, plenos y sesiones de sus numerosas comisiones desarrollaron en una atmósfera de amplia y libre discusión, donde cada uno podía mantener su punto de vista y su interpretación de los problemas. Cada partido comunista tenía pleno derecho e ilimitadas posibilidades para participar en la elaboración de la línea general de la IC y de sus principios de organización. Los documentos confirman que los partidos hermanos utilizaron activamente ese derecho y esas posibilidades. Al mismo tiempo, todo el mundo conoce con qué responsabilidad y abnegación los comunistas de los diversos países, miembros de la Comintern, aplicaron las decisiones aprobadas colectivamente. En su actividad no hubo ni un ápice de ese ciego fanatismo de que tanto gustan hablar los enemigos. Fue, en el verdadero sentido de la palabra, una disciplina basada en la necesidad hecha conciencia, una disciplina condicionada por la comprensión de la justeza de las resoluciones adoptadas y por la fidelidad a las obligaciones contraídas ante los partidos hermanos.

A lo largo de un cuarto de siglo de existencia, la Comintern educó a toda una generación de dirigentes de los partidos hermanos en el espíritu del internacionalismo proletario, los forjó

en la lucha por la pureza y el desarrollo creador de la teoría marxista-leninista. En los organismos dirigentes de la IC —auténticamente internacionales por su composición— estuvo representada la flor y nata del movimiento comunista de aquel entonces. En sus filas se formó una pléyade de conocidos dirigentes tales como Jorge Dimitrov, Klement Gottwald, Ajoy K. Gosh, José Díaz, Dolores Ibárruri, Marcel Cachin, Victorio Codovilla, Vasil Kolárov, Johann Koplenig, Bela Kun, Otto Kuusinen, Julián Lenski, Wilhelm Pieck, Harry Pollitt, Luis Carlos Prestes, Sen Katayama, Van-min, Ernst Thälmann, Maurice Thorez, Palmiro Togliatti, Tim Buck, Walter Ulbricht, William Foster, Ho Shi Min, Klara Zetkin, etc.

Miles de comunistas de decenas de partidos hermanos cursaron en los centros de instrucción política del Comité Ejecutivo de la IC: la Escuela Internacional Leninista, la Universidad Comunista de los Trabajadores de Oriente y la Universidad Sun Yatsen, donde los educandos adquirían un sólido temple ideológico, teórico y político, siendo esas instituciones no sólo centros de educación marxista-leninista, sino también de intercambio práctico de experiencias de la lucha revolucionaria.

La delegación del PCUS en el Comité Ejecutivo de la IC, compuesta por Stalin, Zhdánov, Manuilski, Knorin, Piatnitski, Gúsev y otros, desplegó una gran actividad en la lucha contra los trotskistas y los oportunistas de derecha, por el afianzamiento de una correcta línea política de la Comintern.

El gran mérito contraído por la Internacional Comunista ante el movimiento revolucionario consiste en que defendió la doctrina del marxismo frente a la vulgarización y a las tergiversaciones de que fue objeto por parte de los oportunistas de derecha y de «izquierda».

Toda la historia de la cristalización de la IC y de la formación de los partidos marxistas-leninistas es la historia de la lucha irreconciliable contra el oportunismo. «Una de las condiciones requeridas por la preparación del proletariado para su victoria —señaló Lenin— estriba en librar una larga, tesonera e implacable lucha contra el oportunismo, el reformismo, el socialchovinismo y otras influencias y corrientes burguesas por el estilo, inevitables ya que el proletariado actúa en un medio

capitalista.»²⁰ Sin la victoria ideológica y política sobre el reformismo y el oportunismo, enseñaba Lenin, no se podía acometer la primordial tarea histórica que tenían planteada los jóvenes partidos comunistas hermanos: atraer a la vanguardia consciente de la clase obrera a las posiciones revolucionarias. Pero con sólo la vanguardia, sin el apoyo de las amplias masas, no se puede vencer. De ahí la absoluta intransigencia de Lenin con el sectarismo. Lenin señalaba que sin superar el sectarismo, el doctrinarismo izquierdista, no se puede cumplir la segunda tarea histórica: hacer que las masas adopten nuevas posiciones capaces de asegurar la victoria de la revolución.

La Comintern dio la batalla decisiva al trotskismo y ayudó a su derrota ideológica. El trotskismo entrañaba peculiaridades ajenas a los partidos comunistas tales como la negación de la disciplina del partido, la exigencia de «libertad de fracciones», la renuncia a tener en cuenta la opinión de la mayoría, el aventurerismo «revolucionario» con su prédica de exportar la revolución y con la imposición de medios tácticos estereotipados independientemente de las condiciones concretas. Con su altisonante fraseología revolucionaria el trotskismo encubría su verdadera esencia: la capitulación ante las dificultades de la edificación socialista en la URSS y de la lucha de clases en los países capitalistas.

Guiándose por los consejos de Lenin, la Comintern partió invariablemente de que el feliz avance de la causa de la revolución requiere audacia en el planteamiento de las nuevas tareas, prever los resultados de las acciones propuestas e introducir correcciones en ellas a su debido tiempo. La IC aseguró el desarrollo de la *estrategia y la táctica marxistas-leninistas* de conformidad con los cambios en la situación.

Para los jóvenes partidos comunistas la IC fue una escuela práctica de leninismo y de dirección política de las masas, que ayudó a los partidos a encontrar el camino dialéctico para conjugar la firmeza de principios y la flexibilidad en su política, lo cual devino para la inmensa mayoría de ellos la fuente de su desarrollo autónomo en el futuro.

²⁰ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XL, pág. 24, ed. rusa.

Lenin subrayó siempre que los comunistas precisan tener en cuenta con serenidad de juicio y de una manera rigurosamente objetiva todos los factores de la economía y de la política mundiales y todas las fuerzas de clase a escala nacional y mundial. Y puso en guardia de la forma más categórica contra el subjetivismo y el voluntarismo.

Con esa misma decisión Lenin luchó contra toda manifestación de pasividad política y exigió formular la política comunista sobre la base de combinar «...una completa serenidad científica en el análisis de la situación objetiva y del curso objetivo de la evolución, con el reconocimiento más decidido de la importancia que tienen la energía revolucionaria, la creación revolucionaria y la iniciativa revolucionaria de las masas».²¹

La Comintern ayudó prácticamente a que los partidos comunistas dominaran todas las formas de lucha, legales e ilegales, pacíficas y no pacíficas, parlamentarias y extraparlamentarias, y a estar preparados para pasar lo más rápida e inesperadamente de una forma de lucha a otra, teniendo en cuenta no sólo la posibilidad de pasar a la ofensiva, sino también la posibilidad de repliegue. El *leitmotiv* de los postulados tácticos de la Comintern fue siempre pensar en los obreros, en las masas, estar constantemente a su lado, trabajar en el seno de las masas, aprender el arte de conducir a las masas hacia las posiciones revolucionarias, educándolas a través de su propia experiencia.

La Internacional Comunista actuó siempre en defensa de los intereses económicos y sociales de la clase obrera, de todos los trabajadores y apoyó todas las acciones emprendidas por los partidos hermanos en este sentido. Por ejemplo, durante la profunda crisis económica mundial de los años 1929-1933, que golpeó con extraordinaria dureza a las masas trabajadoras de los países capitalistas fueron precisamente los comunistas los iniciadores y los organizadores del movimiento huelguístico masivo y de otras acciones de la clase obrera y de las masas populares por sus derechos vitales. A lo largo de 1929-1932 en 15 países capitalistas de los más importantes tuvieron lugar unas 19.000 huelgas, en las que participaron 8,5 millones de

²¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XVI, pág. 23, ed. rusa.

trabajadores y en las que los comunistas estuvieron invariablemente en la vanguardia de los huelguistas.

La Comintern se guió por los consejos de Lenin, que enseñó a los comunistas a no renunciar a los compromisos que puedan ser necesarios en razón de las circunstancias y a saber mantener y desarrollar a través de todos los compromisos su línea revolucionaria. Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso, remarcaba Lenin, tensando al máximo las fuerzas y aprovechando sin falta y de la manera más diligente, prudente y hábil tanto las contradicciones en el campo adversario como toda posibilidad, por pequeña que sea, de obtener aliados de masas.

La IC ha dejado a los comunistas un imperecedero ejemplo de fidelidad al internacionalismo proletario y de capacidad para llevarlo a la práctica en las circunstancias concretas de su tiempo. Guiándose en la elaboración de las decisiones obligatorias para todos los partidos por la regla leninista que exigía una aplicación tal de los principios marxistas fundamentales que, según se expresaba Lenin, «...*modifique acertadamente* estos principios *en sus detalles*, que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales»²², la Comintern fue intransigente con respecto a toda manifestación de egoísmo nacional en las filas comunistas y luchó resueltamente contra los intentos de contraponer las tareas revolucionarias en el ámbito nacional a la causa general internacional del movimiento revolucionario mundial.

En la actividad de la IC hubo asimismo errores. Por ejemplo, la vida demostró lo injusto de la tesis acerca del «social-fascismo», es decir, acerca de que la socialdemocracia constituía el mayor peligro y que precisamente contra ella debía dirigirse el golpe principal. Estos postulados fueron, de hecho, la justificación teórica del sectarismo. Tampoco se justificaron los intentos de realizar el frente único solamente «por abajo». Hubo casos en que la dirección de la IC valoró incorrectamente la situación en tal o cual país, en uno u otro partido, y daba recomendaciones impropias a los partidos. Se formularon, por ejemplo, algunos postulados erróneos o imprecisos sobre el

²² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLI, pág. 77, ed. rusa.

problema colonial, en particular sobre la actitud hacia la burguesía nacional de los países coloniales y dependientes. En las tesis del VI Congreso sobre esta cuestión se afirmaba que «la burguesía nacional no tiene el significado de una fuerza que luche contra el imperialismo» y se proponía «rechazar cualquier bloque entre el partido comunista y la oposición nacional-reformista».²³

Desgraciadamente, las consecuencias negativas del culto a la personalidad de Stalin y la consiguiente desviación de las normas leninistas se reflejaron también en la actividad de la Comintern, principalmente en orden a sus cuadros. Es sabido que el PCUS condenó resueltamente en su XX Congreso y en los posteriores todas las manifestaciones del culto a la personalidad y tomó medidas para erradicar sus consecuencias.

Al referirnos hoy a los errores y equivocaciones de la IC, es preciso tener en cuenta —no para una innecesaria «justificación», sino en aras de la objetividad— las condiciones históricas concretas en que se desarrolló la actividad de la Comintern y la complejidad de las peripecias de la lucha política. Por ejemplo, cuando nos referimos a la formulación referente a la socialdemocracia, no debemos perder de vista que la mayoría de los dirigentes de los partidos socialdemócratas y de la Internacional Socialista mantenían una posición anticomunista y anti-soviética. Desde el momento en que surgió el movimiento comunista esos líderes libraron contra él una encarnizada lucha. Para los socialdemócratas de derecha el País de los Soviets era objeto de los más desenfrenados ataques e insultos. Tomaron bajo su defensa y prestaron toda clase de apoyo a los antiguos mencheviques y socialrevolucionarios, que se habían convertido en cómplices del imperialismo y no despreciaban ningún método para causar daño al Poder soviético.

Cuando los socialdemócratas asumían el Poder en tal o cual país se entregaban a perseguir a los comunistas, a veces con no menos saña que los gobiernos burgueses.

La IC orientó a los partidos comunistas a tener una actitud crítica hacia su propia actividad, y la misma Comintern fue un

ejemplo de autocrítica, de capacidad para poner de manifiesto sus debilidades y errores y extraer las enseñanzas pertinentes. Un claro ejemplo de semejante enfoque lo tenemos en el VII Congreso de la IC. Modelo de marxismo-leninismo creador, el VII Congreso realizó una audaz revisión de consignas que habían quedado anticuadas, de métodos de lucha que no habían resultado útiles, y condenó las manifestaciones de sectarismo en la política y en la táctica.

Bajo la bandera de la IC, el movimiento comunista internacional recorrió un largo y glorioso camino y adquirió un auténtico carácter mundial.

En tanto que forma determinada, históricamente condicionada, de relaciones orgánicas entre los partidos, la Comintern estuvo completamente justificada. Pero a medida que los partidos comunistas se desarrollaban cuantitativa y cualitativamente y se complicaba la situación exterior e interna en los diversos países, esta forma, que entrañaba la existencia de un centro dirigente internacional, fue caducando paulatinamente. El VII Congreso de la IC subrayó la necesidad para el Comité Ejecutivo de la Comintern de «guiarse por las condiciones concretas y las peculiaridades de cada país y de evitar, como regla general, la injerencia directa en los asuntos internos de organización de los partidos comunistas». Las condiciones objetivas que se dieron en el transcurso de la segunda guerra mundial requerían más imperativamente ampliar de manera resuelta el marco de la independencia de los partidos comunistas. Tomando en consideración todas estas circunstancias, los representantes de los partidos comunistas decidieron de común acuerdo en la primavera de 1943 disolver la Comintern.

En su última resolución, el Presídium del Comité Ejecutivo de la IC, después de hacer una alta valoración del gran aporte histórico de la Internacional Comunista al movimiento revolucionario mundial, fundamentó la necesidad de semejante decisión: «La profunda variedad de vías históricas de desarrollo de los distintos países del mundo, el diverso carácter e incluso el carácter opuesto de sus respectivas formaciones sociales, la diferencia en el nivel y en el ritmo de su desarrollo social y político y, por último, la disparidad en el grado de

²³ Actas taquigráficas del VI Congreso de la IC.

conciencia y de organización de los obreros han condicionado también las diversas tareas que tiene planteadas la clase obrera de los distintos países.»

La decisión de disolver la Internacional Comunista demostró la audacia y sagacidad política de los partidos comunistas, su espíritu revolucionario innovador, indisolublemente vinculado a la fidelidad a los intereses vitales del movimiento obrero mundial y a la capacidad para supeditar a estos intereses la elección de formas y métodos concretos de lucha.

Hoy día, a los 50 años de la fundación de la Comintern y a los 25 de su disolución, desde la atalaya de las realizaciones históricas y considerando la nueva experiencia se perfila con mayor evidencia su relevante aportación a la historia política contemporánea. Resumiendo los resultados positivos de su actividad se puede decir lo siguiente:

1. La Internacional Comunista promovió un programa político de transformación revolucionaria de todo el mundo con base en los principios del socialismo y del comunismo y, después de hacer por vez primera en la historia un análisis de la crisis general del capitalismo, determinó claramente las tareas fundamentales del movimiento obrero y comunista mundial en la época posterior a la Revolución de Octubre.

2. La Internacional Comunista ayudó a forjar los instrumentos de lucha para el cumplimiento de este programa: los partidos revolucionarios de nuevo tipo, los partidos del pensamiento revolucionario y de la acción revolucionaria, capaces de conducir a las masas hacia la victoria sobre el capitalismo. Forjó relevantes dirigentes, organizadores y teóricos del movimiento obrero, muchos de los cuales pasaron a ser más tarde líderes a escala nacional y destacados hombres de Estado en los países socialistas.

3. La Internacional Comunista asestó un tremendo golpe a la ideología y a la política del socialreformismo. Trazó la vía para que la clase obrera se emancipara del influjo del oportunismo e hizo un gran aporte a la solución de esta tarea. Restableció, afirmó y desarrolló las tradiciones internacionalistas y revolucionarias en el movimiento obrero mundial.

4. La Internacional Comunista ayudó a hacer del leninismo

patrimonio del movimiento obrero mundial. Sintetizó constantemente la nueva experiencia de este movimiento, desarrolló creadoramente la teoría marxista-leninista y defendió los principios del marxismo-leninismo en la lucha contra el revisionismo de derecha y de «izquierda». La Comintern realizó una enorme labor propagandística de las ideas marxistas-leninistas entre las vastas masas de todos los continentes.

5. La IC estableció la línea general del movimiento comunista en un difícil y responsable período de la historia universal, elaboró su estrategia y su táctica, ligó estrechamente la lucha por los objetivos finales de la clase obrera con la lucha en defensa de los intereses cotidianos de los trabajadores y desarrolló prácticamente las ideas leninistas acerca del arte de incorporar a las masas a la lucha revolucionaria.

6. La IC planteó con toda fuerza los problemas del movimiento de liberación nacional, desplegó la lucha contra el colonialismo, fundamentó teóricamente la inevitabilidad del fracaso del sistema colonial, prestó una incalculable ayuda a la formación de los partidos marxistas-leninistas y de sus cuadros en los países coloniales y dependientes.

7. La IC expresó los intereses vitales de las masas populares y supo defenderlos con tenacidad y decisión leninistas. Centro de sus preocupaciones fueron los problemas de los obreros en las empresas capitalistas, las inquietudes de los campesinos, las necesidades de los esclavos coloniales. La Comintern fue precisamente quien reveló tan hondamente la esencia de los problemas sentidos por los pueblos y de cuya solución dependía el porvenir de éstos. Mucho fue lo que hizo la Internacional Comunista para trazar a los pueblos un camino certero, para ayudarles a dominar prácticamente los medios necesarios de lucha por sus intereses vitales.

8. La IC actuó como organizadora de las fuerzas internacionales en apoyo y defensa de las conquistas revolucionarias de los trabajadores. Los movimientos inspirados y organizados por la IC en solidaridad con la Unión Soviética, con la revolución china, con la España republicana y con la lucha nacional emancipadora de los pueblos demostraron en la práctica el creciente significado del internacionalismo proletario.

9. La IC fue quien primeramente enarboló la bandera del antifascismo y, al organizar las Brigadas Internacionales en España, prestó su concurso a los primeros combates contra el fascismo. Su actividad preparó las premisas morales y políticas para el amplio despliegue del movimiento de Resistencia en los años de la segunda guerra mundial.

10. La IC fue la iniciadora del frente único antibélico. Instó a la clase obrera, a los trabajadores y a todas las fuerzas democráticas a interceptar el camino de la guerra e hizo todo lo posible para evitarla. Cuando, a pesar de todo, los imperialistas desencadenaron la guerra, fueron precisamente los comunistas quienes se comportaron como auténticos patriotas. La burguesía engendró los Laval y los Quisling. Los comunistas destacaron de sus filas decenas y centenares de miles de combatientes por la libertad nacional, contra la tiranía hitleriana. Los partidos comunistas ligaron indisolublemente su suerte a la de sus pueblos y encabezaron su lucha por la liberación del yugo fascista extranjero.

La Comintern sentó las bases del crecimiento constante del movimiento comunista en amplitud y profundidad y creó las premisas para la transformación del movimiento comunista en la fuerza política contemporánea más influyente.

La Internacional Comunista, apoyándose en el primer país del socialismo, en el profundo internacionalismo del pueblo soviético educado por el Partido leninista, prestó una enorme ayuda a muchos partidos hermanos. Merced a la Internacional Comunista fueron salvaguardadas la vida y la libertad de cientos de activistas y dirigentes de los partidos comunistas y de miles de comunistas en los diversos países. Tras la derrota de las acciones revolucionarias de los trabajadores, cuando la reacción amenazaba a sus combatientes de vanguardia y dirigentes con el exterminio físico o la cárcel, las organizaciones de solidaridad proletaria internacional —el Socorro Rojo y otras— acudían inmediatamente en su ayuda y en caso de necesidad se les concedía asilo político en la URSS. Así ocurrió después del derrocamiento de la República de los Consejos en Hungría, en 1919, y cuando se desató el terror fascista en Italia, Bulgaria, Polonia, Yugoslavia, Alemania y otros países; así

ocurrió también tras la derrota del proletariado austríaco en febrero de 1934, de la República española en 1939 y, por último, en los años de la segunda guerra mundial, cuando dirigentes de los partidos hermanos puestos a salvo con la ayuda de la IC se convirtieron en los organizadores de la Resistencia antifascista en sus respectivos países.

La reacción mundial respondió con un odio feroz contra la IC, Moscú y la URSS. No es casual que el fascismo revistiera sus planes expansionistas bajo la forma de « pactos anti-Comintern » y de acuerdos de lucha contra el comunismo. Pero la IC, apoyándose en el desinteresado y consecuente internacionalismo del PCUS y del pueblo soviético, siempre dispuestos a ayudar a sus hermanos de clase, a sus camaradas en todas las partes del mundo, actuó invariablemente como la fuerza inspiradora y cohesionadora de los combatientes revolucionarios.

IV

Durante los 25 años transcurridos desde la disolución de la III Internacional han cambiado considerablemente las condiciones de la lucha revolucionaria. La orientación, el ritmo y las proporciones de los grandiosos cambios operados en la vida de la sociedad a lo largo de ese tiempo han estado en gran medida predeterminados por el constante ascenso del papel del movimiento comunista internacional, por sus victorias en la lucha por el socialismo, la independencia nacional y la seguridad de los pueblos, por el incremento de su influjo en la marcha del desarrollo mundial. El propio movimiento comunista también experimentó durante esos años cambios sustanciales y alcanzó un nuevo nivel.

Los 25 años transcurridos desde que fue disuelta la Comintern han desmentido por completo la afirmación principal de la propaganda imperialista acerca de que la actitud de los partidos comunistas se determina en Moscú y que, por eso, éstos no expresan los intereses de las masas populares de sus respectivos países. Desde los primeros días de la existencia de la III Internacional los pregoneros del anticomunismo afirmaron

que los partidos comunistas, por ser partidarios del principio del internacionalismo proletario, no tenían raíces nacionales, no podían ser intérpretes de los intereses nacionales y, por tanto, jamás conseguirían conducir tras sí a las masas de sus países. Pero hace ya más de un cuarto de siglo que no existe la Comintern y, sin embargo, el movimiento comunista ha seguido durante ese período ampliándose, creciendo y alcanzando nuevas victorias históricas. Los partidos comunistas conquistan cada vez más influjo entre las masas, combinando diestramente la defensa de los intereses de la clase obrera de sus respectivos países con los intereses generales del movimiento obrero y libertador internacional.

Si al final de su actividad la III Internacional agrupaba a 61 partidos, hoy día los partidos comunistas actúan en 88 países. También han crecido en flecha los efectivos de los partidos comunistas: hasta más de 40 millones de afiliados, es decir, 13 veces, en comparación con 1939, en los países donde triunfó la revolución socialista; cinco veces (de 500.000 a 2,5 millones) en la parte capitalista de Europa; más de 32 veces (de 20.000 hasta 650.000) en la parte no socialista del continente asiático y el Japón; casi 2 veces (de 180.000 hasta 343.000) en América y casi 12 veces (de 5.000 hasta 60.000) en África.

Pero, naturalmente, no se trata sólo de esto. La influencia de los comunistas, como dijera Lenin, es muy superior a sus efectivos. Se determina por el hecho de que los comunistas expresan exigencias acuciantes en orden a las transformaciones revolucionarias y porque sus ideas obtienen cada vez más difusión.

El crecimiento de las filas comunistas está indisolublemente vinculado a los profundos cambios de la propia estructura del movimiento comunista. Mientras que en el período de la Comintern sólo un partido, el PCUS, se encontraba en el Poder y los demás partidos de la IC tenían un influjo real sobre todo en los países europeos, ahora se encuentran en el Poder los partidos comunistas en países que componen la tercera parte de la humanidad. Decenas de partidos actúan no sólo en los países capitalistas industrialmente desarrollados, sino también en la zona del movimiento de liberación nacional. El movi-

miento comunista dispone hoy día de tal riqueza de vínculos internacionales y de experiencia como jamás haya tenido ni tenga ninguna otra corriente política. Ello le permite plantear y solventar prácticamente la tarea de cohesionar a todas las fuerzas antiimperialistas, de unificar a todas las corrientes revolucionarias de nuestros días en un torrente único.

El gigantesco crecimiento de las proporciones del movimiento comunista ha ampliado extraordinariamente también la gama de tareas que tienen planteadas los partidos comunistas: desde el perfeccionamiento del régimen socialista y la transición al comunismo hasta la lucha contra los vestigios feudales, en los que se apoya el neocolonialismo; desde el aprovechamiento de los parlamentos y de otras instituciones democrático-burguesas en la lucha contra el capitalismo monopolista de Estado hasta la elaboración de las vías de la lucha armada, una de cuyas formas es la guerra de guerrillas.

Es natural que la diversidad de condiciones en que actúan los partidos comunistas y las tareas tan variadas que tienen planteadas determinen asimismo la variedad de su táctica. Esto viene a confirmar la fuerza y la flexibilidad del movimiento comunista contemporáneo, su capacidad para responder a las nuevas cuestiones promovidas por el desarrollo social y solucionar, en las nuevas condiciones, los viejos problemas de la lucha de clases.

Al mismo tiempo, la enorme responsabilidad por los destinos del socialismo, de la paz, por los destinos de la humanidad, que recae sobre el movimiento comunista en su conjunto, requiere que los partidos comunistas presten cada día mayor atención al cumplimiento de las tareas internacionales comunes. El carácter y la magnitud de estas tareas —la lucha por conjurar una nueva guerra mundial, contra el imperialismo y su política de agresión, por la paz y la seguridad de los pueblos— dictan imperativamente la necesidad de la unidad y de la coordinación de las acciones de los partidos comunistas, de su cohesión frente al enemigo común.

Hoy día, en los partidos comunistas, que se desenvuelven en tan diversas condiciones, pueden aparecer distintos enfoques sobre tal o cual problema. También existen divergencias de

pareceres sobre algunas cuestiones. Algunas de estas divergencias tienen un carácter temporal, otras lo tienen más duradero. Pero ello no debe impedir la lucha conjunta contra el enemigo común, por los supremos objetivos generales del movimiento comunista.

«Lo fundamental está —dijo el camarada Leonid Brézhnev en el V Congreso del POUP— en que, existiendo discrepancias en unas u otras cuestiones, los partidos comunistas y obreros buscan las vías y los medios para desarrollar los vínculos internacionales, tienden al fortalecimiento de la unidad de sus filas a base del marxismo-leninismo. Nosotros, por nuestra parte, hemos considerado siempre útil el intercambio fraternal de opiniones y estamos dispuestos a la discusión franca de los problemas que han surgido entre los partidos hermanos. Tenemos la certeza de que, precisamente, fortaleciendo nuestros vínculos y a través de la colaboración, han de resolverse, en interés de la unidad del movimiento comunista internacional, los problemas que vayan surgiendo. Y esto es natural, pues tenemos una base ideológica común: el marxismo-leninismo, un enemigo común: el imperialismo, y un objetivo común: la victoria del comunismo.»

Entre los factores que determinan la gran fuerza actuante del movimiento comunista internacional, el papel principal corresponde al *internacionalismo proletario*. En él se manifiesta el más alto nivel de conciencia política de la clase obrera. La misión histórica del proletariado —la liquidación a escala mundial del último sistema de explotación y la construcción de una nueva sociedad socialista— no puede ser llevada a cabo si no se realizan, en grado creciente, las exigencias y los objetivos del internacionalismo proletario. En el internacionalismo proletario se conjugan la noble finalidad del movimiento obrero y las vías para su consecución.

De ahí que en la estrategia y la táctica del imperialismo se conceda tanta importancia al empeño de socavar el internacionalismo proletario y de contraponerle múltiples variedades y formas de nacionalismo burgués y pequeñoburgués.

La experiencia histórica de los últimos decenios pone de manifiesto con toda claridad estos cálculos del imperialismo.

Ya se trate de los países de la comunidad socialista, de la clase obrera y de sus vanguardias comunistas en las ciudadelas del imperialismo o de las revoluciones de liberación nacional, por doquier el imperialismo sitúa en primer plano la política de la desunión, por doquier desata las pasiones nacionalistas, procurando contraponer una nación a otra, un país a otro, sobre todo a la Unión Soviética. Para hacer frente a las maquinaciones del imperialismo se requieren las acciones solidarias no sólo de los Estados socialistas, sino también de todos los destacamentos del movimiento obrero internacional, en primer lugar de todos los partidos marxistas-leninistas.

En la presente situación mundial la tarea del robustecimiento y profundización de la causa del internacionalismo proletario deviene la condición primordial del progreso social, de la cohesión de todas las fuerzas revolucionarias para la subsiguiente ofensiva contra el imperialismo.

El contenido del internacionalismo proletario, en particular las formas de los vínculos internacionalistas entre los partidos proletarios, cambian de una etapa histórica a otra. En la presente etapa, cuando no existe ni puede existir un centro único organizador y rector del movimiento comunista internacional, es muy importante custodiar y robustecer los principios del internacionalismo proletario. De lo contrario, al movimiento obrero y comunista, a la causa de la revolución socialista puede ocasionársele un serio daño. El fortalecimiento del internacionalismo proletario es la garantía más segura contra la dispersión de nuestro movimiento en destacamentos aislados, enclaustrados en su caparazón nacional, y contra la oposición de unos a otros, lo cual puede entrañar graves consecuencias, sobre todo para los partidos comunistas que están en el Poder.

El internacionalismo militante es la acción conjunta de los diversos destacamentos nacionales del movimiento obrero y comunista mundial, es la lucha mancomunada por los intereses de la clase obrera, contra el imperialismo y su política agresiva, por la paz y la seguridad, por el socialismo.

El internacionalismo militante es el robustecimiento de la unidad de la comunidad socialista, la realización de lo máximo posible por cada país socialista para el cumplimiento de su

deber internacional: la construcción del socialismo y del comunismo; la aplicación de una política interna y exterior por los países socialistas que contribuya al fortalecimiento del sistema socialista mundial, factor principal del actual movimiento revolucionario.

De la cohesión de la comunidad socialista, de su capacidad para defender en común las conquistas del socialismo y actuar en un frente único contra el imperialismo en la palestra mundial depende en gran medida el éxito en todos los demás frentes de la lucha revolucionaria y emancipadora. Como es sabido, este principio de responsabilidad solidaria por los destinos del socialismo y su disposición a defender en común sus conquistas fueron proclamados asimismo por los partidos comunistas y obreros de los países socialistas en la Declaración de Bratislava.

El aporte internacional de los diversos destacamentos del movimiento revolucionario y el grado de su responsabilidad internacional están condicionados por las circunstancias concretas de la lucha de clases en la arena mundial. El PCUS, fiel a los principios de la solidaridad fraternal, ha prestado en todos los períodos de su historia y sigue prestando su apoyo y ayuda a todos los comunistas, a todos los combatientes contra el imperialismo, por la emancipación social y nacional. El PCUS sabe de siempre que cada victoria de un fraterno destacamento revolucionario en la lucha contra el enemigo común —el imperialismo— acerca el triunfo de las ideas socialistas en todo nuestro planeta. De ahí precisamente que, guiándose por las resoluciones de sus Congresos XX–XXIII, por el Programa del Partido y por los documentos de las Conferencias internacionales de 1957 y 1960, el PCUS realice los máximos esfuerzos para librar la lucha contra el imperialismo en unión con todos los partidos marxistas-leninistas.

La Unión Soviética, fiel a los principios leninistas del internacionalismo, presta un enorme y multifacético apoyo al movimiento revolucionario en todas las zonas del mundo. La ayuda al heroico Vietnam, a la Cuba revolucionaria, a la RAU, a Siria y otros países que luchan contra el imperialismo, la ayuda a los guerrilleros que se batan contra los colonialistas portugueses,

así como también a otros muchos combatientes revolucionarios, constituyen una prueba evidente de ese apoyo fraternal en nuestro tiempo.

Cabe señalar como una ley histórica que cuanto más fuerte deviene el País de los Soviets tanto más poderosos y amplios son el apoyo y la ayuda que presta a los diversos destacamentos del movimiento revolucionario y antiimperialista.

El internacionalismo militante significa apoyar el movimiento de liberación nacional, ayudar a los pueblos liberados a robustecer su independencia económica y política.

El internacionalismo militante significa solidaridad y apoyo mutuo de la comunidad socialista, del proletariado internacional, del movimiento de liberación nacional. El internacionalismo entraña el reconocimiento del significado internacional de la doctrina marxista-leninista.

El internacionalismo requiere la defensa y consolidación de la unidad del movimiento comunista internacional sobre la base de los principios del marxismo-leninismo; la lucha resuelta contra el revisionismo y el sectarismo, contra los diversos fraccionalistas y escisionistas de derecha y de «izquierda», contra el nacionalismo y su penetración en el movimiento comunista y obrero.

El internacionalismo presupone una lucha activa y conjunta de los comunistas por conjurar una nueva guerra mundial, contra el peligro bélico engendrado por el imperialismo, por la distensión internacional, por la paz y la seguridad de los pueblos, por el afianzamiento en la vida internacional de los principios de la coexistencia pacífica entre los Estados de régimen social distinto.

El internacionalismo representa una poderosa arma en la lucha contra todas las manifestaciones de prejuicios raciales y nacionalistas en la conciencia de los trabajadores. El internacionalismo, desarrollando y robusteciendo la conciencia de clase de los obreros, de todas las masas oprimidas, los libera de las ilusiones difundidas por la ideología imperialista sobre una pretendida «unidad» de intereses entre la burguesía y el proletariado, entre los opresores y los oprimidos, sobre la «paz de clases», etc. Mientras que el internacionalismo proletario cultiva

entre los pueblos el respeto mutuo, la amistad y la ayuda recíproca, los nacionalistas burgueses y pequeñoburgueses estimulan el egoísmo nacional, el desdén y el desprecio hacia otras naciones y pueblos, avivando, por tanto, el antagonismo entre los pueblos. En tanto que la ideología imperialista busca la división, la enemistad entre los pueblos y la desorganización, el internacionalismo es la fuerza que actúa en el sentido de reforzar la unidad, la hermandad y la colaboración multilateral entre los pueblos. Los partidos comunistas conjugan en su teoría y en su actuación práctica la defensa de los auténticos intereses nacionales de sus respectivos pueblos (que no tiene nada de común con el patriotismo de las clases dominantes) con las exigencias del internacionalismo proletario.

Toda la experiencia del PCUS y de la comunidad socialista mundial prueba el enorme significado que para los destinos del movimiento comunista y obrero, para los destinos de la humanidad tiene la correcta política internacionalista de los partidos comunistas y, sobre todo, de los que están en el Poder. Mientras que a las relaciones entre los Estados burgueses, en razón de la naturaleza socio-económica del capitalismo, les son inevitablemente inherentes la concurrencia, la contraposición de intereses de los diversos países y naciones, la expansión imperialista y el hegemonismo de las grandes potencias, el régimen socialista crea todas las premisas objetivas y engendra la necesidad de unas relaciones de nuevo tipo entre los Estados socialistas, unas relaciones de completa igualdad, de colaboración fraternal, de ayuda mutua y de respeto a la soberanía de cada uno de ellos. Una correcta política internacionalista de los partidos comunistas que se encuentran al frente de los países socialistas es el medio más importante y seguro que permite elaborar y desarrollar las relaciones internacionales socialistas, que por su propia naturaleza no engendran el enfrentamiento de intereses de los países socialistas y de sus pueblos. El apartamiento del internacionalismo crea un peligro para la unidad de los países socialistas y también se refleja funestamente en la educación de las masas, desbrozando el terreno para los sentimientos y las tendencias nacionalistas. La fidelidad al internacionalismo proletario es

la garantía del afianzamiento de los ideales socialistas en la conciencia de las masas y de la consolidación de las relaciones sociales socialistas.

No será una exageración decir que los destinos de la sociedad humana dependerán en gran medida de lo profundamente que el internacionalismo penetre en la conciencia de los pueblos.

Todo esto viene a reafirmar el enorme significado de principios y político de la lucha por la cohesión del movimiento comunista internacional sobre la base de los principios del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario, y la necesidad de encontrar la forma correcta para la unidad de acción internacional de los comunistas.

Hoy, a los veinticinco años de la disolución de la Comintern, el movimiento comunista tiene delante tareas cuyo carácter y proporciones requieren un nuevo enfoque para cumplirlas, otros métodos y formas distintos a los anteriores para coordinar la lucha conjunta contra el enemigo de clase.

A lo largo de los últimos 10-15 años, en el transcurso de la acción mancomunada en la palestra internacional, en el proceso de la solución colectiva de muchas cuestiones importantes, los partidos comunistas y obreros han elaborado las formas prácticas de coordinar su acción en la lucha común por la emancipación social y nacional de los pueblos, por los intereses de los trabajadores, por la paz y el socialismo: los encuentros entre representantes de los partidos comunistas, las conferencias internacionales.

Las conferencias internacionales constituyen la forma natural de concordar las posiciones comunes sobre problemas actuales de la contemporaneidad entre partidos que tienen los mismos derechos y son independientes. Cae de su peso que los objetivos de cada conferencia deben corresponder a las tareas concretas del momento, a las necesidades actuales de la lucha, a los intereses de todo el movimiento comunista.

Las conferencias de representantes de los partidos comunistas y obreros celebradas en Moscú en 1957 y 1960 desempeñaron un importante papel en la elaboración de las posiciones comunes del movimiento comunista en la actual etapa

y de las nuevas formas de relaciones internacionales entre los comunistas. Los representantes de los partidos hermanos demostraron su cohesión en punto a la solución de los problemas cardinales de nuestros días. Las ideas fundamentales plasmadas en los documentos de las Conferencias han resistido con honor la prueba del tiempo, de la práctica de la lucha revolucionaria. Guiándose por ellas, los comunistas han logrado serios éxitos en la lucha por la paz, por la emancipación nacional y el socialismo.

El gran significado que tienen los encuentros internacionales de los partidos comunistas para el robustecimiento de los vínculos internacionales en nuestro movimiento se ve palpablemente hoy día, cuando las labores preparatorias para la nueva Conferencia de los partidos hermanos han entrado en su etapa final. Esta Conferencia estará consagrada al examen del problema más acuciante que actualmente tiene planteado el movimiento comunista: la tarea de la lucha contra el imperialismo, la determinación del papel y el lugar de los comunistas en esta lucha; de las vías para la consecución de la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros y de todas las fuerzas antiimperialistas. La compleja y peligrosa situación del mundo exige de los comunistas la cohesión de sus filas y una mayor vigilancia, la movilización de los esfuerzos de la clase obrera, de todos los trabajadores, la creación de un amplio frente antiimperialista capaz de frustrar los planes agresivos del imperialismo.

El PCUS interpreta la preparación y realización de la Conferencia como el eslabón central de la lucha por la cohesión del movimiento comunista mundial en la etapa actual. Al igual que los otros partidos hermanos estamos completamente convencidos de que la Conferencia será el foro más idóneo para elaborar la plataforma de acción común de los comunistas y permitirá mejor y con mayor rapidez ver hechas realidad las posibilidades que tienen todos los destacamentos revolucionarios para llevar la ofensiva contra el imperialismo y la reacción.

Durante los cincuenta años transcurridos desde la creación de la Internacional Comunista el movimiento comunista mundial

ha acumulado una riquísima experiencia. Y esta experiencia viene a recalcar que siempre y por doquier los comunistas han triunfado sólo cuando han actuado solidariamente, situando en el vértice la solicitud por la más estrecha cohesión de sus filas sobre la base del marxismo-leninismo.

Febrero de 1969

En la historia de la humanidad, hubo no pocos revolucionarios que alzaron a las masas contra la opresión y la arbitrariedad, contra la vida de servidumbre, el trabajo de esclavos y la explotación. La fuerza y la grandeza de Lenin estriban en que supo comprender como nadie las demandas imperiosas del desarrollo social en el momento en que maduraron las condiciones y las premisas para la revolución socialista.

El nombre y la causa de Lenin son inseparables de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que implicó un viraje radical en el desarrollo de la sociedad: del capitalismo, régimen de explotación y opresión, al socialismo, régimen de auténtica libertad, en el que no hay opresión ni social ni nacional.

La fuerza de las ideas de Lenin, el vigor del Partido y del Estado socialista fundados por él y la influencia de la revolución triunfante, que venció bajo su dirección, aumentan con el tiempo. La marcha del desarrollo histórico no debilita sino que multiplica todo aquello a lo que puso comienzo el gran genio del comunismo, aporta nuevas confirmaciones de la justicia de sus ideas y de su causa. Y esto da nuevas fuerzas a todos los combatientes del marxismo-leninismo.

Si intentamos destacar en Lenin, como gran personalidad histórica, el rasgo principal, el más característico, puede decirse que fue, ante todo, un revolucionario, un revolucionario en

todo. Su espíritu revolucionario fue el de un gran combatiente por la causa de la clase obrera, de todos los trabajadores y oprimidos.

Toda la actividad de Lenin es una expresión perfecta del principio: no perder de vista ni un minuto, ni en lo grande ni en lo pequeño, la meta final del movimiento obrero. «Quien rehuye el punto de vista supuestamente unilateral de clase —advirtió Lenin— ...sólo sufrirá desengaños y estará constantemente expuesto a vacilaciones.»¹ El carácter revolucionario de Lenin es su intolerancia con todo espíritu conciliador y, al mismo tiempo, su intransigencia con la frase revolucionaria. «No necesitamos arranques histéricos —decía—. Lo que nos hace falta es la marcha acompañada de los batallones de hierro del proletariado.»²

Magno maestro de la estrategia y la táctica en la revolución, Lenin exigía en cualquier cambio de los acontecimientos, tanto en los momentos de auge como en los de repliegue forzoso, educar a las masas en el espíritu revolucionario, prepararlas para las acciones revolucionarias. Una cualidad inseparable del revolucionario proletario, del partido proletario, es aplicar en cualesquiera condiciones la política revolucionaria que expresa los intereses de la clase obrera. Esa labor, advertía Lenin, jamás es infructuosa y se verá compensada con creces. De lo contrario, «todas las pequeñas conquistas... no servirían de nada.»³

Lenin comparó muchas veces la revolución con un «torbellino» que barre en su camino todo lo caduco, todo lo reaccionario, todo lo que impide el avance. Pero la revolución no es sólo una fuerza de destrucción del viejo régimen. Es la construcción de un nuevo sistema social con los brazos y la inteligencia de las propias masas populares y de su vanguardia proletaria. Fue precisamente Lenin quien encareció la importancia de las tareas creadoras de la revolución y las fundamentó ampliamente.

¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. IX, págs. 131–132, ed. rusa.

² *Ibidem*, t. XXXVI, pág. 208.

³ *Ibidem*, t. X, pág. 197.

La actitud de Lenin ante la ciencia revolucionaria puede expresarse brevemente con la fórmula: defender siempre con tesón el marxismo, desarrollarlo continuamente y garantizar el nexo entre la teoría y la práctica del movimiento revolucionario. Como era el discípulo más consecuente y el defensor más fiel y apasionado de la ciencia revolucionaria creada por Marx y Engels, hizo una inmensa aportación a la doctrina marxista, desarrollándola y enriqueciéndola de manera creadora, elevando el socialismo científico a un nuevo grado, más alto aún. El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y las revoluciones proletarias, de la edificación del socialismo y el comunismo, del surgimiento y desarrollo del sistema socialista mundial, de las revoluciones de liberación nacional y del hundimiento del sistema colonial, la época de la transición de la humanidad al comunismo.

Lenin concebía el revolucionarismo consecuente indisolublemente ligado con el internacionalismo proletario.

El carácter internacional del leninismo dimana de las tareas internacionales que está llamado a cumplir el movimiento obrero revolucionario. A la vez, este internacionalismo tiene hondas raíces en el propio origen del leninismo, que recogió toda la riqueza de la experiencia revolucionaria anterior de Rusia y del mundo entero.

Una expresión concentrada de la forma revolucionaria internacionalista en que Lenin enfoca la transformación de la sociedad es su *doctrina de la revolución mundial*.

Las conquistas de la clase obrera internacional alcanzadas por la senda leninista son colosales. Sin embargo, las fuerzas de la revolución tendrán que cumplir aún tareas gigantescas. Se ha emancipado de la opresión del capital un tercio de la humanidad. Los otros dos tercios se encuentran en la parte no socialista del mundo. La mayoría de la población de la Tierra gime bajo la explotación y la opresión. El imperialismo dispone de bastante potencia económica y militar. Lejos de debilitarse, su resistencia a la causa del progreso social se acrecienta. Por eso mismo la teoría leninista de la revolución socialista conserva en nuestra época todo su valor de actualidad. Su

vigor reside en que ya ha sido comprobada en la práctica. Su carácter victorioso ha quedado confirmado por la experiencia revolucionaria de la Unión Soviética y de otros países.

El principal rasgo distintivo del proceso revolucionario mundial estriba en que existe y se fortalece el sistema socialista mundial, que se está transformando en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad. Hoy es una verdad indiscutible la deducción de Lenin de que la clase obrera triunfante desempeña, a lo largo de toda la época de transición del capitalismo al socialismo, el papel de vanguardia de la revolución mundial.

La lucha entre los dos sistemas es el frente fundamental, mas no el único, de la batalla contra el imperialismo. Los países socialistas amplían las posibilidades de las fuerzas antiimperialistas. Pero el que estas posibilidades se hagan una realidad depende en grado decisivo de la lucha de la clase obrera y de sus aliados dentro del propio sistema capitalista.

La clase obrera de los países capitalistas, que combate por el socialismo en las ciudadelas del imperialismo, obstaculiza las acciones de éste contra los países socialistas y el movimiento de liberación nacional. Con ello presta una importante ayuda a todos los demás participantes de la lucha revolucionaria mundial.

La enorme amplitud del movimiento de liberación nacional ha influido sustancialmente en toda la marcha de la lucha de clases universal, ante todo merced al despertar y a la incorporación activa de la mayor parte de la humanidad a la lucha antiimperialista. El surgimiento de los regímenes democrático-revolucionarios que tienen por meta la transición al socialismo es un fenómeno fundamentalmente nuevo en la práctica revolucionaria mundial, una magna conquista de las fuerzas del progreso social.

La teoría de Lenin de la revolución socialista se apoya, como es sabido, en el análisis del imperialismo.

A comienzos del siglo XX fueron muchos los que escribieron sobre el imperialismo, entre ellos los teóricos de la II Internacional Hilferding y Kautsky. En sus obras del primer período también había observaciones atinadas. Pero faltaba lo prin-

cial: el saber analizar los nuevos procesos desde el punto de vista de las tareas de la lucha revolucionaria del proletariado. La investigación creadora de los nuevos procesos del capitalismo, realizada por Lenin desde las posiciones revolucionarias del proletariado, no sólo permitió defender los principios del marxismo, sino desarrollarlos aplicados a las condiciones que habían cambiado. Nadie recalcó con más fuerza que Lenin que el desarrollo del capital monopolista, y luego del capital monopolista de Estado, es ya en esencia la negación del capitalismo como régimen social. Al mismo tiempo, nadie indicó con mayor fuerza que Lenin que la creciente producción socializada, «el tránsito... del capitalismo a su forma superior, planificada»⁴, plantean con singular insistencia la cuestión del derrocamiento precisamente revolucionario de este régimen y constituyen «un argumento en favor de la cercanía, de la facilidad, de la viabilidad y de la urgencia de la revolución socialista, pero no, en modo alguno, un argumento para mantener una actitud de tolerancia ante los que niegan esta revolución y ante los que hermean el capitalismo, como hacen todos los reformistas.»⁵

En los cuarenta y cinco años transcurridos desde la muerte de Lenin, se han operado muchos cambios en el sistema y en la estructura del capitalismo. Estos cambios confirman la justedad de la doctrina de Lenin sobre el imperialismo, testimonian que han madurado más aún las premisas de la revolución.

Los reformistas y los revisionistas declarados, hoy lo mismo que en vida de Lenin, vuelven a sostener, especulando con los nuevos datos, que las contradicciones del capitalismo ya «se reducen a la nada» definitivamente, que la tarea del derrocamiento revolucionario del viejo régimen se retira del orden del día por «no corresponder» ya a las particularidades de la denominada «sociedad posindustrial».

Mas, para los comunistas, el enfoque leninista del imperialismo, sigue siendo hoy día un guía para comprender como

es debido y apreciar científicamente los nuevos fenómenos y procesos del desarrollo del capitalismo. Este enfoque precisamente es el que preside en los documentos de la Conferencia de los comunistas, celebrada en Moscú en 1969.

El movimiento comunista aspira a llevar precisamente esa comprensión leninista del imperialismo contemporáneo a los medios más vastos posibles de obreros y de trabajadores de otros sectores sociales. Es una tarea imperiosa de los comunistas fustigar el imperialismo, mostrar con evidencia y fuerza de convicción sus lacras y disipar las ilusiones en el régimen capitalista. Ello es necesario para formar en las grandes masas una conciencia socialista. Y lo es, además, para organizar la lucha económica y política diaria.

Constituyen un elemento importantísimo de la doctrina leninista de la revolución y son objeto de constante preocupación en la práctica los problemas de la preparación del *ejército político* de masas para la revolución. Para resolver este problema, Lenin desarrolló y enriqueció en todos los aspectos, aplicada a las nuevas condiciones, la doctrina marxista del papel de la clase obrera como fuerza motriz rectora de la revolución y de todo el desarrollo social.

El proceso de formación del ejército revolucionario no puede transcurrir automáticamente, que no deben cifrarse esperanzas en que culmine de manera espontánea. A este proceso se opone activamente el enemigo de clase, la burguesía monopolista. Entorpecen asimismo este proceso la escisión del movimiento obrero y las contradicciones entre la clase obrera y los sectores no proletarios, contradicciones dimanantes de la propia existencia de la propiedad privada y de la correspondiente ideología. De ahí, la gran responsabilidad de la vanguardia proletaria, del partido revolucionario.

Puede alzarse a las masas a la lucha contra el capital, y más aún, por el derrocamiento de su poder, sólo con la condición de que estas masas (ya sea la clase obrera o sus aliados) se convenzan ellas mismas, *por experiencia propia*, de la necesidad de resolver precisamente de manera revolucionaria la cuestión. Y eso significa que adquiere una importancia de primer orden el que los comunistas lancen consignas de lucha que esclarezcan

⁴ V.I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXI, pág. 444, ed. rusa.

⁵ *Ibidem*, t. XXXIII, pág. 68.

a las masas el sentido de su experiencia, les enseñen y las levanten a la acción enérgica.

Desde ese punto de vista es sumamente interesante un juicio que Lenin emitió poco antes de 1917 en una polémica con gentes que llamaban a ir al socialismo, sin referirse a *cómo* luchar concretamente por su conquista. Lenin escribió: «¿En qué consiste el *objetivo* de la lucha revolucionaria de masas?... El “socialismo”, en general, como objetivo contrapuesto al capitalismo (o al imperialismo), es reconocido ahora no sólo por los kautskianos y los socialchovinistas, sino también por muchos sociólogos burgueses. Pero hoy no se trata... sino del objetivo *concreto* de la “lucha revolucionaria de masas” *concreta*, contra un mal *concreto*; o sea: contra la carestía *actual*, contra el peligro de guerra *inminente* o contra la guerra *actual*.»⁶

En nuestros días, la situación existente en los países capitalistas desarrollados es tal que el socialismo, valga la metáfora, llama a la puerta, pero son muchos los que aún no se dan cuenta. Más aún, los procesos que, en el fondo, llevan al crecimiento de las premisas materiales objetivas del socialismo, son aprovechados por la burguesía para inculcar a las masas una conciencia reformista o, en general, de conciliación con el capitalismo.

Pero incluso allí donde las grandes masas aún no están preparadas para ir a la revolución socialista, vemos su aspiración y su disposición a luchar contra los monopolios, contra unas u otras consecuencias de la política de éstos. Y si el partido de la clase obrera quiere encabezar las masas, lograr que lo sigan y propiciar sus acciones, susceptibles de transformarse en lucha revolucionaria por el socialismo, son precisamente estos sentimientos los que primero tiene en cuenta, plasmándolos en consignas políticas bien concretas.

Desde este punto de vista, las conclusiones de Lenin relativas al inevitable acercamiento, en las condiciones del imperialismo, de la lucha por las reivindicaciones económico-sociales cotidianas de las masas y por la democracia con la lucha por la

perspectiva socialista adquieren, así, la mayor actualidad. El propio desarrollo del capitalismo monopolista de Estado orienta incluso las reivindicaciones «habituales», meramente materiales, de las masas contra todo el sistema de dominio de la burguesía contemporánea.

En el marco de la lucha contra los monopolios, adquieren una importancia particular las cuestiones de la nacionalización democrática, del control obrero sobre las empresas, del control democrático del desarrollo de la economía en su conjunto, etc., etc. Lenin admitió y estimó real la posibilidad de adoptar medidas transitorias y hacer hondas transformaciones democráticas en el camino de la lucha por el triunfo de la revolución. Los descubrimientos de Lenin se vieron desarrollados, particularmente después de la segunda guerra mundial, en las actividades de los partidos hermanos. En esta cuestión han acumulado una ingente experiencia y han alcanzado considerables éxitos.

Los comunistas se proponen arrancar a la clase dominante cuanto sea posible conquistar en los marcos del capitalismo, lograr que se libre a los trabajadores de las guerras y de la preparación para las guerras. Pero lo que importa es que eso sea siempre y por doquier parte inseparable de la lucha *por el objetivo final: el socialismo*. Con este enfoque precisamente, dando a los trabajadores resultados sensibles en el sentido de mejorar su situación material y sus derechos sociales, se fomenta su fe en la fuerza y en la eficacia de la lucha de clase, se eleva simultáneamente el prestigio del partido, la confianza en él, y se consolidan sus posiciones de vanguardia. Con ese enfoque precisamente se amplían las bases y las posibilidades para seguir desplegando la ofensiva contra el poder de los monopolios.

«Los rasgos fundamentales que caracterizan la situación del proletariado bajo el capitalismo —decía Lenin—, infunden al movimiento de esta clase la incontenible tendencia a convertirse en una lucha enconada por la *totalidad*, por la victoria total y completa sobre las tinieblas, la explotación y la esclavización... y es que quien lucha por el todo, por la victoria completa y total —añadía Lenin—, tiene que cuidarse de no dejarse atar las manos por las pequeñas conquistas, de no desviarse de

⁶ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXX, pág. 214, ed. rusa.

su camino, de no perder de vista lo que aún está relativamente lejano...»⁷

Pero ¿cómo conjurar esos peligros? ¿Cómo mantener y desarrollar en las masas el potencial revolucionario, incluso cuando no hay una situación revolucionaria, es decir, en las condiciones del «desarrollo corriente y pacífico» de la sociedad capitalista?

La experiencia del PCUS y de otros partidos marxistas-leninistas muestra que, para mantener la fidelidad a la revolución, para avanzar efectivamente en cualesquiera circunstancias, no hay más que un camino: en todas y cada una de las situaciones y coyunturas políticas, en todos y cada uno de los virajes políticos y crisis, hay que «colocar en el primer plano el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de su organización política independiente...»⁸

Lenin subrayó reiteradas veces que el paso al socialismo sólo puede llevarse a cabo mediante la revolución, mediante el derrocamiento del viejo régimen, del régimen capitalista. El éxito de la clase obrera en su combate por el triunfo de la revolución dependerá de la medida en que ella y su partido dominen todas las formas de lucha —pacíficas y no pacíficas— y estén preparados para pasar rápidamente de una forma a otra.

El enfoque leninista del problema de las vías de la revolución fue desarrollado posteriormente, como es sabido, en los documentos del movimiento comunista internacional de 1957, 1960 y 1969.

La conquista del Poder por las armas es necesaria e inevitable donde la reacción, la clase dominante cuentan con posibilidades para aplicar eficazmente la violencia militar contra el movimiento revolucionario. Para triunfar, la insurrección armada debe desplegarse cuando existe una situación revolucionaria. La condición principal es que las masas estén en favor de la revolución. Sin masas, sería un putsch.

Al mismo tiempo, Lenin concedía gran importancia al aprovechamiento de las posibilidades para la conquista pacífica del Poder, viable en el caso de que la burguesía no estuviese en

condiciones de impedirlo con las fuerzas armadas y policíacas. Sin embargo, advertía siempre contra la perfidia de la reacción burguesa, que recurre a la violencia y tratará por todos los medios de mantenerse en el Poder.

Al destacar dos vías de la revolución, la armada y la pacífica, hay que recordar que, en la práctica, no siempre surgen, por decirlo así, en su aspecto puro. La revolución puede comenzar como revolución pacífica y transformarse en lucha armada. Puede comenzar por acciones armadas y conjugarse después con formas pacíficas. El desarrollo del proceso revolucionario puede producir formas nuevas.

En las condiciones actuales no se puede dejar de tomar en consideración la circunstancia de que, en la determinación de las vías concretas de la revolución, desempeñan un papel no pequeño los factores exteriores, es decir, la correlación general de fuerzas en el ámbito mundial, la posibilidad del apoyo por parte del sistema socialista mundial y, por otro lado, hasta qué punto son peligrosas las posibilidades de exportación imperialista de la contrarrevolución. ¿Acaso pueden dejarse de tener en cuenta, al hablar de las formas de las futuras revoluciones, por ejemplo, la existencia de numerosas bases norteamericanas en otros países y las actividades de la OTAN, que ha elaborado planes de injerencia contrarrevolucionaria en los asuntos interiores de muchos países? Todo esto hay que tenerlo en cuenta al organizar las acciones de las masas revolucionarias.

En política, decía Lenin, no se puede saber de antemano con precisión, «qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha podemos correr el riesgo de sufrir una derrota enorme —a veces decisiva—, si cambios independientes de nuestra voluntad, producidos en la situación de las otras clases, ponen al orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Si dominamos todos los medios de lucha, nuestra victoria será segura, puesto que representamos los intereses de la clase realmente avanzada, realmente revolucionaria.»⁹

⁷ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. X, págs. 196–197, ed. rusa.

⁸ *Ibidem*, pág. 28.

⁹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLI, pág. 81, ed. rusa.

Al elaborar las tesis acerca del paso del viejo régimen al nuevo, Lenin dijo en más de una ocasión que la conversión de las posibilidades revolucionarias en realidad depende en medida decisiva del factor subjetivo y, ante todo, de la existencia de un partido revolucionario, de un partido de tipo nuevo, marxista-leninista.

El partido como portador de la conciencia revolucionaria, como forma superior de organización política de la clase obrera, como abanderado y vanguardia de la lucha de clase contra el capital, como fuerza dirigente y organizador de las masas en la lucha por la victoria de la revolución y la edificación del socialismo, son otras tantas tesis de Lenin que han sido plenamente confirmadas por la práctica. En relación con ello es más importante que nunca la lucha decidida contra las tergiversaciones revisionistas de la teoría leninista del partido, tanto contra las de derecha, como contra las de «izquierda».

La depuración del partido de elementos oportunistas es condición indispensable para que aquél ejerza su papel dirigente, organizador, tanto en las luchas de clase cotidianas como en los futuros combates revolucionarios. Este proceso, como lo indican los hechos, está en marcha y contribuirá, indudablemente, al reforzamiento de las posiciones de los partidos comunistas en la lucha política interna de clases y de sus posiciones internacionales. El robustecimiento de los partidos y el perfeccionamiento multilateral de su trabajo sobre la base de los principios leninistas, es parte imprescindible, y excepcionalmente importante, de la actividad revolucionaria en nuestra época.

Basándose en la experiencia de las revoluciones del siglo XIX y, particularmente, en la experiencia de la Comuna de París, Marx y Engels llegaron a la conclusión de que el arma fundamental, el instrumento del paso del capitalismo al socialismo debía ser un nuevo poder estatal, cuya esencia expresaron en la fórmula histórica de la dictadura del proletariado. El problema del nuevo Poder se planteaba ante Lenin de un modo concreto. ¿Cuál debía ser ese Poder? Este problema lo resolvió prácticamente Lenin por primera vez en la historia.

Para Lenin estaba claro que el nuevo Poder debía ser lo bastante fuerte para asegurar la defensa eficaz de las conquistas

de la revolución, para garantizar el aplastamiento de todos los intentos de restauración.

Para Lenin estaba claro que el nuevo Poder debía asegurar realmente la creación del régimen socialista. Por cierto, subrayaba siempre que la nueva sociedad no podría construirla una minoría, un partido o una clase. Eso podrá hacerse con la condición de que la inmensa mayoría de los trabajadores se incorpore a la edificación del socialismo. Por ello Lenin veía la esencia de la dictadura del proletariado en la unión de los esfuerzos de todos los trabajadores, bajo la dirección de la clase obrera, en la construcción del socialismo.

De su peso se cae que el Poder revolucionario no es un fin en sí. No es más que un medio de transformación de la sociedad sobre bases socialistas. La experiencia de la URSS ha evidenciado que con la construcción del socialismo el Estado de la dictadura del proletariado se transforma en Estado socialista de todo el pueblo, en el que ejerce el papel dirigente la clase obrera encabezada por el Partido Comunista.

En la presente época, cuando la correlación de fuerzas es nueva en esencia y se multiplican en gran escala las posibilidades de los destacamentos revolucionarios del proletariado, la dictadura del proletariado puede ejercerse de diversas formas. Pero, en cualesquiera condiciones, la experiencia atesorada por el Poder soviético y las democracias populares tiene significación internacional, constituye una aportación de importancia universal a la teoría revolucionaria.

En relación con la efemérides leninista es provechoso y hasta necesario comparar el «destino histórico» de la teoría y la práctica leninistas de la revolución con otras concepciones del desarrollo mundial, concretamente con las concepciones social-reformistas y con la práctica del oportunismo de derecha, así como con las ideas revisionistas de izquierda y con la práctica del revolucionarismo pequeñoburgués.

La socialdemocracia prometió a la clase obrera llevarla al socialismo por un camino «más fácil», evolutivo, sin las sacudidas ni las dificultades de la lucha de clases, sin violencia y sin dictadura del proletariado, gracias, ante todo, a las papeletas electorales y a la actividad parlamentaria. Muchos obreros de

Occidente creyeron y siguen creyendo aún en los jefes y en las teorías socialdemócratas.

Lenin y la Internacional Comunista desenmascararon el reformismo, explicaron que, en realidad, ese camino suponía renunciar al socialismo. Así fue: primero, en el período de tempestades revolucionarias que siguió a la primera guerra mundial y, luego, en el período que vino después de la segunda. Gracias a la derrota del fascismo se abrieron enormes posibilidades para la lucha de la clase obrera contra los cimientos mismos del régimen capitalista. Pero los líderes socialdemócratas de derecha marcharon por otro camino. Arrojabán apresuradamente por la borda sus anteriores promesas socialistas y batallaban más abiertamente cada vez en pro del mantenimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción y de la llamada libre empresa. Sin embargo, incluso en aquellos países donde han permanecido decenios en el Poder, los líderes socialdemócratas no han derrocado el régimen capitalista, no han propiciado el triunfo del socialismo.

Los socialistas de derecha siempre se han arrogado el papel de «defensores de la democracia». Bajo esa bandera, embistieron contra la revolución socialista en Rusia y contra la edificación del socialismo en el País de los Soviets. Inculcaban a los obreros la idea de que todos los problemas se podían resolver con ayuda de la democracia «pura», supraclasista. Pero la democracia burguesa en ningún país ha liberado a la sociedad de la prepotencia de los monopolios y la reacción, de la explotación. La democracia fue salvada en Europa de la dictadura fascista gracias al País de los Soviets, que creó una democracia nueva, socialista, que pasó a ser una de las principales fuentes de su fuerza y aseguró la derrota del fascismo. Con la particularidad de que la Unión Soviética marchó unida con los comunistas de otros países, con todas las fuerzas de la Resistencia.

La principal culpa de la socialdemocracia, tanto en el pasado como en el presente, consiste en que trata de suprimir el problema de la inevitabilidad de la revolución y del derrocamiento del capitalismo, hacer que las masas se resignen con el régimen existente y se conformen con su situación.

La crítica y el desenmascaramiento de la ideología social-

demócrata, lejos de estar en contradicción con la lucha por la unidad de acción de la clase obrera y de todos los trabajadores, vienen determinados precisamente por la necesidad de desbrozar el camino hacia la unidad, de superar los obstáculos que levantan en él los líderes socialdemócratas de derecha.

Como declaró la Conferencia de 1969, los comunistas, que atribuyen una importancia primordial a la unidad de la clase obrera, se pronuncian por la colaboración con los socialistas y los socialdemócratas en el cumplimiento de las tareas determinadas por los intereses vitales de los trabajadores. Se trata, ante todo, de las cuestiones vinculadas con la conjuración de la guerra mundial, la creación de un sistema de seguridad europea, la lucha contra el peligro del fascismo y el apoyo a Vietnam.

La realización de la teoría leninista de la revolución socialista demostró la inconsistencia tanto del enfoque reformista de los problemas cardinales de la nueva época como de la línea izquierdista, comprendida la trotskista.

El revolucionarismo pequeñoburgués ha puesto de manifiesto su absoluta incapacidad para desplegar una labor revolucionaria firme, sistemática y consecuente y su extrema falta de consistencia y su infecundidad. La experiencia histórica demuestra que las frases y los gestos revolucionarios se convierten fácilmente en mansedumbre, apatía y traición a la revolución.

Hoy día, los ideólogos que sustentan concepciones chovinistas, nacionalistas, divisionistas, contraponen a la doctrina leninista de la revolución la tesis del «cerco de la ciudad mundial por el campo mundial». Según esta tesis, la principal fuerza revolucionaria y el portador del socialismo no es hoy el proletariado, sino el campesinado de los países de débil desarrollo económico. En lo que respecta al proletariado de Occidente, resulta que «se ha integrado» en el sistema capitalista y ha perdido sus posibilidades revolucionarias.

En vez de plantear la tarea, auténticamente revolucionaria, de liquidar el desnivel de desarrollo económico de los países industriales y los países atrasados, creando condiciones para acelerar el progreso económico de los últimos, se ofrece la redistribución igualitarista de las riquezas entre todas las nacio-

nes, independientemente de su régimen social y político. Los más furibundos representantes de estos criterios discurren acerca de una supuesta diferencia esencial de intereses entre los pueblos blancos y los de color; dicho con otras palabras, descienden a las posiciones del racismo.

La prédica exclusiva del principio destructivo, de la violencia monda y lironda, se conjuga en ellos con la actitud bonapartista hacia las masas, con intentos de actuar aplicando procedimientos burocrático-militares y con aspiraciones hegemónicas. La difusión de estas ideas causa gran detrimento al movimiento verdaderamente revolucionario.

Obsérvanse también tendencias extremistas en forma de movimientos neotrotskistas de distinto género que niegan por igual el papel dirigente de la clase obrera en la revolución y se orientan a los estudiantes, a los desempleados, etc.

En lo que respecta a la actitud hacia las conquistas del socialismo real, apoyo y fuerza principal en la lucha internacional contra el imperialismo, todas estas corrientes rompen plenamente con el leninismo, con su línea de desarrollo de la revolución mundial. Orientándose hacia la escisión y la dispersión de las fuerzas revolucionarias y predicando el nacionalismo dirigen su golpe contra los bastiones principales del socialismo mundial, contra el movimiento comunista. Con ello se hacen objetivamente cómplices de las fuerzas de la reacción.

La lucha de principios, leninista, contra las concepciones socialdemócratas y oportunistas de derecha y de «izquierda», contra los escisionistas y los aventureros, contra todos los que tratan de apartar el movimiento revolucionario del camino proletario clasista, comprobado por la vida, sigue siendo una de las tareas esenciales de nuestro movimiento.

Al desplegar la lucha revolucionaria en las condiciones de hoy, los comunistas tienen presente que la burguesía ha sacado ciertas enseñanzas de sus derrotas. Utiliza nuevos procedimientos para velar las lacras y los vicios del régimen capitalista. Su táctica es más refinada. A la vez, a fin de conservar su dominación, recurre a toda clase de medios, por brutales que sean.

A este respecto merecen especial atención los hechos recientes. El impetuoso auge del movimiento de las masas en muchos

países capitalistas durante los últimos años ha provocado airadas respuestas de la reacción. Los aparatos de poder han empezado a concentrar abiertamente medios de violencia directa; se hacen más estrechos los contactos de los organismos gubernamentales y administrativos con la casta militar y se recurre con mayor frecuencia a las represiones. Simultáneamente se reaniman las organizaciones fascistas y ultrarreaccionarias de otro tipo que ponen en juego sus procedimientos habituales: los asesinatos, las destrucciones y la intimidación. Así, vuelve a confirmarse la experiencia de la historia de la lucha de las clases, que nos enseña que en los períodos de ascenso del movimiento los revolucionarios deben triplicar su vigilancia y su organización. «Cuanto más fuerte es la presión de las clases oprimidas —nos enseñaba Lenin—, cuanto más cerca se hallan éstas de suprimir toda opresión, toda explotación, cuanto más resueltamente desarrollan su iniciativa independiente los obreros y campesinos oprimidos, tanto más furiosa se torna la resistencia de los explotadores.»¹⁰ Por eso las fuerzas revolucionarias y los partidos comunistas estarán bien pertrechados si tienen muy presente esta enseñanza de Lenin y se preparan para repeler enérgicamente las fuerzas de la reacción.

La Conferencia de 1969 de los Partidos Comunistas y Obreros señaló con razón: «La lucha contra el imperialismo es una batalla larga, tenaz y difícil. Nos esperan encarnizados combates de clase. Hay que intensificar la ofensiva contra las posiciones del imperialismo y de la reacción interior. La victoria de las fuerzas revolucionarias y progresistas es ineluctable.» El camino de la victoria lo marca la teoría leninista de la revolución.

Para todos los comunistas está claro que quien reconoce la concepción leninista del proceso revolucionario mundial y lucha de verdad por llevarla a la práctica, tiene que ser internacionalista.

En la actualidad se sustentan diferentes concepciones del internacionalismo. Sin embargo, sólo hay un auténtico inter-

¹⁰ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXXVI, pág. 442, ed. rusa.

nacionalismo, que también hoy descansa sobre criterios objetivos que cierran el camino al subjetivismo en la interpretación de este principio cardinal.

En nuestra época no se puede concebir una verdadera estrategia revolucionaria que haga abstracción, en la teoría y la práctica, de toda la situación internacional, que no tome en consideración un factor como el sistema socialista mundial y no oriente a rechazar con energía —ideológica y políticamente— las tentativas de quebrantar las posiciones conquistadas por el socialismo. He ahí por qué fortalecer el socialismo, defenderlo y apoyarlo, es el criterio principal de fidelidad al internacionalismo proletario en la situación actual.

A veces, la cuestión se plantea así: ¿qué significa defender el socialismo en la situación en que hay no un solo país socialista sino varios y cuando entre ellos surgen discrepancias? Una de las principales orientaciones de la defensa del socialismo realmente existente radica precisamente en apoyar por todos los medios la línea orientada a cohesionar a los países en los que ha triunfado la revolución. Los principios fundamentales de esta cohesión son bien conocidos: fueron elaborados colectivamente en las Conferencias internacionales de los comunistas.

El enfoque leninista no consiste en la simple constatación de que hay fenómenos positivos y negativos en las relaciones entre los países socialistas y limitarse a desear la superación de las divergencias. Ese enfoque estriba en prestar apoyo activo a la línea marxista-leninista, internacionalista, que responde a los intereses de todo el movimiento comunista y constituye el fundamento básico para vencer las discrepancias surgidas.

También el enfoque leninista de la defensa del socialismo exige no la simple constatación de las dificultades y, con mayor razón, el empequeñecimiento de los éxitos y de la experiencia de los partidos comunistas gobernantes, sino esclarecer lo principal en la política interior e internacional de los países socialistas, su dirección internacionalista, que garantiza el fortalecimiento de las posiciones de todo el movimiento revolucionario mundial, la defensa de la paz y la seguridad de los pueblos. El enfoque leninista exige prestar incondicional apoyo a esta política y luchar contra todo lo que va en menoscabo suyo.

Los internacionalistas leninistas no pueden permitirse olvidar los hechos evidentes de que el imperialismo intenta estimular y exacerbar los sentimientos nacionalistas, utilizándolos para luchar contra los partidos comunistas, para sembrar la cizaña entre las naciones socialistas y, sobre todo, para enfrentarlas con la Unión Soviética. Todos saben que nuestro enemigo de clase trata por doquier de orientar el nacionalismo por cauces antisoviéticos. Nuestro Partido tiene en alta estima el vigor con que los partidos hermanos se oponen al antisovietismo y su intransigencia con este fenómeno en las filas comunistas.

El enfoque internacionalista sirve también a la causa de la clase obrera de los países en los que se alza la tarea de conquistar el Poder. Ello es así, porque el internacionalismo es una potente arma para emancipar ideológicamente a la clase obrera y a las masas trabajadoras del influjo de las ideas que se infiltran en sus filas bajo la presión de la política y la propaganda burguesas. El coqueteo con el espíritu nacionalista puede reportar cierto efecto pasajero, pero, en fin de cuentas, acarrea un mal incurable al partido que mantiene una actitud benévola con las manifestaciones de nacionalismo. Entraña, sobre todo en los virajes radicales de los acontecimientos, el peligro de que ese partido, en vez de dirigir a las masas, pueda caer cautivo de las fuerzas antisocialistas.

V. I. Lenin siempre atribuyó una importancia de primer orden a la fuerza real, práctica, del internacionalismo proletario.

Mas, ¿qué significa actuar en consonancia con las exigencias del internacionalismo proletario? ¿Significa aplicar una línea revolucionaria sólo en el país propio, por así decir, en el terreno nacional, considerando que semejante actividad confluirá por sí misma, en definitiva, con la acción de otros destacamentos revolucionarios? Creemos que sería erróneo hacer tan estrecho el criterio del internacionalismo proletario. Uno de los requisitos principales del planteamiento leninista del problema del internacionalismo proletario es la coordinación y concertación voluntarias de las acciones en la palestra internacional. Los documentos de la Conferencia de los partidos comunistas de 1969 y la plataforma de unidad de acción contra el imperialismo, por ellos elaborada, son la base política que, cohesio-

nando a los partidos hermanos, abré amplias posibilidades para la unidad en la lucha de todas las fuerzas antiimperialistas.

En el curso de esta multilateral obra de transformación, en la Unión Soviética se pusieron al descubierto por primera vez las leyes generales del desarrollo de la sociedad en el período de transición del capitalismo al socialismo y fueron elaborados principios que tienen significado internacional. La victoria del socialismo en la URSS, la fructífera construcción de la sociedad comunista sobre la base del Programa del Partido y de las resoluciones del XXIII Congreso del PCUS y el poderío económico y militar de la Unión Soviética, alcanzados siguiendo la vía leninista, desempeñaron un papel de importancia histórico-mundial en el desarrollo de todo el movimiento revolucionario.

La Unión Soviética contribuyó al proceso de formación del nuevo régimen en los Estados de democracia popular, los protegió frente a la injerencia y a la intervención imperialistas. Merced a la gran ayuda económica de la URSS, estos países reestructuraron su economía sobre bases socialistas y han logrado un inmenso ascenso de las fuerzas productivas.

La Unión Soviética ha coadyuvado y coadyuva al desarrollo de las revoluciones nacional-liberadoras. Es sabido que, partiendo de los principios del internacionalismo, ayudó, por ejemplo, a los Estados árabes avanzados a hacer frente a las embestidas del imperialismo y a defender su independencia y el régimen social que habían elegido. La Unión Soviética contribuye a robustecer la independencia política y a consolidar la base económica de los nuevos Estados nacionales. Y si hoy, como prueban los hechos, la táctica imperialista de guerras locales no resulta exitosa para sus inspiradores, como muestran sobre todo las derrotas del imperialismo norteamericano en Vietnam, en esto hay un aporte no pequeño del Estado fundado por Lenin sobre la base del socialismo científico.

El poderío de la Unión Soviética es la barrera decisiva en la vía de los planes imperialistas de desencadenamiento de una nueva guerra mundial. De no haber existido la Unión Soviética

y otros países socialistas, el imperialismo habría hundido a los pueblos en la vorágine de una nueva conflagración universal.

Sobre el PCUS recayó la tarea de dar solución *práctica*, por primera vez, al problema de la conexión y las relaciones mutuas entre el Estado socialista y el movimiento revolucionario de los trabajadores en el campo imperialista, la tarea de combinar la lucha por las relaciones pacíficas con los Estados capitalistas con la prestación de ayuda y apoyo a este movimiento.

No hace falta demostrar que esto no es un asunto fácil y que exige una audaz combinación de fidelidad a los principios y de flexibilidad en política. Es bien sabido que el PCUS ha sido consecuente en la solución de este problema. Ningún interés del desarrollo de las relaciones interestatales con los países capitalistas ha podido jamás obligar a la URSS a desviarse un solo paso de las posiciones internacionalistas, leninistas, de solidaridad y de ayuda a los otros destacamentos del movimiento revolucionario.

Por consiguiente, se puede decir con pleno fundamento que también en la palestra internacional el PCUS ha procedido siempre con fidelidad al leninismo.

Trata continuamente de llevar a la práctica con tesón los legados de Lenin, incluso en los virajes más cruciales de la historia. El PCUS procura marchar siempre al compás de la viva realidad y desarrollar con sentido creador las ideas leninistas de acuerdo con las condiciones concretas en uno u otro sector de la lucha revolucionaria.

En su discurso ante la Conferencia Internacional de los partidos hermanos celebrada en junio de 1969 en Moscú, el Secretario General del CC del PCUS, camarada L. Brézhnev, dijo en nombre de nuestro Partido: «Lenin nos enseñó, y nosotros lo aprendemos de él, a aplicar consecuentemente una línea de clase, a ser firmes en los principios, y flexibles en la táctica, a tomar en consideración las condiciones concretas en todos sus aspectos, a emprender acciones audaces y al mismo tiempo bien pensadas y a saber utilizar todos los diversos medios de lucha contra el imperialismo.»

Al mismo tiempo que desarrolla la teoría revolucionaria en estrecha vinculación con la práctica de la construcción socia-

lista en su propio país y con la política internacionalista en la palestra mundial, el PCUS, junto con los partidos hermanos, entroniza el leninismo como doctrina internacional realmente universal, que puede ser aplicada en todas las condiciones de la nueva época.

En el Llamamiento «El Centenario del Nacimiento de Vladímir Ilich Lenin», aprobado unánimemente por la Conferencia internacional de los partidos comunistas y obreros se dice: «La fidelidad al marxismo-leninismo, gran doctrina internacional, es la garantía de los éxitos sucesivos del movimiento comunista.»

¿Qué significa esto, hablando más concretamente? ¿Qué significa, en la época actual, la aplicación de la doctrina leninista sobre la revolución?

Esto significa la fidelidad a los principios revolucionarios e internacionalistas del marxismo-leninismo, la fidelidad al espíritu creador de esta gran doctrina. Esto significa lucha incesante por la encarnación de estos principios en la vida y, por consiguiente, el enriquecimiento continuo de la teoría marxista-leninista con la experiencia contemporánea de la lucha de clases y de la construcción de la sociedad socialista.

Para contribuir al desarrollo del proceso revolucionario mundial, y llevar a efecto una política verdaderamente revolucionaria se requiere hoy, en primer término, *robustecer* el principal baluarte del movimiento obrero internacional y del movimiento de liberación: *el sistema socialista mundial*. Cualquier repliegue ante el imperialismo en esta cuestión, independientemente del motivo con que se justificara, significaría en la política real una sensible reducción del potencial de todas las fuerzas revolucionarias de nuestro tiempo.

Luchar contra el imperialismo en todos los frentes y aprovechar al máximo las nuevas posibilidades para mantener esta lucha son una condición necesaria para el desarrollo del movimiento revolucionario y ello obliga a preparar a la clase obrera y a las masas trabajadoras en general para los combates revolucionarios y a utilizar para el triunfo de la revolución todas las formas de lucha.

La cohesión de las grandes masas trabajadoras en torno a la

clase obrera sobre una plataforma revolucionaria es una condición indispensable para acabar con la dominación de los monopolios y una importantísima premisa para que el proletariado ejerza la dirección estatal de toda la sociedad.

Hoy, lo mismo que ayer, ser revolucionario, ser internacionalista *significa prestar el máximo apoyo al movimiento nacional-liberador*. Actualmente cobra mayor importancia cada día el aspecto internacional del problema de los aliados de la clase obrera. Hoy se está plasmando en la práctica el precepto de Lenin sobre la fusión de la lucha de la clase obrera internacional con el movimiento de liberación nacional en un solo torrente de batallas contra el imperialismo.

En la lucha *por el robustecimiento de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias* se funden prácticamente las tareas revolucionarias internas e internacionales del movimiento comunista. Pero los esfuerzos de los comunistas en este sentido pueden tener éxito únicamente a condición de que se cohesionen los propios partidos comunistas y obreros. En la Conferencia de 1969 se dio un importante paso hacia esta cohesión.

El temple del partido marxista-leninista como dirigente político de la revolución es imprescindible para alcanzar los objetivos de la clase obrera así en los marcos nacionales como a escala internacional. Y este temple se adquiere *en la lucha incesante contra todos los tipos de oportunismo*, tanto de derecha como de «izquierda», en la lucha por la pureza del marxismo-leninismo, por inculcar sus principios a las masas, por perfeccionar la labor política y orgánica del partido sobre la base de estos principios.

El leninismo vive en la obra creadora tendente a edificar la sociedad socialista, la sociedad comunista.

El leninismo vive en la lucha revolucionaria de los movimientos obrero y de liberación nacional.

El leninismo vive en la labor ideológica, política y orgánica de los partidos comunistas.

Febrero de 1970

(En torno al balance del XXIV Congreso del PCUS)

Los resultados del XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética continúan siendo objeto de vivos debates de la opinión mundial. Se puede decir sin exageración que sus labores imantaron la atención de toda la humanidad. Ni siquiera los círculos burgueses consideraron posible silenciar los materiales del XXIV Congreso, sus conclusiones sobre cuestiones políticas fundamentales. Al mismo tiempo, a propósito de la apreciación de los resultados del Congreso se desarrolla en el mundo capitalista una aguda lucha ideológica.

Muchos partidos fraternos han aprobado resoluciones especiales con motivo del XXIV Congreso del PCUS o han expresado en otras formas su aprobación a los documentos y acuerdos del mismo. En los países socialistas se ha desplegado el estudio de los materiales del Congreso. En otros países, por ejemplo, en Francia, Italia, la India, la RAU, Inglaterra, Uruguay, Chile y Alemania Occidental, las ideas del Congreso han tenido amplio eco entre los trabajadores; los materiales del Congreso se difunden en enormes tiradas. En muchos países han tenido lugar mítines y asambleas de masas consagrados a los resultados del Congreso del PCUS.

La resonancia que el XXIV Congreso del PCUS ha tenido entre los más vastos sectores de la opinión mundial, resonancia de una amplitud y una profundidad sin precedentes, es un

reflejo del reconocimiento de que el rumbo por el que el PCUS encauza los esfuerzos del pueblo soviético y las vías trazadas por el Congreso para aprovechar el creciente poderío económico y político del primer país socialista es algo que no se refiere exclusivamente a los asuntos internos de la URSS, sino que tiene una significación general, internacional.

El Congreso ha hecho el balance de un período dinámico, pletórico de grandes acontecimientos, un período de aguda confrontación entre el socialismo y el imperialismo, de fortalecimiento de las posiciones del socialismo internacional y de aumento de sus posibilidades en esta lucha. También otras fuerzas revolucionarias de nuestra época han avanzado hacia nuevas fronteras: el movimiento obrero de los países capitalistas y el movimiento nacional-liberador. Han sido unos años de viraje del movimiento comunista hacia la unidad de sus filas, de elevación de su papel de vanguardia, de considerable intensificación de la lucha contra el oportunismo de derecha y de «izquierda», contra las corrientes antileninistas. La conmemoración mundial del cincuentenario de la Gran Revolución de Octubre y del centenario del nacimiento de Lenin permitieron a todas las fuerzas revolucionarias, y ante todo a los comunistas, lanzar una amplia mirada retrospectiva al camino recorrido, cobrar conciencia de la realidad actual a la luz de la experiencia acumulada y hacer un aporte creador a la teoría marxista-leninista. Las campañas ideo-políticas ligadas a esas memorables fechas abarcaron a centenares de millones de personas y contribuyeron a reforzar las posiciones del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario en todo el movimiento revolucionario contemporáneo.

En el plano interior, para los comunistas soviéticos ha sido un período de elaboración de una política económica que responde a las condiciones de la sociedad socialista desarrollada y del perfeccionamiento de la dirección de la economía nacional. Han sido introducidos nuevos métodos de planificación y de estímulo económico de la producción, que ya han tenido su confirmación práctica. El Partido ha adoptado grandes medidas en la agricultura, con especial hincapié en la creación de condiciones económicas estables, que estimulan el aumento de

la producción agropecuaria. Gracias a esto se han conseguido grandes éxitos en el auge de la producción agropecuaria y en el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores del campo.

El Partido ha emprendido con éxito la solución de una serie de problemas fundamentalmente nuevos relacionados con las enormes proporciones de la industria soviética y con el desarrollo de la revolución científico-técnica. Durante este mismo período ha sido elaborado y contrastado un estilo de dirección partidaria y estatal que combina la continuidad con la innovación, asegura la estabilidad de la política, ayuda a fortalecer la cohesión del Partido y el pueblo y la unidad moral y política de la sociedad soviética y contribuye a afianzar un clima de eficiencia y seguridad. Dicho en pocas palabras, el balance del período transcurrido ha hecho patente para todo el mundo que en la Unión Soviética se han creado premisas sólidas y reales para un nuevo y poderoso avance por el camino trazado.

En el informe del CC del PCUS presentado por el camarada Leonid Brézhnev se hace un profundo análisis marxista-leninista de la situación internacional, se muestra el panorama del socialismo en proceso de crecimiento y vigorización, de la edificación de la sociedad comunista en la URSS, de la agudización de todas las contradicciones del capitalismo y de la intensificación de las batallas de clase en el seno del último sistema social basado en la explotación.

Las grandes conquistas revolucionarias logradas tanto en el desenvolvimiento interno de la URSS como en el desarrollo mundial, aspecto éste en el que el PCUS ha desempeñado también un papel no pequeño, han determinado el lugar histórico del XXIV Congreso, así como el grado y el carácter de su influencia internacional.

I

La experiencia histórica ha confirmado patentemente la verdad de las tesis formulada por Lenin en los albores del Poder soviético: «En la actualidad nuestra política económica es el factor

primordial mediante el cual influimos sobre la revolución internacional... La lucha se ha desplazado a este terreno a escala mundial.»¹ La revelación de las posibilidades creativas de la revolución socialista ha tenido un papel determinante en los gigantescos cambios operados en el mundo en los últimos decenios.

Pero, a la vez que aumenta el poderío económico del socialismo, se acrecientan sustancialmente las exigencias para con él. Estas son de orden interno e internacional y están condicionadas por el carácter y las proporciones de la lucha entre el imperialismo y las fuerzas revolucionarias en la etapa actual.

Los problemas de la edificación económica y de la política económica de los Estados socialistas tienen una importancia primordial por lo que atañe a la amplia exteriorización de las ventajas del socialismo, al mantenimiento al debido nivel de los medios materiales para sofrenar a las fuerzas de la agresión y la guerra, al sucesivo desarrollo y fortalecimiento de las posiciones de la comunidad socialista internacional, al efectivo apoyo a los pueblos que han emprendido la senda de la independencia y del progreso social, así como también en lo tocante a la lucha ideológica internacional, que es hoy uno de los principales factores del desarrollo mundial.

El XXIV Congreso del PCUS marca el comienzo de una gran etapa en la edificación de la sociedad comunista. Se plantea como *tarea principal* del quinquenio la *elevación sustancial del bienestar de los trabajadores* sobre la base de un rápido desarrollo de la producción socialista, del incremento de su eficacia, del progreso científico-técnico y la aceleración del crecimiento de la productividad del trabajo. Este es el rasgo distintivo del noveno plan quinquenal.

Naturalmente, nuestro Partido hizo en todas las etapas del desarrollo, incluso en las más difíciles, todo lo posible por alcanzar el objetivo supremo de su política económica: satisfacer las demandas materiales y espirituales de los trabajadores. Pero ahora ha sido posible supeditar en forma directa y más

¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLIII, pág. 341, ed. rusa.

plena el desarrollo económico a la tarea de mejorar en todos los aspectos la vida del pueblo sin restarle atención al desarrollo de la industria pesada, comprendidas aquellas ramas que trabajan para la defensa.

La elevación del bienestar de las masas se asegura también mediante la consecuente puesta en práctica de un complejo programa a largo plazo de transformación de la agricultura sobre una base industrial, el desarrollo acelerado de la industria de bienes de consumo y el sucesivo desenvolvimiento de los servicios. Para resolver esta tarea estatal, también la industria pesada, incluidas las ramas que trabajan para la defensa, tiene que ampliar aún más la producción de artículos de consumo popular directamente en sus empresas.

Se ha previsto no sólo un nuevo y considerable incremento de los ingresos monetarios de los trabajadores, sino también un serio aumento —del orden del 40 %— de los fondos sociales de consumo, lo que habrá de contribuir al desarrollo de la asistencia médica y de la enseñanza, a la aplicación de una serie de importantes medidas sociales para mejorar las condiciones de vida de las familias numerosas y de ingresos reducidos, de las mujeres trabajadoras, de los pensionistas y de los estudiantes. El plan quinquenal prescribe la sucesiva ampliación de la construcción de viviendas, el desarrollo de los servicios municipales y de las obras de urbanización, así como la creación de condiciones favorables para una vida sana y un descanso de contenido cultural.

Los marxistas-leninistas se oponen terminantemente a quienes afirman que el aseguramiento del bienestar material de los trabajadores es innecesario e incluso perjudicial para el desarrollo de la revolución, para el triunfo del comunismo. Pero al mismo tiempo rechazan resueltamente el «ideal» mesocrático de un bienestar regalado y de pasividad social.

El régimen socialista, además de dar a los trabajadores un alto nivel de consumo en el sentido estricto de la palabra, desarrolla sus necesidades auténticamente humanas, una elevada fidelidad a los principios socialistas, estimula el crecimiento de la cultura y crea nuevos valores morales. En el informe del CC del PCUS se subraya el sentido fundamental del

nuevo planteamiento, el actual, de los problemas del bienestar del pueblo. Se trata de crear condiciones que favorezcan el amplio desarrollo de las dotes y de la actividad creadora de los ciudadanos soviéticos. De este modo se pone de manifiesto, en forma más concreta y probatoria que nunca, la esencia misma del régimen socialista.

En eso reside la diferencia cardinal que distingue al socialismo de la «sociedad de consumo» burguesa, cuyo sentido de clase es perpetuar la explotación capitalista, la esclavización del hombre y su supeditación a los intereses de los magnates capitalistas.

Cuanto más tiempo pasa, más se convierten el propio contenido y el sentido social de la vida en uno de los problemas de mayor encono de la lucha actual entre los dos mundos. Este hecho ha sido brillantemente expresado por el camarada G. Hall en su saludo al XXIV Congreso: «En la conciencia de millones de hombres de los países capitalistas —dijo— surgen nuevos criterios, con los cuales comparan los dos sistemas mundiales... A medida que avanza la putrefacción del capitalismo y éste va perdiendo capacidad de hacerse eco de las necesidades humanas, se produce una desintegración de los valores vitales. A medida que se acrecienta la capacidad del socialismo de dar mayor satisfacción a las necesidades del hombre, la vida florece con mayor brillantez.»

La organización de la vida social penetrada de los principios científicos, la satisfacción en constante ascenso de las necesidades materiales y culturales de los trabajadores, el impetuoso florecimiento de las potencialidades creadoras y espirituales del individuo: tal es la perspectiva que sólo el régimen socialista es capaz de hacer realidad. El XXIV Congreso del PCUS pasará a la historia como un importante jalón en la senda que conduce a esta meta.

Para asegurar una elevación estable y constante del bienestar del pueblo y fortalecer al mismo tiempo la base del sucesivo ascenso del poderío económico y defensivo del país no basta una simple redistribución de los recursos. El Congreso planteó con todo vigor —y en muchos aspectos en forma nueva— el problema de *cómo* asegurar el incremento de esos recursos. La

clave para solucionar este problema es la elevación de la eficiencia de la producción social sobre la base del progreso científico-técnico y del perfeccionamiento del sistema y de los métodos de dirección de la economía.

El XXIV Congreso ha planteado la tarea histórica de conjugar orgánicamente los éxitos de la revolución científico-técnica con las ventajas del socialismo. La economía de la Unión Soviética ha llegado a una etapa en que los ritmos elevados y estables de crecimiento de la producción y de elevación del bienestar sólo pueden asegurarse a condición de que se apliquen en todas partes métodos intensivos de desarrollo, cuya base la constituyen la combinación directa de la ciencia con la producción, la elevación del rendimiento de los fondos básicos y la promoción a primer plano de los índices cualitativos y del aspecto económico del trabajo de las empresas. Tal es la exigencia objetiva de la sociedad socialista madura.

Al destacar la importancia vital del perfeccionamiento del sistema de dirección de la economía nacional, el XXIV Congreso no lo planteó como un problema técnico, ni estrictamente de organización, sino como un problema político-económico cardinal. Se trata, en esencia, dijo el camarada L. Brézhnev en el Congreso, de cómo organizar mejor las actividades de la sociedad orientadas a la aceleración del desarrollo económico y social, de asegurar el más pleno aprovechamiento de las posibilidades y de agrupar aún más estrechamente a centenares de miles de colectividades, a decenas de millones de trabajadores en torno a los principales objetivos de la política del Partido.

La dirección primordial en el perfeccionamiento de la gestión económica es el desarrollo de la teoría y la práctica de la planificación de la economía nacional, que es el eslabón central de la dirección de la economía socialista. La dirección planificada y centralizada de la economía es un grandioso patrimonio del socialismo. El principio de la planificación, sumado a la iniciativa de todo el pueblo, constituye, en rigor, la esencia de las ventajas fundamentales del sistema económico socialista. Sólo con un plan único de la economía nacional es posible contabilizar, distribuir con acierto y aprovechar en forma óptima los

recursos para alcanzar las metas fijadas científicamente que responden a los intereses de los trabajadores.

Los índices fundamentales del fomento económico de la URSS para el noveno quinquenio, conocidos ya por el mundo entero, prevén un considerable crecimiento de la renta nacional, de la producción industrial y agrícola, de los ingresos reales de los trabajadores. Todos estos índices están basados en las posibilidades reales y han sido atentamente sopesados.

La renovación cualitativa del potencial económico de la URSS, el sucesivo incremento del mismo y la transformación de la inmensa economía del país en un mecanismo bien regulado y que funcione aún mejor es una tarea que reviste una importancia no sólo interior, sino también internacional. Lo principal es que:

- la conjugación del desarrollo científico-técnico intensivo con la integración socialista asegurará condiciones aún más favorables para el desenvolvimiento de cada uno de los Estados miembros de la comunidad socialista, prototipo de la futura comunidad mundial de pueblos libres;
- se abrirán perspectivas todavía más amplias para la ofensiva del socialismo en el ámbito de la economía mundial, para una división internacional del trabajo más eficaz, para una amplia colaboración con los Estados que siguen la vía de la independencia y del progreso social;
- aumentarán las posibilidades de que se produzca un cambio aún mayor en la correlación de fuerzas, cambio que asegure el mantenimiento de la paz universal y la frustración de las maquinaciones de los círculos agresivos del imperialismo.

Todo esto hará aún más evidentes las ventajas del socialismo sobre el capitalismo, acentuará la influencia del régimen socialista sobre el desarrollo mundial, reforzará los factores que atraen hacia él a todas las fuerzas de la humanidad contemporánea avanzadas y amantes de la libertad.

El rasgo más importante del rumbo trazado por el XXIV Congreso consiste en que el programa económico del Partido está vinculado orgánicamente en él con las tareas del desarrollo socio-político de la sociedad soviética en la actual etapa y del ulterior acercamiento de las clases, naciones y grupos sociales

que la componen, correspondiendo la función dirigente a la clase obrera. Amplias posibilidades para la manifestación de la actividad de los trabajadores, participación creciente de éstos en toda la vida de su Estado, Estado de todo el pueblo, ancho campo para el desarrollo de la capacidad del hombre dentro de la unidad irrompible de sus propios intereses espirituales y de los intereses de la sociedad: el socialismo ha creado ya en todos estos aspectos para los trabajadores unas condiciones que son inconcebibles en los países capitalistas.

Las tareas marcadas por el XXIV Congreso con vistas al sucesivo perfeccionamiento de toda la organización política de la sociedad soviética y al desarrollo de la democracia socialista tienen un significado de principio, tanto desde el punto de vista de las perspectivas de la construcción comunista en nuestro país como en el plano internacional. Esto lo señalaron también en sus intervenciones en el Congreso los representantes de muchos partidos hermanos.

El Partido estimula por todos los medios la participación de las colectividades obreras en la dirección de las empresas a través de las organizaciones de base del Partido, de los sindicatos y del Komsomol, de las asambleas de producción y de las reuniones de los trabajadores. A la vez, el Partido considera que la función dirigente de la clase obrera no puede circunscribirse a los límites de las células de la producción. Por eso, paralelamente al desarrollo de las múltiples formas en que los obreros hacen efectivos a nivel de empresa sus derechos de dueños de la economía, el XXIV Congreso ha trazado la orientación de reforzar la participación de éstos, junto con toda la masa de los trabajadores, en la elaboración de la política del Partido y del Estado, en el examen de los planes y proyectos que tengan importancia para toda la Unión Soviética y en el control del cumplimiento de las decisiones adoptadas. Justamente en todo esto ve el Partido el contenido principal de la democracia socialista.

A esto mismo están subordinadas las medidas previstas por el Congreso para elevar aún más el papel de los Soviets, reforzar la autoridad y ampliar las atribuciones de los diputados, impulsar la actividad de los órganos de control popular y adap-

tar aún mejor toda la labor del aparato estatal a las necesidades de los soviéticos.

La forma superior de organización ideo-política de la clase obrera y de todas las fuerzas de vanguardia de nuestra sociedad es el Partido Comunista. Al promover las nuevas tareas de la construcción comunista, el XXIV Congreso del PCUS ha subrayado la necesidad de seguir elevando su papel dirigente en la sociedad soviética. La esencia de la cuestión está en ampliar aún más los vínculos del Partido con las masas, la experiencia de las cuales es acumulada y, partiendo de los intereses supremos de todos los trabajadores, materializada por él en una línea política científicamente fundamentada. La esencia de la cuestión está en conocer en todos los aspectos y de una manera más profunda aún las demandas y las opiniones de las masas a fin de elevar su conciencia política hasta el nivel de las exigencias actuales y pertrecharlas con la ideología marxista-leninista en estrecha conexión con la práctica de la edificación comunista.

La sociedad socialista se hace cada vez más homogénea en el sentido social y, al mismo tiempo, más multiforme de estructura. Son cada día más complejas las tareas que la sociedad socialista cumple y se acentúa la interdependencia de todas las esferas de la vida económica, socio-política y cultural. Tanto mayor es en estas condiciones la función de una fuerza dirigente tan autorizada y competente como el Partido, tanto mayor es su responsabilidad.

Sintetizando la enorme experiencia acopiada en este sentido por el PCUS y por otros partidos hermanos, el XXIV Congreso ha definido con precisión las condiciones necesarias para elevar la función dirigente del Partido en la nueva etapa de la construcción comunista. Ante todo, esto tiene que ver con la integridad y la convicción ideológica de los propios comunistas, con su intransigencia respecto a la influencia burguesa y a las ideas y costumbres retardatarias y con la actividad en la lucha contra todo atentado a la concepción comunista del mundo. «Hemos sido y seguimos siendo fieles a los principios básicos del marxismo-leninismo —dijo en el Congreso el camarada L. Brézhnev—; nunca haremos la menor concesión en los problemas ideológicos.» Precisamente por eso nuestro Partido rechaza

tanto las tentativas de aquilatar las realizaciones históricas del pueblo soviético desde posiciones ajenas al Partido, sin criterios de clase, como las nociones dogmáticas, que hacen caso omiso de los grandes cambios positivos operados durante los últimos años en la vida de la sociedad soviética. El Congreso señaló que la eliminación de las consecuencias del culto a la personalidad y de los errores subjetivistas ha ejercido una influencia bienhechora sobre la situación política general y, ante todo, ideológica del país.

El feliz cumplimiento por el PCUS de las funciones de la dirección de toda la sociedad requiere el ulterior desarrollo de la democracia interna del Partido, el riguroso cumplimiento de las normas leninistas de vida del Partido. El Congreso ha orientado a éste hacia el desarrollo de la crítica y la autocrítica, hacia el establecimiento de las relaciones más efectivas y fructuosas entre la dirección del Partido y todas sus organizaciones. Como se subraya en el informe sobre la gestión del CC del PCUS, «para el partido marxista-leninista son igualmente nocivos el relajamiento anarquista, presentado como democracia, y la centralización burocrática, que detiene el desarrollo de la iniciativa y la actividad de los comunistas».

El Congreso hizo hincapié en las crecientes exigencias que se presentan en orden a la composición cualitativa de las filas del Partido, tanto en el plano social y de clase como en el moral y político. El Partido sabe que su autoridad moral será tanto más alta cuanto más elevadas sean las cualidades ideológicas y morales que posea cada comunista. Por eso el Partido seguirá manifestando la debida preocupación por la pureza de sus filas.

El prestigio del Partido y, por consiguiente, la efectividad de su labor dirigente dependen hoy en gran medida de la competencia de los cuadros. En el actual funcionario del Partido la elevada madurez política debe ir unida a vastos conocimientos en la esfera de su actividad. Debe dominar los métodos más modernos de dirección y ver constantemente la perspectiva general del desarrollo.

El programa de medidas prácticas en el terreno de organización del Partido, trazado por el Congreso, representa un nuevo

e importante paso en el desarrollo de la doctrina sobre la función dirigente del Partido en la etapa actual. Ello reviste una importancia fundamental. No sólo nosotros, los comunistas soviéticos, sino también todos nuestros amigos pueden considerar con toda razón que la elevación continua del papel dirigente del PCUS en la sociedad es una garantía para la acertada realización de las tareas promovidas por el Congreso con miras a la construcción victoriosa del comunismo en la URSS y al cumplimiento por parte del País de los Soviets de su deber revolucionario internacional en la arena mundial.

El Congreso puso el acento en la importancia decisiva de la teoría revolucionaria de vanguardia, por la que el Partido debe regirse invariablemente en el cumplimiento de su función rectora. El leninismo, como doctrina eternamente viva y en continuo desarrollo, seguirá estando en el centro de la vida ideológica del Partido, seguirá siendo el fundamento de toda su actividad revolucionaria transformadora. Nuestro Partido se pronuncia en favor de una actitud auténticamente creadora hacia la teoría. Como se indica en el informe del CC del PCUS, «la repetición de viejas fórmulas donde han caducado ya y la incapacidad o falta de deseo de abordar con criterio nuevo los problemas nuevos perjudican a nuestra causa, abonan el terreno para la difusión de sucedáneos revisionistas del marxismo-leninismo. La crítica a los ataques burgueses y revisionistas contra nuestra teoría y nuestra práctica adquiere una fuerza de convicción incomparablemente mayor cuando se apoya en el desarrollo activo y creador de las ciencias sociales y de la teoría marxista-leninista.»

En el informe del Comité Central se señaló que el PCUS ha hecho no poco, junto con otros partidos hermanos, para la elaboración de una serie de grandes problemas teóricos. Entre ellos figuran: problemas de la construcción de la sociedad comunista, definición de los signos característicos de las leyes generales de la sociedad socialista en la etapa contemporánea, elaboración de los principios de la integración económica socialista y de las vías y formas a través de las cuales el socialismo mundial influye en el desenvolvimiento de la parte no socialista del mundo, análisis de los nuevos fenómenos en el desarrollo del

capitalismo moderno, estudio de los nuevos procesos que se operan en la economía capitalista, etc. Estos problemas se vieron reflejados en las resoluciones de los plenos del CC, en los documentos del CC del PCUS consagrados al 50 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre y al centenario del nacimiento de Lenin. En la esfera de la teoría, nuestro Partido realizó también una considerable labor en relación con la Conferencia internacional de 1969 y con fechas tan importantes en la historia del movimiento revolucionario como el 150 aniversario de los nacimientos de Carlos Marx y Federico Engels y el centenario de la Comuna de París. Como siempre, se tuvo en cuenta no sólo la riquísima experiencia de la construcción comunista en la URSS, sino también la experiencia de los partidos hermanos, los logros de todo el desarrollo mundial.

El XXIV Congreso ha orientado al Partido a fomentar aún más el interés por las cuestiones de la teoría marxista-leninista, por su asimilación, por su desarrollo creador y por defenderla de toda clase de tergiversaciones. El Congreso subrayó que «la labor teórica es una parte importante de nuestro deber internacionalista revolucionario común».

Las decisiones del XXIV Congreso han sido apoyadas plenamente por el pueblo soviético. Prueba de ello son los millares de cartas de felicitación enviadas por colectividades de trabajadores y por ciudadanos soviéticos a nombre del Congreso y del Comité Central del Partido. Testimonio de ello son también las reuniones de partido y las asambleas de trabajadores que han tenido lugar en todo el país. Y otra demostración de ello es que los soviéticos no sólo aprueban las resoluciones del Congreso, sino que ya las están poniendo en práctica con su trabajo. El plan del primer trimestre de 1971 se ha cumplido por la industria antes de la fecha fijada. El trabajo del pueblo soviético es una garantía de que los planes propuestos por el PCUS se harán realidad.

II

Numerosos delegados fraternales presentes en el XXIV Congreso del PCUS le dieron el calificativo de «foro revolucionario mundial».

En efecto, hasta ahora no ha habido un congreso de partido en el que se hayan congregado tantos invitados extranjeros. Más de cien delegaciones de partidos comunistas, nacional-democráticos y socialistas de izquierda han estado representando a todas las regiones del mundo y a toda la diversidad del actual movimiento antiimperialista y liberador. Desde la tribuna del Congreso se oyeron voces de los representantes de todos los destacamentos fundamentales del movimiento revolucionario mundial. Los representantes de los partidos fraternales de distintos países del mundo se refirieron no sólo a las tareas comunes de la lucha antiimperialista, sino a sus problemas y dificultades específicos. Un diálogo tan franco puede entablarse únicamente allí donde reina una atmósfera de auténtico y real internacionalismo, en la que los compañeros de lucha intercambian sus experiencias prácticas.

El informe y otros materiales del Congreso y los discursos de los invitados extranjeros ofrecen un amplio y completo cuadro del proceso revolucionario mundial. Con su labor y sus documentos, el Congreso ha contribuido a aproximar a las fuerzas revolucionarias en un momento de singular responsabilidad, cuando en todos los sectores principales del movimiento revolucionario mundial se operan importantes procesos y aparecen nuevas posibilidades de ofensiva contra el imperialismo.

El rumbo del XXIV Congreso de nuestro Partido hacia el robustecimiento de la unidad de acción de todas las fuerzas opuestas al imperialismo arranca de la línea política elaborada en conjunto por los partidos marxistas-leninistas en la Conferencia de 1969. Ese rumbo refleja las demandas fundamentales de la etapa actual del movimiento de liberación y está orientado a poner en juego al máximo el gigantesco potencial revolucionario acumulado en el mundo.

El XXIV Congreso ha propuesto como una de las principales

tareas de nuestro Partido trabajar incesantemente por la cohesión del movimiento comunista y elevar su papel en la lucha antiimperialista. El Congreso recalcó dos aspectos, íntimamente interconexiónados, de la lucha por la unidad de las filas comunistas: la firme cohesión *política* de nuestro movimiento y su unidad *ideológica* marxista-leninista.

Nuestro Partido, así como los demás partidos marxistas-leninistas, ve el camino hacia la sucesiva consolidación de la unidad política en la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros, en la realización en conjunto del programa de lucha antiimperialista promovido en la Conferencia de 1969. La coordinación de los esfuerzos en esa lucha está relacionada con el estudio mutuo de las condiciones en que se desarrolla la labor de todos los partidos, con el intercambio de experiencias y la extensión de los contactos entre los partidos. El Congreso declaró que, con ese fin, sería útil convocar conferencias internacionales de los partidos fraternales a medida que ello vaya haciéndose necesario.

El PCUS considera –y ello se reveló en los documentos del Congreso– que el movimiento comunista internacional atraviesa hoy un período en el que la lucha por la pureza de los principios del marxismo-leninismo reviste una importancia más vital cada día para la causa de la unidad y para la feliz solución de las tareas prácticas de la lucha contra el imperialismo que tiene planteadas nuestro movimiento. Este enfoque responde a las conclusiones de la Conferencia de 1969 respecto a que la eficacia de la acción conjunta depende de la fidelidad al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario, es decir, está relacionada con la unidad ideológica de los partidos comunistas.

La vida sitúa ante los comunistas un sinfín de nuevos problemas, cuya correcta comprensión es posible solamente desde posiciones de la teoría marxista-leninista y de la fidelidad a sus principios básicos. La experiencia prueba que aquellos hombres y grupos que en lo que respecta a los problemas teóricos emprenden el camino del revisionismo de derecha o «izquierda» y del nacionalismo, perjudican a la labor política de sus partidos y a la unidad de acción antiimperialista y atentan contra la cohesión de todo el movimiento.

Los partidos fraternos de los diferentes países del mundo pusieron de relieve, a través de las intervenciones de sus representantes en nuestro Congreso, la esencia reaccionaria del antisovietismo, enfilado de hecho no sólo contra la Unión Soviética y el PCUS, sino contra todas las fuerzas revolucionarias y su unidad. «Realmente –dijo en el Congreso el camarada G. Marchais–, todos los movimientos liberadores, todas las batallas por la emancipación social, la independencia nacional y la paz cuentan con el apoyo y la ayuda del sistema socialista mundial y, en primer lugar, de la Unión Soviética. Por ello es por lo que el antisovietismo, cualesquiera que sean la forma en que se manifieste y el lugar de donde provenga, constituye un crimen contra los intereses de la clase obrera y los pueblos.»

El XXIV Congreso del PCUS señaló los avances positivos que se han producido estos últimos años en orden a la unidad del movimiento comunista. Al mismo tiempo, el PCUS ve los serios obstáculos que se alzan en esa vía. Se trata ante todo de la posición tomada por la dirección del Partido Comunista de China. «Es sabido –dijo el camarada L. Brézhnev en el Congreso– que los dirigentes chinos presentaron su plataforma ideológico-política particular, incompatible con el leninismo, en las cuestiones fundamentales de la vida internacional y del movimiento comunista mundial y exigían de nosotros la renuncia a la línea del XX Congreso y al Programa del PCUS. Desplegaron una intensa propaganda hostil a nuestro Partido y a nuestro país, presentaron pretensiones territoriales a la Unión Soviética y llegaron incluso a promover incidentes armados en la frontera durante la primavera y el verano de 1969.»

El Partido y el Gobierno soviético han hecho todo lo que de ellos dependía para normalizar las relaciones con la República Popular China. El XXIV Congreso ha reafirmado nuestra disposición a seguir actuando en este sentido. Evidentemente, para normalizar las relaciones se precisa una postura constructiva, pero no sólo de una de las partes. A la vez, el PCUS –y eso lo subrayó también el Congreso– se ha manifestado resueltamente, y lo seguirá haciendo, contra quienes desvirtúan el marxismo-leninismo y provocan la escisión en el movimiento comunista.

La política del PCUS en el período que media entre el XXIII

y XXIV Congresos, contribuyó seriamente a reforzar más y más la alianza combativa del socialismo mundial con una fuerza antiimperialista tan importante como es el movimiento de liberación nacional. El Congreso ha confirmado la justeza de ese amplio enfoque que sirve de base a nuestra política al respecto. Colaboramos activamente en las zonas de liberación nacional con todos los gobiernos y fuerzas políticas que mantienen posiciones antiimperialistas y apoyamos su afán de consolidar la independencia de sus países y desarrollar la economía nacional. El PCUS continuará fomentando y ahondando los vínculos de amistad con los partidos democrático-revolucionarios —nuestros compañeros de lucha contra el imperialismo, contra las tentativas del neocolonialismo de imponer su régimen capitalista a los países liberados.

La participación de representantes de partidos nacional-democráticos en las labores del XXIV Congreso fue un reflejo del incremento de nuestras relaciones con ellos. Es uno de los cauces peculiares que sigue el desarrollo de la alianza del PCUS con las fuerzas nacional-liberadoras en los últimos años. Esos lazos, que hoy están estrechando muchos partidos fraternales, constituyen de hecho una forma fundamentalmente nueva de solidaridad entre el movimiento comunista mundial y las fuerzas de liberación nacional.

El PCUS tiene la esperanza de que la participación de los demócratas revolucionarios en las labores del Congreso no sólo ha de contribuir al desarrollo de la colaboración de los mismos con nuestro Partido y el movimiento comunista internacional, sino que ayudará a concluir alianzas entre ellos y los comunistas de sus propios países.

De acuerdo con las resoluciones del Congreso, el PCUS ampliará las relaciones con los partidos socialistas de izquierda. Es esa una importante orientación en cuanto a la cohesión de los trabajadores, en primer término de la clase obrera, para la formación de un frente antiimperialista. La participación de representantes de partidos socialistas de izquierda en los trabajos del Congreso y sus intervenciones pusieron de relieve que existe una base amplia para la unión proletaria respecto a problemas cardinales de la lucha antimonopolista y antiimperia-

lista de hoy. En ello se reflejó la tendencia objetiva a ampliar la colaboración de las distintas fuerzas políticas del movimiento obrero.

En el Congreso se reafirmó que los comunistas, sin renunciar a sus principios revolucionarios, están dispuestos, conforme a la línea de la Conferencia internacional de 1969, a la acción conjunta con los socialdemócratas en la lucha tanto por la paz y la democracia como por el socialismo. Ciertamente, tanto el PCUS como los partidos fraternales tienen en cuenta que a esa línea se oponen denodadamente los líderes de derecha de la socialdemocracia. De ahí que la política de unidad de acción requiera compaginar orgánicamente la réplica consecuente a la ideología anticomunista de la socialdemocracia y a la política de los líderes socialdemócratas de derecha con la voluntad de llegar a una colaboración práctica en interés de la lucha contra el imperialismo y la prepotencia de los monopolios y por la paz y la seguridad de los pueblos.

Las posiciones y opiniones expuestas por los representantes de los partidos comunistas, nacional-democráticos y socialistas de izquierda desde la tribuna del Congreso del PCUS permitieron a nuestro Partido confrontar una vez más las orientaciones principales de su actividad y lucha con la trayectoria general del movimiento revolucionario mundial de la contemporaneidad. «Al escuchar las intervenciones de nuestros amigos y hermanos del extranjero —dijo al respecto el camarada L. Brézhnev en su discurso de clausura—, nos hemos sentido con nueva fuerza una inseparable parte integrante del gran movimiento internacional llamado a transformar el mundo.»

El Congreso ha mostrado palmariamente cómo se entrelaza en la práctica la lucha de nuestro Partido por el comunismo, por el cumplimiento de las tareas actuales en el ámbito internacional con la lucha de los partidos comunistas hermanos, de otros partidos y movimientos revolucionarios que actúan en las distintas zonas del mundo:

— el programa de la construcción ulterior del comunismo, elaborado por este Congreso del PCUS, ha sido acogido y aprobado por los representantes de todos los destacamentos revolucionarios no simplemente como causa del pueblo sovié-

tico, sino también como causa que responde a los intereses cardinales de los trabajadores del mundo entero;

– a todos los partidos, según se desprende de las intervenciones de sus representantes desde la tribuna del Congreso, los une la comunidad de posiciones en la lucha contra la política de agresión y de guerra, aplicada por el imperialismo y que es una amenaza para todos los pueblos;

– ha sido acogido con comprensión y apoyo el criterio expresado por los representantes de los partidos comunistas gobernantes sobre la necesidad de fortalecer las posiciones del socialismo internacional, que representa la fuerza decisiva en la lucha antiimperialista y en el cual se hacen realidad efectiva las ideas del internacionalismo socialista;

– en las intervenciones de las delegaciones fraternales ha resonado, con todo su peso y su prestigio, la voz de la clase obrera de los países capitalistas desarrollados, que es la fuerza decisiva en el combate por el socialismo en los centros principales del sistema imperialista y sin cuyas acciones es inconcebible la victoria sobre éste;

– el Congreso ha constituido un triunfo de la solidaridad internacional con el pueblo vietnamita y los demás pueblos de Indochina que luchan contra la agresión yanqui; de la solidaridad con los pueblos árabes que libran una lucha justa contra los invasores israelíes apoyados por el imperialismo norteamericano. La defensa de estos pueblos ha sido nota dominante del XXIV Congreso, habiendo estado presente en todas sus labores;

– el Congreso ha patentizado el apoyo combativo internacional a los pueblos que luchan contra el colonialismo y el neocolonialismo. Las intervenciones de destacados representantes de los movimientos de liberación que sostienen una lucha armada contra los regímenes coloniales han mostrado que aquéllos ven, con justicia, en el movimiento comunista internacional, en los países socialistas y en la URSS un apoyo seguro, sus aliados fieles.

El XXIV Congreso se ha reunido en momentos en que la lucha ideológica ha llegado a ser uno de los frentes decisivos de la confrontación de los dos sistemas sociales, de las fuerzas

mundiales de la revolución y de la reacción. En estas circunstancias las posiciones y las ideas expresadas por los representantes de 102 partidos comunistas, nacionaldemocráticos y socialistas de izquierda han adquirido el significado de importante índice de crecimiento de la afinidad ídeo-política de las fuerzas principales del movimiento antiimperialista revolucionario de nuestra época y han testificado, a la vez, la inconsistencia y un aislamiento cada vez mayor de las corrientes que siembran la cizaña en las filas de los luchadores contra el imperialismo.

Es un hecho encomiable que la práctica de contactos internacionales de los representantes de distintos partidos revolucionarios en los congresos de uno de ellos se difunda más y más. Sin duda alguna, el aprovechamiento de los congresos de los partidos hermanos para ampliar los contactos entre los partidos marxistas-leninistas, así como entre sus compañeros de lucha contra el imperialismo, será una forma cada vez más importante de unión de las fuerzas que propugnan la transformación revolucionaria del mundo.

La política exterior leninista del PCUS, que es una política internacionalista, ejerce profunda influencia en la lucha entre las fuerzas de la paz, la libertad y el progreso y las de la opresión, la reacción y la agresión, lucha que constituye el eje de todo el sistema de relaciones internacionales modernas.

El XXIV Congreso ha confirmado la inalterabilidad de las bases del rumbo de la política exterior soviética, sentadas por Lenin. El Congreso ha aprobado íntegramente la actividad internacional del CC del PCUS en el período transcurrido, ha presentado un programa coherente de política exterior –el Programa de Paz– para los próximos años.

En este Programa soviético de paz se entronca orgánicamente el planteamiento de principios de las tareas de perspectiva en la lucha por la solución de los problemas cardinales que tiene planteados la humanidad, con el enfoque constructivo del arreglo de las cuestiones impostergables y candentes. El Congreso ha enlazado en un todo único las propuestas en punto a los problemas de la política exterior, definiendo sobre esta base las orientaciones principales de la lucha del PCUS

y el Estado soviético contra la política agresiva del imperialismo, por la conjuración de la guerra mundial, por la paz y la seguridad de los pueblos.

La orientación del XXIV Congreso en política exterior se distingue por su carácter combativo y ofensivo, por el enfoque clasista de la solución de los problemas actuales del desarrollo internacional. El PCUS no ha ocupado nunca una posición pasiva ni defensiva en la arena internacional. Ha aplicado y aplica firmemente la línea marxista-leninista, ha luchado y sigue luchando consecuentemente contra el imperialismo. Esto lo enseñó a los comunistas soviéticos Lenin, que hace más de medio siglo, en el duro año de 1920, dijo: «Hemos manifestado más de una vez nuestro anhelo de paz, que necesitamos la paz... Pero no estamos dispuestos a permitir que nos estrangulen en aras de la paz.»²

La vida y la experiencia de los decenios de posguerra han demostrado suasoriamente la justeza y la eficacia de la política exterior del PCUS. Gracias en buena parte a ella, el principio de la coexistencia pacífica, como se señaló en el XXIV Congreso, se ha convertido hoy en una fuerza real del desarrollo internacional.

El rumbo de política exterior del PCUS, que expresa los intereses cardinales de los comunistas y de todos los ciudadanos soviéticos, los intereses nacionales y estatales de la Unión Soviética, es profundamente internacionalista. El poderío del País de los Soviets y todas sus posibilidades son aprovechados no sólo para asegurar al pueblo soviético las condiciones exteriores necesarias para la construcción del comunismo. Sirven además para defender la paz general, desenmascarar y frustrar los designios agresivos del imperialismo y contribuir de manera activa a que siga cambiando en favor del movimiento revolucionario la correlación mundial de fuerzas.

El Congreso ha confirmado de un modo inequívoco la orientación de nuestro Partido a ampliar al máximo la colaboración con los países socialistas en la esfera de la política internacional, a la coordinación permanente de las acciones de nuestros

países en la arena mundial. El Congreso ha reafirmado la dirección seguida por el PCUS hacia el apoyo firme e incondicional a los pueblos de Vietnam, Laos y Camboya, a los pueblos árabes y hacia la solidaridad con todos los luchadores por la emancipación nacional y social, el rumbo conducente a ampliar la colaboración con los jóvenes Estados de orientación socialista. De acuerdo con las resoluciones del Congreso, el PCUS seguirá aplicando en los asuntos internacionales una línea que contribuye a activar la lucha antiimperialista mundial y a robustecer la unidad combativa de quienes participan en ella.

El Programa de Paz formulado por el Congreso ha sido presentado a la consideración de los Estados y de los gobiernos. Al mismo tiempo está dirigido a los trabajadores de todos los países, a todos los luchadores contra el imperialismo, por la paz, la democracia y la emancipación nacional y social. El PCUS ha tratado de tener en cuenta las exigencias objetivas que surgen ahora ante el movimiento emancipador mundial. Para ello se ha apoyado en las conclusiones de la Conferencia internacional de 1969, elaboradas colectivamente, en la plataforma acordada entonces de unidad de acción antiimperialista.

Nuestros amigos y aliados hicieron una alta apreciación del programa, formulado por el Congreso, de lucha por la paz y cooperación internacional, por la libertad y la independencia de los pueblos. Como señaló el camarada R. Arismendi, el planteamiento de los problemas de política exterior en el Congreso del PCUS ha sido un reflejo de los anhelos históricamente coincidentes de las diferentes capas sociales y fuerzas políticas en la lucha contra el imperialismo. Los comunistas soviéticos y todo el pueblo soviético ven en tales valoraciones de la línea política exterior del PCUS el reconocimiento de la decisiva aportación «que —como dijo el camarada E. Berlinguer— hace la Unión Soviética a la causa de la defensa de la paz en el mundo entero, a la causa de la creación de una sociedad sin imperialismo, sin hambre y sin guerras». También ven en ello una manifestación de solidaridad con el programa de política exterior del PCUS.

Los partidos hermanos hacen constar que las propuestas del

² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XL, pág. 152, ed. rusa.

XXIV Congreso se distinguen por su sentido de lo concreto, por su realismo y tienen en cuenta la correlación de fuerzas cristalizada en la arena internacional.

Ahora se puede ya decir que estas propuestas han encontrado una vasta aquiescencia en muchos países, entre los diferentes sectores sociales y políticos. Mas es muy importante que la voluntad de fortalecer la paz entre los pueblos se plasme en amplias acciones de masas para que todas las fuerzas amantes de la paz actúen de forma cohesionada y con claridad de objetivos. Y para lograr esto se precisa realizar una grande y paciente labor política e ideológica entre las masas. La presión de las masas no puede dejar de repercutir en las posiciones de los gobiernos. Justamente la conjunción de la política exterior de los Estados socialistas, que responde a los intereses de los pueblos, con la actividad de las grandes masas en todos los países podrá asegurar cambios radicales que lleven a un mejoramiento de toda la situación internacional.

Lenin enseñó a los comunistas a determinar siempre y en todo caso sus actividades desde el punto de vista de las tareas internacionales del movimiento revolucionario mundial. Desde este mismo ángulo enjuicia nuestro Partido la importancia del XXIV Congreso del PCUS.

La significación internacional del Congreso se hará con el tiempo cada vez más patente. Pero ya ahora se puede decir con toda precisión qué consecuencias de carácter internacional puede tener y tendrá la realización de las resoluciones del Congreso, de las tareas del noveno plan quinquenal.

Primero: para la teoría y la práctica de la construcción de la nueva sociedad, de la sociedad comunista. El Congreso ha determinado el contenido y ha formulado las tareas principales de la nueva etapa de la construcción comunista. Tales tareas se resuelven por vez primera en la historia de la humanidad. Nuestro Partido marcha por un camino desconocido. Apoyándose en los principios generales elaborados por Marx, Engels y Lenin, en las orientaciones del Programa del Partido y en la experiencia práctica acumulada en nuestro país y en otros

países socialistas, el XXIV Congreso del PCUS ha dado una importante contribución a la elaboración de las líneas maestras de la construcción de la sociedad comunista: creación de la base material y técnica del comunismo; desarrollo de las relaciones sociales sobre la base del fortalecimiento de la unidad del pueblo soviético y el ulterior desarrollo de la democracia socialista; formación de la conciencia comunista y educación del hombre nuevo. El XXIV Congreso ha mostrado de manera concreta qué posibilidades existen para resolver estos complejos problemas, ha determinado las vías y los medios para hacer realidad esas posibilidades en las condiciones de nuestro país.

Segundo: para modificar la correlación de fuerzas en la arena mundial en favor del socialismo. El cumplimiento de las resoluciones del XXIV Congreso del PCUS conducirá al fortalecimiento sucesivo de la potencia económica y defensiva de la Unión Soviética. Esto permitirá a la URSS multiplicar su aportación al desarrollo de la comunidad socialista mundial, consolidar aún más las posiciones del socialismo en la economía mundial, ampliar el apoyo y la ayuda a los pueblos que han emprendido la vía de la libertad nacional y del progreso social. La aplicación consecuente y activa del rumbo de política exterior del PCUS, confirmada y desarrollada por el Congreso, el Programa de Paz elaborado por el Congreso y el acrecentamiento del poderío económico de la URSS y de toda la comunidad socialista aumentarán aún más el peso político del socialismo en los asuntos mundiales, fortalecerán la base de la lucha antiimperialista, de la lucha por la paz y la seguridad de los pueblos, por la afirmación del principio de la coexistencia pacífica en todo el sistema de relaciones internacionales.

Tercero: para la lucha ideológica en la palestra mundial. El cumplimiento de las resoluciones del XXIV Congreso del PCUS constituirá un golpe fortísimo al anticomunismo. Ya ahora —en las condiciones de profundización de la crisis general del capitalismo, de serias conmociones económicas, de crecimiento de la inflación y del desempleo, de agudización de las contradicciones entre los Estados imperialistas y de acen- tuación del militarismo— las conclusiones y las resoluciones del

Congreso aparecen como un importante factor en la lucha de las ideas y contribuyen a desenmascarar el régimen capitalista. Ante decenas de millones de personas de los países capitalistas resalta con mayor nitidez el rotundo contraste entre la creciente inestabilidad del capitalismo, la situación de las masas explotadas por los monopolios, de un lado, y la orientación hacia el mejoramiento constante de la vida del pueblo bajo el socialismo, de otro. La realización de los planes del XXIV Congreso elevará aún más la fuerza de atracción del ejemplo del socialismo.

Nuestros planes de construcción comunista responden por su fundamentación científica y su profundo y meditado realismo a las necesidades cotidianas de las más amplias masas y, al mismo tiempo, están dirigidos a la realización de los objetivos revolucionarios finales de la clase obrera internacional. Son una viva refutación del «socialismo cuartelero», que aparta de la vía leninista a la revolución triunfante, y del reformismo de los socialdemócratas de derecha, de toda especie de revisionistas, que tratan de reconciliar a las clases trabajadoras con el régimen capitalista.

Cuarto: para el fortalecimiento de la cohesión internacional de todas las fuerzas antiimperialistas. En el Congreso se puso de manifiesto ante todo el mundo con claridad meridiana la profunda e irrompible interconexión de la actividad del PCUS y de otros partidos hermanos, de todos los destacamentos del movimiento revolucionario. En el Congreso se demostró la creciente cohesión de las tres corrientes revolucionarias fundamentales contemporáneas. Acerca de la significación internacional de la actividad del PCUS, del pueblo soviético hablaron en el Congreso nuestros amigos, representantes comunistas de los países socialistas, de la clase obrera y de los trabajadores de los países capitalistas, así como representantes del movimiento nacional-liberador. Siguiendo sus labores, cada trabajador pudo percibir realmente la estrecha vinculación de su vida y de su futuro con las perspectivas de la resolución de los problemas en torno a los cuales giraba la atención del Congreso.

Toda la atmósfera del XXIV Congreso del PCUS y las posiciones expresadas en él por los partidos hermanos reflejaron

con claridad el avance hacia el objetivo planteado por la Conferencia de 1969: la ascensión de la unidad del movimiento comunista a un nivel más elevado que responda a las necesidades de hoy. Esperamos que el cumplimiento de las resoluciones del Congreso contribuirá al desarrollo de este proceso, a lograr una cohesión aún mayor de las filas comunistas sobre los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, a la causa de la lucha contra el imperialismo, por la paz, la independencia nacional, el progreso social y el socialismo.

Junio de 1971

Importancia internacional de la formación y desarrollo de la URSS

El 30 de diciembre de 1922, a propuesta de Lenin, el I Congreso de los Soviets de la Unión adoptó el histórico acuerdo de proclamar la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Este acuerdo, en el que se expresaba la voluntad de todas las naciones y pueblos del País de los Soviets, fue un triunfo del internacionalismo proletario, del internacionalismo socialista, un triunfo de la política nacional leninista de nuestro Partido. Fue, a la vez, otra gran victoria de la clase obrera internacional, una victoria de las fuerzas del socialismo.

Lenin subrayó que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas era tan necesaria a los pueblos de nuestro país como al «proletariado comunista mundial para luchar contra la burguesía mundial y para defenderse de sus intrigas»¹.

La formación de la URSS fue, por sus consecuencias económicas, políticas e ideológicas, un importantísimo jalón en la historia del Estado soviético y en el progreso social de toda la humanidad. La unión estatal de las repúblicas soviéticas desempeñó un enorme papel en el afianzamiento y la ampliación de las conquistas de Octubre, en el avance impetuoso y multifacético del país, en la realización de las ventajas del

régimen socialista, en el fortalecimiento del poderío defensivo y del prestigio internacional del Estado soviético. La amistad de los pueblos soviéticos fue y sigue siendo invariablemente un importante manantial de la influencia revolucionario-transformadora de la URSS en el desarrollo mundial.

Los resultados del grandioso camino recorrido por el multinacional Estado soviético están sintetizados en la disposición del CC del PCUS «Sobre los preparativos para conmemorar el cincuentenario de la fundación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas».

La elaboración teórica del problema nacional por Lenin y la sintetización en los documentos del PCUS de la experiencia de nuestro Partido y nuestro Estado en materia de política nacional constituyen una aportación notable y ampliamente reconocida al acervo del marxismo-leninismo.

Si se tiene en cuenta que la humanidad está compuesta de naciones y pueblos y que la forma nacional del desarrollo estatal y social perdurará aún mucho tiempo, si se toma en consideración el inmenso papel que el factor nacional ha desempeñado y desempeña en las relaciones entre los Estados y dentro de éstos, se verá más claramente la importancia, en verdad histórica universal, que para la lucha de clase por la transformación revolucionaria de la sociedad tiene la teoría leninista del problema nacional y el trabajo de nuestro Partido por llevarla a la práctica.

Aportación histórica del PCUS a la solución teórica y práctica del problema nacional

Marx y Engels plantearon el problema nacional como un problema básicamente social y mostraron su vinculación con los problemas de la reestructuración socialista de la sociedad. Fundamentaron teóricamente los principios del internacionalismo proletario y de la unidad de intereses internacionales y nacionales del proletariado. Es evidente que la teoría científica del problema nacional pudo ser elaborada únicamente después de que la clase obrera apareciera en la palestra mundial. La

¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLV, pág. 360, ed. rusa.

historia ha asignado precisamente a la clase obrera el papel determinante en la solución de este problema.

Bajo el imperialismo y en la época de transición del capitalismo al socialismo en escala mundial se ha agudizado aún más el problema nacional.

Lenin, que desarrolló los principios del internacionalismo proletario en consonancia con la nueva época, puso de manifiesto el enorme papel del movimiento de liberación nacional en la lucha revolucionaria clasista mundial contra la dominación imperialista, contra el régimen capitalista y por la transformación socialista del mundo.

Lenin dio al partido proletario un programa revolucionario del problema nacional tras haber elaborado sus reivindicaciones políticas y sus principios metodológicos. Este programa pasó a ser parte orgánica del plan estratégico leninista de la revolución socialista, de la instauración y el funcionamiento de la dictadura del proletariado.

Lenin descubrió la dialéctica de la verdadera solución del problema nacional. Fundamentó teóricamente y demostró en la práctica que la consigna del derecho de todas las naciones a la autodeterminación hasta llegar incluso a la separación estatal puede y debe llevar, cuando el partido comunista actúa como la fuerza dirigente, no a la desunión de las naciones, sino a la cohesión y unión *voluntaria y libre* de las naciones para luchar juntas por un futuro mejor, por el socialismo.

Lenin fundamentó y resolvió en la práctica el problema esencialmente nuevo de la estatalidad socialista nacional. Sentó las bases teóricas de las relaciones de tipo socialista entre las naciones y los Estados y encontró las vías y formas concretas de estructuración del Estado socialista multinacional.

Lenin mostró que lo esencial del enfoque acertado del problema nacional en un país multinacional es la incorporación de los campesinos, de las amplias masas pequeñoburguesas dirigidas por el proletariado a la lucha revolucionaria y, luego, también a la lucha por el socialismo. Una de las premisas del triunfo de la Revolución de Octubre y de la victoria del socialismo en la URSS fue que la clase obrera rusa supo ganarse con su política internacionalista a masas de millones y millones

de campesinos de distintas nacionalidades y llevarlas a la revolución, a la lucha por el socialismo.

Lenin sometió a una crítica demoledora las concepciones de los oportunistas de derecha y de «izquierda» sobre el problema nacional y puso al descubierto la inconsistencia del nihilismo respecto a los factores nacionales y al movimiento de liberación nacional, así como de las tentativas nacionalistas de velar o desvirtuar el contenido social de los problemas nacionales. Lenin reconocía que en el nacionalismo de una nación oprimida hay cierto contenido democrático y antiimperialista y señaló a la vez las formas y los límites del apoyo que le presta el partido del proletariado.

Lenin desentrañó «el parentesco ideológico-político, la vinculación, e incluso la identidad, del oportunismo y el socialnacionalismo».² Mostró el peligro que para la causa de la revolución puede suponer el nacionalismo cuando se une al oportunismo y al revisionismo.

Las grandes consignas leninistas sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación hasta llegar incluso a la separación y sobre la unión libre y voluntaria de éstas desempeñaron un enorme papel en el desarrollo de la revolución rusa y fueron un poderoso estímulo para el desarrollo del espíritu revolucionario de las masas y la ampliación de la lucha nacional-liberadora de los pueblos sojuzgados de todo el mundo.

Hay que destacar la importancia fundamental del enfoque internacionalista con que Lenin abordó la construcción del partido. Como se sabe, este enfoque triunfó como resultado de la lucha contra las concepciones de la socialdemocracia austríaca sobre la denominada «autonomía cultural-nacional», de la batalla sostenida en Rusia contra mencheviques y bundistas, que tendían a la atomización del Partido, para que cada uno se metiera en su «casa nacional». Tuvo una importancia extraordinaria el hecho de que tanto en 1917 como en 1922 —año de la fundación de la URSS— llevaban ya funcionando desde hacía muchos años en todo el vasto territorio de nuestro país organizaciones partidarias únicas, en las que militaban

² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXVI, pág. 151, ed. rusa.

juntos comunistas de las nacionalidades más diversas: rusos, ucranianos, bielorrusos, letones, georgianos, armenios, azerbaijanos, estonios, lituanos, uzbekos, kazajos, judíos, tártaros, norcaucasicos y otros. Esto facilitó en gran medida la acertada solución del problema nacional en nuestro país y la propia creación de la Unión de República Socialistas Soviéticas.

Es importante subrayar también que, después de la revolución de Febrero, surgieron en Rusia decenas de partidos nacionalistas. Todos ellos abogaban por un «independentismo» en el espíritu del nacionalismo burgués y oponían unos pueblos a otros, lo que llevaba a la enemistad nacional y al azuzamiento de unas naciones contra otras. Si este proceso hubiera seguido desarrollándose, si no lo hubieran obstaculizado los lazos fraternales de solidaridad establecidos entre los pueblos de Rusia en la lucha unida contra el zarismo y la contrarrevolución, si no hubiera chocado con la enérgica resistencia del partido multinacional de la clase obrera, cohesionado sobre la base del internacionalismo, no se habrían podido mantener las conquistas de la revolución ni, menos aún, se habría conseguido construir el socialismo. Como demostró la guerra civil, la lógica del nacionalismo llevaba a la contrarrevolución y, con ello, a la traición a los intereses nacionales cardinales del pueblo o la nación correspondientes y de todos los pueblos de la Unión Soviética. Y no es casual que muchos partidos nacionalistas se vincularan estrechamente a los imperialistas e intervencionistas y se convirtieran en mercenarios suyos.

La solución del problema nacional en nuestro país, que es un Estado multinacional, fue uno de los factores más importantes en la transformación socialista de la sociedad. Aquí sólo podemos referirnos a algunos de los aspectos más importantes.

En la *organización estatal*, la aplicación consecuente del programa leninista implicaba la creación de un ordenamiento estatal soviético para todas las naciones, el aseguramiento de la plena igualdad política y jurídica de los numerosos pueblos de Rusia en los marcos de un Estado federal único. Así se colocaron los cimientos de una unión voluntaria de naciones que excluía toda violencia de una nación contra otra y que

estaba basada, como enseñara Lenin, «en la más plena confianza, en la clara conciencia de la unidad fraternal, en un acuerdo plenamente voluntario»³. La historia no había conocido este tipo de relaciones entre las naciones.

El Partido, al orientar la creación viva de las masas, ha demostrado en la práctica que la unión de repúblicas socialistas, que ha pasado realmente por la prueba del fuego en las duras batallas de la Gran Guerra Patria, es la forma más sólida y al mismo tiempo más flexible de organización estatal en un país multinacional. Ella permite ir perfeccionando progresivamente la estructura estatal-nacional del país y conjugar armónicamente los intereses de toda la sociedad con los de cada nación y cada grupo étnico sobre la base de la democracia socialista soviética.

La realización del programa nacional leninista en la *construcción económica y cultural* significaba, ante todo, concentrar los esfuerzos para liquidar la desigualdad real de las naciones heredada del pasado. La política del PCUS permitió a varias nacionalidades de nuestro país hacer realidad la posibilidad, descubierta por Lenin, de pasar al socialismo soslayando la fase capitalista de desarrollo.

Tuvo una importancia extraordinaria la concepción del desarrollo de una cultura nacional por su forma y socialista por su contenido, elaborada por el PCUS. Fue éste un descubrimiento importante de nuestro Partido. Su política en este terreno ha dado resultados de alcance histórico mundial. Los científicos soviéticos han confeccionado la escritura para más de cincuenta idiomas que carecían de ella. Así, pues, también en el dominio de los idiomas, una de las esferas más importantes de la vida nacional, el Poder soviético no sólo proclamó la igualdad de derechos para todos, sino que creó todas las condiciones *materiales* necesarias para el ejercicio real de la misma.

En la esfera *político-ideológica*, el cumplimiento del programa leninista supuso la orientación consecuente del Partido y del Estado soviético hacia el desarrollo y fortalecimiento de la amistad de los pueblos de la URSS sobre la base de los

³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XL, pág. 43, ed. rusa.

principios del internacionalismo proletario, supuso una lucha contra las supervivencias nacionalistas burguesas en la conciencia y la conducta de las gentes, contra el chovinismo y el nacionalismo.

La solución acertada del problema nacional en el Estado soviético se aseguró aplicando de manera escrupulosa la fórmula dialéctica leninista sobre la lucha simultánea contra el chovinismo de gran potencia y el nacionalismo local. En las diferentes etapas, y de conformidad con la situación concreta, el Partido ha acentuado en su actividad teórica y política uno u otro aspecto de esta fórmula.

Una gran conquista del Partido, resultado fundamental de su política nacional leninista, es que en la lucha por el socialismo y el comunismo se ha formado una nueva comunidad histórica humana: el pueblo soviético. Cohesionados por la comunidad de vida económica, política y social y unidos por la ideología marxista-leninista, los pueblos de nuestro país constituyen una colectividad multinacional única. El pueblo soviético se distingue por la conjugación orgánica de las particularidades nacionales con los rasgos soviéticos generales, rasgos socialistas e internacionalistas por su naturaleza.

El PCUS cuida como lo más preciado la amistad de los pueblos del País de los Soviets por cuanto es un factor importantísimo de sus históricas conquistas, de su creciente poderío económico y político, de la incesante elevación del bienestar material y de la cultura de los soviéticos, del desarrollo de su conciencia comunista. El PCUS rechaza resueltamente toda tendencia nacionalista, sea cual fuere el lugar y la forma en que se manifieste.

En vísperas del cincuentenario de la URSS, el XXIV Congreso del PCUS aprobó un nuevo y grandioso plan para proseguir la construcción del comunismo. Este plan prevé el desarrollo multifacético de cada una de las repúblicas soviéticas hermanas y, al mismo tiempo, un mayor acercamiento gradual de las naciones y nacionalidades de nuestro país. «Este acercamiento —dijo el camarada Brézhnev en el informe del CC del PCUS— se produce teniendo muy en cuenta las peculiaridades nacionales y en unas condiciones de desarrollo de las culturas

nacionales socialistas. La esencia de la política del partido en esta cuestión estriba en tener constantemente en cuenta tanto los intereses generales de toda nuestra Unión como los de cada una de las repúblicas que la forman».

La historia no ha conocido otro país como Rusia, con tantas naciones y pueblos diferentes y tal diversidad de problemas nacionales. Unos pueblos de nuestro país tuvieron en el pasado histórico sus formaciones estatales y otros no. La cuestión nacional aparecía también como un problema colonial, como un problema complicado por desavenencias religiosas y que incluía los problemas de las relaciones entre pueblos que vivían de manera compacta en un mismo territorio y los problemas de minorías nacionales diseminadas en distintas zonas del país. En las diferentes etapas de su actividad, el PCUS solucionaba el problema nacional teniendo siempre en cuenta no sólo las condiciones socio-políticas internas, sino también las internacionales. Por primera vez en la historia, el Partido encontró la clave para resolver todos estos problemas. Además, la política internacional leninista del PCUS parte siempre de que los intereses nacionales duraderos sólo pueden ser garantizados dando cima a las tareas comunes del movimiento revolucionario mundial. Todo esto condiciona la extraordinaria riqueza y la importancia internacional de la experiencia acumulada por el PCUS en esta esfera.

El problema nacional en el mundo de hoy y la importancia de la experiencia del PCUS

El desarrollo del problema nacional a escala mundial ha entrado de hecho en una nueva etapa. ¿Cuáles son sus rasgos característicos fundamentales?

Primero. El reforzamiento de la relación dialéctica entre lo internacional y lo nacional en el desarrollo social de la humanidad. De un lado tiene lugar un acelerado proceso de formación, autoafirmación y florecimiento de las naciones y una lucha tenaz por su progreso económico, social y cultural. En estas condiciones, el problema nacional adquiere una actualidad y

una agudeza particulares. De otro, se registra un proceso de acercamiento de los pueblos, se amplían las premisas objetivas, en particular las técnico-económicas, de la integración económica, del derribo de los tabiques que separan a las naciones y del acercamiento de éstas. Cada vez se pone más de relieve la comunidad de sus intereses en la lucha por la paz, la democracia y el progreso social. Crece la influencia recíproca de las culturas.

Segundo. La solución práctica del problema nacional, no sólo en la Unión Soviética, sino también en un grupo de Estados socialistas; el surgimiento de un nuevo tipo de relaciones interestatales de pueblos socialistas libres y la creación, sobre esta base, de una comunidad internacional e interestatal sin precedentes: la comunidad socialista.

Tercero. La realización, en lo fundamental, del principio de la autodeterminación estatal de las naciones en un vasto territorio que en su tiempo fuera periferia colonial y semicolonial; la consolidación de los jóvenes Estados nacionales y el establecimiento de sus relaciones políticas y económicas exteriores sobre una base nueva; la transformación de la contradicción entre las metrópolis imperialistas y las colonias en contradicción entre el imperialismo, que aplica una política neocolonialista, y los jóvenes Estados nacionales.

Cuarto. La reaparición de movimientos nacionales en una serie de países capitalistas desarrollados que han dejado muy atrás el período de las transformaciones burguesas y democrático-burguesas.

Quinto. El contenido social, cualitativamente nuevo, del problema nacional; la estrecha conexión de la lucha por liberarse de las trabas imperialistas con las tendencias anticapitalistas y con la lucha contra las relaciones de explotación.

Sexto. El proceso de transformación de los partidos comunistas en una fuerza política de peso en muchos Estados capitalistas, proceso que hace que en la actividad de los comunistas aumenten las tareas nacionales generales. Esto acrecienta la necesidad de combinar adecuadamente las tareas nacionales e internacionales, exige que se comprenda a fondo y se tenga en cuenta que los éxitos de los partidos comunistas están indis-

lublemente unidos al desarrollo del movimiento comunista internacional y a su influencia en la situación mundial.

Hoy se ha ampliado más que nunca el potencial revolucionario y antiimperialista de las masas populares, cuyos intereses y anhelos nacionales se encuentran en conflicto irreconciliable con el imperialismo. Ello está determinado por la nueva correlación de las fuerzas de clase en la arena internacional, por el aumento de la conciencia política de los pueblos y su seguridad en que contarán con el apoyo de los países socialistas y de todas las fuerzas progresistas organizadas, así como por los cambios radicales operados en todo el clima internacional. La idea leninista de la autodeterminación y la igualdad de derechos de las naciones se ha convertido hoy en una poderosa fuerza material.

El desarrollo de la lucha nacional-liberadora está estrechamente vinculado a la influencia ejercida por la política internacional leninista del PCUS y por la política general de toda la comunidad socialista, orientada a fortalecer la paz mundial y a contener a las fuerzas de la agresión. La realización del Programa de Paz aprobado por el XXIV Congreso del PCUS ha impulsado de un modo particular la distensión internacional. Las iniciativas de la URSS en política exterior, sobre todo la entrada en vigor de los tratados con la RFA y los importantes acuerdos firmados con EE. UU., contribuyen al desarrollo de la situación mundial en un sentido que facilita a muchos pueblos la solución de sus problemas básicos nacionales y sociales. La Unión Soviética y los otros países socialistas obligan a los círculos imperialistas a tener en cuenta la situación real del mundo y luchan por que se respete en la práctica el derecho de las naciones a la autodeterminación, al desarrollo independiente y libre, sin injerencias del exterior.

En nuestros tiempos se ha reforzado considerablemente el nexo objetivo del problema nacional con la solución de la contradicción fundamental de la época, es decir, con el proceso de transición del capitalismo al socialismo a escala mundial.

La formación y el desarrollo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas han proporcionado un ejemplo de desarrollo de la estatalidad nacional en el marco de un Estado

federal único, y la comunidad socialista mundial brinda un ejemplo de desarrollo entre naciones socialistas, independientes e iguales en derechos, de vínculos cada vez más estrechos y cuya base la constituyen las relaciones entre Estados socialistas.

La experiencia de las relaciones entre los países socialistas muestra ya que el desarrollo libre y multifacético de cada Estado socialista es la premisa de los éxitos de todos los países del socialismo y que, a su vez, cualquier país socialista consolida y multiplica sus conquistas al cumplir con su deber internacionalista y hacer su aporte a la cohesión económica, política e ideológica de los países socialistas.

La confianza recíproca y la estrecha y amplia colaboración fraternal de los países socialistas reflejan las necesidades objetivas del desarrollo del socialismo mundial y las leyes de su constante fortalecimiento, asegurando a la vez la satisfacción de los intereses nacionales de cada miembro de la familia de pueblos socialistas.

Hace ya más de medio siglo que el Estado soviético, su experiencia y su política son un poderoso factor del progreso social en la zona del movimiento de liberación nacional.

Los éxitos en el combate para consolidar la independencia conquistada por los pueblos y acrecentar la eficacia de su resistencia al neocolonialismo dependen hoy más que nunca y ante todo de cómo se aprovechen los cambios positivos experimentados por la situación mundial en los últimos decenios gracias, en medida considerable, al crecimiento del poderío económico, político y militar de la Unión Soviética, de todos los Estados socialistas.

El apoyo que el PCUS y el Estado soviético prestan en todos los planos a la Cuba revolucionaria, a los pueblos de Indochina, de los países árabes y de Chile y a cuantos luchan contra los regímenes coloniales y racistas en África es una importantísima contribución al movimiento liberador contemporáneo. Nuestro Partido leninista y el pueblo soviético, que es internacionalista, se solidarizan firme y eficazmente con todos los pueblos que luchan por su libertad e independencia, contra el imperialismo.

El problema nacional en la que fuera zona colonial y semi-colonial se caracteriza actualmente por toda una serie de particularidades.

Primera. El imperialismo quiere imponer a los jóvenes Estados, mediante métodos neocolonialistas, un nuevo sistema, enmascarado y sutil, de subordinación económica y política. Como consecuencia, los procesos de creciente interrelación económica de dichos Estados y la tendencia general a demoler las barreras económicas, políticas y culturales entre ellos chocan cada vez más con el carácter explotador del sistema imperialista. Las posibilidades creadas por las fuerzas productivas contemporáneas para el acercamiento de los pueblos se ven trabadas y deformadas.

Segunda. Es necesario tener en cuenta las consecuencias que en los distintos planos tiene la incorporación activa de decenas de nuevos Estados nacionales a la vida internacional. Existe un límite bien preciso, aunque sutil y cambiante, más allá del cual en la defensa de los intereses nacionales empiezan a interferir el egoísmo y la subestimación de las tareas comunes a todos los pueblos y los problemas propios se resuelven sin tomar en consideración los intereses de otras naciones y, a veces, en detrimento de ellas. En tales casos, lo nacional se transforma en nacionalista.

El imperialismo trata cada vez más de impedir que los jóvenes Estados nacionales se unan para la defensa de sus intereses comunes y, sobre todo, que amplíen su colaboración con los países socialistas. Esto encierra un grave peligro, pues es evidente —y los hechos lo han confirmado— que el apoyo de la Unión Soviética, de los países de la comunidad socialista es precisamente lo que abre ante los nuevos Estados nacionales una perspectiva real para consolidar su independencia política, crear una economía nacional y participar en los procesos integracionistas en un plano de igualdad y ventaja recíproca.

También en los países liberados de los colonialistas surgen conflictos nacionales, que obedecen a procesos de distinta índole. En unos casos, las raíces más profundas de estos conflictos arrancan de un pasado remoto, del período en que se formaron los Estados feudales, que agrupaban dentro de sus fron-

teras a grupos étnicos y tribus muy diversos. Hay que tener en cuenta también que los conquistadores imperialistas establecieron en sus dominios fronteras que no coincidían en absoluto con las del asentamiento histórico de nacionalidades diversas. Los colonialistas no sólo mantuvieron los conflictos nacionales y religiosos existentes desde antes de su llegada, sino que contribuyeron intencionadamente a su agravación.

La solución del problema nacional en los Estados multinacionales de Asia y Africa sólo es posible a través de profundas transformaciones democráticas y anticapitalistas y de la lucha consecuente contra el neocolonialismo y el imperialismo.

En este contexto se comprende la enorme importancia que las fuerzas progresistas y los partidos comunistas de los países multinacionales afro-asiáticos conceden al estudio de la experiencia atesorada por los pueblos de la Unión Soviética en la edificación estatal-nacional. S. Sardesai, veterano dirigente del Partido Comunista de India, escribe en su libro *India y la revolución rusa*: «La India libre se ha beneficiado mucho del estudio metódico y atento de la forma en que la revolución rusa y la Unión Soviética solucionaron problemas de vital importancia que nosotros no logramos resolver en el curso de la conquista de la independencia y que siguen planteados hasta el día de hoy... No cabe la menor duda que los éxitos de la Unión Soviética en la creación de una familia feliz de pueblos diversos alumbrarán el camino que nos lleva a este objetivo y nos ayudarán a salvar numerosas dificultades en el avance hacia él.»

Los comunistas consideran que su tarea política clave es lograr que el avance del movimiento de liberación nacional en todas sus formas y el crecimiento de la conciencia nacional sirvan siempre a los intereses de la lucha contra el imperialismo y a los objetivos del progreso social y de la emancipación de los trabajadores. Es importante que estos procesos no lleven al aislamiento, a la separación de las diferentes naciones y pueblos, sino a su acercamiento; no al debilitamiento y a la dispersión de las fuerzas antiimperialistas, sino a su cohesión y consolidación.

Los hechos de los últimos decenios muestran que en los países capitalistas industrialmente desarrollados, donde parecía que los problemas nacionales habían quedado resueltos en el siglo XIX, de nuevo se observa una brusca agudización de estos problemas. El movimiento liberador de los negros en EE. UU., la lucha de la población católica de Irlanda del Norte contra la dominación imperialista y la reacción autóctona, las relaciones entre flamencos y valones en Bélgica, los problemas de Cataluña y Euzkadi en España y de la población de habla francesa en Canadá ponen de manifiesto que el problema nacional exige imperiosamente su solución también en la zona de capitalismo desarrollado.

Criticando a los políticos que subestimaban el papel del problema nacional en Europa occidental, Lenin decía que los choques entre potencias imperialistas pueden crear una situación que ponga de nuevo a la orden del día el problema de la defensa de las libertades nacionales, el problema de las guerras nacionales.

Es sabido que tal situación surgió durante la segunda guerra mundial, cuando la agresión hitleriana llevó a muchos Estados capitalistas europeos a una catástrofe nacional y en muchos casos puso en peligro su propia existencia. La guerra contra el fascismo fue a la vez una gran guerra de liberación nacional de los pueblos, en la que la defensa de los intereses nacionales se entrelazó orgánicamente con la lucha por la democracia y, en una serie de países, con la lucha por el socialismo.

Es sintomático que fuera precisamente al primer Estado socialista, a la Unión Soviética, cuya organización se basa en los principios del internacionalismo proletario, al que correspondiera el papel decisivo en la liberación de los pueblos europeos del fascismo alemán, en la derrota del militarismo nipón y en la creación de las condiciones necesarias para el restablecimiento de los Estados nacionales independientes en el continente europeo y la liberación nacional y social de los pueblos de Europa oriental, China y otros países asiáticos.

En la postguerra, los pueblos de los países de Europa occidental, Japón y de otros países capitalistas se enfrentaron a una nueva amenaza para su independencia nacional, prove-

niente esta vez del imperialismo norteamericano, que se proponía crear un imperio global y asumió la función de gendarme mundial.

Si, a pesar de todos los esfuerzos de los círculos gobernantes estadounidenses, estos propósitos no se hicieron realidad, si sus pretensiones de dominación mundial y de sometimiento total de otros Estados no se vieron cumplidas, en ello ha desempeñado un papel primordial la lucha consecuente e infatigable de las fuerzas democráticas en defensa de la independencia nacional, lucha a la que ha hecho una aportación de peso la política de la Unión Soviética y de los otros Estados socialistas. Naturalmente, no puede decirse que el combate haya terminado. Es más, en los últimos años se plantea desde otro ángulo el problema de la defensa de los intereses nacionales. Nos referimos a la resistencia y las maquinaciones de los gigantescos complejos monopolistas internacionales, encabezados, como regla, por el capital norteamericano, para minar la soberanía nacional de otros Estados capitalistas.

Tampoco hay que echar en saco roto el peligro que para los pueblos de Europa occidental representan los planes de crear sobre la base del Mercado Común una agrupación política supranacional mangoneada por los capitostes del capital monopolista.

En los programas de lucha contra los monopolios y por transformaciones democráticas fundamentales de la sociedad, presentados por los partidos comunistas, se concede gran atención al problema nacional en sus más diversos aspectos.

La lucha para defender los intereses de los obreros extranjeros ocupa un lugar destacado en la actividad de los partidos comunistas de los países de Europa occidental. La situación de estos trabajadores muestra con toda claridad que el proceso de internacionalización de la vida económica tiene bajo el capitalismo un carácter explotador y antiobrero. Al defender los intereses generales de la clase obrera de sus países, los partidos comunistas y los sindicatos progresistas atraen a los obreros extranjeros a la lucha antimonopolista, se oponen de manera consecuente a la política de la burguesía orientada a escindir las filas obreras y luchar contra todas las formas —tanto polí-

ticas como económicas— de discriminación de los obreros extranjeros y por su igualdad de derechos.

La experiencia de la URSS ha demostrado convincentemente que la victoria de la revolución socialista y la solución sobre esta base del problema nacional habrían sido imposibles sin la lucha consecuente e irreconciliable contra la ideología del nacionalismo burgués, contra las adulteraciones pequeñoburguesas del principio del internacionalismo proletario.

Lenin señaló más de una vez la fuerza y el arraigo extraordinarios de los prejuicios nacionales. Advirtió que, a medida que el socialismo triunfase en nuevos países, los problemas de la lucha contra el nacionalismo adquirirían una importancia cada día mayor para los destinos del movimiento revolucionario internacional.

Hay que subrayar especialmente la importancia de esta lucha, por cuanto tiene una relación directa con el problema candente de nuestro tiempo: el problema de la guerra y la paz.

En estas condiciones, sobre los países socialistas y los partidos comunistas recae una gran responsabilidad. Con su actividad está ligada la perspectiva de liberar a la humanidad de las desavenencias nacionales y afirmar la amistad entre todos los pueblos del planeta.

Sin embargo, la dirección presente del PC de China actúa en desacuerdo con este imperativo de nuestra época. Su línea ha mostrado que esta dirección no ha resistido la prueba de la fidelidad al internacionalismo proletario, no ha resistido el examen que la historia impone a un partido comunista gobernante. Esto ha llevado a la dirección maoísta del PCCh a romper de hecho con el movimiento comunista, a una agravación de las relaciones con los países socialistas, con la Unión Soviética e incluso a las amenazas militares contra la URSS.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de este fenómeno, que está en contradicción con la naturaleza del socialismo?

Es sabido que el derrocamiento del régimen capitalista crea todas las posibilidades para un viraje radical en el problema nacional y la plena eliminación del nacionalismo. Sin embargo, como se dice en el Documento de la Conferencia de los par-

tidos comunistas de 1969, esto no ocurre por sí solo, no se consigue automáticamente. La realización de estas posibilidades en uno u otro país depende, ante todo, de la acción del factor subjetivo, es decir, de la política del partido comunista que ejerce la dirección de la sociedad.

La experiencia histórica prueba que para afianzar las relaciones fraternales entre los pueblos y entre los países socialistas son necesarias la consecuente política marxista-leninista de los partidos comunistas, la educación de los trabajadores en el espíritu del internacionalismo y la lucha resuelta contra el nacionalismo y el chovinismo.

En caso contrario, como muestra el ejemplo de China, son posibles el renacimiento y la intensificación del nacionalismo e incluso el enfrentamiento del país a otros países socialistas. Es más, los hechos testimonian que los resortes y las posibilidades creados por la lucha revolucionaria y las transformaciones socio-económicas en el curso del avance hacia el socialismo son utilizados aquí con fines nacionalistas contra la comunidad socialista, que es el bastión de la lucha mundial contra el imperialismo, por la paz y el socialismo.

La solución justa del problema nacional y las relaciones nacionales basadas en los principios del internacionalismo proletario, tanto en los países que edifican el socialismo como entre ellos, crean garantías sólidas y eficaces contra los roces, los conflictos y, con mayor razón, contra los choques. Por el contrario, las posiciones chovinistas y nacionalistas en la ideología y la política pueden tener las consecuencias más negativas para las relaciones entre las naciones y para el propio país. Por eso, la lucha contra tales fenómenos es una premisa importante e imprescindible de los nuevos éxitos del socialismo mundial.

No debe confundirse la ideología y la política del nacionalismo con el crecimiento de la conciencia nacional de las masas, que es un proceso natural y progresista. Tampoco hay que confundir el nacionalismo de la nación opresora con el de la nación oprimida, en el que, como se sabe, hay elementos de orientación progresista y antiimperialista.

Pero, aun teniendo en cuenta todos estos complejos aspectos, no debe perderse de vista lo fundamental: que la ideología

del nacionalismo no puede servir a los intereses cardinales de la clase obrera y de los trabajadores en general, a los intereses del socialismo. Incluso en el nacionalismo de las naciones oprimidas, junto a los aspectos positivos, hay otros cuyo incremento lleva a la ofuscación de la conciencia de las masas, a la aparición de tendencias que obstaculizan el logro de objetivos progresistas, sin hablar ya de los revolucionarios y socialistas.

Hoy puede decirse que el anticomunismo y el antisovietismo son la principal arma ideológica del imperialismo, enemigo de clase de las fuerzas revolucionarias. Uno de sus elementos es el nacionalismo, ampliamente utilizado por la propaganda imperialista, los círculos reaccionarios de los países emergentes y los revisionistas de derecha y de «izquierda».

La experiencia de la lucha revolucionaria de los últimos años confirma reiteradamente la verdad de que los ataques del anticomunismo a la política del PCUS, encubiertos a veces incluso con la bandera de la «preocupación» por el progreso social y la independencia nacional, están enfilados prácticamente contra todos los destacamentos del movimiento revolucionario mundial y tienen por objeto socavar el baluarte fundamental de las fuerzas liberadoras: la comunidad socialista mundial.

La burguesía imperialista utiliza hoy ampliamente formas refinadas y encubiertas de la ideología nacionalista. Esto no significa, claro está, que ya no se emplee una forma tan extrema del chovinismo como es el racismo, que sigue figurando en el arsenal de los imperialistas. Pruebas de ello son el apoyo a los regímenes racistas de Africa, las persecuciones contra los negros y los indios en EE. UU., el antisemitismo, que sigue cultivándose en el occidente capitalista, y, particularmente en los últimos tiempos, el sionismo.

Cada día se pone más de manifiesto el afán de querer inculcar en las masas la idea de que la lucha socio-política que se libra en el mundo actual no es sino una lucha entre diversas fuerzas nacionalistas. Esta tendencia de la ideología imperialista tiene como finalidad estimular el nacional-oportunismo en el movimiento comunista y obrero internacional y fomentar la falta de perspectivas, el pesimismo, la desconfianza en la capacidad del socialismo de acabar con los odios nacionales.

Un sociólogo norteamericano, por ejemplo, confía en que los partidos comunistas «seguirán un camino de adaptación a las condiciones nacionales específicas» semejante al que siguieron «los socialdemócratas hace medio siglo e incluso antes». Está claro adonde apuntan los anticomunistas. La II Internacional entregó, efectivamente, sus posiciones al socialchovinismo y ello fue la causa principal de su bancarrota en 1914. Ahora, al movimiento comunista se le pone como cebo el «nacional-comunismo» para lograr los mismos objetivos. ¡Pero esto no sucederá jamás! La garantía de ello es el leninismo, que fue y sigue siendo la base ideológica inmovible del movimiento comunista internacional; la garantía de ello es el elevado temple ideológico de los partidos comunistas hermanos.

La burguesía utiliza amplia y hábilmente las manifestaciones de revisionismo y nacionalismo en el movimiento obrero para arrastrar a los hombres de ideas vacilantes al pantano del anti-comunismo y el antisovietismo. La historia de renegados como Garaudy, Fischer y Petkoff nos lo ha recordado de nuevo.

Una parte de los ideólogos imperialistas y de los oportunistas, actuando al unísono, se presentan como adversarios del nacionalismo. Son los apologistas de las llamadas «agrupaciones supranacionales», los heraldos del cosmopolitismo moderno. Huelga decir que nos encontramos en este caso ante una variante de la ideología expansionista del capital financiero. Pero también aquí, los ideólogos imperialistas tienen a su disposición una mercancía teórica «ya preparada» que les suministra el oportunismo. Me refiero a las ideas del nihilismo nacional, desarrolladas por trotskistas y otros oportunistas de «izquierda» y presentadas como «auténtico internacionalismo».

Para los marxistas-leninistas está claro que contra todos los tipos y manifestaciones de nacionalismo y de cosmopolitismo imperialista sólo se puede luchar con éxito reforzando constantemente el internacionalismo proletario, uno de los principios básicos de toda su actividad ideológica y política. La actitud hacia el socialismo existente en la realidad es el criterio del internacionalismo proletario de nuestros días.

Los principios de la independencia, la igualdad de derechos y el poder de decisión de los partidos hermanos, afirmados en

el movimiento comunista, corresponden a la diversidad de condiciones y experiencias de lucha de los partidos, a su papel de vanguardia de todas las fuerzas revolucionarias y democráticas de su nación y de su país. Por otro lado, este papel sólo podrán desempeñarlo si permanecen inquebrantablemente fieles al internacionalismo proletario. «La responsabilidad nacional e internacional de cada partido comunista y obrero son inseparables —subraya el Documento fundamental de la Conferencia de 1969—. Los marxistas-leninistas son al mismo tiempo patriotas e internacionalistas y rechazan tanto la estrechez nacionalista como la negación o el menosprecio de los intereses nacionales y las tendencias hegemónicas.»

Como ha demostrado irrefutablemente la experiencia de todo el movimiento liberador mundial, cualquier deformación de la interrelación y de la verdadera correlación entre los factores nacionales e internacionales lleva a alejarse de las masas, a la pérdida de la perspectiva revolucionaria.

En relación con esto quisiera subrayar que la Conferencia de los partidos comunistas y obreros de 1969, sus ideas y conclusiones han contribuido seriamente al reforzamiento del principio internacionalista en toda la actividad del movimiento comunista internacional. Los intereses de nuestro movimiento y de todas las fuerzas revolucionarias exigen un despliegue aún mayor de la lucha conjunta de los comunistas contra el anti-comunismo, que tan grandes esperanzas deposita en el nacionalismo, y contra el revisionismo de derecha y de «izquierda».

La historia ha hecho el balance de las dos vías de solución del problema nacional: la leninista, socialista, y la capitalista.

En las condiciones creadas por el capitalismo monopolista se ha manifestado con singular acritud y evidencia la crisis de la democracia burguesa, que proclama la verdadera igualdad nacional, pero que es incapaz de aplicarla en la práctica. Las formas más extremas de esta crisis se manifestaron en la «teoría» y la práctica racistas y antihumanas del fascismo, que realizó el monstruoso intento de «resolver» el problema nacional a través del sojuzgamiento e incluso del exterminio físico de pueblos enteros. Pero también en situaciones «normales»,

sin dominación fascista, la sociedad burguesa ha fracasado rotundamente en lo tocante a la colaboración y la ayuda recíproca de los pueblos. Se ha confirmado plenamente la deducción leninista de que «bajo el capitalismo *no es posible* suprimir la opresión nacional (ni la opresión política en general)».⁴

El socialismo abre el verdadero camino para resolver el problema nacional. Este camino es el de la abolición de la explotación del hombre por el hombre y la radical reestructuración de toda la vida social, económica, ideológica y cultural de la sociedad. La experiencia de los países socialistas ha demostrado de manera irrefutable cuán justo es el postulado marxista-leninista de que la supresión del yugo nacional, el establecimiento de la igualdad de derechos y de la amistad fraternal entre los pueblos es una ley general, una parte orgánica de la edificación de la nueva sociedad.

Ahora, cuando la Unión Soviética se acerca a su cincuentenario, aparece con singular relieve el extraordinario significado internacional de la experiencia acumulada por ella.

La experiencia de la URSS enseña que pueblos pertenecientes a diferentes nacionalidades y razas pueden hacer juntos la historia, desarrollar con éxito la economía y la cultura.

La experiencia de la URSS evidencia que la comunidad de aspiraciones políticas e ideológicas con la consecuente aplicación de la política del internacionalismo proletario y del patriotismo socialista crea una alianza sólida de pueblos capaz de resistir las pruebas más duras.

La experiencia de la URSS prueba que los pueblos liberados de la opresión nacional y social renacen a una nueva vida. Las relaciones de igualdad y la ayuda mutua fraternal de las naciones contribuyen a la prosperidad de la economía. El fecundo enriquecimiento recíproco con valores espirituales contribuye al florecimiento de la cultura general, en la que, formando una brillante constelación, resplandece todo lo mejor de las culturas nacionales de los distintos pueblos.

La experiencia de la URSS muestra la magna importancia de una actitud solícita hacia todas las naciones, grandes y peque-

ñas, y de la intransigencia frente al nihilismo nacional y al nacionalismo burgués.

La experiencia de la URSS testimonia cuán importante es encontrar una forma de organización estatal que asegure la participación en pie de igualdad y auténticamente democrática de todas las naciones y nacionalidades en los órganos del Estado, de abajo arriba, en el cumplimiento de las tareas comunes.

Al analizar las formas fundamentales de desarrollo positivo de las relaciones nacionales en la época contemporánea –formación y fortalecimiento de la URSS, surgimiento de la comunidad socialista mundial y creación de Estados nacionales soberanos en países que antes se hallaban bajo el yugo colonial– y al examinar estos procesos en su conjunto, podemos concluir con justa razón que el socialismo, al que los enemigos del progreso presentaban calumniosamente como una fuerza que no toma en consideración los intereses nacionales, ha desempeñado un papel verdaderamente histórico en la conquista de la independencia nacional y en el aseguramiento de la estatalidad nacional de la mayoría abrumadora de la población del globo terráqueo.

Las mentes más preclaras de la humanidad venían soñando desde los tiempos más remotos con la fraternidad y la amistad de los pueblos. Los éxitos del socialismo y de las revoluciones democrático-nacionales han acercado al género humano a la realización de este ideal. El camino que lleva a la verdadera hermandad de los pueblos de todos los países es hoy conocido y está comprobado: es el camino de la lucha contra la violencia imperialista, por la libertad y la independencia de todos los pueblos, por la paz, la democracia y el socialismo.

Octubre de 1972

⁴ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXX, pág. 22, ed. rusa.

El trabajo con la juventud, como fuerza política activa y reserva del movimiento comunista ha sido siempre una de las importantes orientaciones de la actividad de los comunistas. En nuestro tiempo aumenta sobremanera el significado de este trabajo. La mayoría de los jóvenes se incorpora mucho antes a la política, aumentan su instrucción y cualificación. En el propio modo de vida de la juventud se operan profundos cambios en comparación con las condiciones en que transcurrió la mocedad de sus padres. Se intensifican los influjos ideológicos de distinto género sobre la conciencia de los jóvenes.

La edad de la mitad de la población del globo terrestre no pasa en la actualidad de los 24 años. Durante los últimos años han aumentado sensiblemente la actividad política de la juventud y su papel en la lucha de clases, en el movimiento anti-imperialista y en la construcción de la sociedad socialista y comunista.

Por supuesto, este problema se plantea a su manera según las distintas condiciones sociales. En los países socialistas la suerte de la joven generación es inseparable de la realización de los ideales del marxismo-leninismo. Naturalmente, también aquí existen problemas. La incorporación de las muchachas y los muchachos a la construcción de la nueva sociedad, la asimilación por ellos de la concepción marxista-leninista y la for-

mación del hombre nuevo no son un proceso espontáneo. A ello se orienta la ingente labor de los partidos comunistas y de las juventudes comunistas.

En los países capitalistas se plantean ante los comunistas problemas de otra índole: incorporar a los más vastos sectores juveniles a la lucha contra el peligro de guerra, contra el imperialismo, acercarlos a las posiciones de la clase obrera, a las posiciones del socialismo e inculcarles la cosmovisión marxista-leninista.

I

No obstante todas las diferencias en las condiciones y el carácter de la labor entre la juventud en los distintos países, sigue siendo una aspiración general para todo el movimiento comunista la amplia incorporación de la joven generación a la transformación revolucionaria del mundo. En este sentido ofrecen cierto interés algunos aspectos de la experiencia de la labor del Partido Comunista de la Unión Soviética con la juventud.

Es notable ya la característica socio-política de la actual joven generación del País de los Soviets. La juventud de 16 a 30 años representa aproximadamente una quinta parte del pueblo soviético. Su peso relativo en la población activa es superior al 30 % y entre los que trabajan en la economía nacional pasa del 40 %. Los siguientes datos revelan el grado de organización de la juventud soviética: sus filas cuentan con más de 31 millones de komsomoles, 28 millones de jóvenes sindicados y 2 millones de jóvenes miembros del Partido.

La fisonomía espiritual y el carácter de la juventud soviética se han formado bajo el influjo de todo el modo de vida de la sociedad socialista y, al propio tiempo, como resultado de la coherente actividad del PCUS. El régimen socialista libera a los jóvenes de la explotación y la desigualdad, garantiza sus derechos político-sociales, así como su seguridad en el mañana y les abre ancho acceso al trabajo creador, a la instrucción y la cultura. Elimina el eterno divorcio entre el objetivo social proclamado y la política real, suprime el terreno social para la

decepción, para encastillarse en la vida privada y preocuparse solamente del propio bienestar.

El socialismo plantea ante la juventud magnos objetivos que despiertan caudalosas energías. La joven generación de nuestros días continúa dignamente las tradiciones nacidas de la abnegación y el heroísmo de todo el pueblo en los años de la guerra civil y de la Gran Guerra Patria, en la construcción de los fundamentos de la sociedad socialista. El PCUS confía enteramente en la juventud soviética, tiene fe en ella y la considera como su firme puntal.

Todo esto no significa, claro está, que en la labor con la juventud no se tropiece con problemas y dificultades. De ellos hablan abiertamente el Partido y el Komsomol encontrando las vías certeras para eliminar las dificultades y resolver los problemas surgidos. Su oportuna solución tiene tanta mayor importancia por cuanto que la joven generación de hoy ha de desempeñar un gran papel en la ascensión de la sociedad soviética a la fase superior de desarrollo, a la fase comunista, ha de hacer un gran aporte a la confrontación de las fuerzas de la paz, del progreso y del socialismo con las fuerzas de la reacción, de la agresión y del imperialismo en el ámbito mundial.

El XXIV Congreso del PCUS dedicó mucha atención a las nuevas generaciones. El camarada Leonid Brézhnev subrayó en la Concentración de Estudiantes de la URSS, celebrada en octubre de 1971: «Los acuerdos del XXIV Congreso ponen en manos de la juventud soviética la antorcha del progreso tecnológico y social. El Congreso llamó a los muchachos y muchachas del País de los Soviets a marchar en las primeras filas de los que luchan por el elevado esmero en el trabajo y en la vida, por el afianzamiento de las normas comunistas en nuestra realidad».¹

Nuestro Partido persigue que la joven generación asimile profundamente las convicciones comunistas, se guíe firmemente por ellas en la vida práctica y domine hábitos que le permitan orientarse ideológica y políticamente por sí misma.

¹ L. I. Brézhnev. *Por el camino de Lenin. Discursos y artículos*, Moscú, Politizdat, 1972, t. III, pág. 425, ed. en ruso.

El PCUS educa en la joven generación el sentido de responsabilidad cívica por la conservación y multiplicación de las conquistas socio-económicas y políticas del socialismo. El Partido se preocupa también de que la juventud sepa extraer conclusiones correctas de tales o cuales dificultades y deficiencias en el trabajo con que ella tropieza a veces. Se sabe que la falta de esta aptitud puede contribuir a desarrollar rasgos de carácter como la pasividad social, la indiferencia y a veces la proclividad a influencias extrañas a la causa del socialismo.

El Partido aspira y propicia que la juventud revele el impulso creador y la iniciativa que la caracterizan orientando uno y otra por el cauce de una actividad constructiva. En la URSS se atribuye gran importancia a intensificar la influencia de la colectividad en la formación de la individualidad del joven. Se tiene en cuenta, naturalmente, que la joven generación no ha conocido por experiencia propia la opresión de clase y la explotación, las atroces pruebas de la guerra ni las dificultades del restablecimiento posbélico. Por eso el PCUS concede gran importancia al profundo estudio y propaganda de las tradiciones revolucionarias y laborales del pueblo soviético.

Nuestro Partido sigue constantemente el principio leninista de conjugar la educación ideo-política de la juventud con su participación cotidiana en el cumplimiento de las tareas prácticas de la edificación comunista.

La juventud soviética participa activamente en la emulación popular por el cumplimiento del plan quinquenal. Como es notorio, en el presente quinquenio se hace particular hincapié en los factores de desarrollo intensivo de la economía nacional y de elevación de la eficiencia de todas las ramas de la producción. En este aspecto es un hecho particularmente valioso el de que millones de jóvenes obreros y especialistas proponen racionalizaciones e inventos y trabajan en la vanguardia de la revolución tecno-científica. El Komsomol patrocina las obras más importantes del noveno quinquenio y las ha proclamado obras de choque. En el país tenemos actualmente más de 150 obras de este género donde la juventud es ejemplo de entusiasmo laboral y verdadero heroísmo. En el trabajo de choque, en las diversas iniciativas de producción y en los destacamentos

estudiantiles de la construcción se forjan cualidades tan magníficas como el alto nivel ideológico, el colectivismo, el amor al trabajo, el cuidado del patrimonio del pueblo, el patriotismo socialista, el sentido del deber ante el pueblo y la aptitud para vencer las dificultades.

El PCUS respalda y fomenta por todos los medios la actividad socio-política de la juventud y su participación en la administración de los asuntos de la sociedad. Actualmente en los Soviets locales hay más de 550.000 diputados que tienen hasta 30 años de edad (o sea, más del 25 % del total), 320.000 de ellos son komsomoles. Casi el 20 % de los diputados al Soviet Supremo de la URSS son también jóvenes. El Komsomol tiene sus representantes en distintos organismos de la administración pública y en las organizaciones sociales, lo que inculca a los jóvenes hábitos de dirección, capacidad para pensar en el bien público y a escala de todo el país.

El PCUS dedica una atención particular a las medidas para seguir acercando los distintos sectores sociales de la juventud. Este problema tiene importancia cardinal tanto para el paulatino avance hacia la sociedad comunista sin clases como para la educación de la juventud soviética en el espíritu de los ideales del comunismo. ¿Cómo se resuelve este problema?

Tomemos, por ejemplo, la esfera de la instrucción. En la URSS se da cima al paso a la enseñanza media general y obligatoria. Por lo que atañe a la enseñanza superior, se plantea el objetivo de asegurar el acceso a ella para los representantes de todas las clases y grupos sociales de la sociedad sobre la base de la igualdad no formal, sino real. Con este fin se han creado en los establecimientos de enseñanza superior secciones preparatorias para los jóvenes que llegan de la producción; para ingresar en los centros superiores tienen preferencia los que llevan trabajando algún tiempo en la producción; se practica el envío organizado de jóvenes obreros y campesinos a estudiar; funcionan filiales de los centros docentes superiores en las grandes empresas; finalmente contribuye a esta línea general el mejoramiento de las condiciones materiales de vida y vivienda del estudiantado.

El acercamiento de los distintos grupos sociales de la juven-

tud soviética sigue también otros derroteros. Por ejemplo, los destacamentos estudiantiles de la construcción, cuando marchan para las vacaciones a distintas regiones del país, conocen en la práctica la vida y los problemas de la juventud obrera y campesina. Merece mencionarse también el papel del Ejército Soviético en este proceso. El Ejército, como regla, no sólo enseña una especialidad a los soldados y eleva su nivel de instrucción, sino acerca también a los jóvenes de distintos grupos sociales y nacionalidades.

Al propio tiempo, el PCUS procura que los mejores jóvenes obreros y campesinos que han cursado estudios superiores y han revelado las cualidades necesarias para el dirigente político participen activamente en la dirección de la sociedad. De ellos se forjan los cuadros de dirigentes del Estado y del Partido. Este proceso es muy importante tanto desde las posiciones del presente como desde el punto de vista de las perspectivas del desarrollo social.

Una de las principales orientaciones de la labor del PCUS con la juventud es la educación internacionalista. Esta tarea se ve facilitada por el clima de internacionalismo establecido en nuestro país durante los años del Poder soviético. La joven generación de nuestro país ha crecido como parte orgánica del pueblo soviético, nueva comunidad histórica humana. Desde la infancia siente el respeto a la cultura, a la herencia democrática de todos los pueblos de la URSS. Las obras en construcción donde trabajan mano a mano komsomoles y jóvenes de decenas de nacionalidades plasman y desarrollan las tradiciones de amistad y fraternidad de los pueblos. En las escuelas y centros docentes superiores, en los establecimientos de enseñanza profesional y técnica y en la producción, en el Komsomol y en otras organizaciones sociales, en todas partes los jóvenes hijos de distintas naciones y pueblos de la Unión Soviética viven y trabajan amigablemente como miembros de una sola familia.

El PCUS estima su deber educar a la juventud soviética en el espíritu de la fraternal amistad con los pueblos de los países socialistas, en el espíritu de la solidaridad de clase con los trabajadores de los países capitalistas y en vías de desarrollo. La

prensa, todos los medios de información de la URSS exponen ampliamente la vida y la lucha de los trabajadores de los países capitalistas, la actividad revolucionaria de los partidos marxistas-leninistas, de las juventudes comunistas y de todas las fuerzas antiimperialistas.

II

Nuestro Partido concede gran importancia a la labor ideo-política con la joven generación. La vida muestra que de los métodos y del acertado planteamiento de esta labor depende mucho su éxito.

«No pocas veces sucede —decía Lenin— que los representantes de las generaciones maduras y viejas *no saben* acercarse como corresponde a la juventud, que, necesariamente, está obligada a aproximarse al socialismo de una manera *distinta*, no por el *mismo* camino, *ni en la misma* forma, *ni en las mismas* circunstancias en que lo han hecho sus padres»². He ahí por qué son tan inadmisibles en la labor con la juventud toda rigidez y rutina.

La función dirigente del Partido en las relaciones con la juventud no tiene nada de común con los métodos autoritarios ni de ordeno y mando. El PCUS orienta toda la compleja labor política, organizativa e ideológica con la juventud realizada por distintas células de nuestra sociedad. Esto se hace teniendo plenamente en cuenta los intereses y demandas de la joven generación y con su activo concurso. Comprender los problemas de la juventud, encontrar las vías para resolverlos y satisfacer las demandas de distintos sectores de la nueva generación, a ello orientan sus esfuerzos las comisiones permanentes para asuntos de la juventud que existen en los Soviets Supremos de la URSS y de las repúblicas federadas, así como en los Soviets locales de diputados de los trabajadores, las comisiones sindicales para la labor entre la juventud, las secciones juveniles en las uniones de escritores, periodistas, pintores, compositores y

² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XXX, pág. 226, ed. rusa.

los comités y secciones especiales de la Sociedad de Racionalizadores e Inventores.

En la Unión Soviética han sido creadas ramas enteras de la cultura orientadas especialmente hacia la juventud. Baste recordar que tan sólo tres editoriales del Komsomol lanzaron en 1972 casi 700 títulos de libros para la juventud con un tiraje global de 41 millones de ejemplares. El año pasado se editaron para los niños y los escolares más de 2.500 libros diferentes con un tiraje total que bordea los 350 millones de ejemplares. En las repúblicas, territorios y regiones trabajan 274 redacciones juveniles de radio y TV. Los estudios cinematográficos producen decenas de filmes destinados preferentemente a la juventud. En muchas ciudades existen teatros del joven espectador.

Quisiera destacar el papel de la prensa juvenil y komsomola. En nuestro país se editan 226 periódicos y revistas juveniles e infantiles con un tiraje por número de cerca de 70 millones de ejemplares. Y si se abre cualquiera de estas publicaciones, ante todo *Komsomólskaya Pravda*, la más popular, veremos en sus páginas un brillante reflejo de la pletórica actividad de nuestra juventud.

Se concede gran importancia a la labor de los palacios de pioneros, de los clubes juveniles, de los círculos y sociedades científicos, de los grupos de arte vocacional y de las organizaciones deportivas. En el socialismo el deporte es un medio importante no sólo de educación física, sino también estética y moral de la joven generación que forja en ella cualidades volitivas y colectivistas. Por eso precisamente nuestro Partido y nuestro Estado le conceden tanta atención.

Como es natural, el papel principal en la labor con la juventud lo desempeñan las mismas organizaciones juveniles que actúan bajo la dirección del Partido, ante todo la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la URSS (Komsomol) y la organización de los pioneros. El Komsomol ha sido investido de grandes derechos y autonomía. Participa activamente en todos nuestros asuntos. El Partido tiene en alta estimación la labor del Komsomol, respalda sus iniciativas y le ayuda a superar las dificultades en su actividad. Y las dificultades son inevitables. Por ejemplo, en principio todos reconocen la impor-

tancia de saber compaginar los intereses personales del joven con los sociales, al parecer todos comprenden la necesidad de conjugar la organización de su asueto y diversiones con las tareas de carácter ideo-político. Pero en la práctica resulta que no es tan fácil encontrar las formas concretas, convenientes y al mismo tiempo sugestivas de una tal combinación, que no es tan fácil evitar los bandazos hacia uno u otro lado. Es un proceso creador que exige búsquedas y soluciones audaces y correctas. Las organizaciones del Komsomol buscan constantemente tales soluciones. Como es natural, los comunistas les prestan la máxima ayuda para ello.

La línea del PCUS en la labor con el Komsomol se orienta a desarrollar su iniciativa. La excesiva reglamentación y el formalismo capaces de dañar cualquier causa viva son intolerables sobre todo en la labor con la juventud. Por eso, el Partido rechaza la tutela mezquina que traba la iniciativa de los kom-somoles.

A la vez el PCUS siempre se ha opuesto a la absolutización de la autonomía de las organizaciones juveniles. La considerable experiencia nos ha convencido de que en las condiciones de la sociedad socialista la carga de entusiasmo juvenil se convierte en una gran fuerza fecunda y creadora sólo cuando se une con la experiencia política revolucionaria del Partido Comunista.

III

Hace unos diez o quince años suscitó inquietud entre los comunistas y otras fuerzas progresistas la apatía política que se observaba en una parte considerable de la joven generación del mundo capitalista. Hoy, por el contrario, la situación se distingue por una creciente efervescencia revolucionaria de la juventud, por el afán de ésta de participar activamente en la solución de los problemas socio-políticos. En la actualidad se plantea en primer plano la tarea de ayudarle a hallar el camino acertado hacia la lucha eficaz contra el imperialismo, en defensa de sus intereses vitales. La Conferencia Internacional de

1969 de los Partidos Comunistas y Obreros subrayó que los comunistas valoran altamente el ascenso del movimiento juvenil y participan activamente en él.

Hoy, la juventud se incorpora a la vida en una época de profundas transformaciones revolucionarias. En extensas zonas del mundo se ha puesto fin a la explotación capitalista y a la opresión nacional, se ha creado una sociedad socialista real; la clase obrera organizada se ha convertido en los países capitalistas en una poderosa fuerza social, que los patronos y los gobiernos tienen que tener en cuenta; ha sido destruido el sistema colonial del imperialismo. En todo esto participa la juventud, que, como es natural, experimenta a su vez el enorme influjo de estos cambios y transformaciones.

La situación objetiva y los intereses de la aplastante mayoría de los jóvenes los impulsan a acercarse a la clase obrera, a los partidos comunistas, a hacer suyas las ideas marxistas. Lo que les atrae en el marxismo-leninismo es el consecuente espíritu revolucionario, el riguroso carácter científico y creador, la estrecha vinculación de la teoría con la práctica de la lucha de clases de las masas. Al incorporarse a la vida, la juventud se enfrenta a las agudas contradicciones engendradas por la crisis general, cada vez más profunda, del capitalismo. Los problemas del empleo, de la satisfacción de las demandas materiales y de las acrecidas exigencias espirituales hacen que la joven generación se oponga a las bases mismas del capitalismo contemporáneo, incapaz de dar satisfacción a sus necesidades. Como se subraya en una serie de documentos de los partidos hermanos, las exigencias del progreso tecno-científico y cultural y las posibilidades que éste brinda al amplio desarrollo del hombre se hallan en flagrante inadecuación con la situación real y exigen una transformación radical de todo el sistema de enseñanza, educación y formación profesional. Cada vez es mayor el número de jóvenes que participan en los grandes movimientos de protesta contra la arbitrariedad de los monopolios y los actos agresivos del imperialismo. Trátase, por su contenido socio-político, de una parte inseparable del amplio movimiento antiimperialista, cuyo núcleo aglutinante y fuerza hegemónica es la clase obrera. En nuestra época, los destinos

de todos los movimientos progresistas se hallan orgánicamente entroncados con la lucha de la clase obrera.

Pero el desarrollo de la joven generación no transcurre en un vacío ideológico. En el mundo capitalista se libra una lucha por influir en la juventud, lucha que es tanto más aguda cuanto más numerosas son las premisas objetivas del paso de vastos sectores de la joven generación a las posiciones del marxismo-leninismo.

La clase dominante utiliza todo el poderío del aparato estatal, la Iglesia, los medios de comunicación masiva y otros recursos para influir en el modo de pensar de los jóvenes y llevarlos al camino del apoliticismo y la desideologización. En los últimos tiempos, como señalan los comunistas de muchos países, han intensificado su labor entre la joven generación los adeptos de las corrientes reformistas y clericales. El sentimiento de frustración de la juventud, su descontento por el papel que desempeña en la sociedad y, en general, por el lugar que el capitalismo asigna al hombre en la producción engendran la incredulidad ante los ideales sociales y hacen que entre una parte de la juventud aparezcan formas desvirtuadas de protesta social, como es, por ejemplo, el movimiento de los «hippies». Por otra parte, dan origen a un falso radicalismo anarquista, que es explotado por todo género de extremistas de derecha e «izquierda», lo cual ayuda a las clases dominantes a encauzar la protesta social de la juventud hacia un derrotero inocuo y ventajoso para ellas, oponiéndola al movimiento obrero organizado y enfrentándola a los países socialistas.

Pero la situación política en el mundo crea posibilidades objetivas cada vez mayores para intensificar el trabajo de los comunistas entre las masas juveniles. Ahora bien, la influencia de las ideas marxistas-leninistas entre la juventud no se mide exclusivamente por el número de afiliados a las organizaciones juveniles comunistas. En muchos países, los jóvenes ingresan directamente en los partidos comunistas. Por otra parte, el influjo del marxismo-leninismo se hace sentir cada vez más en la actividad de otras organizaciones de la juventud.

Todo el mundo reconoce hoy día el gran mérito del PCUS, de la Unión Soviética, de otros estados socialistas y del movi-

miento comunista mundial en lo que respecta al alivio de la tensión internacional, al cese de la intervención norteamericana contra Vietnam y la solución de otros grandes problemas internacionales que se indican en el Programa de Paz promovido en el informe del camarada Leonid Brézhnev al XXIV Congreso del PCUS. Como subrayó el Pleno del CC del PCUS, celebrado en abril de 1973, el Programa de Paz se está haciendo feliz realidad. Todo esto responde a los intereses de las grandes masas populares, incluida la juventud.

El comunismo abre una perspectiva clara, pura y noble, que responde a los intereses de la juventud. El comunismo, el socialismo real, que ha plasmado en la comunidad socialista, cuenta en su haber con notables realizaciones. Los comunistas, utilizando al máximo este riquísimo arsenal, podemos ejercer un influjo cada vez más profundo sobre el modo de pensar y de sentir de la joven generación de todo el mundo.

Como es natural, cada partido, arrancando de las condiciones concretas, busca los medios de resolver este problema. Pero, también en este caso, mucho depende de la cooperación internacionalista. El PCUS considera el movimiento juvenil del País Soviético como parte del movimiento juvenil mundial y concede una importancia particular al desarrollo de los lazos entre el Komsomol y las fraternas uniones juveniles comunistas. El Partido estima que esto es un medio importante de educar a la joven generación de nuestro país en el espíritu del internacionalismo proletario. El reforzamiento y la ampliación de estos vínculos son trascendentales en muchos aspectos, sobre todo para seguir consolidando el movimiento juvenil internacional sobre una plataforma antiimperialista.

IV

La participación en el movimiento masivo de solidaridad con Vietnam, en la lucha por el fortalecimiento de la seguridad en Europa y en otras zonas, las acciones en apoyo de la lucha emancipadora de los pueblos árabes y por la liberación de las colonias portuguesas son otros tantos testimonios del gran in-

terés de la juventud por los problemas internacionales actuales. Y se comprende que así sea, pues los problemas de la guerra y la paz afectan del modo más directo a sus destinos. El movimiento de la juventud contra la guerra es un fenómeno típico de estos tiempos y puede constituir un importante factor para atraer a nuevas fuerzas juveniles a la lucha antiimperialista en general. En esta tarea han de desempeñar un gran papel las organizaciones juveniles democráticas internacionales: la Federación Mundial de la Juventud Democrática y la Unión Internacional de Estudiantes.

Si nos referimos a Europa, veremos que este continente ya no es lo que era hace unos años. Gracias a las conocidas iniciativas tomadas en política exterior por la URSS y otros países socialistas y por los partidos comunistas hermanos han sido hechos realidad los elementos fundamentales del programa elaborado en la Conferencia de Karlovy Vary. Los comunistas, a la vez que luchamos por el desarrollo del proceso de distensión, tenemos en cuenta todos los aspectos del mismo.

Por una parte, existen nuevas posibilidades de ampliar y reactivar todos los movimientos democráticos, de establecer la colaboración entre distintas corrientes políticas, lo que se refiere más que nada al movimiento juvenil. Hoy se trata de establecer contacto no sólo con fuerzas afines a los comunistas, sino también con las que sustentan otras posiciones y a las cuales antes ni se les habría ocurrido sentarse a una misma mesa con los comunistas. Como muestra la realidad, la propia vida, pese a los prejuicios anticomunistas y antisoviéticos, obliga a los jóvenes socialdemócratas, democristianos y liberales a buscar el contacto con la juventud de los Estados socialistas y, en una serie de casos, con las organizaciones juveniles comunistas de sus países. Intensifícase la cooperación a nivel internacional de organizaciones juveniles de distinta orientación política. Hace unos cuantos años habrían sido imposibles unas reuniones tan amplias y representativas como lo fueron, por ejemplo, las conferencias celebradas por la juventud y los estudiantes en Florencia y Helsinki para tratar de la seguridad europea y de otros problemas.

Por otra parte, cierto debilitamiento de las posiciones de las

fuerzas militaristas y revanchistas puede crear el peligro de que en determinados medios sociales surja la tendencia a entregarse a un desmedido optimismo y a la placidez.

Pero, en las nuevas condiciones, no sólo es inadmisible el debilitamiento de los movimientos juveniles y de otros movimientos sociales, sino que, por el contrario, tiene gran importancia el ascenso de la actividad de los mismos. El embotamiento de la vigilancia política de las fuerzas sociales no puede causar más que daño al proceso de la distensión. En efecto, como es sabido, no obstante el debilitamiento de la tirantez en el continente europeo y el cese de la agresión en Vietnam, la carrera armamentista prosigue, se perfeccionan las armas de exterminio masivo y crecen los presupuestos militares de Estados Unidos y otros países de la OTAN; subsisten focos que constituyen una amenaza para la paz, como ocurre, por ejemplo, en el Medio Oriente; finalmente, las fuerzas reaccionarias tratan por todos los medios de mantener el clima de guerra psicológica. Es preciso explicar a numerosos sectores de la población de los países capitalistas la verdad, evidente para los comunistas, de que la aparición de nuevas tendencias de carácter realista en la política exterior de varios gobiernos occidentales no constituye simplemente un acto de buena voluntad de dichos gobiernos, sino que es una consecuencia del cambio operado en la correlación de fuerzas tanto en el ámbito internacional como dentro de los distintos países, es el resultado de la lucha de las masas y de sus partidos políticos y organizaciones sociales.

Para desarrollarse con éxito, el movimiento juvenil debe dar una formulación madura y precisa a sus reivindicaciones, ha de saber combinar sus necesidades con los intereses del movimiento obrero y del movimiento de liberación nacional. Puede ser de gran utilidad que la juventud haga suyo el planteamiento marxista de la correlación entre las tareas democráticas generales y las tareas socialistas, para, como decía Lenin, «combinar la lucha por la democracia con la lucha por la revolución socialista».³ Los comunistas pueden prestar en este

³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLIX, pág. 347, ed. rusa.

aspecto una ayuda inestimable a la juventud. El Encuentro Mundial de la Juventud Trabajadora, celebrado en noviembre de 1972 en Moscú, muestra la palpitante actualidad de esta tarea, pues ha puesto de manifiesto que hoy es posible una discusión fecunda y constructiva del planteamiento marxista-leninista de los grandes problemas socio-económicos de la época actual y que esa discusión puede hacerse en un foro muy amplio, ya que en el Encuentro de Moscú tomaron parte representantes de 115 países.

Otro aspecto muy importante es que las organizaciones democráticas internacionales han de tener una política de iniciativa, orientada hacia la cooperación con otras corrientes políticas sobre una plataforma antiimperialista. Las organizaciones progresistas y democráticas de la juventud tampoco pueden permanecer pasivas en el desarrollo de los intercambios juveniles por los conductos estatales.

Al orientarse hacia una extensión de la cooperación con otras tendencias, los jóvenes comunistas tienen en cuenta las nuevas formas de la lucha ideológica, que en apariencia tal vez no sean tan enconadas, pero que exigen un arte político y una comprensión de la situación posiblemente mayores. Después del fracaso de la política de «rechazo del comunismo», nuestros adversarios se esforzarán sin duda por utilizar el proceso de distensión con el fin de fomentar, como ellos mismos dicen abiertamente, una «política elástica» destinada a «erosionar» el socialismo. Hay quien quisiera aprovechar la idea de un mayor intercambio de personas e informaciones para llevar a cabo nuevos actos de subversión ideológica. Habrá que prestar gran atención a estos intentos de suprimir el enfoque clasista y de infiltrar las ideas de la «convergencia», de la «paz ideológica» y demás concepciones liberales burguesas y reformistas del mismo género.

Por otra parte, es bien conocido el daño que causan al movimiento juvenil las corrientes trotskistas y maoístas y otras tendencias izquierdizantes. Ciertamente, los intentos de ensamblar en el mundo un vasto movimiento maoísta han fracasado sin pena ni gloria, pero no está excluida la posibilidad de que se intensifique la propaganda extremista izquierdizante precisa-

mente en relación con el desarrollo de la distensión y con los éxitos de la lucha por crear un sistema confiable de seguridad europea. Esta es la razón de que la labor para esclarecer el peligro de las distintas ideasseudorrevolucionarias capaces de influir en la juventud cobre hoy palpitante actualidad.

Pese a la diversidad y constante renovación de las consignas concretas y reivindicaciones, la vida y la práctica revolucionaria de los partidos hermanos muestran que en su labor entre la juventud hay rasgos generales e inmutables.

Trátase, ante todo, de los esfuerzos destinados en grado máximo a desarrollar el movimiento juvenil como participante activo y consciente de la gran lucha de clases que se libra en nuestra época por los intereses de la clase obrera, por la paz y el socialismo. Para decirlo con palabras de la Resolución propuesta por Vladímir Lenin y Rosa Luxemburgo en el Congreso de Stuttgart, los comunistas se afanan «... por actuar de modo que la juventud obrera se eduque en el espíritu del socialismo y cobre conciencia de la fraternidad de los pueblos».⁴

Trátase, en segundo lugar, de la movilización de los jóvenes para luchar por la solución de sus problemas específicos, teniendo en cuenta las exigencias de los distintos grupos sociales de la juventud. El salario igual a trabajo igual, la capacitación profesional y técnica, el acceso a la enseñanza superior y otros problemas sociales y académicos ocupan un lugar cada vez más destacado en los documentos programáticos y en la actividad cotidiana de los comunistas, en cuya labor propagandística se dedica cada vez más espacio a explicar a la joven generación la relación existente entre sus reivindicaciones específicas y la lucha común de todas las fuerzas progresistas contra la omnipotencia de los monopolios y del complejo militar-industrial, por profundas transformaciones democráticas y sociales.

Trátase, en tercer lugar, de una más plena satisfacción del interés de los jóvenes por los problemas mundiales, de su deseo de desempeñar un papel activo en la solución de los mismos. A conseguir este objetivo contribuye ante todo la explicación

⁴ V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XVI, pág. 75, ed. rusa.

de la clamorosa contradicción entre la esencia antipopular del dominio imperialista y los intereses de la juventud y de las masas populares.

Prosiguiendo el trabajo destinado a movilizar a la opinión juvenil para luchar por la seguridad y la cooperación europeas, por una alternativa democrática a la «Europa de los trusts», los comunistas no hacen caso omiso de las ideas del eurocentrismo, que en estos últimos tiempos han adquirido particular difusión en ciertos medios. El movimiento juvenil europeo no puede existir hoy aislado, al margen de la actividad de las organizaciones juveniles de otros continentes. Nadie ignora que uno de los principales estímulos para el desarrollo del movimiento juvenil progresista europeo y para su unidad de acción ha sido la solidaridad con la lucha del heroico pueblo vietnamita.

El acuerdo sobre el cese de la guerra en Vietnam ha de servir de acicate para una mayor actividad de los movimientos juveniles y de otros movimientos sociales en la lucha por la solución de otros problemas internacionales de actualidad, en la lucha para liberar a los pueblos de todas las formas de opresión nacional y social. En este sentido pertenece un papel relevante al X Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, el Festival de Berlín, cuyo lema es «¡Por la solidaridad anti-imperialista, la paz y la amistad!».

No se puede dejar de señalar, por último, la importancia fundamental que tiene el explicar a la juventud la política de los países de la comunidad socialista, el oponerse a las calumnias y a la desinformación en este plano, procedan de quien procedan. El que la juventud cobre conciencia del significado histórico de los países socialistas para sus propios destinos y para todo el desarrollo mundial crea las premisas de un considerable fortalecimiento del influjo de la ideología marxista-leninista. Por eso, la actitud ante el socialismo real, que en tenso enfrentamiento con el imperialismo hace realidad los ideales de la clase obrera, es el problema clave del trabajo ideológico entre la juventud, de su educación en el espíritu revolucionario.

El desarrollo del movimiento juvenil plantea ante los partidos comunistas numerosos y serios problemas políticos y teóricos, que sólo pueden ser resueltos mediante sus esfuerzos conjuntos. Actos como el reciente encuentro en Moscú de representantes de los partidos comunistas y obreros de Europa para tratar las cuestiones relacionadas con el trabajo entre la juventud, así como la sucesiva cooperación en esta esfera darán un importante impulso a la atracción de las fuerzas juveniles a la lucha activa por la paz, la democracia, la liberación nacional y el socialismo.

Junio de 1973

Han transcurrido cinco años desde la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú en 1969. Estos años han quedado marcados en la conciencia de los pueblos como uno de los períodos trascendentales del desarrollo de la situación internacional y el movimiento revolucionario.

La vida ha confirmado plenamente la conclusión de la Conferencia de que «el imperialismo es impotente para recuperar su pérdida iniciativa histórica e invertir el signo del desarrollo del mundo contemporáneo». La agudización de la crisis económica y política del capitalismo muestra patentemente la incapacidad del régimen burgués para hallar medios que permitan resolver los acuciantes problemas que se alzan hoy ante la humanidad. Masas cada vez más amplias cobran conciencia de que el socialismo es la vía magna del progreso social universal.

En los años transcurridos desde la Conferencia se han desarrollado dos procesos que se destacan entre todos los demás por su importancia: el crecimiento en todos los aspectos del poderío de los países que forman la comunidad socialista, sus enérgicas acciones, juntamente con todas las fuerzas adictas a la paz, contra la agresión imperialista, por el alivio de la tensión y el afianzamiento de la seguridad de los pueblos, y, por otra parte, el incremento de la lucha de la clase obrera y de los demás trabajadores de los países capitalistas, de los

pueblos liberados del yugo colonial y del movimiento anti-imperialista en su conjunto. Estos dos procesos sociales más importantes, que se desarrollan en estrecha interconexión, han conducido a nuevos y sustanciales cambios en el ámbito internacional, favorables para la paz y el socialismo.

Nuevo ascenso del socialismo mundial

La Conferencia de 1969 subrayó que el mundo socialista ha entrado en una fase de desarrollo en que surge la posibilidad de aprovechar de un modo mucho más cabal las poderosas reservas que entraña el nuevo régimen. Los años transcurridos han demostrado persuasivamente que se trata precisamente de una nueva fase, de una nueva etapa del desarrollo socio-económico y político.

Por lo que respecta a la política económica, en la actualidad, a diferencia de lo que ocurría en un pasado reciente, cuando la Unión Soviética tenía que concentrar sus recursos preferentemente en el desarrollo de la industria pesada, se está produciendo un viraje hacia la solución de conjunto de los problemas socio-económicos. El incremento del poderío económico, militar y político de la Unión Soviética permitió al XXIV Congreso del PCUS situar en primer plano —sin debilitar la atención prestada al reequipamiento técnico de la economía y a la defensa— la elevación del bienestar de las masas. Cambios análogos se están produciendo también en los otros estados de la comunidad socialista.

Desde el punto de vista de los vínculos entre los países socialistas, el período transcurrido desde la Conferencia de 1969 se significa por el hecho de que precisamente en esos años se produce la cristalización de la forma superior de cooperación económica, la integración económica socialista, que prevé tanto la cooperación en la producción y la especialización internacional en las más vastas proporciones, como una más estrecha coordinación de los planes económicos nacionales. Importa señalar que la cooperación fraternal de los países del CAME contribuye a una considerable reducción de las diferencias en

el nivel de desarrollo, lo que a su vez permite seguir elevando la eficacia de la cooperación y de su incidencia positiva en la economía y en toda la vida social de los estados socialistas.

La economía socialista planificada asegura unos altos ritmos estables de crecimiento económico, gracias a lo cual aumentan constantemente el peso de los países del CAME en la economía mundial y su prestigio político y económico. En la actualidad, cualquiera de los principales centros del poderío industrial del mundo capitalista, ya sea Europa Occidental o los Estados Unidos, se encuentra a la zaga de los países del CAME, tanto por lo que respecta a los recursos de materias primas como por lo que atañe al potencial industrial.

Los logros económicos de la Unión Soviética y de otros países socialistas están a la vista de todos. En el mundo entero ha causado gran impresión el feliz cumplimiento en la URSS del plan correspondiente al tercer año del quinquenio en curso. Los acuerdos tomados por el Pleno de diciembre de 1973 del CC del PCUS van orientados a elevar al máximo la eficiencia de la producción social y dan un nuevo y poderoso impulso al desarrollo económico del país.

Las realizaciones del socialismo desarrollado no se circunscriben a la esfera del crecimiento económico y a la elevación del nivel de vida. En los últimos años se han hecho sentir con redoblada fuerza los éxitos de los estados socialistas en la tarea de asegurar una nueva calidad de vida, distinta por principio a la del régimen capitalista, y de crear unas condiciones favorables para el amplio florecimiento espiritual, para el pleno desarrollo de las dotes y capacidades del hombre.

El continuo desarrollo de la democracia socialista, la garantía del auténtico poder del pueblo y de la más amplia participación de las masas en la dirección de los asuntos del Estado y de la producción, es una línea invariable de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas. Sobre esta base, el socialismo no sólo proclama los derechos del trabajador, sino que los garantiza en la realidad y crea las condiciones que permiten a cada trabajador contemplar con seguridad el mañana, asegura la unidad moral y política del pueblo y promueve una estabilidad social jamás conseguida por el capitalismo.

Significación socio-política de la distensión internacional

Los éxitos del socialismo real son precisamente los que, en definitiva, han determinado el viraje histórico, conseguido en los últimos años, de la guerra fría al relajamiento de la tensión, al afianzamiento de los principios de la coexistencia pacífica de los estados con distinto régimen social.

Los resultados concretos de la lucha por suavizar el clima político internacional son públicos y notorios. Entre ellos figuran: el cese de la agresión imperialista en Vietnam, la victoria del heroico pueblo vietnamita y la creación de las premisas de una paz justa en toda Indochina; el avance logrado en la obra de acabar con las consecuencias de la agresión israelí en Oriente Medio, que abre la perspectiva de un arreglo de la crisis en esta explosiva zona; el reconocimiento jurídico internacional de la RDA; la consolidación de las posiciones de Cuba. Figuran también el sistema de acuerdos llamados a reducir y conjurar el peligro de una guerra termonuclear mundial, el conjunto de tratados que afianzan los resultados de la II Guerra Mundial y del desarrollo posbélico de Europa; la normalización de las relaciones interestatales y la extensión de una cooperación mutuamente ventajosa entre los países de los dos sistemas sociales mundiales.

Una importante contribución al alivio de la tirantez internacional ha sido la reunión del Comité Político Consultivo de los países del Tratado de Varsovia, celebrada en la capital polaca los días 17 y 18 de abril de 1974. Las ideas y posiciones expuestas en el comunicado de la misma y referentes a problemas europeos de actualidad constituyen una base constructiva para la feliz culminación de los preparativos con vistas a la fase final de la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación.

Los cambios operados en el plano mundial han sido conseguidos gracias a la tensa lucha de los estados socialistas, la clase obrera internacional, las fuerzas de liberación nacional y todas las fuerzas democráticas adictas a la paz.

No ha sido poco lo que ha hecho en los últimos años el movimiento comunista internacional, juntamente con otras fuerzas

políticas, para elevar a un nuevo nivel la lucha por la paz. En esta lucha ha desempeñado un importante papel la plataforma de acciones antiimperialistas elaborada por la Conferencia de 1969. Los resultados conseguidos en la aplicación de esta plataforma muestran elocuentemente que la iniciativa en el desarrollo positivo de las relaciones internacionales y en las cuestiones ligadas al mantenimiento de la paz y la evitación de un conflicto termonuclear se halla en manos de los estados de la comunidad socialista y del movimiento comunista mundial. El Programa de Paz aprobado por el XXIV Congreso del PCUS constituye una brillante manifestación de esta iniciativa.

La trascendencia socio-política de las acciones internacionales de los últimos tiempos es evidente. El reconocimiento de la inviolabilidad de las fronteras existentes en Europa o los compromisos asumidos por estados con distinto régimen social de atenerse rigurosamente a los principios de la coexistencia pacífica y de la no injerencia en los asuntos internos de otros estados tienen importancia no sólo para el fortalecimiento de la paz, sino también para la creación de unas condiciones internacionales que favorezcan los nuevos éxitos del socialismo y el desarrollo de la lucha democrática y revolucionaria contra el régimen explotador. Así se dijo en forma clara y argumentada en la reunión de Bruselas de representantes de los partidos comunistas de Europa Occidental y así lo manifiesta la prensa de los fraternos partidos comunistas de otros continentes.

En una época en que las principales fuerzas imperialistas tienen que reconocer oficialmente el principio de la coexistencia pacífica de los estados, la base social de las organizaciones militar-políticas agresivas enfiladas contra los países socialistas, las fuerzas revolucionarias y, en general, las fuerzas democráticas, se quebranta más que en cualquier otra época anterior. La distensión contribuye a que en el campo burgués se fortalezcan las posiciones de los sectores de mentalidad realista y facilita el aislamiento de las fuerzas más reaccionarias del imperialismo, de los «partidos de la guerra» y de los complejos militar-industriales.

Por último, también es un hecho que el relajamiento de la tensión sirve de estímulo a los cambios que se producen en las

filas de la socialdemocracia. Pese a la línea anticomunista de algunos de sus líderes de derecha, ha tomado cuerpo el anhelo de la dirección de la mayoría de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos de desarrollar los contactos con el mundo socialista. Por otra parte, en algunos países se están dando los primeros pasos para establecer una cierta unidad de acción de comunistas y socialdemócratas. Como es obvio, estas tendencias positivas sólo pueden ser beneficiosas para todas las fuerzas del movimiento obrero si se neutraliza la política de los líderes más anticomunistas de la socialdemocracia.

La distensión, tanto por sus orígenes y por su naturaleza como por sus consecuencias, es un fenómeno no sólo político internacional, sino también socio-político; que marca una nueva e importante etapa en el desarrollo de la lucha antiimperialista mundial.

Los comunistas se dan perfecta cuenta de que el proceso de distensión política internacional no puede desarrollarse «espontáneamente», sin unos esfuerzos enérgicos para superar la oposición de los más rabiosos secuaces de la guerra fría. De ellos parten precisamente los intentos de imponer a los países socialistas unas «condiciones de la distensión» destinadas, en esencia, a «ablandar» y «erosionar» la comunidad socialista. Redoblan sus actividades los círculos que aspiran a ensamblar en Europa Occidental un nuevo bloque militar-político. Los adversarios de la distensión, que no se detienen ni siquiera ante las provocaciones armadas, intentan frustrar el cumplimiento del Acuerdo de París e impedir una paz duradera en Indochina, siguen operando activamente en Oriente Medio y en América Latina.

Es de muy mal agüero, sobre todo, que incluso hoy, cuando se está aliviando la tensión internacional, prosiga y hasta se intensifique un proceso que constituye en esencia una preparación material para la guerra.

La carrera armamentista, atizada por el imperialismo, impone también a los países socialistas la necesidad de destinar los correspondientes recursos a la defensa e incorpora a su órbita a decenas de países en desarrollo. Al mismo tiempo, el militarismo imperialista siempre va dirigido contra los intereses

de la clase obrera y de las fuerzas democráticas del propio país.

Esta es la razón de que la lucha por el progreso social en el mundo de hoy y por el sucesivo avance de todos los destacamentos revolucionarios sea imposible sin un amplio desenvolvimiento de la lucha por consolidar el relajamiento de la tensión internacional, contra la estrategia imperialista orientada a admitir la posibilidad de la guerra.

Cuando definió las peculiaridades del período actual, Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, destacó, en su discurso ante el Congreso Mundial de las Fuerzas de Paz, que tampoco en lo sucesivo habrá de ser fácil el camino que conduce a la paz: «Este camino exigirá, como antes, no sólo gran consecuencia, firmeza y energía, sino también perfeccionar las formas de trabajo, utilizar nuevos métodos y promover en el momento oportuno y con precisión iniciativas concretas capaces de conjurar el surgimiento de focos de tensión e impedir intermitencias en el proceso de distensión.»

Un cambio cualitativo en el desarrollo de la crisis general del capitalismo

El debilitamiento de la tensión internacional no ha invalidado, naturalmente, las leyes del desarrollo de la sociedad capitalista ni ha significado para ésta ninguna tregua.

La crisis del sistema capitalista se manifiesta hoy en las esferas más diversas: crisis energética, crisis monetaria, crisis de la política económica, crisis de superproducción, crisis de las relaciones entre el imperialismo y el «Tercer Mundo», crisis de las relaciones entre los principales centros de fuerza del imperialismo (EE. UU., Europa Occidental y Japón), crisis política e ideológica. Tal combinación de procesos de crisis quizá no se ha conocido hasta ahora en la historia del capitalismo de posguerra.

El caso es que, aún no hace mucho, estaba de moda entre los ideólogos burgueses afirmar que la época de las crisis del capitalismo había quedado relegada al pasado, que la revolución

tecnocientífica había curado las lacras del capitalismo, había elevado su vitalidad, le había infundido «nuevos alientos». Pero los marxistas siempre supieron ver, tras la fachada de los famosos «milagros económicos» de algunos países capitalistas, los procesos de fondo que iban socavando los pilares de la sociedad burguesa. Así, en 1966, en el informe del CC del PCUS ante su XXIII Congreso se señalaba: «Las fuerzas ocultas que destruyen la economía capitalista siguen actuando y ésta no podrá evitar nuevas conmociones.» Los comunistas consignaron en el Documento de la Conferencia de 1969: «La revolución científico-técnica acelera el proceso de socialización de la economía; bajo la dominación de los monopolios, eso conduce a que los antagonismos sociales se reproduzcan y adquieran proporciones aún más considerables y mayor agudeza.» Conclusión que la vida ha confirmado irrefutablemente.

Por lo que respecta al plano económico, el momento actual tiene como rasgo específico una peculiar combinación de la crisis energética con un incremento del desempleo y la inflación. «¿Qué vemos hoy en los Estados Unidos? El reino de la “trinidad” que forman la inflación, el desempleo y la escasez.» Esta apreciación no pertenece a un comunista, sino al conocido economista burgués John Galbraith.

Ayer parecía antinatural que una rápida inflación fuese acompañada de un estancamiento de la producción, fenómeno al que hoy se da el nombre de «estagflación» y que ya va siendo habitual. Al mismo tiempo, aparecen nuevas combinaciones inesperadas, como es, por ejemplo, la escasez de energía, de distintas materias primas y comestibles y, a la vez, la superproducción de muchos artículos.

Como vemos, pocos años después de la ola de recesiones críticas de la producción y deterioros de la coyuntura que se extendió por el mundo capitalista en los años 1969-1971, el auge industrial vuelve a ser reemplazado por un brusco empeoramiento de la situación económica. ¿No es esto una prueba de la evidente bancarrota de la política económica del capitalismo monopolista de Estado?

Se han agudizado considerablemente también las contradicciones entre los distintos países imperialistas. El capital finan-

ciero estadounidense, mejor abastecido de recursos propios de petróleo y gas que sus competidores, trata de aprovechar la situación creada para desquitarse de la reciente derrota en el mercado capitalista mundial, simbolizada por el hundimiento del sistema monetario erigido sobre la supremacía del dólar. Al propio tiempo, el imperialismo norteamericano intenta fortalecer sus posiciones políticas y poner parches al sistema global de alianzas militares imperialistas sometido a su égida.

Mas la contraofensiva económica y política de los EE. UU. tropieza con una resistencia cada vez más enérgica. Intensíficase las contradicciones con los países eurooccidentales, especialmente con Francia, y se agudiza la rivalidad económica entre los EE. UU. y el Japón. A estos conflictos interimperialistas vienen a sumarse los nuevos nudos de contradicciones en el seno del Mercado Común, así como entre el Japón y los países de Europa Occidental.

En las actuales condiciones destaca con particular relieve el agudizado antagonismo entre los países imperialistas y los estados del «Tercer Mundo». Desde hace muchos años, los monopolios imperialistas, aprovechando el desarrollo de las materias sintéticas, el aumento de la producción agropecuaria de los países capitalistas y otros factores, han venido presionando sobre la economía de las antiguas colonias, para conseguir una reducción en los precios de los productos de las mismas. Como consecuencia, el peso relativo de los países en desarrollo en el comercio capitalista mundial ha disminuido verticalmente, y el abismo económico entre los niveles de desarrollo de los dos grupos de países del mundo no socialista ha seguido ahondándose.

Los países en desarrollo, y en primer término los del Oriente Arabe, están tomando ahora represalias contra el imperialismo, para lo cual aprovechan la dependencia, surgida en los últimos decenios, en que se hallan respecto de la importación de petróleo muchas industrias de los países imperialistas, en particular aquéllas que producen precisamente diversas materias sintéticas. A las fuerzas de choque de la expansión imperialista —los poderosos supermonopolios internacionales— se opone con creciente frecuencia la unidad de acción de los países liberados de

la opresión colonial y que ahora afirman su derecho a disponer de un modo soberano de sus riquezas naturales. La crisis energética es un reflejo de la crisis de todo el sistema de relaciones económicas entre el imperialismo y el «Tercer Mundo», de la crisis de la política neocolonialista.

Es la primera vez que se entrelaza tan estrechamente y se impulsan unos a otros con tal fuerza procesos económicos de crisis y factores ligados a una profunda crisis política, tanto dentro de los distintos países imperialistas como en el sistema de relaciones interestatales del capitalismo contemporáneo. Si se toman en su conjunto todos estos procesos agudizados de crisis, forzosamente se llega a la conclusión de que lo que está ocurriendo no es una simple profundización de la crisis general del capitalismo, sino un determinado cambio cualitativo que se produce en el desarrollo de la misma en su tercera etapa.

Agudización de las batallas de clase

El fracaso de los planes basados en una firme y prolongada estabilización social y política en los países imperialistas constituye el rasgo distintivo de la presente etapa de la crisis general del capitalismo y, al propio tiempo, una consecuencia inevitable del desarrollo de la misma. En casi todos los lugares se registra una agudización de la lucha de clases, como lo evidencia el panorama social que se observa en los países capitalistas durante los últimos años: enormes proporciones del movimiento huelguístico, alta tensión de los conflictos socio-políticos, tirantez de la situación política interior, multiplicación de las crisis de gobierno y, en una serie de países, aguda crisis de los propios sistemas de gobierno y de las instituciones del poder.

Los acontecimientos de los últimos años han destacado con particular relieve el acierto de la tesis de la Conferencia según la cual la clase obrera es la principal fuerza motriz y movilizadora de la lucha revolucionaria y de todo el movimiento democrático y antiimperialista y han confirmado la conclusión de que la lucha de clase de los trabajadores va dirigida cada vez más contra el propio sistema de dominación estatal-monopolista.

La base económica que permitía las maniobras sociales de los monopolios se ha contraído sensiblemente en comparación con la de los años sesenta. Los círculos gobernantes recurren con mayor frecuencia a la limitación estatal directa de los salarios y a todo género de medidas antisindicales. Este cambio, que, como es natural, provoca una agudización de las batallas de clase, no demuestra, sin embargo, que los enemigos de la clase obrera sean ahora más fuertes. Así lo puso de manifiesto de un modo patente la experiencia de la política antiobrera del Gobierno conservador inglés. La implantación de la semana laboral de tres días, con la correspondiente reducción de los salarios, que constituyó de hecho una respuesta del capital monopolista a las grandes acciones huelguísticas de los mineros y de otros destacamentos de la clase obrera, fue un *lock-out* nacional que convirtió en semidesocupados a todos los trabajadores del país. Pero, como es sabido, el intento de emprender una ofensiva frontal contra la clase obrera fracasó. La huelga de los mineros culminó en una victoria resonante, y el Partido Conservador fue derrotado en las elecciones parlamentarias.

Los resultados de los debates celebrados por los partidos comunistas de los países eurooccidentales en las conferencias de Londres (1971) y Bruselas (1974) demostraron que, para frustrar los ataques de las compañías multinacionales contra los derechos sindicales y las conquistas sociales de los trabajadores de distintos países, se precisan acciones prácticas conjuntas de la clase obrera a escala internacional. En el orden del día se plantea con carácter cada vez más apremiante la necesidad de coordinar la lucha de los trabajadores ocupados en las empresas que en diferentes países tienen los monopolios transnacionales. Es de palpitante actualidad la lucha contra la creciente expansión de los monopolios USA, así como contra la antidemocrática política social del Mercado Común y contra los planes de consolidar sobre su base a las fuerzas más reaccionarias.

Nadie puede negar que el contenido social del movimiento de liberación nacional es también cada vez más acentuado. En la profundización de las transformaciones socio-económicas siguen desempeñando un importante papel los países de régi-

men progresista. Al mismo tiempo, las perspectivas de la lucha nacional-liberadora dependen en gran medida de la decisión de oponerse a los peligrosos bandazos antidemocráticos, nacionalistas reaccionarios y anticomunistas que se observan en algunos de estos países.

Cada vez es mayor la importancia que van adquiriendo las tendencias democráticas antiimperialistas en países como la India, Bangla Desh, República Malgache, Sri Lanka y otros. Como ya lo había previsto la Conferencia de 1969, en los países liberados se acentúa la diferenciación social, se agudiza el conflicto entre las fuerzas democráticas, por una parte, y el imperialismo y la reacción interior, por otra. Este proceso se extiende también cada vez más a países que aún no hace mucho parecían sólidas bases del neocolonialismo (como Tailandia y Filipinas). En todos los nuevos estados nacionales aumenta la atracción que las ideas socialistas ejercen sobre los sectores patrióticos.

La crisis del capitalismo y el peligro fascista

No se puede olvidar que la reacción trata siempre de aprovechar la situación de crisis y la creciente inestabilidad social y política para asestar contragolpes a la clase obrera. En muchos países europeos, entre ellos Italia, Francia y la RFA, se observa una reactivación de los elementos derechistas. Continúa el desenfreno del terror fascista en España. En esta situación adquieren mayor valor de actualidad que nunca la advertencia de la Conferencia de 1969 de que el fascismo intensifica su actividad en épocas de agudización de la crisis y el llamamiento de los comunistas a repeler implacablemente los manejos pro-fascistas.

Que el peligro fascista es real lo demuestra la tragedia actual del pueblo chileno. Muchos son los que han comprendido ahora que la represión en Chile, los fusilamientos, los campos de concentración y la quema de libros son métodos propios del fascismo, del hitlerismo. Los sucesos de Chile han dado origen a una poderosa campaña internacional en defensa de los demó-

cratas y combatientes revolucionarios chilenos, para salvar de la persecución a los activistas y dirigentes de los Partidos Comunista y Socialista, a las fuerzas patrióticas. Al mismo tiempo es característico el afán por recoger las enseñanzas de Chile desde el punto de vista de las perspectivas del desarrollo revolucionario en las presentes condiciones.

También nuestra revolución hubo de enfrentarse en su tiempo con la furiosa resistencia de la burguesía reaccionaria y de todo el imperialismo mundial. Esa resistencia sufrió una derrota contundente gracias a la firme, perspicaz, fiel a los principios y flexible política leninista, en la que estaban comprendidos los bloques con otros partidos, los necesarios compromisos y los cambios oportunos de política, de los que la NEP fue un brillante ejemplo. Por eso, en los momentos decisivos y cruciales de la revolución, la clase obrera de Rusia pudo disponer del necesario apoyo de la mayoría del pueblo, mientras que las fuerzas reaccionarias y sus acólitos se vieron aislados.

Los comunistas saben extraer enseñanzas también de las derrotas. El estudio de la experiencia de la Comuna de París y de la revolución rusa de 1905, revoluciones armadas que fueron derrotadas, permitió, como es sabido, elaborar una estrategia y una táctica victoriosas que aseguraron el triunfo histórico mundial de octubre de 1917. En la situación actual, los sucesos de Chile, que ofrecieron la primera experiencia prolongada de desarrollo «pacífico» de la revolución, tienen un gran valor para los marxistas-leninistas desde el punto de vista del perfeccionamiento de la estrategia y la táctica revolucionarias.

Resumiendo de un modo muy general los problemas planteados por estos acontecimientos, cabría decir lo siguiente:

Ante todo, la derrota no debe eclipsar los aspectos positivos de la experiencia de la abnegada actividad de los revolucionarios chilenos, comunistas y socialistas. A la vista de todo el mundo quedó demostrada la posibilidad de que, sobre la base de la Constitución vigente, un bloque de izquierda dirigido por partidos proletarios e inspirado en las ideas marxistas-leninistas llegue al poder. Al mismo tiempo ha quedado demostrada la posibilidad real de que la revolución gane para su

causa a una parte considerable del campesinado y de otras capas medias.

Si en la Rusia de 1917, por ejemplo, el proceso revolucionario se desarrolló en formas pacíficas tan sólo unos cuantos meses, en Chile se nos ofreció la experiencia de tres años de desarrollo de esta naturaleza, el cual, importa señalarlo, condujo a importantes transformaciones socio-económicas en beneficio de los trabajadores. Este desarrollo fue interrumpido violentamente en el preciso momento en que se perfiló una nueva ola de apoyo a la revolución por parte de las masas y se dibujó la perspectiva de un nuevo avance de la revolución. Es preciso subrayar que no fue la revolución, sino la contrarrevolución quien rompió abierta y desvergonzadamente con la Constitución vigente y pisoteó sin escrúpulos los derechos democráticos. De aquí se desprende una conclusión que viene a confirmar de nuevo una regularidad puesta de manifiesto más de una vez en la historia de las revoluciones: cada vez que surge un peligro real para los intereses de clase de la burguesía, ésta pone en juego sus abundantes recursos, entre ellos sus vínculos con el capital internacional, recurre a todos los medios para frustrar el proceso revolucionario y aplica métodos extremos, terroristas y dictatoriales, para reprimir y aplastar a la revolución.

Por consiguiente, los sucesos de Chile vuelven a recordar la importancia de saber defender las conquistas revolucionarias y la enorme trascendencia de estar preparados para cambiar rápidamente las formas de lucha pacíficas y no pacíficas y de ser capaces de responder con la violencia revolucionaria a la violencia contrarrevolucionaria de la burguesía. También vienen a recordarnos la necesidad de abordar con acierto, al modo leninista, el problema de la vía pacífica, no armada, hacia el triunfo de la revolución. La garantía del desarrollo pacífico de la revolución es no sólo una correlación de fuerzas sociales bajo la cual la burguesía no se atreva a desatar la guerra civil, sino también la constante disposición de la vanguardia revolucionaria y de las masas (no verbal, sino práctica) para aplicar los medios de lucha más resueltos si la situación lo requiere.

La experiencia de la revolución muestra que ésta puede desarrollarse con éxito si se aseguran el fortalecimiento y la

consolidación de su base social, lo cual depende en primer término de la política económica. Después de los fundamentales éxitos políticos, la economía pasa a ser el principal campo de la batalla por el triunfo de la revolución. El problema de elaborar y aplicar consecuentemente una política económica acertada en el período de transición, de elegir las formas y los ritmos de las transformaciones económicas se agrava por la circunstancia de que la burguesía recurre al bloqueo económico, a la acumulación artificial de dificultades económicas y al sabotaje de la producción como uno de los principales medios de lucha.

La reacción cifra obviamente sus esperanzas en las vacilaciones, la inconsecuencia y la doble naturaleza de la pequeña burguesía, de las capas medias, y trata de apartarlas de la clase obrera y enfrentarlas con ella. Al mismo tiempo, el enemigo de clase aprovecha las actividades de los grupos izquierdizantes y aventureros, que desempeñan un papel provocador objetivamente, sobre todo cuando la revolución se desarrolla pacíficamente. La lucha decidida contra su línea y sus acciones erróneas y, a la vez, el trabajo paciente con las personas sometidas a su influencia para dar una orientación acertada a su entusiasmo revolucionario es uno de los problemas más importantes con que se enfrentan siempre los comunistas.

El papel de los medios de comunicación de masas ha aumentado en la actual lucha socio-política en unas proporciones que no tienen precedente en la experiencia de las revoluciones del pasado. Al mismo tiempo, la experiencia de Chile nos convence de que para lograr la victoria es preciso suprimir el dominio del enemigo de clase sobre los medios de información pública y de propaganda.

En la lucha contra la revolución, y en general contra el movimiento obrero, los reaccionarios asignan un importantísimo papel al ejército, como también a todo género de cuerpos policíacos, esforzándose por convertirlos en baluartes del conservadurismo, aislarlos del pueblo y educarlos en el anticomunismo. Los hechos muestran que no es sólo en América Latina, con sus tradicionales «pronunciamientos», sino también en los países de capitalismo desarrollado donde la reacción no vacila

en recurrir al ejército cuando surge una amenaza real para su poder sobre la sociedad. Por eso, también cuando la revolución tiene un desarrollo pacífico, reviste una importancia cardinal la tarea de quitar de las manos de los representantes del viejo régimen una palanca tan trascendental del poder como es el ejército y formar un nuevo aparato estatal. No hay ni puede haber un ejército al margen del Estado y de la política.

Los sucesos de Chile vuelven a situar en primer plano, y lo hacen del modo más dramático, los problemas de principio de la teoría marxista-leninista de la revolución. A este respecto quisiera recordar una predicción hecha por Carlos Marx. Basándose en la experiencia de las revoluciones del siglo XIX, llamó la atención sobre el hecho de que las revoluciones de la época contemporánea consistirán cada vez menos en acciones «improvisadas» y espontáneas de masas y partidos y cada vez más en acciones conscientes y organizadas¹. Esto se refiere muy directamente a nuestros tiempos. Una vez más conviene subrayar de un modo muy particular, a la luz de los sucesos de Chile, la importancia de asegurar y defender el socialismo real, las conquistas revolucionarias reales, utilizando para ello los medios y recursos necesarios.

La creciente importancia de la lucha ideológica

La confrontación de clases en el ámbito internacional abarca todas las esferas de la vida social. Y no es casual que las cuestiones de la lucha ideológica ocupen un lugar cada vez mayor.

La lucha por las mentes de los hombres es en última instancia uno de los campos decisivos de la competición entre los dos sistemas.

Lenin enseñaba a los comunistas que «luchar contra la reacción significa, ante todo, arrancar ideológicamente a las masas a la influencia de la reacción»². Esta tesis leninista es válida no

¹ Véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. VIII, pág. 551, ed. en ruso.

² V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XIV, pág. 193, ed. en ruso.

sólo para la lucha revolucionaria en general, sino también para la lucha, orgánicamente vinculada a aquélla, contra la guerra y la agresión imperialistas, por la afirmación de los principios de la coexistencia pacífica de los estados. El relajamiento de la tensión significa, pues, la ampliación y profundización del frente de la lucha ideológica, pero de ningún modo la «coexistencia pacífica» de ideologías opuestas.

Los resultados de la lucha ideológica entre el socialismo y el capitalismo repercuten cada vez más acusadamente en el carácter y los ritmos del desarrollo social. También cambian sustancialmente las condiciones de esta lucha, ya que las dos partes utilizan los poderosos medios modernos de comunicación de masas, que progresan rápidamente bajo el impacto de la revolución tecno-científica.

En la situación actual, la reacción multiplica sus tentativas de desacreditar al socialismo. Se confía de un modo especial en el nacionalismo, en quebrantar la estabilidad de la sociedad socialista en algunos países y debilitar la unidad de la comunidad socialista.

El antisovietismo responde a los propósitos de los enemigos de la distensión internacional, que pretenden atizar la carrera de armamentos y restablecer el clima de la guerra fría. A la vez, corresponde a los planes de aquellos círculos que consideran la distensión como un simple medio de facilitar la labor subversiva contra los países socialistas.

Así, pues, el antisovietismo se ha convertido en una especie de punto central de la actividad de los círculos agresivos y, en general, de los más reaccionarios, que aspiran a frenar el ascenso de las fuerzas antiimperialistas y socavar la lucha de las masas contra el sistema explotador capitalista.

Este es justamente el motivo de que los comunistas de los partidos hermanos subrayen con razón que la lucha contra el antisovietismo incumbe a todos los trabajadores, a todos los demócratas, a todos los patriotas. En esto se concede una importancia clave a cotejar las principales tendencias en la situación de las masas trabajadoras: en el socialismo, ampliación de la democracia socialista, enriquecimiento de su contenido, incorporación cada vez mayor de las masas a la dirección real

de los asuntos sociales y estatales, constante elevación del bienestar material y seguridad en el futuro; en el capitalismo, creciente ofensiva contra los derechos democráticos, cercenamiento de los mismos, reducción del nivel de vida, existencia cada vez más precaria, inseguridad en el mañana.

Con el fin de debilitar la fuerza de atracción que ejerce el socialismo, los anticomunistas recurren con frecuencia a un cotejo tendencioso de distintos aspectos de la vida en los países capitalistas y socialistas. En este sentido reviste una gran importancia la cuestión de los criterios de la competición entre los dos sistemas. En los países socialistas nadie se propone competir con el capitalismo en lo que respecta a aquellos exponentes que reflejan aspectos específicos de este régimen explotador, su limitación histórica. En la comparación del socialismo y el capitalismo están llamados a desempeñar un papel cada vez mayor los exponentes de una auténtica solicitud por los trabajadores, la satisfacción segura y cada vez más plena de sus necesidades materiales, la garantía de unas condiciones que permitan el desarrollo espiritual en todos sus aspectos.

En la lucha ideológica corresponde un lugar especial al esclarecimiento de los objetivos programáticos de la política internacional socialista y la amplia exteriorización de la filosofía de la paz que sirve de guía a los estados socialistas. Los comunistas soviéticos estiman que su deber es contribuir incansablemente a que la opinión mundial, a que centenares de millones de personas de la Tierra comprendan el nexo indisoluble existente entre el socialismo y la paz y cobren conciencia de que precisamente gracias al socialismo, a su prestigio y a su poderío existe la posibilidad real de evitar las guerras mundiales, de sofrenar a los agresores imperialistas.

Un importante eslabón de la actividad ideológica del PCUS en el plano internacional sigue siendo la oposición activa a la política y la propaganda de la dirigencia china, orientadas a la lucha contra la comunidad socialista, contra la política internacional de los partidos y estados hermanos.

La nueva campaña político-ideológica de «crítica a Confucio y Lin Piao», como en su tiempo la «revolución cultural», se convierte en un antisovietismo belicoso, que ya ha hecho

daños incalculables ante todo al propio pueblo chino, a la causa del socialismo y a la lucha antiimperialista.

En el preciso momento en que los esfuerzos de todos los demócratas y de todos los amigos de la paz se centran en el afianzamiento de la distensión internacional, en la tarea de refrenar a las fuerzas de la agresión en todas partes, Pekín trata, premeditadamente y de un modo provocador, de desacreditar y frustrar el proceso distensivo.

En el preciso momento en que los partidos comunistas de Europa y todos los partidarios de la paz despliegan la lucha por hacer del suyo un continente de paz y cooperación internacional, la dirigencia del PCCh aconseja sin rodeos a fortalecer la OTAN en contraposición al Tratado de Varsovia y apoya los peligrosos planes de las fuerzas más reaccionarias de Europa orientados a ensamblar un nuevo bloque militar sobre la base del Mercado Común.

En el preciso momento en que los comunistas y los demócratas arrecian la lucha contra el peligro fascista y organizan una campaña de solidaridad internacional con el pueblo de Chile, Pekín apoya ostensiblemente a la junta militar chilena, autora de crímenes inauditos.

El PCUS considera un deber suyo rechazar de un modo consecuente, y nunca dejará de hacerlo, la política antileninista de la actual dirigencia china, que perjudica la causa del socialismo y daña a todo el movimiento comunista y de liberación nacional. Al propio tiempo —como lo hemos subrayado siempre—, la Unión Soviética sigue pronunciándose por la normalización de las relaciones con la RPCh y se congratularía de su participación constructiva en la solución de los problemas internacionales.

La situación presente y el movimiento comunista internacional

Refiriéndose a los resultados de la Conferencia de 1969, Leonid Brézhnev escribió en las páginas de esta revista: «Podemos decir con orgullo que jamás hubo movimiento político ni

corriente ideológica que jugara un papel transformador de la vida de la humanidad tan relevante como el desempeñado por el movimiento comunista y obrero internacional... Del aumento del poderío y de la fuerza de nuestro movimiento y de la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros depende mucho el futuro de la humanidad en este último tercio del siglo XX.»³

En los cinco años transcurridos desde la Conferencia de 1969, el movimiento comunista internacional ha fortalecido considerablemente sus filas. Se ha elevado sensiblemente el prestigio político y se ha acrecentado la influencia de los partidos comunistas y obreros. Si lanzamos una mirada al camino recorrido desde la Conferencia, comprobaremos claramente hasta qué punto fue oportuna su celebración y la gran significación que han tenido los documentos elaborados por ella tanto para la conquista por los comunistas de nuevas posiciones en la confrontación con el imperialismo como para la consolidación de la unidad y la elevación de la combatividad del propio movimiento comunista mundial y, en general, para la extensión del frente antiimperialista.

Estos años han venido a confirmar una vez más que, en las condiciones presentes, las conferencias de los partidos hermanos constituyen la forma más eficaz y aceptable de vínculos internacionalistas entre los partidos comunistas. Así lo señalan en sus declaraciones y documentos muy numerosos partidos hermanos. Así lo evidencian también los encuentros regionales de comunistas, las conferencias teóricas y otras formas de contactos multilaterales que han menudeado después de la Conferencia de Moscú y han echado en los últimos años profundas raíces en nuestro movimiento.

En efecto, este año se han celebrado dos conferencias de partidos hermanos que, a nuestro modo de ver, han tenido una gran importancia. A comienzos de enero, en la conferencia que examinó la labor de *Revista Internacional*, en la que participaron representantes de 67 partidos comunistas, se procedió a un fecundo e interesante intercambio de opiniones e

³ *Revista Internacional*, 1969, N 8, pág. 9.

informaciones que abarcó toda una serie de problemas de actualidad. La conferencia de Bruselas de los partidos comunistas de Europa Occidental, reunida a finales del mismo mes, no sólo contribuyó indudablemente a concertar la línea de los comunistas de esta región en la lucha contra el capital monopolista, sino que destacó la decisión de dichos partidos de laborar activamente, de consuno con los demás destacamentos de nuestro movimiento, para consolidar la paz y la seguridad en Europa y afirmar nuevos principios en el conjunto de las relaciones internacionales.

En el curso de estas reuniones y en manifestaciones públicas de los dirigentes de una serie de partidos hermanos se expuso la idea de que en la situación mundial se han producido cambios fundamentales y han aparecido nuevas tendencias y nuevos procesos, que permiten hablar no sólo de un serio cambio en las condiciones de lucha de los comunistas en los cinco años transcurridos, sino también de nuevas tareas planteadas ante nuestro movimiento. El PCUS parte también de que la valoración de los éxitos conseguidos sobre la base de las conclusiones de la Conferencia de 1969, el análisis de los procesos y fenómenos que definen el desarrollo de la presente situación internacional y la determinación de la línea de acción unitaria de los comunistas en las nuevas condiciones exigen los esfuerzos colectivos de los partidos hermanos.

La iniciativa de una serie de partidos respecto a la convocatoria de una conferencia paneuropea de los partidos comunistas y obreros, del tipo de la de Karlovy Vary de 1967, también responde a las exigencias del momento y a las necesidades del movimiento comunista.

Dada la extraordinaria intensificación de las interconexiones internacionales, característica para nuestros tiempos, y en una situación en que la lucha ideológica se agudiza y ejerce un impacto cada vez mayor sobre toda la vida de la sociedad, los comunistas se preocupan de un modo especial de aplicar consecuentemente y desarrollar los principios del internacionalismo proletario.

El internacionalismo proletario es la garantía del éxito en la construcción del socialismo y del comunismo. La fidelidad al

internacionalismo proletario es condición básica para asegurar la interacción de las tres principales corrientes revolucionarias de la época: el socialismo mundial, la clase obrera internacional y la lucha de liberación nacional. El internacionalismo proletario es nuestra arma insustituible en la lucha contra el imperialismo, por la paz, la democracia y la independencia nacional, en la lucha por los ideales del comunismo.

Junio de 1974

El papel del socialismo en el desarrollo mundial contemporáneo

Han transcurrido casi tres decenios desde que resonaron las últimas descargas de la II Guerra Mundial, la más cruenta de cuantas ha conocido la humanidad. Fue una lucha armada en la que participaron estados pertenecientes a distintos sistemas sociales. El nuevo régimen social —el socialismo— hubo de medir sus fuerzas con los destacamentos más selectos, armados hasta los dientes, del imperialismo mundial: la Alemania fascista y sus aliados. Y el Estado fundado por Lenin soportó dignamente esta tremenda prueba. Si la civilización se salvó del fascismo, lo debe, ante todo, a la lucha del pueblo soviético dirigido por el Partido Comunista leninista.

La Unión Soviética y el movimiento comunista internacional hicieron todo lo posible por evitar la II Guerra Mundial. A mediados de la década del 30 fueron precisamente los comunistas quienes previnieron de la terrible amenaza bélica que se avecinaba sobre la humanidad. El VII Congreso de la Internacional Comunista llamó a la clase obrera y a todas las fuerzas democráticas a unirse contra el fascismo y la guerra. En una resolución especial declaró sin rodeos: «Pero en caso de que estalle una nueva guerra mundial imperialista a despecho de todos los esfuerzos de la clase obrera por evitarla, los comunistas procurarán conducir a los adversarios de la guerra organizados en la lucha por la paz a la batalla... contra

los promotores fascistas de guerra, contra la burguesía, por el derrocamiento del capitalismo.»¹

Los partidos comunistas elaboraron una estrategia y una táctica que les permitieron, cuando fue desencadenada la guerra, a pesar de todo, «poner fin a esta guerra a su manera, a tenor de sus intereses, de los intereses de toda la humanidad trabajadora, formando así las premisas necesarias para destruir las causas radicales que engendran las guerras imperialistas». Estas palabras fueron escritas por Jorge Dimítrov al comienzo de la II Guerra Mundial, en septiembre de 1939².

Los resultados de la contienda evidenciaron la razón de los comunistas. La derrota de la Alemania fascista, del Japón imperialista y de sus aliados respondía a los intereses de toda la humanidad progresista, a los intereses de la democracia y del socialismo. Quedó abierta la vía para toda una serie de victoriosas revoluciones populares que barrieron el régimen capitalista en once países más de Europa y Asia, y luego también en Cuba. Y éste fue el acontecimiento que, por su significación histórica mundial, siguió en importancia a la Revolución de Octubre. Hace 30 años que el socialismo rebasó el marco de un solo país. Se confirmó, digámoslo con palabras de Lenin, la «amenazante verdad» de la nueva y grave derrota que esperaba al imperialismo en caso de una guerra, que conduciría inevitablemente «a la ampliación del socialismo»³.

El régimen socialista demostró su vitalidad y su carácter indestructible. La Unión Soviética se convirtió en una potencia mundial cuyo prestigio internacional y cuyas posiciones nadie podía ya desdeñar. El socialismo pasó a ser sistema mundial extendido sobre un inmenso territorio que va desde el centro de Europa y las costas del Adriático hasta Asia Suroriental.

Las posiciones del capitalismo mundial se debilitaron sustancialmente. En Europa salió de la conflagración quebrantado

¹ *Resoluciones del VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista*. Partizdat, 1935, pág. 39, ed. en ruso.

² *Internacional Comunista*. N.º 8-9, 1939, pág. 36, ed. en ruso.

³ Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. XLIV, pág. 149; t. XXXVI, pág. 397, ed. rusa.

hasta sus cimientos. La fragilidad de todos sus pilares —desde los económicos hasta los ideológicos— era un fenómeno típico en la mayoría de los países de Europa, no sólo Oriental sino también Occidental. El movimiento antifascista de la Resistencia imprimió un auge sin precedente a la lucha de clases contra el régimen explotador en su conjunto. Los trabajadores de muchos países lograron en los primeros años de la posguerra conquistas socio-políticas como no habían podido alcanzar en muchos decenios de empeñadas batallas clasistas anteriores. Creció en todas partes la influencia de los comunistas, los luchadores más heroicos y consecuentes contra el fascismo. El movimiento comunista internacional apareció como la fuerza más cohesionada y forjada ideológicamente, que abre ante todos los pueblos la perspectiva de la paz verdadera y del progreso social.

Paralizando y distraendo las fuerzas principales del imperialismo, el sistema socialista quebrantó su capacidad de mantener sojuzgados a otros pueblos. Estos se encontraban ya ante un enemigo al que se podía obligar al repliegue. La garra mortal del imperialismo se debilitó en Asia, Africa y América Latina. Se alzó la arrolladora oleada del movimiento de liberación nacional. Comenzó el desmoronamiento del sistema colonial mundial. Este proceso hizo aparecer en el mapamundi más de 80 estados nuevos, muchos de los cuales han dado un gran avance por la vía de las reformas sociales. Nació una nueva fuerza que, aliada con el socialismo mundial, posee un inmenso potencial antiimperialista.

Tales son, a grandes rasgos, los resultados principales de la derrota de las fuerzas de choque del imperialismo en aquel período y de la aparición del sistema socialista mundial. Sirven de lección instructiva a todos los que, en los círculos imperialistas, no han renunciado a los propósitos de solventar por medios bélicos la histórica discusión entre el socialismo y el capitalismo.

I

El nacimiento del sistema socialista mundial se produjo en un ambiente de ofensiva general de las fuerzas revolucionarias que abarcó a una parte considerable del mundo y, en primer término, a Europa. La clase obrera y otras fuerzas progresistas alcanzaron considerables éxitos en aquel período. En los países de la Europa Suroriental y Central, en Vietnam, China y Corea, se desplegaron con buen éxito, sobre la base de una amplia unión de los trabajadores, revoluciones democráticas populares que condujeron a la derrota del imperialismo y a la instauración del poder del pueblo en estos países. Se multiplicaron el número de adheridos a los partidos comunistas y el prestigio de éstos en las organizaciones masivas. Entraron comunistas en los gobiernos de nueve países eurooccidentales (Italia, Francia, Bélgica, Dinamarca, Noruega, Islandia, Austria, Finlandia y Luxemburgo). En Italia y Francia fueron aprobadas constituciones democráticas. En Francia, Italia, Gran Bretaña y Austria se procedió a nacionalizar varias industrias. Apareció la perspectiva de reformas cardinales, auténticamente democráticas.

En esas condiciones, el imperialismo pasó a una contraofensiva cuyo sentido clasista consistía en privar a los pueblos y a los trabajadores de la oportunidad de aprovechar la victoria sobre el fascismo en propio interés, en interés de la democracia y del progreso social verdaderos. Una forma de esta contraofensiva fue la guerra fría, de la que querían valerse las potencias imperialistas para mantener los órdenes capitalistas allí donde se tambaleaban y restaurarlos en los sitios donde les habían asestado un golpe de muerte.

La injerencia, ante todo del imperialismo norteamericano, fue la causa esencial de que se detuvieran los procesos revolucionarios en una serie de países. De hecho, tenía lugar una intervención militar disfrazada o en algunos casos abierta, como por ejemplo en Grecia. Pero en aquellos países, que también fueron objeto de intervención armada, donde se había establecido ya el poder popular —en Vietnam y Corea—, la agresión imperialista fracasó gracias a la lucha valerosa de sus pueblos que tenían el apoyo de la Unión Soviética, del campo socia-

lista, de las fuerzas democráticas del mundo entero, aunque el imperialismo logró arrebatarse provisionalmente a estos estados parte de su territorio.

En Europa Central y Suroriental, así como en el Este de Asia, el imperialismo no pudo impedir el triunfo de las revoluciones. En el torpedeamiento de sus planes desempeñó un papel decisivo la transformación de la dictadura del proletariado en fuerza internacional.

Igual que erró Hitler al contar con la división de los pueblos soviéticos bajo los golpes de la agresión, también erraron los promotores de la guerra fría en sus propósitos de aislar a unos de otros, y de la URSS, a los países que habían emprendido la vía del socialismo, en sus propósitos de someterlos uno por uno. Cohesionados, los pueblos de la URSS, Polonia, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Rumania y Albania, así como los trabajadores de la Alemania Oriental se opusieron resueltamente a las tentativas del imperialismo de arrebatarse el principal resultado social de la victoria sobre el fascismo. Y esto tuvo una significación histórica mundial. El socialismo obtuvo la posibilidad de desarrollarse, no ya dentro del cerco capitalista como ocurría hasta la guerra, sino en tanto que comunidad internacional y nuevo sistema mundial.

En estrecha conexión y respaldándose en la URSS, los estados nacidos del movimiento antifascista de liberación, que condujo a revoluciones populares, se convirtieron en estados socialistas. Sus esfuerzos mancomunados, sumados al potencial y al prestigio de la Unión Soviética, permitieron cumplir una tarea histórica de gran dificultad: evitar que la llegada al poder de la clase obrera, de los trabajadores, llevara emparejadas una guerra civil y una intervención armada cruentas y agotadoras como sucedió en la Rusia soviética cuando estaba sola.

En el marco de la comunidad internacional, a salvo de la injerencia imperialista, pudieron edificar una sociedad nueva en condiciones de paz duradera.

En el marco de esta comunidad fraternal sin precedente les fue más fácil superar las dificultades del período de transición y recibir oportunamente ayuda y sostén económicos y políticos de los amigos fieles y seguros.

La institución del sistema mundial del socialismo dio comienzo a su transformación en factor decisivo de la historia contemporánea. Pronto alcanzó el socialismo metas históricas a partir de las cuales sus conquistas se hicieron ya *irreversibles*. Aparecieron garantías reales de la imposibilidad de la restauración del capitalismo en cualquier país de la comunidad socialista. Se produjo, pues, la consolidación de las victorias de la Revolución de Octubre y de otras revoluciones socialistas.

El desgajamiento provisional de China del frente general de lucha por la causa de la clase obrera y el apoyo directo o encubierto que presta la dirigencia china a las fuerzas enemigas del socialismo en el ámbito internacional entorpecieron, naturalmente, en cierto grado el logro por el sistema socialista de éxitos más considerables y exigieron esfuerzos suplementarios de los países fieles al internacionalismo proletario. Sin embargo, ni siquiera en estas circunstancias logró el imperialismo impedir que el socialismo internacional cumpliera su misión histórica.

En su política respecto a China, el PCUS arranca de que no existe base objetiva para enfrentar los intereses del pueblo chino a los intereses del socialismo verdadero, del movimiento comunista y de todo el movimiento revolucionario. Por eso, nuestro Partido continuará rigiéndose también en adelante por los acuerdos del XXIV Congreso, persuadido de que llegará el momento en que China vuelva a ocupar un lugar digno entre los que luchan contra el imperialismo, por la paz y el progreso social.

Durante el período transcurrido se ha evidenciado con gran claridad la dialéctica del nexo de los problemas de la paz, del socialismo y la revolución. Un factor esencialísimo de toda la situación internacional ha sido el cambio de la correlación de fuerzas en favor del socialismo. La garantía de la paz ha contribuido a la consolidación de los éxitos revolucionarios y los ha propiciado. Y cada nuevo paso en el desarrollo revolucionario fortalecía la causa de la paz. La paz internacional es la que permite realizar con mayor éxito las metas del socialismo que corresponden a los intereses de la mayoría aplastante de la humanidad.

Al mismo tiempo, tomando en consideración las posibles consecuencias de una guerra termonuclear, ante todo para quienes osaran desencadenarla, los líderes del imperialismo no se decidían a jugar la carta de un nuevo conflicto bélico mundial tan descaradamente como ocurrió por los años 30. Pero el imperialismo no renunció a los planes bélicos. La agresión sigue figurando en el arsenal de su política. De ahí, la carrera armamentista y otras medidas de preparación material de la guerra.

El nexo indisoluble entre el socialismo y la paz es un logro importantísimo del nuevo régimen social. Y el parentesco entre el imperialismo y la guerra es el talón de Aquiles del viejo régimen. Su orientación hacia los preparativos de guerra enfrentó a los imperialistas con toda la humanidad adicta a la paz, haciendo que cientos de millones de hombres se cohesionaran en el mundo entero contra la estrategia global del imperialismo.

Y aunque la guerra fría planeada en gran escala costó muy cara a los pueblos del mundo, aunque costó muchas vidas y gastos militares fabulosos, comenzó a ahogarse a comienzos de la década del 70. El valladar a su realización sucesiva, que habría podido tener consecuencias catastróficas para toda la humanidad, se lo opuso, ante todo, el potencial unido del socialismo. Los comunistas, que a fines de los años 40 previnieron de que la guerra fría, lo mismo que la «caliente», terminaría con una derrota para el imperialismo, demostraron una vez más estar en lo cierto.

Una palanca poderosa que ayudó a pasar de la guerra fría a la distensión en la esfera mundial fue el Programa de Paz, adelantado por el XXIV Congreso del PCUS. Ha sido reconocido a escala mundial como un programa genuinamente popular, expresión de las aspiraciones de todos los enemigos de la guerra y de todos los partidarios de unas relaciones interestatales paritarias y democráticas. La aplicación inteligente y tenaz de este Programa por nuestro Partido, en estrecha conexión con los partidos y estados hermanos, la relevante, multilateral e infatigable labor de fortalecimiento y desarrollo del socialismo, de aplicación de la política exterior leninista

que llevan a cabo el CC del PCUS, el Estado soviético y el Secretario General del CC del PCUS, Leonid Brézhnev, han permitido aprovechar del mejor modo y en breve plazo el poderío material y político acumulado por el socialismo para efectuar cambios radicales en el ámbito internacional.

Desde la altura escalada se puede apreciar más plenamente la significación histórica de la proeza internacional del pueblo soviético que hizo un aporte decisivo al cambio de la correlación de fuerzas en la palestra mundial en favor del socialismo. El pueblo soviético, que soportó el mayor fardo de la cruenta batalla contra el fascismo, aceptó conscientemente sacrificios materiales considerables para fortalecer el potencial defensivo del Estado soviético y quitarle al imperialismo su supremacía bélica. En cierta medida, esto repercutió en la cadencia de crecimiento del bienestar del pueblo del país que, además, sufrió tremendas pérdidas en los años de la contienda. Pero así era la rigurosa necesidad histórica dictada por la lógica de la lucha contra el imperialismo y por la garantía de la paz.

El socialismo defendió, fortaleció y amplió sus posiciones en el curso de la tensa confrontación de los dos sistemas sociales, rasgo característico de un largo período de la posguerra. Se abrió la perspectiva no sólo de una paz sólida y justa, sino también del avance sucesivo de los pueblos por la vía del progreso social.

II

Los años transcurridos desde que comenzó la formación del sistema socialista mundial han evidenciado el inmenso e inapreciable significado que tiene, ante todo, para los pueblos de los propios países socialistas. Y esto supone cientos de millones de personas, aun tomando únicamente los países que colaboraron activamente y marcharon juntos a lo largo de todo el período posbélico.

Los países socialistas resolvieron en favor de sus pueblos problemas insolubles bajo el capitalismo. Se puso fin a la explotación del hombre por el hombre, se eliminó la razón misma

del antagonismo de clases: la propiedad privada sobre los medios de producción. Al contrario que el capitalismo, con la cruda lucha de clases inherente a él, la sociedad socialista se desarrolla en la dirección de una creciente homogeneidad social. Aquí, lo mismo que en el proceso de asentamiento de las bases del socialismo y lo mismo que en el paso a la sociedad socialista desarrollada, el papel dirigente corresponde a la clase más avanzada, a la clase obrera.

En la mayoría de los nuevos estados se resolvió también un problema tan arduo como el paso del campesinado a la agricultura colectivizada. Lo importante es, sobre todo, que esto se consiguió sin reducir el nivel de producción. En el curso de las reformas socialistas se consolidó la alianza de la clase obrera y del campesinado y se forjó la unidad moral y política de todo el pueblo trabajador.

La experiencia de los países hermanos demostró también que sólo por la vía del socialismo puede ser resuelto un problema tan complejo como el nacional. Antes de la revolución, Europa Suroriental era una zona de aguda enemistad nacional. El régimen socialista permitió encontrar a los problemas nacionales una solución que sirve de fundamento sólido para la amistad y la fraternidad de los pueblos de la comunidad socialista. El cese de la discordia nacional, el establecimiento de la amistad de los pueblos y el esplendor de las naciones socialistas tienen una significación histórica mundial.

Todas éstas son conquistas que hace falta cuidar y desarrollar.

La existencia del socialismo en tanto que comunidad internacional suma a los importantísimos factores de crecimiento y desarrollo de la sociedad socialista la ayuda recíproca fraternal por vía de Estado, la internacionalización de la experiencia acopiada y la integración económica socialista. La comunidad socialista es una prueba rotunda de ello. La cadencia y las proporciones del fomento de cada uno de los países que la componen no son determinadas hoy únicamente por los recursos que posee. También influyen favorablemente en ellas las posibilidades conjuntas de toda la comunidad. Y, en estas condiciones, cada país puede aprovechar más racionalmente las

suyas propias. Por ejemplo, es difícil sobrevalorar el hecho de que, dentro del CAME, los países que no disponen de riquezas naturales suficientes puedan satisfacer sus grandes demandas de energía y materias primas sin depender del capitalismo ni de las conmociones que le son propias.

En el marco de la comunidad socialista se ha manifestado una regularidad como la igualación de los niveles económicos. Un gran adelanto ha sido la transformación de muchos países del socialismo en estados industriales altamente desarrollados, y los agrarios en industriales-agrarios.

Durante el período transcurrido se manifestó en toda su plenitud la estabilidad del socialismo, no sólo como régimen social sino también como sistema internacional. Hace ya 25 años que funciona el Consejo de Ayuda Mutua Económica, organismo internacional económico de tipo socialista. Desde hace dos decenios existe la Organización del Tratado de Varsovia. Las entrevistas-cumbre regulares de líderes de los partidos hermanos, las sesiones del Comité Consultivo Político y los asiduos contactos entre partidos y estados forman, en conjunto, un mecanismo muy funcional de coordinación y colaboración estrechas en todas las ramas de la vida y de la actividad de la comunidad socialista.

La vía histórica recorrida en seis lustros, no ya por uno sino por varios países extraordinariamente distintos en su arranque, confirmó bien a las claras las conclusiones básicas de la teoría marxista-leninista de la revolución socialista y de la edificación del socialismo, enriqueció el acervo del comunismo científico y pertrechó a los comunistas con una experiencia nueva, de significación vital, para el éxito de su lucha en la etapa presente de la época del tránsito del capitalismo al socialismo. Esta experiencia demostró lo importante y necesario que es tomar en consideración al máximo, en la política de los partidos gobernantes, las leyes objetivas generales de la edificación socialista que rigen para todos los países del socialismo sin excepción, a pesar de sus particularidades históricas y nacionales.

El progreso del socialismo mundial depende en grado decisivo, lo mismo que antes, de la acertada dirección de la

sociedad por los partidos marxistas-leninistas. Estos tuvieron que superar buen número de dificultades, experimentar a veces la amargura de los reveses y buscar nuevos enfoques a los problemas. Un esplendente mérito suyo ante sus pueblos y ante todo el movimiento revolucionario es que resolvieron en forma audaz y creativa las complejas tareas de la edificación de una sociedad nueva y sostuvieron una lucha consecuente contra todo género de tendencias peligrosas para el socialismo en sus países y en el sistema socialista mundial.

El socialismo aparece hoy como la civilización más avanzada, con perspectivas ilimitadas de avance.

Desde este punto de vista importa considerar los «índices» con que llegan a mediados de la década del 70 el socialismo y el capitalismo respectivamente.

En la esfera principal y decisiva del desarrollo social —en la esfera de la producción material—, se ha producido en el período posbélico un cambio muy grande, verdaderamente histórico, en la correlación de los potenciales económicos del capitalismo y del socialismo. Hoy, la producción industrial del mundo socialista rebasa el nivel de anteguerra (Unión Soviética y Mongolia) 32 veces mientras que en el mundo capitalista aumentó 4,9 veces. La parte correspondiente al socialismo en la producción industrial mundial, que antes de la guerra no llegaba al 10 %, ha subido al 39 %.

La importancia de los éxitos económicos del socialismo es tanto más grande por cuanto la URSS y la mayoría de los países de Europa Oriental salieron de la guerra con pérdidas —materiales y humanas— incalculablemente más cuantiosas que el mundo capitalista. Y el principal país capitalista —EE. UU.— no padeció en absoluto la guerra. Sobre el territorio de los EE. UU. no cayó una sola bomba ni fue destruida una sola fábrica. Por el contrario, durante la contienda se desplegó allí considerablemente la industria. Los países socialistas, en cambio, tuvieron que restaurar mucho y, todavía más, construir de nuevo.

El socialismo demuestra también su superioridad en cuanto a la garantía del bienestar del pueblo, que en los países socialistas se eleva constantemente. Por ejemplo: de 1950 a 1972,

los ingresos reales de los trabajadores de la URSS se triplicaron con creces. Ciertamente, en varios indicadores del consumo popular, la mayoría de los países socialistas, que arrancaron de un nivel sumamente bajo de ingresos per cápita, va todavía a la zaga de los países capitalistas más desarrollados. Pero esta diferencia se reduce inconteniblemente.

Lo principal es que la sociedad socialista —en contraste con la capitalista con su ansia de lucro— centra su atención en los intereses del hombre y en la satisfacción máxima de las crecientes demandas de los trabajadores. La asistencia médica gratuita, el sistema de jubilaciones y otras ventajas sociales están firmemente garantizados y, además, se amplían y perfeccionan sin cesar. El desempleo desapareció hace tiempo, los precios son estables y se elevan planificadamente los salarios. Los alquileres, el transporte y los servicios públicos son mucho más baratos; los impuestos son notablemente inferiores y se reducen de modo gradual. No se olvide, además, que es ajena a la sociedad socialista la cadencia de trabajo agotadora para los obreros, propia del capitalismo.

La superioridad del socialismo se evidencia bien a las claras en la instrucción y la cultura. La enseñanza gratuita sin barreras sociales, las posibilidades ilimitadas para adquirir una cualificación o elevarla, para la educación estética, la búsqueda y el desarrollo de los talentos artísticos y el amplio acceso del pueblo a los valores culturales constituyen una realidad del socialismo. Por ejemplo, la Unión Soviética ocupa el primer lugar del mundo por la asistencia de público a cines, salas de conciertos, museos y bibliotecas y por el número de libros leídos. Son conocidos en el mundo entero los sorprendentes adelantos de la ciencia, la literatura y el deporte soviéticos. En el extranjero se aplaude entusiásticamente la actuación de los maestros del arte soviético que presentan de modo evidente a los trabajadores de los países capitalistas los gigantescos éxitos del socialismo en el terreno de la cultura espiritual.

El socialismo despejó vastos horizontes para la iniciativa política de los trabajadores. A ello contribuyen el desarrollo y perfeccionamiento de la democracia socialista, el reforzamiento de los principios sociales de administración y el ascenso

del nivel educacional del pueblo. En el aspecto ideológico distinguen a la sociedad socialista una mentalidad de vanguardia, el grado de conciencia social, el sentido de coparticipación en una gran obra común, el ambiente de igualdad social y nacional, el espíritu de compañerismo y de ayuda mutua. Se ha configurado un modo de vida original, el modo socialista de vida, en el que cada cual participa activamente en todos los asuntos de la sociedad, vive los grandes intereses sociales y se siente libre miembro de pleno derecho de la colectividad. La mayor conquista y el «secreto» esencial de los éxitos del socialismo es que ha formado a un hombre nuevo, seguro de su porvenir, consciente de ser constructor activo del socialismo y del comunismo.

¿Y con qué bagaje llega el capitalismo al último cuarto de siglo? Con una nueva y acentuada agravación de las contradicciones sociales y de los conflictos de diverso género. Se perfilan netamente hondos procesos críticos en la economía del capitalismo. En varios países ha comenzado un receso de la producción. Un rasgo típico de la recesión es que transcurre a la par que la crisis monetaria y el aumento alucinante de la inflación. Los líderes de los estados burgueses hacen inauditos esfuerzos por detener, o al menos atenuar, la inflación que amenaza las bases mismas de la economía capitalista. La inflación galopante es una consecuencia de la actividad de las mastodónticas corporaciones multinacionales y, en primer lugar, del sistemático desangramiento de la economía por los complejos industriales-militares. La vida ha disipado el mito de que los gastos de guerra propician el auge económico. Se ha hecho patente que la carrera de los armamentos lleva emparejados un despilfarro gigantesco de los recursos y la acentuación de los fenómenos críticos.

El descenso de la producción y la subida de los precios afectan ante todo, naturalmente, a la clase obrera y a los trabajadores. En los EE. UU., el salario real disminuyó 4 % en 1973; en Inglaterra, 4,6 %. Al mismo tiempo, creció en flecha el desempleo. El número de desempleados rebasó de nuevo el límite de 6 % en los EE. UU., sumando 5.500.000; en Europa Occidental llegó a 3.500.000 y continúa creciendo. De manera

que, a despecho del colosal progreso técnico, en el mundo del capital ha vuelto a empeorar la vida de la masa fundamental de la población.

Las tentativas de cargar a los trabajadores las penalidades de la crisis tropiezan ya con una resistencia muy fuerte. Se ha acentuado considerablemente la inestabilidad política de la sociedad burguesa. Las crisis de gobierno se suceden. Cunde el desprestigio de las instituciones estatales y de los partidos burgueses, así como la desconfianza en ellos. Se incrementa la actividad clasista del proletariado, de amplias masas trabajadoras. De otro lado, se intensifica el peligro de la derecha por parte de las fuerzas ultrarreaccionarias, profascistas y militaristas.

Se ahondan las contradicciones dentro del imperialismo, particularmente entre los EE. UU., Europa Occidental y el Japón. Se han agravado seriamente las relaciones entre las ciudadelas del capitalismo y los países en desarrollo.

La crisis actual no tiene precedente en toda la historia posbélica de la sociedad capitalista. Es una prueba de que la crisis general del capitalismo se ahonda en todos sus aspectos y de que en este proceso tiene lugar un cambio cualitativo.

Conviene recordar que la inevitabilidad de las conmociones críticas fue predicha por los comunistas ya cuando la propaganda burguesa anunciaba a bombo y platillos en el mundo entero el advenimiento de una era de capitalismo próspero y sin crisis: el «neocapitalismo». Las apreciaciones dadas por la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 y por los congresos de los partidos hermanos se confirmaron de nuevo, demostrando una vez más la fundamentación del análisis marxista-leninista de los procesos que tienen lugar en el mundo.

La situación existente en la esfera del dominio del capital pone de manifiesto con nueva fuerza la necesidad objetiva del socialismo como única salida real del atolladero al que el sistema capitalista conduce la sociedad. «El socialismo —se subraya en la Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de los países capitalistas de Europa celebrada en Bruselas— se plantea, cada día más, como exigencia objetiva del progreso

en todos los dominios de la vida, del desarrollo de las naciones y del porvenir del mundo... solamente el socialismo puede dar una respuesta a los grandes problemas de fondo que tienen ante sí las masas populares de los países capitalistas.»

III

La comunidad socialista mundial aparece como la fuerza más importante en la lucha contra el imperialismo y como el aliado natural e insustituible de todas las otras fuerzas antiimperialistas. «El poderío económico y político del sistema mundial del socialismo –se dice en la resolución de un pleno del Consejo Nacional del Partido Comunista de la India– crece de día en día... La superioridad del sistema socialista mundial sobre el capitalista ejerce una acción revolucionadora sobre los pueblos del mundo.»⁴

El desarrollo incesante y vigoroso del sistema socialista mundial influye sobre la correlación de fuerzas en el curso de la lucha de clases dentro de los países del capital.

En la situación nueva, cuando el socialismo verdadero demuestra su aptitud creciente de poner los logros económicos al servicio del hombre, los trabajadores de los países capitalistas acrecientan su pujanza y defienden con más tenacidad y audacia sus reivindicaciones. Al mismo tiempo, la clase obrera ha robustecido su aptitud para defender las libertades y los derechos democráticos. Ha aumentado la intolerancia de las masas hacia la reacción política y su voluntad de hacer frente a las intrigas del neofascismo y a las tendencias autoritarias. El cambio general de la relación de fuerzas en favor del socialismo y la democracia contribuyó, indudablemente, a formar las condiciones externas para la caída de los regímenes fascistas en Portugal y Grecia.

Los principios de la vitalidad de la comunidad socialista y la subordinación de su desarrollo a los intereses de los trabajadores ejercen una influencia creciente sobre la orientación y el

⁴ *New Age*, August, 11th, 1974, p. 3.

carácter de las reivindicaciones que plantea la clase obrera. Los destacamentos de vanguardia del movimiento obrero hacen cada día más hincapié en demandas que rebasan el marco de las reformas corrientes y tienen un gran significado, tanto desde el punto de vista de la defensa de los derechos democráticos como de la creación de condiciones más favorables para la lucha por el socialismo.

En nuestros días, incluso la simple comparación de la situación existente en los países socialistas y el estado de crisis en que se encuentran los países del capital tiene que incidir por fuerza en el crecimiento de la combatividad, de la conciencia y de la madurez política de los trabajadores. Nuevos y nuevos millones de hombres se persuaden de que sus calamidades arrancan de la naturaleza del capitalismo: en efecto, a la sociedad socialista, que existe y se desarrolla en el mismo planeta y en el mismo plazo histórico, no la aquejan el desempleo, la inflación, la fiebre monetaria ni las conmociones financieras.

Naturalmente, la concienciación clasista de las masas no se produce por sí sola. En ella desempeñan un gran papel los partidos comunistas de los países capitalistas. A la vez que luchan abnegadamente por los intereses de los trabajadores y por los intereses genuinamente nacionales de sus países, fortalecen sin cesar los nexos internacionalistas con el mundo del socialismo. Los comunistas parten de que los éxitos verdaderos de los países socialistas son un sumando obligatorio de su propia fuerza y su prestigio. Sin una vasta difusión de la verdad acerca del socialismo no se concibe la auténtica labor ideológica y política de los partidos comunistas entre las masas. Al mismo tiempo, la intensa actividad que despliegan para defender el socialismo y rechazar las campañas calumniosas contra la Unión Soviética y otros países socialistas es de un gran valor también para estos países y para el buen desarrollo del sistema mundial del socialismo, para todo el movimiento revolucionario.

El sistema socialista es la fuerza motriz más importante de los avances trascendentales que han transformado enteramente la faz de una enorme parte del mundo sojuzgada durante mucho tiempo por los colonialistas. Todos los acontecimientos clave que han tenido lugar en esta zona del mundo –desde la década

del 40 hasta la del 70— prueban suasoriamente su evidente nexo con el auge del poderío y la influencia del socialismo, con su ayuda y su apoyo. Así lo recogen los anales del movimiento de liberación nacional en la posguerra: desde sus primeras páginas, relativas a la época en que el pueblo de la India peleaba por su libertad, hasta las que están escribiéndose hoy cuando, bajo los golpes de las fuerzas patrióticas de Guinea-Bissau, Mozambique y Angola y a consecuencia de la victoria de la revolución democrática antifascista en Portugal, se viene abajo el último imperio colonial.

Como expresión viva de las ideas de la libertad nacional y social y como fuerza que triunfó sobre las ideas fascistas-imperialistas del racismo y de la desigualdad nacional, el mundo del socialismo ha estimulado el despertar de la dignidad humana en millones y millones de antiguos esclavos coloniales. El ejemplo del socialismo ha desempeñado un papel inconmensurable en la germinación y el fortalecimiento de un gran impulso hacia la libertad y la independencia, hacia la destrucción del yugo extranjero.

El significado de la interconexión del socialismo verdadero y la lucha de liberación nacional aparece en muchos casos que conoce el mundo entero. Es indiscutible, por ejemplo, que el viraje radical en la lucha de los pueblos árabes y sus éxitos impresionantes fueron posibles, precisamente, cuando se orientaron de modo consciente hacia el acercamiento y la amistad con la Unión Soviética y otros países socialistas.

El sistema socialista, su existencia misma, su poderío y su apoyo, brindaron a los pueblos de Asia y Africa la oportunidad de iniciar en la práctica la solución de tareas cardinales planteadas después de la proclamación de la independencia política. A ello contribuye la colaboración multilateral de los estados socialistas con los países en desarrollo, tanto en las relaciones bilaterales como en la política mundial.

Un medio cada día más eficiente de incidencia del socialismo sobre el desarrollo mundial es su política exterior socialista concertada.

Esta política es el principal instrumento del socialismo en la lucha por evitar una guerra termonuclear mundial. Masas popu-

lares cada día más vastas ven y saben que si la paz se ha hecho hoy más sólida, si se ha reducido sustancialmente la amenaza de un conflicto mundial, el mayor mérito corresponde en este aspecto al socialismo verdadero, a su política activa, perspicaz, principista y dúctil.

Para el buen éxito de la política exterior socialista tiene una gran importancia la coordinación de las acciones de los estados hermanos en el plano internacional. Al mismo tiempo, es una fuente esencialísima del fortalecimiento de las posiciones internacionales del socialismo.

La actividad política exterior de los países hermanos reviste un carácter global. En todos los problemas internacionales clave, la comunidad socialista adopta y proclama abiertamente posiciones netas y claras, comprensibles y afines para la opinión pública democrática del mundo entero. El eje de la vida internacional se ha desplazado visiblemente hacia los estados socialistas. El signo de nuestro tiempo es una elevada actividad en política exterior de las capitales socialistas. Todas las personalidades que desean tomar una participación efectiva en la política mundial muestran interés por los contactos y las consultas con la dirección soviética y de otros países socialistas. Los discursos y los viajes de los líderes de los partidos y estados hermanos tienen una gran resonancia internacional.

En la política mundial del último período desempeña un papel relevante la nueva forma de contactos directos de líderes de los países socialistas con altos representantes de los estados capitalistas. En este aspecto, nuestro país se respalda también en la tradición histórica, y particularmente en la experiencia de la coalición antihitleriana, prueba de que la sensata apreciación de las realidades políticas existentes por los gobernantes del sistema social opuesto al nuestro y la concienzuda observancia de los acuerdos alcanzados permiten hallar un lenguaje común y obtener resultados de importancia, que coadyuvan a la causa de la paz, a los intereses de los estados correspondientes y a la normalización de las relaciones internacionales en su conjunto.

Hoy está generalmente reconocido que la tendencia principal del desarrollo internacional es el viraje hacia la distensión, la

coexistencia pacífica y la seguridad de los pueblos. Y «el factor decisivo en que se funda esta evolución es la existencia y la acción del sistema socialista mundial»⁵.

Sin embargo, para los comunistas está claro que la coexistencia pacífica no hace desaparecer la contradicción esencial de nuestra época: la contradicción entre el imperialismo y el socialismo. Se desenvuelve un complejo proceso de adaptación de la burguesía dominante a las nuevas condiciones de la confrontación con el socialismo. El objetivo de derrocar el régimen socialista es sustituido por la estrategia, minuciosamente elaborada, de su debilitación gradual. Los estrategias del imperialismo tienden a dividir los países socialistas, a enfrentarlos unos a otros y, ante todo, a la Unión Soviética. Espolean la carrera armamentista e hipertrofian los presupuestos militares. Continúan los pertinaces esfuerzos para reanimar y modernizar el bloque agresivo de la OTAN, utilizado también como instrumento directo para exportar la contrarrevolución y la reacción, según atestiguan los sucesos de Chile, Uruguay, Chipre y algunos otros países.

Todo esto demuestra que los éxitos alcanzados no dan ningún fundamento para considerarse satisfechos. El imperialismo sigue siendo un adversario peligroso y fuerte. La consolidación y el ahondamiento del proceso distensivo exigen acciones coherentes y enérgicas, una labor política creativa, vigilancia y, ante todo, una preocupación infatigable por el fortalecimiento del socialismo mundial.

IV

En la experiencia histórica de los seis últimos lustros se han definido con toda precisión las direcciones esenciales de la incidencia favorable del socialismo en el movimiento revolucionario mundial, en el decurso del desarrollo progresivo de toda la sociedad humana. Sintetizando, estas direcciones son:

⁵ Del informe del camarada G. Marchais en el Congreso del PCF, en octubre de 1974. *l'Humanité*, 25. X. 1974.

la invencible fuerza vital del nuevo régimen social se manifiesta con creciente plenitud; una masa muy considerable de la población de la Tierra está libre ya de la explotación y de la opresión, ha conocido los bienes que representan, cuando son reales, la igualdad y fraternidad, la democracia y la independencia nacional; así se afirma la perspectiva socialista para todos los demás pueblos y se atesora la experiencia práctica de la edificación de una sociedad que es la única alternativa posible al capitalismo privado de porvenir;

el socialismo es el factor especial del inevitable cambio de la relación de fuerzas en el plano internacional en favor de la paz, de los intereses de todos los pueblos y del progreso social;

los logros alcanzados en la edificación de la nueva sociedad multiplican la fuerza de atracción de las ideas del socialismo, contribuyen más y más a su extensa difusión, socavan los prejuicios anticomunistas y la ideología burguesa;

el socialismo verdadero demuestra la superioridad de las relaciones interestatales nuevas, genuinamente internacionalistas, edificadas sobre los principios de la amistad y la fraternidad de los pueblos;

el socialismo verdadero ejerce una influencia constructiva sobre todo el sistema de relaciones internacionales, contribuyendo al fortalecimiento de la paz y la seguridad de los pueblos, a la solución negociada de todos los pleitos;

el socialismo verdadero incide favorablemente en las condiciones políticas exteriores, y también —indirectamente— en las interiores, de la lucha de clases en los países del capital;

con su apoyo multifacético a los pueblos que defienden la libertad nacional y la independencia de los estados que se han liberado del colonialismo y han emprendido la vía del desarrollo autónomo, el socialismo verdadero ayuda a nuevos cientos de millones de personas a incorporarse a la activa creación histórica de la época iniciada por la Gran Revolución de Octubre.

Hoy día, la benéfica influencia del socialismo sobre el desarrollo mundial no es ya simplemente una idea avanzada o una conclusión teórica, sino que es una realidad viva, uno de los factores objetivos más importantes que determinan la marcha de la historia mundial.

La experiencia de treinta años ha demostrado suasoriamente que los intereses del socialismo mundial —su consolidación, el aumento de su influencia— coinciden de pleno con las hondas y vitales necesidades de toda la humanidad trabajadora. En efecto, ¿no están interesados los trabajadores de todos los países en que se aleje más y más la amenaza de una guerra termónuclear, en que se fortalezcan más y más las bases de la seguridad internacional?

La experiencia de treinta años de posguerra muestra que las conflagraciones desencadenadas por el imperialismo han sido liquidadas, ante todo, merced a los esfuerzos de los países del socialismo, a su actividad y su tenacidad. Y la liquidación de estas guerras se llevó siempre a cabo observando en su plenitud los intereses de los países y los pueblos envueltos en ellas. Los pueblos del mundo se percatan cada día más de que, si el socialismo continúa fortaleciéndose, obtendrán de él creciente apoyo político, moral y también material. Si aumenta la influencia del socialismo sobre la marcha de los acontecimientos, se reducirán a tenor las posibilidades de las fuerzas del imperialismo y de la reacción y crecerán las posibilidades de las fuerzas de la paz, la independencia nacional y el progreso social.

Por lo tanto, la clase obrera, el campesinado y otras capas trabajadoras no proletarias de todos los países tienen un interés vital en que el socialismo mundial se fortalezca y aumente su influencia sobre la marcha de los acontecimientos.

Naturalmente, no todos comprenden todavía esta estrecha interconexión de los intereses del socialismo mundial y los pueblos de todos los países. El imperialismo y sus ideólogos, igual que los revisionistas de todo género, hacen cuanto pueden por difuminar esa interconexión y meter cuña entre el socialismo y los otros destacamentos de las fuerzas revolucionarias. Pero, a despecho de sus esfuerzos, las masas conciencian la comunidad de intereses del socialismo y de todos los trabajadores, y esta comprensión es cada día más profunda.

La marcha objetiva de los acontecimientos, tanto en los países del socialismo como en el resto del mundo, permite llegar a la conclusión de que la influencia del socialismo sobre el desarrollo universal *se acrecienta constantemente*.

Por un lado, se elevan las posibilidades de esta influencia relacionadas con el aumento del poderío económico, ideológico y político de la comunidad socialista. Los países que agrupa han entrado en una etapa nueva de desarrollo, han alcanzado conquistas cualitativamente nuevas en la edificación comunista y la construcción de la sociedad socialista desarrollada. En tres decenios se han formado las condiciones necesarias para la realización práctica, más plena y multifacética, de las ventajas del socialismo y, por consiguiente, para multiplicar la fuerza de su ejemplo. También contribuirá indudablemente a reforzar el papel del socialismo en el mundo contemporáneo la circunstancia de que continúa perfeccionándose la colaboración de los partidos y estados hermanos.

Por otro lado, propiciarán objetivamente el auge de la influencia del socialismo los procesos que tienen lugar fuera del mundo socialista. La drástica agravación de la crisis general del capitalismo hace que una masa creciente de la población pierda la fe en la posibilidad de conservar, en el marco del régimen capitalista, el nivel de vida conquistado en ardua y prolongada lucha y salvarse del desempleo y otras calamidades que engendra el predominio de los monopolios.

Los procesos que acaecen en los países del «Tercer Mundo» empujan a éstos a buscar con creciente tenacidad una solución socialista a los problemas. La vida misma demuestra que el avance en la dirección del socialismo abre grandes posibilidades para superar las tremendas dificultades relacionadas con la liquidación de la herencia colonial. También es sabido que el movimiento antiimperialista se transforma con creciente nitidez, en muchos países de esta zona del mundo, en lucha contra la explotación de todo género. Naturalmente, esto se halla condicionado por las necesidades candentes del desarrollo de los propios países liberados. Pero en este proceso tendrá también una gran importancia la influencia ideológica del socialismo mundial, que demuestra palpablemente su aptitud de resolver con buen éxito problemas insolubles por la vía capitalista. Y el vínculo, todavía subsistente, de estos países con la economía capitalista mundial que se encuentra en profunda crisis, el neocolonialismo y la rapacidad de las corporaciones multinacio-

nales acentuarán también los estados de ánimo anticapitalistas y el deseo de colaborar con el socialismo verdadero.

En favor del socialismo actúan igualmente con creciente fuerza los procesos relacionados con la revolución tecno-científica y con la agravación de problemas de carácter global como el energético, el alimentario y el ecológico. Únicamente el socialismo y los principios de convivencia internacional nacidos de él pueden garantizar la solución efectiva de los más grandes problemas del siglo XX, dar a los pueblos y a los estados ese nivel nuevo y más elevado de colaboración tecno-científica, económica y cultural cuya necesidad es dictada por el carácter y el poderío de las fuerzas productivas del presente y del futuro.

Así, pues, cualquiera que sea el aspecto del desarrollo mundial contemporáneo que tomemos, en todas partes actúan factores objetivos que acentúan el papel del socialismo como fuerza de vanguardia del progreso mundial.

Pero los comunistas, como se sabe, no han sido nunca partidarios de la teoría de la realización automática de las posibilidades objetivas, no reconocen la posición de abandonar a la espontaneidad el curso de los acontecimientos. Parten de que el inmenso potencial del socialismo y el papel que le ha asignado la historia cobran realidad de la forma más plena y multifacética gracias a la acertada política de los partidos comunistas, gracias a su unidad sobre la base del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario. Con el respaldo de una experiencia ya bastante larga puede afirmarse que, si la mayoría de los países socialistas no estuvieran unidos y marchasen cada uno por su lado, si no se fortaleciera constantemente la comunidad socialista, no sólo el socialismo mundial no habría podido convertirse en factor cada vez más determinante hoy del desarrollo mundial, sino que, además, los países socialistas hubiesen tenido que pagar, empleando la expresión de Carlos Marx, «con una derrota común de sus esfuerzos divididos». Y esto habría costado muy caro a todos los pueblos del mundo.

La lucha por la cohesión del sistema mundial del socialismo y su desarrollo multilateral es una tarea internacionalista de suma importancia. La actitud del PCUS sobre este particular

quedó claramente formulada por el camarada Leonid Brézhnev. «Ahora necesitamos la unidad, la colaboración y las acciones conjuntas –subrayó– para, ante todo, cumplir más rápida y eficientemente las tareas del desarrollo de la sociedad socialista y de la construcción del comunismo. La unidad, la cohesión y la colaboración las necesitamos también para defender y consolidar con el mayor éxito posible la paz, tan imprescindible a todos los pueblos, para afianzar la distensión internacional y para dar una réplica contundente a cualquier embestida agresiva del imperialismo, a cualquier intento de menoscabo de los intereses del socialismo.»⁶

Los comunistas soviéticos miran con seguridad al futuro. Están persuadidos de que la acción de los factores objetivos, multiplicada por la iniciativa política y la orientación marxista-leninista de los partidos comunistas, permitirá dar vida a las gigantescas posibilidades del verdadero socialismo para bien de la causa de la paz y la libertad de los pueblos, para bien de los nobles ideales del comunismo.

Enero de 1975

⁶ L. I. Brézhnev. *El cincuentenario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*. Moscú, 1972, págs. 45–46, ed. en español.

Precio: 10 coronas